



presencia

tribuna libertaria

EN ESTE NUMERO:

EL SINDICALISMO EN LA ESPAÑA DE HOY

Cuatro trabajos que
brindan un panorama
completo de la actua-
lidad sindical española

Estudios • Crónicas • Notas

1967 Abril-Mayo

7

8'P 5508



presencia

tribuna libertaria

présence (tribune libertaire)

Bimestral

Precio ej.: 3 F

Director:

L. PASAMAR

Administrador:

J. PASCUAL

Redacción:

24, rue Ste. Marthe
Paris, X

Administración:

6, rue du Parc-Royal
Paris, III

Giros: C.C.P. Pa 11.437-35



INDICE

	pág.
<u>VIDA ESPAÑOLA:</u>	
EL SINDICALISMO EN LA ESPAÑA DE HOY (Redacción)	1
EL SINDICALISMO ESPAÑOL ANTE SU DESTINO (J. Borraz)	2
EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA POLÍTICA DEL REGIMEN FRANQUISTA EN 1966 (J. López Pérez)	9
EL VERDADERO REFERENDUM LO MANIFIESTAN LOS ESTUDIANTES Y LAS COMISIONES OBRERAS (L.P.)	15
DEBATE IDEOLOGICO SOBRE EL PORVENIR DEL SINDICALISMO ESPAÑOL (Octavio Alberola)	18
... Y UNA ULTIMA NOTICIA EN TORNO A LA ACTUALIDAD SINDICAL (Redacción)	26
<u>ENSAYOS:</u>	
REINVENTAR EL ANARQUISMO (Sergio Daniel)	27
LA REVOLUCION: ¿MITO APOCALIPTICO O ACCION COTIDIANA? (Gilberto Iglesias)	33
PROBLEMATICA DE LA EMIGRACION (Maurice Revert)	36
<u>CRONICA INTERNACIONAL:</u>	
EL PROBLEMA DE LA GUERRA, AYER Y HOY (A.S.)	40
<u>NOTAS:</u>	
ACLARACIONES A UNAS APOSTILLAS (José Peirats)	45



EL SINDICALISMO EN LA ESPAÑA DE HOY

La mayor parte de este número está dedicada al actual panorama sindical de España. Cuatro artículos abordan el problema desde ángulos distintos, fundando sus análisis en criterios por lo general dispares y formulando conclusiones no siempre convergentes.

Presentar cuatro trabajos sobre un tema que es aproximadamente el mismo presupone, como es natural, aceptar por anticipado dos riesgos : el de las repeticiones y el de la diversidad de tesis. PRESENCIA, claro está, acepta ambos ; y los acepta de buena gana, entendiendo que un problema fundamental y candente, como lo es el del sindicalismo español contemporáneo, merece un debate colectivo —es decir, una pluralidad de opiniones— y no un monólogo pronunciado desde lo alto de una cátedra.

Pero un debate así, evidentemente, deja planteado y más acuciante que nunca el interrogante esencial: ¿QUÉ HACER? ¿QUÉ ACTITUD DEBEN ADOPTAR LOS ANARQUISTAS Y LOS SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS EN LA HORA ACTUAL?

Un interrogante de ese tipo no puede eludirse. Por lo tanto, en este caso PRESENCIA no va a limitarse simplemente a servir de campo neutral ni de tribuna objetiva. Cumplirá esa función, como hoy lo hace, publicando los trabajos de sus cuatro colaboradores. Pero eso no es bastante ni debe serlo. En el próximo número, la revista se enfrentará con un deber al que no puede sustraerse : proclamar —con firmeza pero sin pretensiones de dogma infalible— cuál es, a su juicio, la acción sindical más eficaz y más justa en la España de hoy.

Y cedamos ahora la palabra a nuestros colaboradores.

LA REDACCION

El sindicalismo español ante su destino

El sindicalismo español cuenta con un pasado agitado y glorioso, conoce un presente azaroso y convulsivo y se encuentra ante un futuro balbuceante e incierto.

El panorama que la definición que antecede nos ofrece da, por sí solo, materia de reflexión más que suficiente a cuantos nos preocupamos seriamente del destino del sindicalismo español. Exponer mis preocupaciones, mis reflexiones y hasta las conclusiones que me dictan éstas acerca del tema en cuestión, es el propósito que me guía al redactar el presente trabajo con destino a PRESENCIA. Y no es por mero capricho que lo destino a dicha revista. Lo hago porque ella ha tenido la valentía y la virtud de abordar este tema, en su número 6, habiéndolo hecho con perspicacia, con amplitud y con profundidad, prescindiendo de los clisés y de los caminos trillados que tanto se han utilizado y que, por desgracia, aún se utilizan. Ya era hora de que en la prensa libertaria pudiéramos leer una opinión objetiva acerca de la actual situación del sindicalismo español. Una opinión que descarta los fatalismos y los mitos, para exponer y afrontar las realidades, por crudas que éstas sean. Y puesto que se ha roto el cerco, permitaseme proseguir abriendo nuevas brechas.

No me extenderé en demasiadas consideraciones sobre el pasado, pues mi propósito aquí no es hacer historia. No obstante, algo habrá que decir del pasado. A este respecto, anotaré de inmediato que el sindicalismo español, pese a su pontencialidad, no supo, o no pudo, forjar su futuro. El presente, por consiguiente, este largo y negro presente de 30 años de nacional-sindicalismo, no es trasunto de la acción sindical, antes al contrario, se instauró a pesar suyo. Sin embargo, creo que las acciones —y hasta las omisiones— del actual sindicalismo clandestino, están forjando su nueva trayectoria y su destino. Aclararé que considero acciones del sindicalismo clandestino las que llevan a cabo los trabajadores del interior, y omisiones la actitud, a mi juicio negativa, de las sindicales clásicas radicadas en el exilio.

EL SINDICALISMO ESPAÑOL TIENE LARGA HISTORIA

En efecto, aun prescindiendo de la época de las asociaciones gremiales y exclusivamente clasistas, cuenta con un siglo de historia aproximadamente. La creación de la Federación Regional Española, adherida a la primera Internacional constituye, para el mundo del trabajo, una verdadera revolución, tanto en lo que respecta a su formas de organización como a sus fines. A partir de ese instante, el sindicalismo abandona su carácter gremial, localista y exclusivamente clasista, para organizarse a escala nacional —internacional, inclusive— y adoptar una finalidad de emancipación social, revolucionaria y radicalmente transformadora.

Ello sin descuidar, al mismo tiempo, la acción clasista y la lucha por los objetivos inmediatos. A partir de ese instante, el enemigo a combatir, hasta conseguir su desaparición, no es ya sólo el capital, sino también el Estado.

Andando el tiempo y a imagen de la Internacional, la Federación Regional Española debía dividirse en dos tendencias: la socialista autoritaria (marxista) y la socialista antiautoritaria (bakunista o anarquista). De esas dos tendencias nacieron la U.G.T. y la C.N.T., cuya orientación correspondía a la primera y a la segunda de las tendencias citadas, respectivamente. Ambas organizaciones obreras son las que hoy se denominan centrales sindicales clásicas.

La acción desarrollada por cada una de esas dos centrales sindicales, unas veces por separado y otras —las menos— en conjunto, no es para ser descrita en este trabajo, por que no es tal su objeto y porque no es posible hacerlo en tan corto espacio. Diré únicamente que fue importantísima y gloriosa, y más importantísima y gloriosa cuando actuaron de conjunto que cuando lo hicieron por separado. Pero lo que sí interesa consignar es que la una y la otra de dichas centrales sindicales, si bien diferían en las tácticas a emplear, coincidían absolutamente —al menos en teoría— en la finalidad perseguida: hacer la revolución social y poner fin a la sociedad de clases, amparada en el sistema capitalista y en el Estado. La U.G.T. pretendía conseguir sus fines por etapas, mediante la colaboración de clases y la conquista del Poder, destruyendo a éste desde adentro. La C.N.T. consideraba que tales fines no podían ser alcanzados por etapas intermedias y mucho menos destruir el poder desde dentro, una vez conquistado. Por consiguiente, preconizaba y aplicaba la acción directa, insurreccional y revolucionaria, con el fin de pasar sin transición de la sociedad capitalista y estatal a la sociedad socialista libertaria.

Huelga decir que los fines perseguidos por ambas centrales sindicales no han sido todavía alcanzados. Pero la cuestión que se plantea de inmediato no consiste en hacer tal constatación, sino en saber si, en realidad, dichos fines podían alcanzarse o no, mediante la aplicación de las tácticas utilizadas por la una y la otra de las mencionadas centrales sindicales. A mi modesto entender, no. Diré el porqué. Las tácticas preconizadas por la U.G.T. resultan inadecuadas si nos atenemos a la experiencia rusa. Cincuenta años de ocupación del Poder no han conseguido destruir el Estado sino, al contrario, fortalecerlo. Cincuenta años de socialismo marxista no han conseguido hacer desaparecer las clases sino, al contrario, crear clases nuevas no menos numerosas y evidentes, no menos condenables y repulsivas que las que existen en los regímenes capitalistas clásicos. Y es de prever —de ello estoy seguro— que otra variante de marxismo que la comunista hubiera llegado a idénticos resultados. En esto las predicciones de Bakunin se han averado exactas. Pero no canten victoria los partidarios de las tesis bakunistas, porque sus tácticas —las preconizadas por la C.N.T.— son tan ineptas como las primeras para alcanzar los fines perseguidos. Se me objetará aquí que no hay ninguna experiencia que niegue su eficacia. No la hay, desde luego, pero tampoco hay nada que la afirme. Al contrario, el hecho de que el sindicalismo que adoptó la teoría de Bakunin haya perdido tantísimos adeptos —hasta el punto de quedarse esquelético— es por sí solo suficientemente elocuente. De lo cual se infiere que la sustitución de la sociedad capitalista y estatal por la socialista libertaria, mediante la acción insurreccional y revolucionaria, sin etapas de transición, sea muy problemática, por no decir de imposible realización. Un cambio de tal naturaleza requiere, además de la fuerza numérica para promoverlo, la preparación previa y la madurez moral e intelectual de los hombres que han de hacerlo viable. Y si los adeptos escasean e incluso disminuyen... No quiero hacer a nadie el agravio de pensar que haya quienes creen en milagrerías. Y creer en milagrerías supondría considerar que la mentalidad de los hombres puede cambiar de la noche a la mañana, o que la sociedad libertaria puede ser otra cosa que el trasunto de la mentalidad y el estado de conciencia de los hombres que la constituyan.

ENTONCES...

¿Entonces, qué? —se dirá—. ¿Hay que renunciar a la revolución y a los objetivos finalistas que marxistas y libertarios hemos perseguido durante un siglo? Yo no digo tanto. No hay que renunciar seguramente a la revolución, pero lo que no puede hacerse ya es seguir propiciándola invocando las razones y motivos que se invocaban en 1870, y ni siquiera en 1910 o 1920. Las razones de fondo son las mismas, pero las formas, los motivos a invocar han cambiado totalmente. Hoy, las primeras estrofas de la Internacional, «Arriba los parias del mundo, en pie los esclavos sin pan», no puede hallar eco e incitar a hacer la revolución social a grandes contingentes proletarios, por lo menos en los continentes europeo y americano, porque no es tal el caso en que se encuentran. Por otra parte, esa revolución social no puede tener carácter localista —en un solo país— sino general. Hoy todo es interdependiente entre sí y una revolución de ese género a escala localista estaría condenada al más estrepitoso fracaso. Es necesario, pues, cambiar radicalmente el tono y rectificar el rumbo. Las tácticas que conviene aplicar hay que definir las entre todos los interesados. Pero en lo que concierne al sindicalismo español esto no es lo más urgente, como voy a tratar de demostrar.

Pese a las evidencias que quedan expuestas, la U.G.T. y la C.N.T. han seguido y siguen aferradas a sus objetivos y a sus tácticas tradicionales. Sin tener en cuenta que el potencial numérico de sus organizaciones ha disminuido en un 99 por ciento en relación al que contaban en 1939, en razón a la instauración en España del régimen fascista. Sin tener en cuenta que en estos últimos 30 años se han modificado muchas cosas, modificándose igualmente la mentalidad de los hombres. Sin tener en cuenta que la tarea que con mayor urgencia se imponía era conquistar la adhesión de las nuevas generaciones juveniles españolas que se hallaban disponibles —digo bien, se hallaban—, cosa que había que hacer ateniéndose a las realidades de la hora y atendiendo las aspiraciones más acuciantes que se debaban sentir.

Aún con todo y a pesar del mucho tiempo perdido, considero que el destino del sindicalismo español está estrechamente ligado a lo que hagan o dejen de hacer las centrales sindicales clásicas. Pero si quieren jugar un papel positivo y situarse al nivel de su glorioso pasado, lo primero que se impone es una rectificación formal de sus tácticas. De lo contrario, si siguen empeñadas en «oponer al conservadurismo sin objeto del fascismo español, el conservadurismo romántico que las ha caracterizado, corren el riesgo de desaparecer cuando desaparezca el fascismo», como dijo, con innegable acierto, el ugetista Jimeno, en un reciente mitin celebrado en París.

Y AHORA...

Si las centrales representativas del sindicalismo clásico corren los riesgos que dejamos apuntados, lo que no deja lugar a dudas es que la C.N.S. —actual «sindicalismo» oficial— quedará pulverizada, hecha añicos, tan pronto desaparezca el régimen franquista y queden restablecidas las libertades públicas. Y eso por más reformas que quieran introducirse en ella, por más amalgamas desnaturalizadas que se intente llevar a cabo en su seno. La acción que diariamente desarrollan los trabajadores españoles, al margen de la sedicente Central Nacional Sindicalista, da la medida exacta del afecto que éstos sienten por ese «sindicalismo» y de la suerte que les espera en el momento en que las actividades sindicales puedan ejercerse libre y normalmente.

Que la C.N.S. esté condenada a desaparecer en la situación que apuntamos, nos parece completamente natural. Al fin de cuentas dicha organización es la antítesis del sindicalismo, tanto clásico como moderno. Pero es por lo menos curioso poder admitir como posible que la C.N.T. y la U.G.T., genuinas representantes del sindicalismo auténtico, puedan correr suerte pareja en el mismo instante que aquélla. ¿Qué ha sucedido para que tal acontezca? No es difícil la respuesta.

Lo que ha sucedido es que, tanto la C.N.T. como la U.G.T., se han hallado, desde hace cerca de treinta años, obligatoriamente desterradas de su medio y de su función, y que, durante ese tiempo, se han modificado muchas cosas en el terreno de la acción sindical, modificando al mismo tiempo, de manera esencial, la mentalidad de los trabajadores. Ese alejamiento forzado del medio y de la función ha tenido como consecuencia el que dichas organizaciones no se vieran automáticamente forzadas a ir adaptando paulatinamente su actuación a las exigencias de la realidad circundante. Como quiera que, por propia iniciativa, no han realizado tampoco ningún esfuerzo de adaptación —antes al contrario, han dado y siguen dando la impresión de estar entregadas a un torneo de fidelidad a los principios y a las tácticas del sindicalismo clásico— y han centrado, y aún centran, su acción en la lucha antifranquista, sin prestar la atención debida a la acción que implican las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores, nada tiene de extraño el que éstos se hayan decidido a llevar a cabo tal acción por cauces propios y nuevos —lo que no deja de ser, al mismo tiempo, acción antifranquista—, ya que el «sindicalismo» oficial, por su parte, estaba bien lejos de poder ni querer atenderla.

Antes de proseguir adelante conviene dejar bien sentado que, si bien hoy de los que creen que tanto el futuro político como sindical de España pasan forzosamente por la acción de derribo del actual régimen, y que dicho futuro está condicionado a la forma en que tal derribo se haga, a los medios que en ello se empleen y la proporción en que los sectores progresistas intervengan en esa tarea, no dejo de considerar que el sindicalismo, en la acción que le es peculiar desarrollar, no puede jugarlo todo, de forma exclusiva, a esa sola carta.

Hecha esta precisión, prosigamos nuestro análisis. Es en razón de la situación precedentemente expuesta que aparecen en España, más o menos estructurados, los organismos u organizaciones sindicales que a continuación vamos a enumerar, procurando, al mismo tiempo, presentar su ficha de identidad.

SIGLAS Y REALIDADES

La Alianza Sindical Obrera (A.S.O.): Se trata de una amalgama de sindicalistas libertarios, socialistas y cristianos. En su fe de bautismo sus orientadores declaran que aspiran a constituir una sola organización sindical que agrupe a todos los trabajadores o, por lo menos, a los de las tres corrientes citadas. Si he de ser sincero conmigo mismo y con los demás, debo declarar que las bases teóricas de la A.S.O. no carecían de solidez ni dejaban de responder a una necesidad. Lo que aquí sucedió, como en casi todo lo típicamente español, es que en algunas cosas se pecó por exceso y en otras por insuficiencia. Por exceso pecó la A.S.O. al poner por delante, como hecho consumado, la fusión de las organizaciones sindicales clásicas en su propio cuerpo, y al pretender sustituirlas sin que éstas hubieran examinado el problema y tomado las decisiones correspondientes por separado y libremente. Pecó por insuficiencia, en cambio, porque disponiendo sin duda de mejores «embajadores», confió su representación a hombres que carecían de la solvencia moral y de la capacidad intelectual que requería una tarea de semejante envergadura. Eso sin tener en cuenta las inspiraciones dudosas a las que algunos de esos hombres se dice que obedecían, cosa que no quiero detenerme a examinar. Digo todo esto con sinceridad y con mucha amargura, pues considero que las teorías en que se fundó A.S.O. respondían, y aún responden, enfocándolas desde ángulos distintos, a una necesidad. Fue un intento malogrado por las causas expuestas, al que, pese a todo, no se prestó en su inicio la atención ni las consideraciones debidas.

La Federación Sindical de Trabajadores (F.S.T.): Se trata de una organización de inspiración cristiana, patrocinada por la C.I.S.C., cuyos cuadros y cuyos efectivos son originarios de las Hermandades Obreras de Acción Católica. Me consta que cuenta con algunos cuadros competentes. La F.S.T. aspira a jugar en España el mismo papel que juegan los sindicatos cristianos en la Europa Occidental.

La Unión Sindical Obrera (U.S.O.): Se trata igualmente de una organización de inspiración cristiana, con reminiscencias marxistas, cuyos elementos más avanzados tratan, seguramente, de jugar el papel de una U.G.T. renovada.

La Acción Sindical de Trabajadores (A.S.T.): Es otra organización de inspiración cristiana, que trata de recoger y canalizar el espíritu sindicalista libertario que es, según palabras de alguno de los animadores de dicha organización, el único sindicalismo de carácter revolucionario y de raíz popular en España. Cuenta con cuadros militantes de valía. Se propone crear un movimiento obrero inspirado en los principios del sindicalismo libertario, pero modificando esencialmente las tácticas y las formas de organización de la C.N.T.

Las Comisiones Obreras: Es seguramente el sector obrero más potente y mejor estructurado que opera en España. Está dominado por los comunistas y por una parte de sindicalistas cristianos. Actúa subterráneamente en el propio seno de la C.N.S., cuya organización aspira a sustituir a la caída del franquismo, a fin de apropiarse de sus cuantiosos bienes materiales.

Al margen de las organizaciones citadas existen todavía —sigo refiriéndome al interior de España— la U.G.T., que cuenta sin duda con cuadros militantes pero que carece de estructura a nivel nacional y de influencia directa en los medios obreros; la C.N.T., que también cuenta con militantes, pero que se halla atómizada por sus divisiones internas (sus Comités Nacionales están entregados a la triste tarea de desautorizarse unos a otros) y también carece de influencia entre los trabajadores; y la Alianza Sindical, compuesta por las organizaciones que acabamos de mencionar y Solidaridad de Trabajadores Vascos (S.T.V.), cuya influencia relativa se reduce a dos regiones —Asturias y País Vasco—, determinada en esta última región por la presencia de la S.T.V.

UN PANORAMA POCO ALENTADOR

Como puede verse, el panorama sindicalista español es más que deprimente. ¿Será ésta la prefiguración del sindicalismo postfranquista? En tal caso, triste, muy triste, es el destino del sindicalismo español. Se habría librado de Judas para caer en manos de Pilatos. Es decir, habría salido de la central única y obligatoria, vinculada al Estado y dirigida por éste, para caer en una pluralidad sindical desquiciada y disolvente, totalmente sometida a los partidos políticos y, de rechazo, vinculada igualmente al Estado a través de los citados partidos. Porque no hay que hacerse ilusiones: si todo ese enjambre de organizaciones sindicales incipientes que hemos dejado enumerado tiene continuidad después de la caída del franquismo, es inevitable que casi todas ellas sean la presa fácil y codiciada de los partidos políticos marxistas, liberales, conservadores y demócrata-cristianos que no dejarán de tener virtualidad en España.

¿Podrá el sindicalismo español, en semejantes condiciones, jugar el verdadero papel que le corresponde? En mi criterio, no. Pero, antes de seguir adelante, y para que las cosas queden lo más claras posible, ¿cuál es el verdadero papel del sindicalismo? Mi respuesta será concreta: velar y luchar para lograr dar cima a las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores, tanto en el aspecto material como en el moral, e ir creando paulatinamente las condiciones adecuadas para liberarse del dominio capitalista y del Estado. El sindicalismo, para desarrollar su tarea, ha de ser libre e independiente, sin estar vinculado al capitalismo ni al Estado, ni directa ni indirectamente; pero también sin adoptar tácticas estridentes que le coloquen en la ilegalidad y sin pretender alcanzar su finalidad de golpe y porrazo y a golpe y porrazo, en un solo acto.

Para poder cumplir esta tarea el sindicalismo debe ser fuerte. Y para ser fuerte ha de estar estrechamente unido y bien orientado. Ya estoy viendo la sonrisa sarcástica que asoma a los labios de los nostálgicos de todo pelaje, y estoy oyendo el tono acusador de su sentencia: «Por fin sacó lo que llevaba dentro. Ya tenemos aquí otro partidario de la liquidación del sindicalismo clásico»

(principios y organizaciones), así como de la instauración de la sindical única.»

Partidario de liquidar los principios y las organizaciones del sindicalismo clásico, no lo soy. Al contrario, soy partidario de salvar de todo ello lo que se pueda. Lo que sucede es que dichas organizaciones, con su actitud intransigente y romántica, han arruinado por completo todas las posibilidades de continuidad del sindicalismo que representaron por sí mismas en otras épocas. En tal caso, lo cuerdo y lo práctico es tratar de dar continuidad a sus principios por otros cauces. Se me dirá que soy partidario del mal menor; y es cierto. Pero me consuela el poder constatar que todas las tendencias del sindicalismo, cuando cumplen su función reivindicativa, se acogen siempre a ese mal menor, y que todos los hombres medianamente equilibrados hacen lo propio, ante todos los problemas de índole particular que deben resolver. No soy tampoco partidario de la sindical única, en el sentido que suele darse a ese término. Lo soy, sí, de una central sindical lo más potente posible y *única, no obligatoria* —nótese el distinguo— si así lo decidieran los trabajadores libremente.

Entonces, ¿se verá el sindicalismo español condenado a no poder jugar el papel que le corresponde? ¿Será ése, el de la multiformidad atomizada y la dependencia de los partidos políticos, su triste destino? ¿No hay otra salida viable?

EXISTE LA SALIDA

Yo creo que la posibilidad de salida existe. Es un poco tarde, pues mucho mejor hubiera sido que las sindicales clásicas, desde hace bastante tiempo, antes de que nacieran los núcleos obreros que hemos enumerado, hubiesen adoptado una actitud más ductil y más en consonancia con las necesidades de la hora —sin por ello plantear a priori el problema de su autodesaparición—, con lo que hubieran conseguido canalizar la formidable acción obrera que luego se ha puesto en marcha al margen suyo, pero aún es tiempo. A tal efecto, yo hago la siguiente sugerencia:

Que las sindicales clásicas, valiéndose de la influencia que puedan ejercer en los medios obreros sus militantes más caracterizados, hállese dentro o fuera de España, pero en este último caso incorporándose al interior, así como de la no menos apreciable influencia que pueden ejercer las internacionales a las que pertenecen, tomen la iniciativa de contactar con todas las fracciones obreras clandestinas que se mueven en España para invitarlas a una «mesa redonda» en la que se examinarían los problemas que comúnmente les afectan. En esa reunión podría llegarse a un compromiso mínimo sobre cada uno de estos tres aspectos:

1º.— Organizar en común la acción del movimiento obrero, en su doble aspecto de lucha reivindicativa y de combate a la dictadura, comprendiendo que el porvenir inmediato del sindicalismo en España está en relación directa con la participación que éste tenga en la acción de derribo del franquismo.

2º.— Comprometerse a hacer desaparecer por el momento, y públicamente al menos, todos los anagramas sindicales y etiquetas partidistas en el movimiento obrero, en aras del interés del conjunto.

3º.— Comprometerse igualmente a posponer el examen y solución de los grandes problemas sindicales —sus bases de orientación y sus estructuras— para después de la desaparición del franquismo y del restablecimiento de las libertades públicas, a fin de poder llevar a cabo esa tarea con la amplitud de criterio, la serenidad y la independencia que requiere.

EL FUTURO DEPENDE DEL HOY

El destino del sindicalismo español está, pues, condicionado, a mi juicio, a las iniciativas que tomen o dejen de tomar las sindicales clásicas y sus internacionales. Si toman las que acabo de apuntar, u otras análogas, la perspectiva parece halagüeña; de lo contrario, si permanecen estáticas, limitándose a hacer

juramentos de fidelidad al pasado, no se atisba más que un horizonte ensombrecido, cargado de nubarrones, presagio de negras tormentas.

Afortunadamente, se están produciendo algunos síntomas alentadores que dan a entender que alguna de esas sindicales clásicas está a punto de emprender una buena vía. En efecto, la última reunión del Comité Ejecutivo de la C.I.O.S.L., celebrada en Bruselas los días 14 y 15 de marzo, dándose cuenta, sin duda, de que los movimientos sociales en España no se producen ya únicamente por el apremio de las necesidades, sino que obedecen a una dirección, acaba de tomar, seguramente con el asenso de la U.G.T., allí presente, la siguiente resolución: *«Autorizar al Secretariado General para que emprenda todas las gestiones útiles al acercamiento y la unidad de acción de todas las organizaciones sindicales democráticas en España».*

Esta resolución nos parece altamente significativa y hay que apreciarla en todo su valor. Por algo hay que empezar. Adelante, pues, en esa vía. De lo que se haga en tal sentido dependerá el destino del sindicalismo español. El destino no es algo fatal que esté escrito de antemano; se forja. El del sindicalismo español puede forjarse y hay que forjarlo.

J. BORRAZ.

El movimiento obrero y la política del régimen franquista en 1966

El año 1966 ha sido un período de especial transcendencia para el movimiento obrero español. Principalmente por dos razones. Por un lado, una serie de instituciones obreras (comisiones obreras, organizaciones sindicales clandestinas, etc.) han consolidado a fondo sus posiciones, demostrando en el terreno de la lucha de clases una madurez impensable hace unos años. Por otra parte, las organizaciones obreras van a tener que enfrentarse, a partir de este año 66, con una nueva táctica del régimen franquista, que va a intentar cubrir su hosco rostro fascista con la careta de una aparente democratización, eso sí, llena de extrañas peculiaridades como, según los teóricos del régimen, requiere la «especial manera de ser del pueblo español».

Sin embargo, la maniobra, que por otra parte no ha conseguido engañar a ningún espíritu medianamente crítico, ni de dentro ni de fuera de España, se ha manifestado pronto como un arma que el régimen franquista está dispuesto a usar contra el movimiento obrero. En efecto, una vez aprobada la Ley Orgánica, las condiciones de la represión de los grupos de oposición se han endurecido considerablemente, tanto en el plano de la actuación de la policía franquista, como en el de las sentencias dictadas contra los miembros de los grupos políticos y sindicales antifranquistas.

En resumen, el fascismo del régimen de Franco, escondido ahora tras la apariencia de una falsa liberalización, va a combatir con mayor rigor toda oposición en el plano sindical y político. Y si en algún caso parece dar muestras de debilidad ante los grupos obreros revolucionarios, es debido precisamente a la fuerza que han conseguido en los últimos tiempos las organizaciones obreras clandestinas.

1. — EL ESTADO ACTUAL DE LA ECONOMÍA

El primer plan de desarrollo español ha defraudado las esperanzas de una seria transformación de la economía española. Es más, puede decirse que por su propio planteamiento ya había renunciado a introducir cambios substanciales en el terreno estructural.

Efectivamente, en el plano estructural se hacían imprescindibles reformas radicales principalmente en el sector agrícola y en algunos sectores de la industria nacional. Sin embargo, el primer plan de desarrollo no se ha atrevido a enfrentarse con estos problemas, debido principalmente a que en su resolución se hubiesen visto comprometidos los intereses de las oligarquías dominantes en el país. Como puede comprenderse, el régimen franquista no está interesado en enfrentarse con estos grupos que constituyen su apoyo fundamental.

Por otra parte, el gobierno franquista no ha tenido en cuenta para nada la opinión del sector obrero, que en definitiva había de ser quien llevase sobre sus espaldas la carga de todas las dificultades del plan de desarrollo.

Siendo éste el planteamiento del primer plan de desarrollo español, ¿cuáles han sido sus resultados?

En primer lugar cabe destacar el excesivo volumen de las inversiones extranjeras, no sólo por lo que representan en el presente sino también por las perspectivas futuras que pueden transformar a España en un campo de acción del capitalismo extranjero, principalmente del capitalismo americano, que está intentando convertir a España en una cabeza de puente con vistas al Mercado Común Europeo. Además, en términos generales, las inversiones del capital extranjero no se han dirigido hacia aquellos sectores de la economía más necesitados de reactivación, sino a aquellas ramas de la producción más capaces de producir a los capitalistas unos beneficios más abundantes y a más corto plazo.

Algunos ejemplos nos indicarán cómo se produce en la práctica esta penetración.

En diciembre de 1964 se producía la penetración de la United States Steel Corporación en la empresa española Altos Hornos de Vizcaya, para lo cual esta última amplió su capital a 4.447 millones de pesetas, quedándose la empresa americana con 1.249, es decir con un 28 del capital de Altos Hornos. Como la deuda actual de Altos Hornos con el Estado y la Banca Privada es aproximadamente el doble de su capital, es de esperar que sea la empresa americana la que se quede con la totalidad de las sucesivas ampliaciones de capital de Altos Hornos, convirtiéndose, a la larga, en el socio mayoritario. De esta manera la empresa americana conseguirá el total dominio económico de Altos Hornos, sin necesidad de que el Estado español conceda su autorización oficial para ello (necesaria cuando la participación extranjera en una empresa española supera el 50 %).

Caso similar de penetración, pero en este caso del capitalismo europeo, es el de UNINSA (Unión de Siderúrgicas Asturianas, S.A.) por la casa Krupp. Otro es el de C.A.M.P.S.A., empresa española monopolística subordinada a los intereses de las grandes empresas petrolíferas internacionales (CALTEX, GULF ESSO, etc.).

Los ejemplos podrían seguir interminablemente, pero los citados son suficientemente elocuentes como muestra.

La situación de la agricultura, sumida en amplios sectores (principalmente en el sur de España) a las pésimas condiciones de un latifundismo retardatario, no ha experimentado ni un sólo influjo beneficioso de este primer plan. El deficiente desarrollo de determinados sectores industriales, en conexión con la agricultura, como el de los abonos, ha repercutido en forma perniciosa sobre el sector agrícola, que ni siquiera ha podido beneficiarse de una producción amplia de abonos que repercutiese favorablemente en los precios de éstos.

La concentración monopolista que gira principalmente en torno a siete grandes bancos (Hispano Americano, Urquijo, Vizcaya, Bilbao, Central, Español de Crédito y Santander), ha seguido un ritmo acelerado de aumento. Como medio para consolidar su control monopolístico de la industria, y principalmente con vistas al dominio de las empresas que habrían de surgir al amparo de los beneficios del plan, estos siete bancos han creado una nueva modalidad de banca, antes desconocida en España: la banca industrial. Su finalidad es participar

en la promoción y creación de estas nuevas industrias, para poder controlarlas en el futuro.

Resumiendo, puede decirse que en la evolución que representan los llamados planes de desarrollo económico y «social», faceta esta última cuyo beneficioso influjo no se ha dejado sentir en la situación del proletariado español, hay que destacar dos fenómenos fundamentales. En primer lugar, la toma de posiciones del capitalismo financiero español, con su secuela de concentración monopolística y bancaria. Por otra parte, la penetración cada vez más intensa del capitalismo extranjero, con la consecuencia lógica de un desarrollo desequilibrado, ya que las inversiones extranjeras se dirigen hacia los sectores más lucrativos y no precisamente hacia los más importantes para el despegue económico que necesita España.

2.— LA SITUACION DE LA CLASE PROLETARIA

¿Cuál es la situación de la clase obrera industrial y campesina como consecuencia de ese planteamiento de la evolución de la economía, únicamente favorable a los grupos oligárquicos y financieros?

La modernización de muchos sectores de la economía, propugnada por los grupos financieros nacionales y extranjeros, se traduce en una serie interminable de despidos, que solamente podría verse justificada si una coordinación eficaz de la economía, mediante una planificación suficientemente imperativa, pusiese a otros sectores en condiciones de absorber la mano de obra sobrante. Pero pedir esto a un plan como el español, cuya capacidad transformadora es nula, es como pedir peras al olmo. En consecuencia, una de las primeras consecuencias de la evolución económica actual es la frecuencia de los despidos en masa, ocasionada por los desajustes de la economía que producen la libre acción del oportunismo económico de los capitalistas españoles y extranjeros, estos últimos utilizando además la economía española como campo de lucha de los intereses del capitalismo norteamericano y del europeo (Mercado Común).

Otra consecuencia de la acción nefasta de los intereses económicos capitalistas, es el brutal ascenso de los precios de muchos artículos de primera necesidad. Un ejemplo típico de esto es la dramática especulación que gira en torno al problema de la vivienda, en el cual se ceban sobre la clase proletaria los intereses de las oligarquías capitalistas.

La enorme elevación de los precios de los productos alimenticios, no se ha visto compensada por las ligerísimas elevaciones de salarios. La consecuencia ha sido una general disminución de la capacidad de consumo de la clase obrera.

Otro fenómeno que ha caracterizado el último período de la evolución económica española ha sido la despoblación casi absoluta de amplias zonas del campo español, motivada por las pésimas condiciones de vida de los trabajadores agrícolas, condiciones que se han visto perpetuadas por el total desinterés del plan ante este tipo de problemas. Sobre la total despreocupación manifestada por el Plan de Desarrollo ante los agudos problemas del campo español, manifestaba recientemente el economista español Ramón Tamames que el citado Plan «no ha introducido en la política agraria ningún nuevo instrumento verdaderamente operativo» (1). El Plan de Desarrollo ha seguido por tanto en el terreno de los problemas económico-sociales agrarios una inercia absoluta, que como señala el ya citado economista, es ya tradicional en España, ante las cuestiones de la política agraria.

La ya desastrosa situación de la clase obrera se empieza a ver empeorada aún más debido al retorno forzoso de gran parte de los emigrantes españoles

(1) R. Tamames: *Problemas fundamentales de la Agricultura española*. Ed. ZYX. pág. 48.

en Europa como consecuencia del exceso de mano de obra que se registra en varios países.

En resumen, puede decirse que la aplicación en España de un sistema de planificación basado en una ideología conservadora y neocapitalista (reaccionaria en suma), se ha traducido en un empeoramiento de la situación de la clase obrera española. Todos los desajustes, muy frecuentes por otra parte, que experimenta la economía española como consecuencia de la evolución provocada por una planificación realizada totalmente de espaldas a los intereses obreros, producen frecuentemente consecuencias desastrosas para la clase proletaria.

La clase obrera se rebela, como es lógico, ante esta situación, y esta rebelión se traduce en huelgas, plantés, manifestaciones y en general en un amplio movimiento reivindicativo y de protesta contra la política antiobrera del régimen de Franco.

3.— LA LUCHA OBRERA EN EL AÑO 1966

Esa situación, que hemos descrito, y con la que el proletariado ha tenido que enfrentarse, ha servido para poner de manifiesto la madurez del movimiento obrero español, madurez que aún adquiere mayor relieve si se tienen en cuenta las durísimas condiciones de represión en que ha debido desenvolverse.

Además de la represión, el gobierno franquista ha utilizado todos los medios a su alcance para entorpecer la acción del movimiento obrero. Caso típico de esta actitud entorpecedora ha sido el fraude de las elecciones sindicales.

Creyendo aún el régimen franquista que la conciencia de clase de la masa obrera española era mínima e infravalorando la fuerza de las organizaciones clandestinas, permitió al principio que se celebrasen con entera libertad las elecciones de enlaces y vocales de empresa. Como consecuencia de esta libertad, la oposición obrera al régimen consiguió un triunfo absoluto al lograr un 90 % de los puestos a los que se presentó. Ante estos resultados el gobierno se atemorizó y decidió emplear inmediatamente otros procedimientos como: no permitir a los trabajadores que lo solicitaron presenciar las votaciones, apertura antireglamentaria de urnas, agresiones y palizas a candidatos, composición parcial de la mesa electoral con candidatos del régimen formando parte de las mismas, despidos y detenciones previas de dirigentes caracterizados para eliminarlos de las elecciones, etc.

Un caso típico de estos fraudes electorales ha sido el del líder obrero de Marconi, Juan Bautista Goicoechea, el cual se presentó como candidato para Vocal Social del Sindicato Provincial del Metal de Madrid, sacando según el recuento oficial 29 votos. Indignados por este fraude, más de 100 electores juran por su honor ante notario haber votado a Goicoechea. El 9 de noviembre, un porcentaje abrumador de trabajadores de la empresa Marconi, en oficio dirigido al Delegado Nacional de Sindicatos, protestan indignados por estos hechos y afirman que sólo reconocerán como su representante a Juan Bautista Goicoechea. Dicho candidato fué amenazado el 17 de octubre por matones a sueldo de la Organización Sindical del régimen de Franco, por otra parte conocidos de todos los trabajadores; en vista de lo cual hubo de presentar ante el juzgado de guardia y la Dirección General de Seguridad, denuncia que ha quedado sobreesida.

A pesar de la actitud regresiva del régimen fascista de Franco, puede afirmarse que estas elecciones han sido un triunfo completo para las comisiones obreras y demás grupos clandestinos. Aunque las organizaciones sindicales tradicionales, CNT y UGT, de cuyos problemas organizativos y tácticos ya nos hemos ocupado en otro trabajo (*Presencia* núm. 6, «El nuevo sindicalismo español»), preconizaron la abstención, la afluencia a las urnas, salvo en algunos pequeños sectores, fué masiva, lográndose en general los objetivos previstos por la oposición obrera.

4. LAS COMISIONES OBRERAS

Las elecciones y la acción reivindicativa obrera a lo largo de 1966, han demostrado la importancia y la capacidad aglutinante de las comisiones obreras.

Las comisiones obreras, con uno u otro nombre, han existido desde el comienzo de la lucha obrera. En el año 62, con motivo del gran movimiento huelguístico de Asturias, surgen las primeras comisiones obreras españolas, que incluso llegaron a ser recibidas por Solís, el cual hubo de reconocer que eran los auténticos representantes de los trabajadores. Estas comisiones desaparecieron al extinguirse el movimiento huelguístico. Surgen de nuevo, en 1964, en Vizcaya, integradas por militantes de la HOAC (2) y del Partido Comunista, aunque pronto desaparecen por incompatibilidad entre las dos organizaciones.

Surgen ya con fuerza arrolladora en Madrid, en 1966. En su constitución intervienen militantes de los nuevos sindicatos clandestinos y del Partido Comunista, pero pronto, en vista de la importancia de la influencia comunista dentro de las mismas, los hombres de los nuevos sindicatos se retiran (ya que estaban allí todos a título personal y no como representantes de sus organizaciones), permaneciendo en ellas únicamente militantes del Partido Comunista y de la A.S.T. (3), respaldados no sólo por la fuerza de sus organizaciones sino por la totalidad de la masa obrera que ve en las comisiones el instrumento unitario de lucha que necesitaba.

En estos momentos, la fuerza más importante de las C.O. radica en Madrid, pero su importancia se hace cada día más grande en toda España, hasta el punto de que en la actualidad se encuentran extendidas por todas las provincias.

En el mes de enero se produce un hecho de vital importancia para el futuro desarrollo de las comisiones obreras y que consiste en la entrada oficial de la A.S.T. dentro de las mismas. Es preciso destacar que los militantes de la A.S.T. han estado siempre presentes en la gestación y desarrollo de las C.O.

La entrada de la A.S.T. en las comisiones reviste una especial importancia por tres razones:

a) en primer lugar, porque destaca el carácter de *Instrumento unitario de acción* de las comisiones.

b) porque acaba con el *mito de la hegemonía del P.C.* dentro de las mismas, dada la extraordinaria fuerza real que en estos momentos tiene la A.S.T. dentro de las comisiones.

c) porque posibilita la expansión de las comisiones a aquellas regiones en las que A.S.T. es la única organización clandestina con fuerza (Huelva, Santander, Murcia, Navarra, etc.).

En vista del empuje que la entrada de la A.S.T. ha producido en las comisiones obreras, las nuevas organizaciones sindicales, que, como dijimos al principio, estuvieron interesadas en su nacimiento pero que las abandonaron más adelante, se han visto obligadas a optar entre dos posturas: entrar a formar parte de las C.O. o crear otro instrumento de acción. Finalmente se han decidido por la segunda, creando el llamado Frente Sindical Democrático, que agrupa a la U.S.O., F.S.T., U.T.S. (4), Federación Socialista del Centro y un grupo de la U.G.T. Este frente, que agrupa a fuerzas tan dispares como U.S.O., F.S.T. y U.T.S., sólo puede tener un aglutinante: su miedo irracional al comunismo.

(2) Hermandades Obreras de Acción Católica.

(3) Acción Sindical de Trabajadores.

(4) U.S.O.: Unión Sindical Obrera.

F.S.T.: Federación Sindical de Trabajadores.

U.T.S.: Unión de Trabajadores Sindicalistas.

La U.T.S. (Unión de Trabajadores Sindicalistas), que está formada por ex-falangistas, y la Federación Socialista del Centro, grupo intelectual minoritario, sólo pueden aportar a este Frente sus siglas ya que ambas carecen de base real.

Por otra parte el que en el Frente Sindical Democrático se encuentren fuerzas hasta el momento irreconciliables como U.S.O. y F.S.T., hace suponer que esta nueva reagrupación sindical siga los pasos de la A.S.O., siendo dirigida y financiada por el sindicalismo reformista europeo.

Las comisiones, *instrumento de toda la masa obrera, y no de un grupo concreto*, tiene ante sí un futuro de amplia capacidad transformadora de las condiciones de vida de la clase obrera, que están dispuestas a poner en práctica con una actitud plenamente revolucionaria.

Por su parte, el Frente Sindical Democrático, integrado por fuerzas dispares, muchas de ellas desprovistas por completo de base obrera, habrá de seguir, impulsado por la actitud reformista de la mayoría de los grupos que le integran, una tendencia en desacuerdo con los intereses actuales de la clase obrera española.

J. LOPEZ PEREZ.

EL VERDADERO REFERENDUM LO MANIFIESTAN LOS ESTUDIANTES Y LAS COMISIONES OBRERAS

La *victoria* alcanzada en el referéndum del 14 de noviembre pasado, y saludada como una «victoria divina», empieza ya a sembrar dudas en los que habían puesto sus más sinceras esperanzas en una posible democratización del régimen. El franquismo, maestro en el arte de la duplicidad, propone una serie de reformas que por su ambigüedad se prestan a las medidas más arbitrarias. Pasó la ley sobre regulación de prensa, pero perduran las víctimas de la censura. Periódicos de probada tradición conservadora, cual es «ABC», se ven hoy llamados al orden por las autoridades; «Madrid», portavoz del Opus, es también acosado y criticado por sus propios correligionarios. Quienes ponían sus esperanzas en la sabiduría popular se sienten frustrados. Se ignora la cantidad de los *no*, pero es indudable que la gente acudió a las urnas. La abstención fue mínima.

Hoy, ya eso ni cuenta. El verdadero referéndum lo manifiestan los obreros de Etxeverri manteniéndose en huelga durante semanas enteras, los mineros asturianos, los obreros de Madrid y de Barcelona en lucha abierta contra el régimen. El sentido del referéndum lo expresan los estudiantes, manifestando con ímpetu el firme deseo de democratizar sus sindicatos. Nuestro propósito no es historiar en detalle los acontecimientos a que hacemos referencia. También evitaremos caer en el elogio al «bravo minero» o al «heroico pueblo español», tópico tantas veces utilizado para salvar responsabilidades. Cuando están en juego la vida, la libertad, el pan y el futuro de un país, los adjetivos nos resultan de un gusto ramplón. Cuantos con su acción hostigan al régimen tienen nuestra más sincera adhesión, lo que en modo alguno quiere decir que compartamos en todo sus criterios.

En la actualidad española se manifiestan tres constantes (como luego veremos, las tres pueden reducirse a una) que son, a nuestro entender, de suma importancia.

1º.— El régimen, por presión exterior, por imperativos sociales y económicos, por una presión de la base que va del simple peón al universitario —pasando por una gama de clases y grupos intermedios, sin excluir al bajo clero—, inició una operación de *salvamento* que hoy es ya irreversible: nos referimos a lo que se ha dado en llamar liberalización, término que por comodidad aceptamos sin perdernos ahora sobre el valor y el alcance real de la expresión. Valga la imagen —sin que en ello se vean dobles intenciones— como una fórmula parecida a la desestalinización iniciada por Krushev.

Cada día son menos los que, en España, no se definen como liberales, demócratas progresistas y socialistas. Estas tomas de posición podrán no darnos satisfacción, pero traducen, no obstante, una realidad que no podemos ignorar. Y ello por dos razones :

- a) Las corrientes que se manifiestan son de signo demócrata burgués.
- b) Hay una casi total inexistencia de corrientes socialistas revolucionarias.

La personalización del sistema falsea su comprensión. Indudablemente, Franco tiene poder determinativo. Pero los dictadores más poderosos son a veces incapaces de poner tope a corrientes y presiones que terminan con su propio sistema. Es un error creer que la corriente « liberal » ha sido únicamente determinada por el propio régimen y que éste podrá acabar con ella cuando le plazca. El régimen frena y trata de canalizar esas corrientes para dominarlas mejor. Ahora bien, no somos alarmistas ni compartimos el criterio de quienes ven en el más mínimo conflicto la caída inminente de Franco. Es indudable que la desaparición de éste permitirá esclarecer muchos puntos, pero hemos de tener presente que de lo que se trata hoy es de combatir ya el franquismo de recambio y de sentar las bases que posibiliten la eclosión de un verdadero movimiento revolucionario.

La corriente demócrata es tan clara, que hombres que hasta recientemente fueron partidarios de la monarquía absoluta alardean hoy de vocación liberal : tales son los casos de Calvo Serer, director de « Madrid » y teórico del Opus ; de Gil Robles, que fue aspirante a Führer y que hoy, en *Cartas del Pueblo Español*, libro publicado bajo su dirección, se declara demócrata convencido ; y de Serrano Suñer, que en recientes páginas escritas para el « ABC », si bien trata de justificar la influencia nazi en los orígenes del estado franquista, considera que los tiempos han cambiado y que se hace necesario democratizar las estructuras.

2º.— Actualmente, la universidad aparece como el sector más politizado de la sociedad española. Los estudiantes — más que los profesores, los cuales, salvo honrosas excepciones, siguen sumisos y timoratos— son conscientes de la fuerza que hoy representan y entienden utilizarla hasta conseguir sindicatos libres de toda ingerencia estatal, tratando de crear organizaciones democráticas dentro de las estructuras actuales. Los estudiantes saben que no está a su alcance un cambio total del sistema político ; pero saben también que, si sus aspiraciones democráticas logran tomar cuerpo, podrán convertirse en un ejemplo positivo para el pueblo.

En este sentido, cuantas iniciativas tomen los estudiantes — incluso servirse de las propias estructuras del régimen— nos parecen positivas. No se puede vivir en una sociedad, máxime si se quiere ser miembro determinante, encasillado en la torre de marfil so pretexto de mantenerse inmaculado. Ignoramos por ahora, sin embargo, el límite que puede alcanzar la influencia de la universidad. Podría convertirse en un movimiento verdaderamente revolucionario, como ha acontecido en algunos países latinoamericanos. Pero podría también, una vez conseguidas sus reivindicaciones inmediatas, convertirse en un movimiento que sólo se ocupe de defender sus intereses corporativos, sin que su acción tenga influencia determinante en la vida nacional.

Por nuestra parte, podríamos especular sobre el origen de sus medios — si es que disponen de ellos—, sobre su orientación futura y sobre muchas cosas más ; pero todo ello nos conduciría a especulaciones estériles. Hay una realidad, y es que esos muchachos, en su mayoría hijos de la burguesía, desarrollan una acción de oposición al régimen que a nosotros nos parece positiva. Han sufrido duras represiones, que en algunos casos quizás han llegado a comprometer su futuro profesional. ¿Que sus reivindicaciones pueden parecernos limitadas? Aceptado. Pero su dinamismo ha conseguido desencadenar una corriente de oposición que tiene además el apoyo de la población laboriosa. El estudiante goza de gran prestigio, prestigio que no pueden eludir las organizaciones de oposición que deseen verdaderamente llevar a cabo una acción fructífera.

3º.— Y llegamos ahora al tercer enunciado: nos referimos a las comisiones obreras. La presencia de este género de organización obrera es un fenómeno original que ha causado sorpresa tanto al régimen como a la oposición clásica. Podremos no estar de acuerdo con la actitud o las determinaciones de las comisiones obreras; podremos también aquí especular si están influenciadas por la democracia-cristiana o por el Partido Comunista; podremos discutir su contenido revolucionario o desaprobamos su posible orientación conservadora: todas esas actitudes son lícitas en la medida en que es lícito adoptar una postura crítica ante cualquier problema. Lo que no podemos, en cambio, es desechar la realidad de esas comisiones (y por realidad entendemos una fuerza, en esencia y potencia, que tiene una influencia en la vida nacional). Se nos podrá objetar que en el seno de la sociedad española existe un potencial revolucionario capaz de transformar todo el sistema; pero mientras de tejas abajo no se manifieste, no deja de ser una hipótesis, y elaborar una teoría de acción basada solamente en hipótesis requiere un esfuerzo de imaginación que renunciamos a realizar.

Sin ignorar que hay otros aspectos de la vida española que merecen ser analizados, hemos creído oportuno centrar nuestra atención en estos tres puntos por considerarlos de mayor influencia en la vida nacional, puesto que, en suma, marcan hoy ya una pauta.

El futuro de España podrá ser un enigma. Pero, ¿qué es el futuro? El resultado de una larga y penosa gestación. No se cambia la faz de una nación con simples declaraciones de principios, sean éstos del color que sean, y menos aún se consigue por la real gana de un puñado de individuos sin influencia efectiva ni medios adecuados. El triunfo de una concepción política —y en particular, si se trata de concepciones extremas— es siempre obra de largo plazo. Analizadas las corrientes políticas que predominan hoy en España, es necesario hacer un recuento de nuestras posibilidades y presentar opciones para las soluciones inmediatas. Perdernos en posibilismos utópicos podrá tener una resonancia lírica muy satisfactoria para nuestros deseos, pero nos aleja de la realidad y, por ende, de una posible acción sobre las fuerzas que hoy se agitan.

L. P.

Debate ideológico sobre el porvenir del sindicalismo español

Por múltiples razones se nos plantea a los militantes libertarios, que no queremos conformarnos a militar en un movimiento de simple retrospectiva y contemplación histórica, el realizar un profundo y urgente análisis sobre la actual coyuntura sindical en nuestro país y sus perspectivas de evolución en el futuro inmediato.

Fundamentalmente :

- por ser los herederos de una fecunda tradición sindical,
- por considerar que es la clase trabajadora la que debe hacer la revolución,
- por considerar nuestra ideología profundamente ligada a la lucha de clases y, por lo mismo, a las razones de ser del sindicalismo,
- por haber sido la clase trabajadora española —en el pasado y aún puede seguir siéndolo hoy— la impulsora de todas las transformaciones políticas fundamentales,
- por no estar aún, en nuestro país, sólidamente implantadas las corrientes y las mastodónticas organizaciones reformistas típicas de la sociedad neo-capitalista occidental.

Pero todas estas razones, y algunas más, no pueden inducirnos a considerar, a priori, que el sindicalismo sea la única vía por la cual se pueda alcanzar la transformación de la sociedad.

Se trata, pues, de profundizar lo más rigurosamente posible en la problemática particular del sindicalismo español, situándolo dentro del contexto general político-social, para sacar consecuencias válidas y eficaces para que nuestra actuación y esfuerzo se aplique —no sólo por un criterio de eficacia, sino también de consecuencia revolucionaria— en aquel terreno y en aquella dirección que puedan ser más útiles para el objetivo que perseguimos. Para provocar en el seno de la sociedad española las transformaciones más radicales y más avanzadas, en el largo camino de la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista y estatista.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ACTUAL

Sin intentar hacer una descripción exhaustiva de la sociedad española actual —no sólo por la limitación del espacio, sino por ser su estructura actual bien definida y conocida—, nos referimos a ella para afirmar que nuestro análisis de la coyuntura sindical, parte de las condiciones de hoy, 1967, y no de las que fueron en un pasado ya lejano: 1936.

Esta puntualización resulta necesaria por significar, clara, y rotundamente, que nos hemos liberado del lastre que nos impedía ver objetivamente la realidad: la sentimental creencia en que el glorioso pasado de nuestro movimiento no había aún muerto.

Tampoco se trata de creer que la sociedad española actual ha cambiado tan radicalmente, que lo que ayer fue posible hoy ya no lo es más. Se trata simplemente, sintéticamente, de demostrar, de ver, lo que no ha cambiado y lo que ha cambiado dentro de ella y fuera de ella.

Por razones que son evidentes para todos, la dictadura franquista (encarnación de los intereses y las ambiciones de las oligarquías clérigo-militares, de la gran burguesía y los grandes terratenientes) aún continúan teniendo el poder sólidamente en sus manos. Por el contrario, las grandes fuerzas populares (organizaciones políticas y organizaciones sindicales) que un día determinaron o estuvieron a punto de determinar los rumbos de la vida política y social del país, han quedado reducidas a casi nada. E incluso la relación de importancia entre ellas también ha cambiado sensiblemente.

Así, frente a la gran masa popular aún dura y desconsideradamente expoliada y tratada, con sus minorías —muy minorías— inquietas y revolucionarias condenadas a una difícil lucha de clandestinidad y exilio, con sus movimientos reivindicativos, protestatarios y solidarios sucediéndose espontánea y esporádicamente, encontramos aún fuertemente coaligadas las fuerzas tradicionales de la reacción y el derrotismo claudicante y dispersivo de los restos de las formaciones clásicas de la izquierda, hoy llamada «oposición».

Y, frente a la gran burguesía monopolística —la evolucionada y la sin evolucionar—, aliada al alto clero y a las jerarquías pretorianas, que siguen siendo las detentadoras de todo el poder político y económico, sólo existe una «oposición» coherente, sólidamente asentada y con perspectivas de futuro: la que integran los diferentes grupos de la «democracia cristiana» (una gran parte de la clase media, de origen universitario, estratégicamente bien situada en los diferentes niveles de la estructura económica, cultural y periodística del país, a la que presta respaldo considerable la pequeña y gran burguesía industrial y comercial que aspira a una efectiva «liberalización» para acelerar el proceso de integración a la Europa «democrática»).

El ideal de esta «oposición» —coincidente en algunos aspectos con el sector «planificador» del actual equipo de gobierno— se reduce a exigir una mayor «liberalización» del régimen, dentro de un cuadro de «evolución democrática legal», que borre definitivamente del panorama político los «últimos vestigios» totalitarios del sistema (la CNS y el control absoluto del equipo falangista sobre ella), abriendo paso al juego político-electoral de los partidos (ciertos partidos), con toda su gama de posibilidades individuales de ascensión personal. Para una mayor garantía y eficacia de la libre empresa capitalista, en el proceso integrador de las masas trabajadoras al sistema, mediante la acción adormecedora de las grandes sindicales reformistas y los llamados partidos obreristas. Todo dentro de una «estrategia de lucha pacífica» que no ponga en entredicho ni en peligro los fundamentos del Estado y la sociedad capitalista.

Así, y pese a su indómita rebeldía (demostrada en muchos hechos recientes), treinta años de dictadura y feroz represión han dejado reducido al pueblo a la simple condición de espectador y bestia de carga. Dado que en el proceso político

social que se está gestando no dispone de participación alguna, al no existir las organizaciones revolucionarias que encarnarían y sabrían defender sus legítimos derechos e intereses. Y dado que las que se le perfilan y se le presentan, con hábil publicidad, sólo buscan encuadrarlo y facilitar a la « oposición burguesa » el triunfo de la política de « liberalización » para el asentamiento definitivo de nuestra sociedad conforme a los moldes de la sociedad neocapitalista occidental.

Este es el cuadro que presenta hoy la sociedad española, lejos de las disquisiciones dialécticas de los teorizantes del régimen o de la « oposición ». Y es en el seno de esta sociedad que tenemos que situarnos para preguntarnos cuál es el porvenir que le espera al sindicalismo reivindicativo y al sindicalismo revolucionario. Pues las posibilidades y perspectivas de desarrollo de uno y otro, hoy más que nunca, aparecen irreductiblemente antinómicas.

Sin olvidar que aún tenemos vivita y coleante esa forma de sindicalismo original que, de una u otra manera, ha llenado más de un cuarto de siglo de la « historia sindical » española: el sindicalismo verticalista.

LA C.N.S. Y EL SINDICALISMO VERTICAL

Aunque con mucha facilidad se afirma que el « sindicalismo verticalista » es una estructura falsa, incompatible con la sociedad neocapitalista hacia la que parece orientarse indefectiblemente la sociedad española, la verdad es que este « sindicalismo » existe, legal y prácticamente. Y que, rechazándolo o no, desde la clandestinidad o infiltrados en su seno, hay que admitir que su realidad es la única que cuenta por ahora.

Condenarlo a priori a una pronta defunción, por el simple hecho de que es una estructura totalitaria destinada al sacrificio en el inevitable proceso de « liberalización », sería dar una solución simplista a un problema, que es hoy un gran problema, y que puede continuar siéndolo durante mucho tiempo. Y lo será mientras las disensiones internas del régimen, entre el sector formado por la burocracia verticalista y el sector que se presenta como el abanderado de la « liberalización » y « planificador » de la sociedad neocapitalista, sean aún controladas por los árbitros de la situación: el grupo de militares que con Franco a la cabeza, integran los generales Muñoz Grandes, Alonso Vega, Carrero Blanco, etc., y algunos personajes que han sabido, con mucha habilidad y descaro, servir de portavoces de estos últimos: como es el caso del altanero ministro de Información y Turismo.

La batalla entre « liberalizadores » e « integristas » pasa antes por el enfrentamiento, ya en pleno apogeo, de los primeros con los verticalistas en ese peligroso terreno de la representatividad democrática dentro del sindicalismo.

Esta lucha, que puede aún tardar mucho en decidirse definitivamente por un bando, seguramente tendrá —se está viendo ahora— avances y retrocesos cuyo resultado dependerá de humores o decisiones de la cúspide. Por lo que no debe sorprendernos que, mientras la cúspide no se derrumbe o se cuartece, el sindicalismo vertical seguirá siendo acosado por los « liberalizadores » —desde dentro o fuera del gobierno—; pero en modo alguno será sacrificado.

Además, no debemos olvidar que la C.N.S., al menos en su estructura orgánica, da satisfacción a muchas de las aspiraciones, que los principales grupos sindicales de oposición (Comisiones Obreras, y toda la gama de grupos y tendencias marxistas y católicas) presentan hoy en primera línea: unidad sindical, patrimonio sindical establecido y reconocido, representación sindical a todos los niveles económicos, sociales y políticos, etc.

Y no olvidemos que muchos de los hombres que hoy dirigen este sindicalismo, tienen la suficiente perspicacia política —la han demostrado con sus maniobras más recientes: diálogos, elecciones sindicales, consejos de trabajadores— para otear el futuro y preparar, con tiempo, los cambios necesarios para que este

sindicalismo pueda quedar adaptado a la sociedad neocapitalista y « democrática », con las mismas posibilidades de eficacia para encuadrar a las masas proletarias como pueden ofrecerlas las corrientes reformistas tradicionales.

Y para ello disponen de una fuerza política y económica considerable, y, además, la convicción absoluta de que todas las grandes centrales sindicales se dirigen desde arriba y no por la base.

Pero el « sindicalismo vertical » es hoy algo más que un simple grupo de aprovechados falangistas o de privilegiados burócratas sindicales. La C.N.S. es una estructura sin la cual toda la sociedad española actual se vendría estrepitosamente abajo. Porque de una manera u otra llena un vacío que no puede ser llenado únicamente con represión y bayonetas. Y mucho menos en las condiciones actuales de España y del mundo. Su misión fue llenar, con una mascarada representativa, el vacío que se produjo al ser extirpadas de raíz las organizaciones sindicales clásicas: reformistas y revolucionarias. Durante una etapa, el « sindicalismo vertical » fue eficaz, porque sólo era necesario cubrir las apariencias, a la vez que servía de acomodo a toda una plaga de falangistas y « vencedores » aspirantes a funcionarios y burócratas. Hoy, su misión ya no puede ser la misma. Porque internamente el sistema ha evolucionado y la corporatividad fascista ya no sirve para mantener sumisa a la clase trabajadora.

Y porque externamente el « sindicalismo vertical » es compatible, por su artificialidad, con el « sindicalismo integrador » de la Europa occidental, en donde efectivamente cumple su misión de encuadramiento e integración de la clase trabajadora a la sociedad capitalista.

Se requiere una estructura que sea capaz de realizar, sin imposiciones violentas, esta integración, para evitar el peligro de la actuación espontánea y revolucionaria de los trabajadores. Por eso hay ahora tanta prisa, a la par que titubeos y temores. Y por eso casi todos los esfuerzos se encaminan hacia la conservación de la C.N.S. y la sustitución del « sindicalismo vertical » —ideas, prácticas y hombres— por un sindicalismo reformista democrático, pero consciente de su misión integradora y en modo alguno sospechoso de veleidades revolucionarias.

Enfrentados a esta coyuntura, los hombres del sindicalismo vertical han reaccionado —de acuerdo a lo que su mentalidad y compromisos les permiten— y libran la batalla de la supervivencia. Y podrán quizá lograrla, o al menos llenar todavía una larga etapa, si sus contradicciones fundamentales (falta de respaldo popular e imposibilidad de situar en los puestos de mando a los líderes naturales de la clase trabajadora) son resueltas. Y, sobre todo, si las divisiones del sindicalismo reformista —clásico o de nuevo cuño— le facilitan su tarea al no lograr conciliar en un gran movimiento coherente los « intereses » y los personalismos de las diferentes « tendencias democráticas ».

Situados ante el dilema de buscar a toda costa el respaldo de las masas trabajadoras o desaparecer, acosados por la derecha « evolutiva » y por las propias exigencias de la dinámica que las luchas obreras actuales imponen a la vida sindical, los dirigentes verticalistas no han vacilado en buscar respaldos y reconocimientos, en el interior y en el extranjero. Y han abierto el diálogo con todos aquellos que, sin representar una fuerza trabajadora organizada, representan por lo menos corrientes sindicales clásicas. Así, con la integración de unos cuantos « nombres » —otrota prestigiosos— que un día encarnaron el sindicalismo confederal, han creído iniciar el camino de la « democratización » —por arriba— y cubrir el expediente cara a las presiones del movimiento sindical europeo. La integración de estos « nombres » al sindicalismo vertical no ha dado, ni a unos ni a otros, resultados satisfactorios. Porque la simple integración de « nombres », que nada representan hoy para las masas trabajadoras, no puede resolver el problema del reconocimiento representativo de los trabajadores, que los dirigentes verticalistas tienen que buscar para supervivir. Y a los que se han prestado, consciente o inconscientemente, a esta maniobra verticalista, porque

sin fuerza organizada detrás de ellos no sirven más que como dialogadores de pacotilla y de circunstancia para el verticalismo, que sólo busca con ello ganar tiempo y cubrir las etapas demagógicas que se ha trazado para supervivir sin ceder las riendas de mando de la organización sindical: las llamadas elecciones sindicales —en las que consiguieron embarcar hasta a los grupos jóvenes más resultantemente antiverticalistas—, y la nueva ley sindical en preparación y que esperan someter próximamente a referéndum.

De todas formas el sindicalismo vertical logrará, si la oposición obrera no cambia sus tácticas actuales, salvar el mastodóntico aparato sindical construido a lo largo de estos treinta años de totalitarismo, la C.N.S.; pues a ella, como estructura, nadie se ataca, y, en cambio, muchos son los ojos que la miran como escalón de enchufe futuro. Salvada la C.N.S. por la «insistencia» oficial y por la inconciencia revolucionaria de la oposición sindicalista, el problema de la supervivencia del sindicalismo vertical resultará secundario; ya que entre los cuadros burocráticos actuales y los que se apuntan para el futuro bien puede producirse una ósmosis que los «salve» a todos y que pueda facilitar el proceso de integración, a la sociedad neocapitalista, de la clase trabajadora española.

LA OPOSICION SINDICALISTA

Del análisis que acabamos de realizar se desprende una conclusión evidente: en las actuales luchas, de la clase trabajadora desorganizada, se está decidiendo el porvenir del sindicalismo español. Y dependerá, en última instancia, de la orientación que sepan o quieran darle, a las mismas, los diferentes grupos que integran la «oposición sindicalista» actual.

En otras palabras: después del paréntesis de treinta años de sindicalismo totalitario, la clase trabajadora se encuentra nuevamente al origen, a la génesis de su historia. Y muy pronto tendrá que decidir entre encuadrarse (con retardo y desventaja) al movimiento de integración facilitado por el sindicalismo reformista, en todo el mundo capitalista, o volver a la aplicación de las tácticas de acción directa —que caracterizaron las primeras etapas del sindicalismo internacional— que permitieron la fundamentación teórica y práctica del sindicalismo revolucionario. Y que, además, obligaron al capitalismo a cambiar sus tácticas y métodos de explotación.

Y decimos que pronto tendrá que decidirse entre uno u otro camino, porque si bien este largo período —en que ha desaparecido, casi totalmente, la generación de militantes obreros que dieron al sindicalismo del «36» su contenido y fuerza revolucionaria— ha provocado una profunda despolitización de la clase trabajadora, en cambio, la supervivencia del Estado fascista y del sindicalismo vertical dan, al contexto social español actual, una dinámica particular. Diferente de la del resto de los países del mundo occidental; en los que el proceso de integración de la clase trabajadora ha sido posible por la existencia de gobiernos «democráticos» que daban garantías legales a las reivindicaciones obreras, dentro de la línea de actuación integradora del sindicalismo reformista.

Esta situación original (que consciente o inconscientemente muchos olvidan) en la que se encuentra la clase trabajadora española, o ibérica más bien, posibilita, en cierta forma, el que las perspectivas del sindicalismo revolucionario no sean tan negativas como lo son en el resto del mundo: integrado democrática o totalitariamente. De ahí que los sindicalistas revolucionarios deban analizar con particular interés el origen, composición y orientación de los diferentes grupos que intentan, actualmente, organizar y ganarse la confianza de las masas trabajadoras en nuestro país, antes de decidir cualquier tipo de actuación o colaboración en el terreno sindical.

Para su estudio, estos grupos pueden y deben dividirse en dos sectores: los que integran las formaciones clásicas (C.N.T., U.G.T. et S.T.V.) y los que

componen las formaciones de nuevo cuño (H.O.A.C., J.O.C., F.S.T., U.S.O., A.S.T., A.S.O., Comisiones Obreras, etc.).

Las tres organizaciones del primer sector, «aliadas» después del 61 en una Alianza Sindical (A.S.E.), efectiva en el exilio y prácticamente inexistente o inoperante en el interior —aunque nos duela a los que militamos en alguna de ellas—, después de 25 años de exilio de sus cuadros militantes más activos y destacados, han cedido el terreno, en el interior, a las formaciones de composición más reciente. Conformándose con llevar una simple actuación burocrática de relación entre sus afiliados —casi todos definitivamente adaptados a los países que los han acogido—, sin mayor proyección hacia el interior que las esporádicas introducciones de propaganda, de una reducidísima circulación. Las propias luchas intestinas —originadas por los enfrentamientos de tendencias, por los personalismos y por el control de los comités— han ayudado a que todo gire, a lo largo de estos 25 años, en torno a estas «luchas» burocráticas de asambleas y comicios, escisiones, expulsiones y firma de pactos, sin mayor trascendencia en la lucha contra la dictadura franquista y la burguesía española.

Así, sus efectivos se han ido reduciendo progresivamente, hasta quedar reducidos al presente a la simple calidad de asociaciones de «ex-militantes» —aunque ni los simples cotizantes ni sus «dirigentes» quieran reconocerlo—, sin influencia sensible entre las nuevas generaciones que integran el proletariado español actual (tanto el de dentro como el que ha emigrado a Europa en los últimos años).

En el interior, los grupos de militantes de estas organizaciones —que pudieron librarse de la feroz represión franquista— tuvieron que conformarse, durante estos 25 años, con llevar una actuación clandestina —cuando la llevaron— reducida también a la simple relación, organización y reorganización de los militantes conocidos, seguros y dispuestos a reunirse, de cuando en cuando, para aprobar o desaprobar las «posiciones» de las organizaciones del exilio. La lucha de «tendencias», fomentada desde el exterior, y las sucesivas oleadas represivas, imposibilitaron la existencia de algo coherente, realmente representativo e influyente en el seno de la clase trabajadora. La que no por ello dejaba de existir y de resentir la explotación capitalista; si bien la ausencia de sus organizaciones de defensa y otras causas determinaban cambios notables en su mentalidad y en su espíritu de lucha.

La vida de estas organizaciones —o quizás más valdría decir: el vegetar de estas organizaciones— ha transcurrido, durante todo el período franquista, en una permanente disquisición crítica o glorificadora de lo que fueron o no debieron ser en el pasado. Todos sus análisis y tomas de posición partían de una realidad, la de 1936, que ya no lo era y que ya no podía volver... con simples invocaciones o esperanzas milagreras. Y este estancamiento analítico y táctico, junto al inmovilismo burocrático exilado y al paso de los años..., dieron como resultado su apartamiento de la realidad española, en la que se proyectan hoy como un eco del pasado y como algo anacrónico, ineficaz e inoportuno...

Desde el punto de vista teórico, siguen fieles a sus postulados y principios básicos —claramente reformistas los de la U.G.T. y la S.T.V. y radicalmente revolucionarios los de la C.N.T.—, aunque dentro de la Alianza Sindical las tres se confunden en una misma posición integradora y conciliadora en el seno de la «nueva sociedad española» después «del derrumbe del franquismo...»

Dada la dramática situación en que se debaten estas tres organizaciones, la Alianza Sindical por ellas constituida ha tenido una vida intrascendente —pesé al respaldo moral y material que la C.I.O.L.S. y la C.I.S.C. le otorgaron desde su constitución—, sin mayor presencia en las recientes luchas obreras en España que la esporádica repartición de octavillas en ocasión de algunos conflictos laborales.

Sin duda, en el seno de estas tres organizaciones, aún existen grupos de militantes que, disconformes con el inmovilismo fomentado desde los comités

burocráticos del exilio, intentan cambiar este lamentable « actuar » del sindicalismo clásico; pero, al menos por el momento, sus posibilidades son muy reducidas y su esfuerzo inútil. Y de esta impotencia de la base más consciente se deriva un recrudescimiento de los maniobros políticos de las camarillas que aspiran a quedarse con las siglas y con el prestigio histórico que estas siglas representan. Los unos para « negociar » —para servir de instrumento—, en su nombre, con los jefes del sindicalismo vertical el « futuro del sindicalismo español »; los otros para « salvar » su espíritu revolucionario y justificar la continuidad del burocratismo exiliado.

En el segundo sector es obligado comenzar por las H.O.A.C. y la J.O.C., puesto que estas dos organizaciones de promoción obrera, dependientes de Acción Católica, han sido las que más han podido participar —paralelamente al sindicalismo vertical— en los conflictos laborales hasta un pasado reciente, convirtiéndose en la cantera, consciente o inconscientemente, de toda una activa militancia sindicalista joven. Que finalmente ha determinado la formación de organizaciones católicas no confesionales (F.S.T., U.S.O. y A.S.T.), dinámicas e influyentes, que pueden ser la base de un sindicalismo católico de gran envergadura en un futuro próximo.

Dejando de lado a las H.O.A.C. y a la J.O.C., que continúan y continuarán siendo centros de formación de militantes sindicalistas católicos, se puede afirmar que las otras tres organizaciones —y las que en el futuro aún puedan « surgir » de ese mismo origen común—, a las que sólo separa, al parecer, su mayor o menor grado de confesionalidad (lo que les permite un mayor o menor grado de acción conjunta con los comunistas y otras formaciones sindicalistas), son intentos que han demostrado, en la práctica, que un sindicalismo católico —aparentemente o sinceramente no confesional— puede ser constituido en las actuales condiciones en que se encuentra el proletariado español. El dinamismo juvenil de sus militantes, sus posibilidades semi-públicas de actuación (garantizadas, en parte, por su origen), sus respaldos económicos y morales indiscutibles (las organizaciones sindicales cristianas europeas) y la actual coyuntura sindical de nuestro país (despolitización de las masas trabajadoras), les facilitan la tarea de consolidación y ampliación orgánica en el seno de las nuevas generaciones de trabajadores particularmente. Su directa y decidida participación en las actuales luchas obreras les garantiza un puesto destacado en la « oposición sindical » actual y en el sindicalismo de mañana.

Estas tres organizaciones, aunque con algunas diferencias más o menos importantes, se inscriben dentro de los lineamientos programáticos de un « sindicalismo rigurosamente apolítico », evolutivo y superficialmente clasista. Con postulados teóricos que van del marxismo, pasando por el anarquismo, hasta la nueva doctrina social de la Iglesia. Llegando alguna de ellas (la A.S.T.) hasta la negación total de la sociedad capitalista.

La Alianza Sindical Obrera (A.S.O.) debe ser incluida en este sector, si bien puede considerarse, al menos por el momento, como una experiencia fallida para aglutinar en una sola organización, en el interior, a los restos de las Organizaciones clásicas (C.N.T. y U.G.T.) y a las nuevas promociones sindicalistas cristianas, bajo el respaldo moral y material de las centrales sindicales socialistas europeas y, particularmente, los sindicatos metalúrgicos alemanes y yanquis.

Como la otra Alianza (la A.S.E.), la A.S.O. ha quedado reducida a una pura promoción publicitaria, al no lograr captar a los jóvenes militantes sindicalistas católicos que, al ver la falta de arraigo de esta Alianza y de sus dirigentes entre la base obrera, han preferido relanzar sus propias organizaciones (F.S.T., U.S.O. y A.S.T.).

Así, la A.S.O. ha quedado limitada a sus reducidos grupos dirigentes fundadores que, por ahora, tienen que conformarse con lanzar, de cuando en cuando y como la otra Alianza, boletines y programas para demostrar que aún existen. Aunque alguna de las personalidades que, al principio, coquetearon con

ella la han dejado caer definitivamente (Tierno Galván, etc.), así como alguno de los grupos socialistas del interior (disidentes del Exilio) que ahora han creado sus propias siglas (C.O.S. y U.T.S.) que, junto con la F.S.T. y la U.S.O. acaban de constituir el « Frente Sindical Democrático », como respuesta a las últimamente muy sonadas « Comisiones Obreras ».

Estas últimas han resultado ser, en la práctica, las que se han demostrado más eficaces para interesar y movilizar a los núcleos obreros de las principales capitales, pues han sido constituídas directamente en la base y, en cierta forma, espontáneamente al relacionarse y organizarse, al margen y paralelamente al sindicato oficial, los « enlaces sindicales » elegidos directamente por los trabajadores dentro de los propios lineamientos legales.

Las « Comisiones Obreras » que, al principio, sólo tenían un carácter provisional y limitado a conflictos laborales concretos, fueron adquiriendo importancia y amplitud al introducirse en ellas militantes sindicales, políticamente más formados (particularmente católicos y comunistas), que comprendieron las posibilidades que ellas abrían. Así se llegó al intento de estructuración nacional —en pleno desarrollo y experimentación— en que, comunistas y cristianos (A.S.T.), han conjugado sus esfuerzos para constituir una organización sindical unitaria de oposición, paralela a la C.N.S., empleando en gran parte los propios derechos que el sindicalismo vertical ha concedido.

Las « Comisiones Obreras », como todas las otras formaciones incluídas en este sector, se conforman o se han asignado voluntariamente la tarea de constituir un « sindicalismo de oposición al sindicalismo vertical », sin otra aspiración que la de sustituirle, en un futuro próximo, como representante de la clase trabajadora española en el inevitable proceso « evolutivo » de nuestra sociedad.

Así, teórica y prácticamente, se presentan como el recambio « democrático » al sindicalismo totalitario que, de una u otra manera, tendrá que ser sacrificado el día que el capitalismo español se considere apto para entrar de lleno a la sociedad neocapitalista occidental y « democrática ». Un « recambio democrático » que, únicamente orientado hacia la estructuración y consolidación de un sindicalismo profesional, reformista y « apolítico » —en el sentido de que aspira a su reconocimiento y legalización por no importa qué régimen político—, renuncia a la lucha contra la dictadura y a la lucha por la revolución.

Las consecuencias de esta doble renuncia, tanto por los grupos del último como del primer sector, no sólo serán nefastas para el porvenir de la clase trabajadora, sino que ya ahora están dando sus frutos con el endurecimiento de la actitud oficial, que no ve ninguna amenaza seria en esta « oposición » que no se atreve ni siquiera a impugnar el sistema instaurado antidemocráticamente.

Octavio ALBEROLA.

...y una última noticia en torno a la actualidad sindical

Cuando ya estaban escritos los artículos de nuestros colaboradores, y a punto ya de que el presente número entrara en máquina, las Comisiones Obreras celebraron —el 21 de abril pasado en Madrid— una asamblea ilegal en la cual se dio lectura al programa de esa organización.

Los puntos básicos de dicho programa son los siguientes: libre designación de los dirigentes sindicales, independencia sindical frente al Estado, incompatibilidad entre las altas funciones políticas y sindicales, coexistencia de todas las tendencias en un sindicato libre, derecho de huelga, garantías para los delegados y control del patrimonio obrero por los propios trabajadores.

El documento insiste en la necesidad de llegar a la creación de un sindicato que represente auténticamente los intereses de los trabajadores y exige que la futura Ley Sindical anunciada por el gobierno franquista sea elaborada por los obreros y no por los funcionarios del Estado.

El primer paso hacia la creación de una estructura sindical específicamente obrera sería, según se expone en dicho programa, la celebración de un « Congreso Sindical Constituyente » cuyos delegados deberían ser elegidos democráticamente por la propia base.

Otra de las reivindicaciones formuladas por las Comisiones Obreras es la libre reincorporación a España de los exilados y la libertad inmediata de los presos políticos, con el objeto de que todos ellos puedan participar normalmente en la lucha obrera en pro de la transformación de las actuales estructuras.

Por otra parte, se nos asegura que, pocos días antes de este acto, la Unión Sindical Obrera (U.S.O.) había recogido ya más de 40.000 firmas para un documento en el que esta organización expone sus reivindicaciones en relación con la futura Ley Sindical. La difusión de dicho documento fue causa de que la policía practicase detenciones, especialmente en Asturias y en el País Vasco, donde, por cierto, el gobierno decidió prácticamente (21 de abril) proclamar un verdadero estado de emergencia con motivo de la agitación social existente en la región.

Estos hechos vienen a confirmar nuestra convicción de que la actualidad sindical española constituye un factor determinante en la coyuntura política de hoy y de mañana. Queda así justificada la decisión de PRESENCIA de prestar la máxima atención al tema, tal como lo hemos hecho en este número.

Como anunciamos en la breve presentación (ver pág. 1) a los cuatro artículos sobre el problema sindical, expondremos en nuestro próximo número la posición de la revista en torno a esta cuestión y aprovecharemos para comentar más ampliamente los últimos acontecimientos.

La Redacción

¿Un dilema entre eficacia y libertad?

REINVENTAR EL ANARQUISMO

« PRESENCIA » publicó en su número 5 (septiembre-octubre 66) la carta de un lector que señalaba una carencia importante en nuestra revista: concretamente la falta de artículos dedicados a la teoría y a la práctica revolucionaria anarquista, a sus « tácticas reales de acción », a las etapas que deben ser recorridas « para poner en marcha una sociedad en caso de que triunfase una revolución de signo libertario ».

Desde su creación nuestra revista se declaró, en efecto, « tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la sociedad de hoy ». Mal puede zafarse por lo tanto de una obligación que constituye sino la única, sí la principal razón de su existencia.

Creemos necesario someter dentro y fuera de nuestra columna la ideología y los principios anarquistas a un análisis exigente, y ello en función no de criterios de orden sentimental o ético sino en la medida que respondan al requisito esencial de toda doctrina revolucionaria: la de constituir una herramienta capaz de transformar la sociedad. Sólo así, estimamos, podrá subsanarse el bajísimo nivel teórico actual que hace que el anarquismo, en estos momentos, sea incapaz de presentar un programa de acción coherente y bien definido en vez de una multitud de posturas que no reflejan más que de una manera fragmentaria, a veces hasta caricatural, lo que en su tiempo representó una doctrina, no monolítica, pero sí dotada de sólido andamiaje ideológico.

¿UN CADAVER IDEOLOGICO?

Este artículo no puede pretender más que a desbrozar el camino y a señalar, someramente, algunos temas de reflexión sobre la situación actual del anarquismo y sobre sus posibilidades, que estimamos reales, de volver a asumir un papel activo en la formación de una nueva conciencia revolucionaria.

En efecto, para nosotros el anarquismo debe ser algo más, si pretende ese papel, que una hermosa teoría destinada a ser pasto de eruditos y de idealistas brumosos en mal de humanidad. Empezaremos rechazando los Principios Inmanentes y Revelados a los que se aferran tantos anarquistas empeñados en vivir a contrapelo del tiempo y de la Historia: para nosotros, una doctrina que no desemboca en una acción práctica es una amable elucubración que en manera alguna puede pretender al título de revolucionaria.

No cabe duda por otra parte que en 1967 no es cosa fácil ser un anarquista revolucionario, como no es cosa fácil ser un revolucionario a secas. ¿Cómo podrán los anarquistas desembarazarse de esa imagen irritante —que, tanto o más que sus detractores, han contribuido a difundir— del anarquista, individuo especializado en el NO categórico, anacrónico y desorganizado, inofensivo e inquietante, algo así como un Cro-Magnon de las ideas extraviado en pleno siglo de los computadores IBM y de los aviones supersónicos?: creemos que lo lograrán en la medida en que se incorporen a la Historia en devenir, convirtiéndose en protagonistas de ella y no en simples espectadores frustrados.

Para ello será preciso una labor de sano «revisionismo» (dando a esta palabra su verdadero sentido de reelaboración constructiva), es decir, de análisis metódico de todos y cada uno de los postulados clásicos de la doctrina anarquista: es muy posible por ese camino que lleguemos a la conclusión de que en la situación de dimisión revolucionaria de los partidos socialistas occidentales y del marxismo oficial, el anarquismo, junto con las corrientes más radicales y auténticas del marxismo, pueda un día llegar a constituir de nuevo la punta de lanza de la Revolución.

Naturalmente, este puesto de vanguardia sólo podrá ocuparlo en la medida en que reestructure su doctrina, elabore un programa, se pronuncie con decisión sobre el problema del Estado, de la construcción del socialismo, de las relaciones con los demás movimientos revolucionarios, etc., etc. No podrá ocuparlo, en cambio, si se empeña en seguir viviendo de gloriosas certidumbres, tales como «el anarquista se distingue por su amor inmoderado a la libertad» o «el anarquismo es una cuestión de vísceras».

De seguir por el camino tomado desde hace treinta años, concretamente desde que el anarquismo libró con admirable empeño su última gran batalla, por el camino de la dimisión y de la rutina confortable, más vale que vaya preparando los instrumentos adecuados para proceder al embalsamamiento de la difunta idea libertaria.

¿UN ECLIPSE DEFINITIVO O PASAJERO?

En España el anarquismo, gracias a la elevada conciencia revolucionaria de sus militantes, llegó a echar los cimientos de una sociedad nueva. Sin embargo —unos opinan que por circunstancias históricas, otros afirman que para salvaguardar sus principios— se detuvo en el umbral de la conquista del poder revolucionario (lo que, contradictoriamente, no le impidió colaborar con el Estado burgués).

El eclipse histórico del anarquismo reposa pues, a nuestro modo de ver, sobre este malentendido: ¿pueden o no los anarquistas asumir la responsabilidad de la construcción de una sociedad revolucionaria? Afirma a este respecto nuestro corresponsal: «el anarquismo es algo complejo y bello, demasiado complejo y bello para ser una postura activa. Ha sido hasta ahora un fracaso frente a posturas que representan posibilidades y fines muy concretos, como el comunismo. Sin que esto quiera decir que el comunismo sea mejor.»

Para explicar ese eclipse, se ha recurrido a acusar al coco del comunismo por haber sistemáticamente defendido —con los procedimientos que todos conocemos— sus intereses propios y no los del comunismo libertario.

Nos referimos, por ejemplo, a la interpretación dada por Daniel Guérin —uno de los pocos investigadores que están realizando una labor seria de estudio del ideario anarquista— en su libro «El Anarquismo» (NRF — Collección «Idées») sobre las causas de ese eclipse: «durante años, afirma Guérin, el socialismo autoritario, desembarazado al fin de la indeseable concurrencia libertaria, llegó a hacerse en el mundo dueño del terreno». Expresando una verdad histórica innegable, Guérin rinde un flaco servicio a la causa anarquista al reducir de esta manera la Historia a las dimensiones de un simple episodio

de película del Oeste, con personajes movidos por resortes maniqueístas. Guérin debe —en su labor de investigador— ir más allá de la simple exégesis si quiere, como lo pretende, restituir en toda la precisión de sus rasgos históricos «el rostro desfigurado del anarquismo», señalando asimismo sus errores y sus insuficiencias... De no hacerlo así más vale, para la edificación de nuestros lectores convencidos de antemano —cuando las fuerzas vivas de un anarquismo resucitado están aún por conquistar— seguir evocando gloriosas efemérides, aireando clichés o sacándose de la manga filósofos chinos criptoanarquistas de la tercera dinastía Chang.

Reinventar el anarquismo significa pues asumir su experiencia histórica pasada, esquematizarlo, desbrozarlo, allanarlo, hacerlo operativo, sacarlo de su Peñon ideológico y confrontarlo con otras ideologías sin temor a ser absorbido por ellas (nos referimos naturalmente al marxismo: estimamos en efecto que privarse del materialismo dialéctico como medio de análisis e investigación de la realidad equivale a negarle terramicina a un enfermo so pretexto de que su grupo sanguíneo no corresponde al del inventor del medicamento).

UNA DOCTRINA DESCONOCIDA PERO ACTUAL

Si el anarquismo se ha convertido para unos en una pieza de museo o en juguete ideológico, y para otros en un refugio confortable para sus preocupaciones ético-individuales, todavía hay quien opina (pertenecemos naturalmente a esta última categoría) que si ha dejado de constituir una fuerza capaz de hacer tambalear el viejo orden burgués, algunas de sus ideas fundamentales han sobrevivido, casi subterráneamente, y que, vehiculadas o no por los propios anarquistas, constituyen un motivo de esperanza en el devenir revolucionario.

Los detractores del anarquismo, especialmente los marxistas autoritarios, estimaban que sólo podía influenciar las masas desprovistas de educación política, los « marginales » del banquete de la Historia: es decir, en el tiempo en que Bakunin ejercía su verbo y su acción revolucionaria: los mineros del Borinage belga, los campesinos italianos, los braceros andaluces, los obreros de la industria catalana, miembros todos ellos de ese lumpen-proletariado por el cual Marx no ocultaba su desprecio y cuyo potencial revolucionario redescubriría un siglo más tarde uno de sus discípulos mas aventajados: Mao Tse Tung... Cabe preguntarse si los anarquistas que siempre confiaron en el sentido revolucionario de las masas no fueron maoístas antes de tiempo, a menos de que la « praxis » maoísta —pensamos en ciertos aspectos de la « revolución cultural »— no haya sido subrepticamente conquistada por los conceptos libertarios.

También es libertaria la idea, implícita en los análisis históricos de Marx, hecha doctrina en Lenin y erigida en dogma revolucionario por Mao, de la necesidad de la violencia (« la revolución, afirma aquél, no se hace como una obra literaria, como un dibujo o un bordado... La revolución es un levantamiento, un acto de violencia por el cual una clase destruye a otra clase ») como motor de la Historia, no instituida en principio abstracto e inmanente, sino como componente inevitable de la lucha de clases, componente destinado a desaparecer una vez extirpadas las causas que lo motivaron, causas que la Revolución, precisamente, pretende suprimir.

La denuncia permanente de los excesos del autoritarismo, del peligro de confiar los destinos de la Revolución a un núcleo de dirigentes todopoderosos, el peligro de la excesiva centralización de las decisiones y de la gestión económica y política, de sus efectos paralizantes sobre la producción y sobre la conciencia de los trabajadores, la necesidad de renovar profundamente las bases mismas de la sociedad para desembocar en una auténtica participación global, conceptos que forman el fondo mismo de la doctrina anarquista, son temas que empiezan hoy a ser expresados y defendidos hasta en los propios países comunistas por sectores aún minoritarios pero, que a la larga, pueden llegar a abrir una brecha en el sistema ideológico oficial.

Léase a este respecto la «Carta abierta al Partido Obrero Polaco», obra de Karol Modzelewski y Jacek Buron, dos jóvenes comunistas polacos expulsados del Partido en 1964 y encarcelados en 1965 por haber difundido en la Universidad y en los medios oficiales un documento, de gran riqueza de análisis, en el que, haciendo el proceso de la estructura económica y política de su país, denuncia la subordinación de los intereses reales de la clase obrera polaca a los de la tecnoburocracia erigida en clase dominante. Su programa de acción concluye en la necesidad de arrebatar el poder a esa nueva clase por estimar «que el interés de los obreros exige la supresión de la propiedad burocrática de los medios de producción», para que «dueños de su trabajo y del producto de éste lleguen a ejercer el poder económico y político a través de sus propios órganos de gestión: los Consejos Obreros».

REALIDAD DE LA AUTOGESTION

La autogestión, es decir la gestión directa por los trabajadores de los medios de producción arrebatados por ellos mismos a sus antiguos poseedores, es una idea fundamental del anarquismo.

Para juzgar su vigencia basta evocar diversas experiencias que se desarrollan actualmente. Hasta en Rusia reaparece en estos últimos tiempos la idea de la gestión directa: ha circulado en efecto en ese país un documento clandestino bajo el título revelador de «Fénix 66» que publica, entre otros textos, un artículo hallado en los archivos del eminente economista E.S. Varga, ya fallecido, en el que éste escribía: «El comunismo representa ante todo el triunfo del espíritu socialista democrático y de una actividad cívica libre de las masas, fundada en la autogestión de los trabajadores en todos los dominios de la existencia. Mientras no se comience a superar progresivamente y conscientemente las graves deformaciones de la democracia socialista que hoy día constituyen una de las características esenciales del orden social en la URSS, este país no podrá jamás llegar al verdadero socialismo, ahora o dentro de cien años».

Aun deformada, mutilada, sometida a constantes controles, aunque no se desarrolle —es el caso actual de Yugoslavia— dentro del marco previsto por los libertarios, la autogestión, en su funcionamiento actual, no sólo puede proporcionarnos valiosos elementos de observación, sino que contiene además —para emplear la expresión del sociólogo Alfred Meister— un «virus democrático» cuyo carácter formativo y contagioso es innegable.

En Argelia la autogestión correspondía a una aspiración profunda de las masas campesinas que habían constituido las tropas de choque de la lucha de liberación nacional. Institucionalizada por Ben Bella, la autogestión representó —dentro del contexto de lucha de clases que siguió al logro de la independencia— una conquista del proletariado argelino y por ello mismo el régimen del coronel Bumedien, fruto de la alianza de la pequeña burguesía y del aparato burocrático-militar instalado en el poder, trata de limitar su valor de ejemplo e intentará quizás liquidar este sector de la economía en el que se ejerce el control directo de los trabajadores.

Sin entrar en los aspectos doctrinales que motivan nuestra oposición a los aspectos más dogmáticos de la Revolución china, observamos en la realidad de la construcción socialista de ese país —sobre todo en determinadas formas de participación de las masas— una serie de aspectos constructivos que contrastan con las pontificaciones de sus dirigentes... Y sobre todo no olvidamos que, independientemente de haber hecho la demostración, en un tiempo record, de que el subdesarrollo crónico no es una fatalidad histórica, la revolución china —revolución campesina por excelencia— ha destruido el dogma original marxista del predominio del proletariado industrial, abriendo de un golpe la puerta a todos los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo... Entre ellos a Cuba, cuyo régimen, pese a no tener olor de santidad en nuestros medios, vive un

proceso que no dudamos en calificar de revolucionario, quizás el más avanzado de todos, precisamente por el carácter de extrema fluidez que conservan sus estructuras. Es innegable, en efecto, que en Cuba, a pesar de la hipoteca de la ayuda rusa (no discutiremos aquí si los cubanos, para hacer triunfar su revolución, tenían o no otras cartas que jugar—, pese a la existencia de un fuerte sector de dirigentes que quiere instituir y estuvo a punto de lograrlo —recuérdese el caso Anibal Escalante— un sistema rígido de tipo burocrático), la lucha contra lo que los cubanos han dado en llamar el «sectarismo» y que en estos mismos momentos se desarrolla con gran intensidad, la batalla por un auténtico socialismo, está en curso y puede conducir a Cuba a esa etapa en que se realice la tarea fundamental de la Revolución: «no sólo formar una conciencia en los trabajadores, sino crear la conciencia y crear la experiencia entre los trabajadores convertidos en administradores». (Fidel Castro).

LA REVOLUCION HA CONTINUADO

Los anarquistas deben admitir que, con altos y bajos, bajo múltiples aspectos, la revolución sigue constituyendo el motor de avance de las sociedades: sería pues preciso reconocer la realidad, si no la validez total, de las revoluciones en curso, lleven éstas o no la estampilla libertaria. En el peor de los casos, pensamos en los regímenes comunistas, creemos que la simple supresión de la propiedad privada de los medios de producción constituye una etapa —que quisiéramos ver pronto superada— de innegable valor histórico. Esa nueva etapa, que no habían previsto los teóricos del marxismo, podrá poner fin al usufructo de la revolución por la nueva clase burocrática.

En resumen, si los marxistas revolucionarios (se impone en efecto la precisión: existen hoy día marxistas revolucionarios como existen anarquistas reformistas) recogen y hacen suya la idea de la autogestión, la doctrina anarquista puede aportar ese nuevo fermento que sirva de acicate y acelere los procesos revolucionarios en curso.

REINVENTAR LA REVOLUCION

Por la complejidad misma de la situación que sucede a la toma revolucionaria del poder, los anarquistas deben admitir las dificultades que entraña la construcción del socialismo: la gestión directa de los trabajadores debe ser erigida en sistema pero no hay que esperar que suprima, en un día, todas las contradicciones heredadas del régimen de propiedad anterior, por surgir la nueva sociedad, para emplear la expresión de Marx, «de los flancos mismos de la sociedad anterior». Al liberarse, la clase obrera rompe sus cadenas pero no se forja automáticamente una conciencia nueva, ni una libertad nueva: la libertad se forja en medio de esas contradicciones, entre la agonía de un mundo que muere y otro que emerge a la luz: la libertad no es por lo tanto una abstracción sino una consecuencia del enfrentamiento y de la afirmación de una de las fuerzas sociales en presencia. La libertad, como lo afirmaba ya Bakunin, «no es un hecho individual, sino un fenómeno, un producto colectivo».

Los anarquistas, para superar definitivamente el falso dilema «eficacia-ideal revolucionario», no deben rehuir los problemas que plantea la acción revolucionaria, deben aceptar —y estar preparados para resolver— los problemas que pueden resultar de una tensión entre la adecuación de los principios a la práctica revolucionaria.

No obstante, no deben dejar de hacer hincapié en la necesidad de crear inmediatamente después de la destrucción del viejo aparato estatal burgués los organismos de gestión obrera adecuados, sin pensar —repetimos— que habrán realizado de esta forma un acto revolucionario de carácter definitivo. Rechazarán el argumento que consiste en invocar la falta de madurez de la

clase obrera para imponerle una cabeza rectora que vele por sus intereses. Citemos a este respecto a una eminente pensadora marxista, Rosa Luxemburgo: «los errores cometidos por un movimiento revolucionario son, históricamente, infinitamente más fecundos y más ricos en resultados que la infalibilidad del mejor Comité Central». A la inversa, puede ser funesto idealizar la espontaneidad de las masas: las masas serán espontáneas en la medida en que, a través de la práctica revolucionaria diaria, logren actuar dentro de unas estructuras eficaces y auténticamente representativas: sin esa organización, sin esa eficacia, difícilmente podrá llegarse a una auténtica gestión obrera. Bakunin, sensibilizado como ninguno al tema de la libertad, admitía y recomendaba la necesidad de una organización y hasta de una reglamentación: «Para que una descentralización de este tipo, afirmaba, sea posible, es necesaria una auténtica organización, y una organización de este tipo no es posible sin una determinada reglamentación.»

Concluamos pues con una afirmación, un tanto moralizante, pero que no deja de contener cierta realidad: los anarquistas, por el alto nivel de exigencia que ponen en la concepción de una sociedad humana nueva, deben y pueden — este breve análisis ha pretendido demostrarlo— lograr fundir en un todo armónico el carácter ético de su doctrina con la postura o las posturas activas capaces de realizarlo. Deben, en una palabra, proponerse reinventar —a través de la práctica revolucionaria más inmediata y, digámoslo, más pedestre— la revolución. Los anarquistas, simple y llanamente, deben reinventar la vida.

Sergio DANIEL.

LA REVOLUCION:

¿Mito apocalíptico o acción cotidiana?

La historia moderna sólo puede ser comprendida a condición de que se observe la realidad por encima de las apariencias que la cubren. Sería vano, por ejemplo, coleccionar las declaraciones « revolucionarias » de los diversos partidos que se pretenden tales, para presentar un balance actual de las intenciones de esos movimientos que participan de la mistificación ideológica.

La demagogia es el arma más reciente utilizada por la burocracia política para afianzar su autoridad sobre las masas, ya se trate del poder constituido en los países totalitarios o, más modestamente, de algunos partidos de inspiración socialista. Esta demagogia consiste en el empleo de un vocabulario primitivamente ligado a imágenes y anhelos que evocan un mundo no alienado, y consiste también en invocar experiencias revolucionarias pasadas para explotar la intensidad afectiva que pueden suscitar (la Comuna, los soviets, etc.). Así, el concepto de revolución se aplica actualmente a todas las aventuras turbias de este siglo, desde el comunismo de Estado al peronismo. La libertad parece limitarse a expresar el estado de una sociedad liberal garantizada por la CIA. El concepto —recientemente desenterrado por los intelectuales de izquierda en ruptura con el stalinismo— de autogestión, está perdiendo su sentido original para diluirse en un conjunto de vagas nociones que tienden a justificar la explotación capitalista moderna.

Dedicarse a restituir al vocabulario revolucionario su sentido inicial, profundamente subversivo, o crear nuevas fórmulas verbales de carácter liberador, es una tarea parcial que sólo podrá tener éxito a condición de que, tras esa desmistificación del lenguaje, exista la base de una acción práctica. Se trata, esencialmente, de que las palabras *revolución*, *libertad* y *autogestión* vayan unidas a experiencias que, por sí mismas, establezcan una relación unívoca entre teoría y práctica.

Hagamos aquí un rápido examen retrospectivo para denunciar la ilusión « de un futuro mejor » a través de las tres ideologías revolucionarias que, sobre el terreno de la lucha de clases, se han afrontado durante un siglo antes de momificarse ante la realidad del mundo moderno. En dos experiencias concretas, asistimos al hundimiento de esas ideologías : la primera, en la Rusia de 1917, donde el centralismo leninista liquida los Consejos Obreros e instaura lo que se ha convenido en denominar stalinismo ; la segunda en 1936, cuando los representantes nacionales de las CNT-FAI española traicionan —conscientemente o no— su propia ideología y dan paso a la contrarrevolución staliniana con su colaboración gubernamental. Paradójicamente, la gloria corresponde a los vencidos : los comuneros, Espartaco, Kronstadt, el makhnovismo, los rebeldes de mayo del 37 en Barcelona. Toda revolución victoriosa ha fracasado al en-

contrarse con la realidad del poder, y mientras que —de manera espontánea— las masas revolucionarias tienden a instaurar el comunismo libertario, los dirigentes que las controlan tienden a imponerse como casta dominante para formar la futura burocracia. El porvenir revolucionario, hipotecado en aras a una presunta eficacia, se revela finalmente como el triunfo de una minoría que detenta las responsabilidades de la organización revolucionaria.

El proceso de formación de la burocracia comienza desde que se establece en el seno del movimiento revolucionario una ruptura entre la teoría y la práctica, y desde que aparecen los ideólogos encargados de justificar esa ruptura legitimando los compromisos tácticos. La vieja oposición *reformas-revolución* no tiene ya sentido, ya que los estados surgidos de las revoluciones no han modificado en nada la relación amo-esclavo. Es en torno a la cuestión del poder que se definen en la actualidad las fuerzas que pretenden cambiar el mundo. De una manera esquemática, puede decirse que será revolucionario el movimiento que, en la práctica, opere como negación del poder y oponga a éste su existencia histórica.

TAREAS DE HOY

Denunciar la democracia política de nuestra época, poner al descubierto su verdadera esencia y proclamar la estructura cada vez más totalitaria que se oculta bajo las apariencias de una libertad condicionada, es tarea que se impone urgentemente : tanto para facilitar la toma de consciencia revolucionaria de las masas occidentales, como para dar un primer paso hacia el internacionalismo proletario. Se trata, en resumen, de poner en evidencia que, bajo formas diferentes, el Estado capitalista sobrevive a todas sus presuntas transformaciones, aunque adopten éstas la denominación de comunistas.

En el marco del moderno capitalismo, las viejas consignas y la tradicional práctica revolucionaria deben ser *repensadas* fundamentalmente a la luz de los fracasos del pasado y de las nuevas relaciones de explotación. Hay que

analizar en su conjunto la ideología mediante la cual la clase dominante pretende perpetuarse, hay que descubrir en ella los puntos más débiles que posibiliten una ruptura entre clase dominante y clase alienada ; y así, aprovechando las diversas fisuras que hacen vulnerable el sistema, deben crearse sectores de experiencias estratégicas que, al mismo tiempo que permean destruir esa ideología, construyan un auténtico movimiento revolucionario.

¿QUÉ SIGNIFICA SER REVOLUCIONARIO?

Ser revolucionario, hoy, no significa en absoluto adherir y militar en un partido que se complace en exhibir tal etiqueta, como no significa tampoco soñar con una alianza tipo Frente Popular, que sólo puede interesar a las burocracias. Por el contrario, ser revolucionario significa buscar, por encima de las barreras ideológicas, una acción común entre los grupos del marxismo y del anarquismo revolucionarios ; significa además tratar de recrear, a cien años de distancia, una A.I.T. integrada por elementos en ruptura total con las burocracias obreras, exigiendo como plataforma mínima el rechazo de la concepción leninista, el reconocimiento de la espontaneidad obrera y la negativa a toda ingerencia de los partidos políticos.

El problema de la organización es inseparable, evidentemente, del problema de las perspectivas de acción. La coherencia de ese movimiento revolucionario sólo podrá ser el resultado de la confrontación de experiencias aunada a una crítica permanente de la totalidad social. Sin pretender anticipar el futuro, conviene estudiar ya desde ahora cuáles son las direcciones generales que tienen más posibilidades de cristalizar la latente rebelión de las masas obreras y de evitar la degeneración burocrática del movimiento revolucionario.

Ante todo, se impone un imperativo : proscribir la mistificación ideológica, que se presenta siempre en una aparente relación estrecha con el objetivo final, con el mito apocalíptico, con la

Gran Jornada en que se rompen las cadenas. A esta idea falsa y simplista hay que oponer el hecho real de « la revolución en la vida cotidiana », es decir, la existencia de focos revolucionarios al margen de la sociedad alienada, la creación de núcleos *antimundo* cuyo objetivo consistirá en *contagiar* el medio circundante.

Así como el tiempo revolucionario nos pertenece, el espacio es nuestra propiedad sin límites. El poder dispone de los medios de comunicación oral, escrita, visual. Para combatirlo en su propio terreno, es necesario operar, en el dominio de la « propaganda » revolucionaria, un salto cualitativo, desbordando los escasos medios de que hoy dispone (periódico, octavillas, libros) para invadir los modernos canales de información y de publicidad.

NEGAR MEDIANTE AFIRMACIONES

El movimiento revolucionario no debe tampoco limitarse a una impugnación de la sociedad, por más radical que esa impugnación sea. La posibilidad de éxito reside en su afirmación como *anti-poder*, en lucha abierta contra el Estado capitalista, interviniendo en todos los niveles de la vida social en un doble plano, destructivo y constructivo. La revolución creará sus propias armas en el transcurso de la lu-

cha, pero sabiendo bien que no existe en esa tarea una solución mágica *a priori*.

El primer paso hacia la constitución de ese movimiento revolucionario internacional puede y debe darse desde ahora, mediante la acción coordinada de los grupos anarquistas y de los grupos marxistas que condenen la práctica leninista. Esa acción tenderá, por encima de las ideologías, a crear las bases reales de un movimiento revolucionario.

Se trata, pues, de desarrollar en la acción práctica una teoría coherente. La confrontación de las teorías derivadas de la práctica de los diversos grupos, sumada al análisis crítico de la sociedad y al de los movimientos y las teorías revolucionarias que se han sucedido a través de la historia, sentará las bases de un reagrupamiento revolucionario.

El pensamiento libertario, reavivado al contacto de lo concreto, resurgirá entonces como una realidad que parecía ausente de nuestro mundo, pero que simplemente se había concentrado en algunos núcleos que lograron mantenerlo vivo en un tiempo en que las ideas aparentemente mejor adaptadas al mundo tecnocrático en gestación se osificaban a medida que ganaba solidez el capitalismo de los tecnócratas.

GILBERTO IGLESIAS

PROBLEMATICA DE LA EMIGRACION

La emigración de trabajadores españoles a varios países europeos constituye uno de los fenómenos más característicos de la España de hoy. En consecuencia, PRESENCIA ha considerado de interés ofrecer a sus lectores un trabajo que presentara, por así decirlo, una visión panorámica sobre el tema.

Maurice Revert, un especialista en la materia, y al mismo tiempo un buen amigo de la izquierda revolucionaria española, ha accedido a nuestro pedido resumiendo en un artículo las principales facetas de la cuestión. Se trata —el autor insiste en ello— de un simple trabajo de divulgación en el que se ha evitado todo tecnicismo, y que aspira únicamente a facilitar una toma de conciencia frente al problema.

Subrayemos por nuestra parte, como lo hace el propio Revert en la última parte de su artículo, que el fenómeno migratorio plantea un indudable problema político que los anarquistas, menos que nadie, podemos ignorar.

¿En qué medida se puede proceder a un análisis de la situación social, económica y hasta política en España e imaginar su evolución en los próximos años, sin tomar en consideración el fenómeno migratorio?

« PROLETARIOS DE LA SOCIEDAD EUROPEA »

La emigración es un factor constante de la historia española; no obstante, desde hace algunos años el carácter de esta emigración ha cambiado totalmente: ya no se trata de la antigua corriente hacia América del Sur ni de la emigración política que siguió a la guerra civil, sino de un importante flujo que vacía el Sur de Europa en beneficio del Norte.

Más de un millón de trabajadores viven hoy día en Europa —en Alemania, Suiza y Francia especialmente— de los cuales más de 600.000 residen en Francia y, entre ellos, 130.000 en la región parisina. Las estadísticas señalan el elevado porcentaje de miembros activos de dicha población: un 70 % aproximadamente (señalemos de paso que en España ese porcentaje no sobrepasa el 38 % de la población total).

Esos trabajadores suelen ser jóvenes adultos que, en su mayoría, ejercen su actividad en los sectores básicos de la economía —metalurgia y construcción— o en los servicios domésticos (en los países receptores estos sectores son deficitarios en mano de obra por ser poco atractivos para los trabajadores nacionales).

Los españoles, como los portugueses, los italianos y los norteafricanos —todos ellos «proletarios de la sociedad europea», para emplear la expresión de geógrafo español J.G. Fernández— forman efectivamente, a escala continental, un nuevo proletariado internacional dotado de gran movilidad que permite mantener su ritmo de expansión a los países industrializados de Europa. Se trata, pues, de un fenómeno nuevo en las migraciones actuales: el capitalismo europeo ha hallado en las poblaciones de los países más desfavorecidos del Sur la mano de obra que exigía su propio desarrollo.

UNA EMIGRACION TEMPORAL

Señalemos otra diferencia fundamental entre la nueva emigración y la antigua: los desplazamientos de España en dirección de Europa tienen, fundamentalmente, un carácter provisional. Este nuevo factor está implícitamente contenido en la lógica interna de estos movimientos, cuya raíz es preferentemente económica. Se habla en efecto, para calificar este fenómeno, de importación de «medios de producción», de países «importadores» o «exportadores» de mano de obra.

Sucede que el potencial humano de países como Alemania, Suiza, Francia y Bélgica carece de movilidad y desplaza, cada vez más, sus ambiciones hacia sectores de actividad menos desvalorizados. En consecuencia, estos países se ven obligados a buscar fuera de sus fronteras la mano de obra necesaria para cubrir las necesidades de esos sectores deficitarios.

En tiempos de la primera revolución industrial el continente europeo exportaba hombres hacia América. Hoy día España, en situación parecida, dispone de un capital humano que pone a disposición de los países europeos desarrollados: España sufre en efecto de un excedente relativo de mano de obra en algunas regiones, siendo este fenómeno responsable de un éxodo rural de gran amplitud en dirección a los grandes centros urbanos, donde contribuye a crear un proletariado de difícil asimilación (castellanos alrededor de Madrid, murcianos de Barcelona y levantinos en Valencia); se trata en muchos casos de una primera etapa que precede el viaje a Europa.

Pero si la emigración hacia América tuvo un carácter demográfico y de asentamiento definitivo —América necesitaba en efecto poblarse— los países de Europa tienen, preferentemente, necesidad de brazos. Así no dudarán, en período de crisis económica, en frenar la corriente migratoria y hasta en prescindir de parte de la mano de obra extranjera: es el caso actual de Suiza o de Alemania, que acaban de liberar, a finales del año pasado, varios miles de trabajadores españoles.

En cuanto al país exportador, estas salidas de trabajadores le reportan, en determinados aspectos, sendos beneficios: alivia su mercado interior del trabajo e ingresa una masa importante de divisas... Pero son los países receptores de esta mano de obra los que más ventajas retiran de la operación: no solamente el trabajador es indispensable a su prosperidad —lo cual constituye el motivo determinante de su entrada en el país que lo acoge— sino que, además, dicho trabajador —que ofrece la ventaja de ser un adulto que no ha sido necesario formar— gasta en ese país parte de sus ingresos y representa una mano de obra dócil que plantea pocos problemas.

Como contrapartida a esta serie de ventajas indudables, rara vez se toman medidas eficaces para facilitar la adaptación del trabajador extranjero: problema de la vivienda, de la formación profesional, aclimatación de la mujer y de los hijos en el caso de los casados. Ciertas discriminaciones revelan la verdadera situación del trabajador en un país extranjero: por ejemplo, no se le reconoce el derecho a ser delegado sindical, lo cual le impide participar de manera responsable en la defensa de sus propios intereses y de los de sus compañeros, por lo cual su actividad en este orden suele ser muy reducida.

Por todo lo que antecede, estimamos que no se pueden aplicar a esta situación

los habituales conceptos —adaptación, asimilación, integración— válidos para las migraciones tradicionales.

En la región parisina, por ejemplo, los trabajadores españoles pueden adaptarse con más a menos facilidad, pero rara vez se integran: en su gran mayoría, aun alejados de su país, se casan con españolas y no suelen solicitar la nacionalidad francesa, lo cual confirma el deseo manifestado por la mayoría de ellos de regresar, tarde o temprano, a su país de origen.

El deseo de ir a trabajar al extranjero casi siempre lleva contenido implícitamente el proyecto de regresar a España. Entre las motivaciones, generalmente de carácter económico, que provocaron la decisión de salir al extranjero figuran, con mayor frecuencia: el proyecto de construir o comprar una casa, de abrir un negocio, de aportar una ayuda a la familia, etc., motivaciones que se sitúan todas ellas dentro de la perspectiva del regreso al pueblo o a la ciudad de origen.

Se puede por lo tanto presumir y hasta admitir que la mayoría de los españoles que viven actualmente en Europa regresarán tarde o temprano a España, aunque en los próximos años no se agote el flujo migratorio. Ya hemos visto que no existe una verdadera voluntad de integración ni por parte de los trabajadores emigrados ni por la de los países que los han acogido. En efecto, promover una verdadera política de integración equivaldría, para estos países, a negar el concepto mismo de mano de obra «importada», es decir que sólo puede y debe ser empleada en determinadas condiciones.

LA EMIGRACION TRANSFORMA AL TRABAJADOR

Cabe entonces preguntarse: ¿qué importancia va a tener para la economía del país el regreso de estos trabajadores? La coyuntura actual permite actualizar el problema: en 1966 varios decenas de miles de emigrados regresaron a España, la mayor parte de ellos procedentes de Alemania. Según el Ministerio del Trabajo español, los retornos han ido en aumento en el transcurso de estos dos últimos años.

Evidentemente resulta difícil, por no decir imposible, pronosticar en qué condiciones se reintegrarán estos trabajadores. No obstante, teniendo en cuenta sus características de grupo individualizado por su estancia en el extranjero, estancia que determinará probablemente su comportamiento y su actividad en el seno de la comunidad nacional, podemos tratar de formular algunas hipótesis. Para el país, junto a las ventajas ya enunciadas, la emigración supone además estos inconvenientes:

- los adultos que no regresen habrán sido formados hasta la edad de veinticinco o treinta años sin llegar a ser «productivos»,
- la masa importante de los que regresen a España plantearán, entre otros problemas, el de la reintegración económica de miles de trabajadores.

España, en efecto, carece por ahora del potencial económico suficiente para absorberlos como lo hizo Francia con los oriundos de Argelia. El ritmo de expansión actual, que empieza a dar signos de recesión, no puede por sí solo cambiar las estructuras fundamentales de la economía española, cuyos desequilibrios han provocado precisamente el fenómeno de la emigración.

No puede afirmarse, por otro lado, que los trabajadores encontrarán la misma situación cuando vuelvan: no solamente el país habrá cambiado sino que también ellos habrán modificado su comportamiento y sus aspiraciones. Entretanto, el éxodo rural ha seguido formando alrededor de las grandes ciudades una «aureola proletaria», proceso que el desarrollo industrial tiende a acentuar y a agravar.

Ha de tenerse también en cuenta el hecho de que los emigrados no siempre regresan a su provincia o a su pueblo de origen que, en muchos casos, ya habían abandonado antes de salir al extranjero, y que fijan su nueva residencia en

Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, donde van a engrosar las filas del proletariado de origen rural.

Este nuevo comportamiento es sin duda fruto de su estancia en el extranjero : algunos de ellos habrán adquirido una cierta calificación profesional y los más una experiencia de obreros industriales. Dispondrán, además, de una suma variable de dinero y, sobre todo, de nuevas exigencias en lo que a condiciones y hábitos profesionales se refiere, nuevas costumbres de consumo y nuevos modelos y mitos.

¿NUEVA CLASE MEDIA O NUEVO PROLETARIADO?

Todo lo que antecede contribuirá a aumentar las dificultades de reintegración en la vida nacional, tanto en su pueblo de origen —que no habrá cambiado o muy poco— como en la ciudad, en donde las condiciones de trabajo y el nivel de los salarios pueden decepcionarlos al impedir que se materialicen sus nuevas aspiraciones.

Por otra parte, resulta evidente que el espectro de la sociedad de consumo amenaza a España y que los miles de trabajadores reintegrados a su país con posibilidades de adquirir una casa o un coche o un determinado confort doméstico, pueden engrosar en ciertas regiones las filas de una pequeña clase media, más o menos despolitizada, más o menos satisfecha del confort mínimo adquirido, clase o estrato social en formación, que podría resultar de un relativo bienestar aportado por el trabajo en el extranjero y por el turismo.

Pero en las ciudades importantes, en Barcelona, en Madrid o en Bilbao, es decir, en los centros industriales en donde estos retornos masivos pueden provocar múltiples dificultades y múltiples insatisfacciones, es posible que un determinado capital de exigencias y de conciencia obrera acumulado durante la estancia en el extranjero pudiese ser recuperado para otros fines menos estériles que los del buen funcionamiento de la sociedad de consumo.

En esa coyuntura, gracias a la experiencia adquirida en tan difíciles condiciones, podrían —en un momento en que se asiste al despertar de la clase obrera española— contribuir a su toma de conciencia política al ir a engrosar la fracción más dinámica, más consciente y experimentada del proletariado español.

Maurice REVERT.

EL PROBLEMA

DE LA GUERRA,

AYER Y HOY

Desde su nacimiento consciente, en las décadas 30 y 40 del siglo pasado, el movimiento obrero se ha visto frecuentemente enfrentado con la tragedia de la guerra. Guerras patrióticas y nacionalistas, guerras de conquista colonial, guerras de hegemonía imperialista, guerras antifacistas, guerrillas de hoy y su consecutiva represión, son tantas categorías de enfrentamiento bélico que han originado en el seno del movimiento obrero reacciones que han oscilado desde el compromiso activo al pacifismo o derrotismo táctico, pasando por la actitud neutralista y su variante inhibicionista.

Las revoluciones francesas de 1789-93, de 1848 y en parte la Comuna parisiense de 1871, solicitaron del pueblo una actitud bélica frente al enemigo exterior. Las ideas de Pueblo-Nación y de Justicia-Libertad estaban tan estrechamente ligadas en la mente de los trabajadores y de las plantas bajas del Pueblo, que la hostilidad armada contra Austria, Inglaterra o los Estados alemanes, significaba la guerra a los enemigos de las ideas defendidas.

El radicalismo pequeño burgués y popular de la Italia y la Alemania de mediados del siglo pasado combatió enarbolando al mismo tiempo la bandera nacionalista y de la libertad.

Hasta finales de siglo, pues, la izquierda europea, compuesta por la pequeña

burguesía y el joven proletariado, sostuvo actitudes belicistas y nacionalistas.

Frente a las expediciones de conquista colonial en Africa y Asia montadas por varios países europeos, los trabajadores de Europa se manifestaron con un grado de hostilidad en relación directa con la carga revolucionaria que poseían. La insurrección popular de Barcelona en 1909 testimonia de la capacidad de negación a la guerra del proletariado barcelonés de aquella época. La repulsa al ejercicio de las armas, que en cualquier circunstancia irían obligatoriamente dirigidas contra hermanos de condición social, y el odio a empresas de genocidio y rapiña, pagadas con el tributo de sangre de los hijos de los trabajadores, favorecieron la extensión de la creencia en una postura pacifista y antinacionalista. Postura que sería mantenida por los trabajadores franceses y alemanes durante los años que precedieron el gran enfrentamiento de las potencias imperialistas en 1914.

Pero, a pesar del hondo sentimiento de hermandad internacionalista de los trabajadores evolucionados de entonces, la ausencia de una estrategia de alcance internacional contra la guerra en preparación desde años atrás, y la claudicación de los aparatos directivos de la Internacional socialista, posibilitaron que la oleada de chovinismo impuesto

mediante una presión terrible por todos los estamentos del capitalismo y del Estado, condujera a la entrega sin resistencia notable a la estúpida y bárbara Unión Sagrada Nacional que llevaría a los campos de la muerte a millones de trabajadores de casi toda Europa.

¡Hay que salvar la Patria de la civilización!, se repetía día y noche por todos los rincones de Francia. ¡Dios está con nosotros!, pregonaba el Kaiser Guillermo II. En los campos de batalla de Francia, de Italia, de Rusia, de los Dardanelos, millones de campesinos, de mecánicos y de mineros, se entremataron por la causa de sus enemigos.

El delirio chovinista fue tan arrollador que arrastró a la dejación ideológica a los líderes socialistas de cada campo beligerante e incluso a algunos anarquistas. Algunos revolucionarios pagaron con el presidio y la persecución su ideología. Anarquistas y socialistas íntegros clamaron su repudio a abrazar una bandera. Estos hombres se encontraron durante la guerra en las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal para salvar, por encima de las diferencias políticas e ideológicas, al internacionalismo y la hermandad obrera, pisoteados en las trincheras.

En 1940, aparte algunos tránsfugas extraviados en un pacifismo neutralista anacrónico, el sentir de las multitudes siguió una evolución que les condujo del pacifismo resignado al inhibicionismo, producto de la carencia de los gobiernos «democráticos» y, luego, a la beligerancia frente al nazismo en función de la dureza de la ocupación alemana y del avance de los ejércitos aliados.

Frente a los conflictos que siguieron la segunda guerra mundial, guerra de Corea, Indochina, Africa, América latina, las multitudes obreras se han señalado por su desinterés casi total, fuera de la fracción movilizable a conveniencia por los aparatos comunistas a favor de la parte amiga.

Cada una de estas contiendas guerreras ha tenido por efecto el provocar en el seno de las comunidades revolucionarias, en la clase obrera y en un sector de la intelectualidad, crisis

morales desgarradoras en las que se enfrentaban con todo su peso, la dignidad moral humanista y revolucionaria y el concepto del mal menor soportable, generalmente preponderante. El dilema terrible, insoslayable, para los revolucionarios: la lucha contra ambos beligerantes irrepresentativos de la voluntad de los pueblos y opuestos en guerras de hegemonía colonial e imperialista, o la aceptación del compromiso con uno de los campos para salvar una parte del bagaje moral y político, ha sido la situación dolorosa de cada gran cataclismo guerrero.

Dilema que, con mayor o menor agudeza, sigue planteándose hoy ante los conflictos sostenidos por los pueblos que desean liberarse de una opresión, sin que siempre se pueda contar con la seguridad de que, a la postre, no caerán bajo otra. Las guerras de Argelia, Cuba, Congo, Vietnam, siguen provocando polémicas entre «pros» y «antis» tan apasionadas como en los tiempos de 1914.

La guerra anticolonialista de Argelia y la guerra en curso en el Vietnam, de signo antiimperialista, son los dos casos tipo que han dado origen a reacciones explícitas por parte de quienes se han comprometido en una actitud y en una toma de posición de principios clara y definitiva.

Durante la guerra de Argelia, hubo quienes se manifestaron en contra del Frente de Liberación Nacional argelino porque entendían que la contextura ideológica de esta organización político-militar, el nacionalismo y la exaltación de la religión musulmana, particularmente oscurantista —por encima de las alusiones imprecisas a la reforma agraria— le daban a la guerra un carácter meramente xenóforo que en nada modificaría, con la victoria del Frente, la condición del pueblo argelino, gran sacrificado en la contribución para la lucha. De ahí se llegaba casi a la admisión de la tesis de la integración. Más justo sería, se decía, que los obreros y campesinos de Argelia se unan con los franceses y peleen en conjunto en el terreno político y social contra el enemigo común, la clase dominante franco-argelina, en vez de sufrir por

dar vida a un Estado más, que aportará un ejército más, un sistema policiaco más y una nueva clase dirigente más, que en nada se distinguirán de los ya existentes.

La otra tesis consistía en apoyar la lucha por la independencia porque, por lo menos, significaba un paso adelante en el recorrido hacia la libertad del pueblo argelino. La falta de solidaridad natural del pueblo francés con el pueblo argelino; la fuerza del mito nacionalista y la identificación del colonizador con el «infiel», fruto del peso del islamismo, la situación internacional, eran tantas razones que virtualizaban la lucha por la independencia y por el surgimiento de Argelia como Estado soberano.

Se cifraban puntos en las conquistas sociales que la propia guerra de liberación aportaría ineludiblemente, así como en la toma de conciencia clasista que no dejaría de producirse con el ulterior aprovechamiento para sí misma que haría la burguesía de la nueva situación de independencia.

Hoy observamos cómo el joven proletariado industrial y el campesinado argelinos defienden las magras ventajas de su inmenso esfuerzo de guerra y cómo toman conciencia de su condición de clase social explotada por los nuevos amos políticos, detrás de los cuales siguen actuando los grandes intereses extranjeros. La supresión *ahora* de las motivaciones patrióticas, despeja el horizonte con la cristalización de la lucha de clases entre la clase dirigente *nacional* y las multitudes menesterosas y oprimidas, en situación hoy de toma de conciencia y reorganización según criterios revolucionarios.

He aquí un ejemplo de cómo, ayudando a un Pueblo en una lucha tal como la conquista de la independencia, de aparente bajo nivel revolucionario, se trabaja, forzando las etapas, por la apropiación ulterior de la libertad por este Pueblo.

Hoy la guerra de Vietnam nos presenta una situación más delicada. En este caso el agarradero del mal menor no se ofrece a los espíritus perezosos. El planteamiento polarizado que obliga a optar o por los americanos o por el

bloque comunista (sea Rusia, sea China), no ofrece salida satisfactoria a quienes no quieren admitir que uno de los campos ofrece más simpatía que el otro.

Situando los hechos veremos si nos es dado tomar posición y a favor de quien. Sin hacer historia, sobresalen algunos hechos y situaciones determinantes.

En la liquidación de la guerra con Francia en 1954 se había acordado la realización de un referéndum general para 1956. De esta consulta popular debía salir la forma definitiva del régimen valedero para todo el Vietnam. Si los comunistas ganaban, le darían su sello al régimen del país. Con la salida de los franceses, entran en fuerza los americanos. Se impone la dictadura fascistoide del clan católico de los Diem. Se entierra el compromiso de referéndum.

El gobierno comunista de la mitad norte del país se siente perjudicado en sus intereses por esta actitud y se predispone a defenderlos de la forma más apropiada. Esto y el descontento creciente en el sur frente a la progresiva implantación de la dictadura del clan de los Diem, origina la constitución de las primeras unidades guerrilleras. Los compromisos de consulta popular con vistas a la unificación del país quedando en papel mojado, se buscaría realizar la unidad por la fuerza.

La intensificación de la acción guerrillera provoca la implantación armada creciente de los americanos. Los EE-UU, que habían ayudado económica y políticamente al régimen reaccionario del sur, vendrán en «ayuda» militar de su ejército, terminando por hacer cruzar el océano a su propio ejército y a su propia armada. En la acción de las fuerzas americanas hay varias etapas preparatorias a la guerra a ultranza actual. Hemos visto el resultado de la política de «reformas democráticas» que llevó a la caída del clan Diem mediante un golpe militar. Fue una farsa sin ningún resultado positivo ya que la dictadura militar terminó imponiéndose definitivamente. A las «reformas sociales y económicas», proclamaciones demagógicas inconsistentes, sucedió la

concentración de los campesinos en aldeas fortificadas. Táctica clásica de los coroneles enamorados de las técnicas de la guerra sicológica, destinada a cortar a los guerrilleros del apoyo y de las reservas humanas de la población. Pero las aldeas fueron desertadas por sus ocupantes forzados o tomadas por los guerrilleros. Por otra parte, las distintas campañas bautizadas con nombres sacados de la terminología del Far-West, campañas de «exterminación definitiva» del adversario, se han estrellado con el ridículo y la inoperancia.

Entonces, porque la gran América no podía avenirse a las razones de vulgares guerrilleros asiáticos, tenía que ganar como fuese. «Se iba a ver lo que se iba a ver». Van dos años de bombardeo sistemático del Vietnam del Norte, teniendo los aviadores americanos que buscar con lupa los objetivos a destruir, resignándose a apuntar bicicletas y barriles de gasolina. Y aparentemente, aunque firmen su campaña de genocidio con la destrucción de las pocas ciudades importantes del país, no quebrantarán la capacidad de resistencia ni la determinación del régimen y de la población.

Las hipócritas campañas de paz que duran la semana que precede la intensificación de los bombardeos, han hecho la demostración de la voluntad americana de imponer su política de dominación, aunque para ello deben eliminar a todos los vietnamitas. Altas personalidades internacionales poco sospechosas de simpatía por los guerrilleros, han debido confesar su descontento por la hipocresía americana.

Del desarrollo y de la naturaleza de esta guerra, así como de los efectos que tiene en diversos órdenes, se desprenden varias enseñanzas.

En primer lugar, es patente que el pueblo vietnamita (con opiniones divergentes frente al posible régimen comunista) está contra los americanos y su guerra de dominación imperialista.

En segundo lugar, del desenlace de esta guerra, según sea a favor del pueblo vietnamita, o según dé la razón de la fuerza a los EE-UU, dependerá sobremanera la suerte de los movimientos revolucionarios en lucha contra el mismo enemigo y sus lacayos en

otros lugares de la tierra. Con la «Pax americana» quedaría seriamente comprometida la causa de todos aquellos que luchan por el progreso por muchos años. No olvidemos nunca lo sucedido en Santo Domingo.

En tercer lugar, la continuidad de la guerra y, más aún, una ulterior liquidación a favor de Johnson y del Pentágono, aportará la imposición definitiva en los EE-UU de la dictadura castrense al servicio de los grandes monopolios internacionales dominados por las empresas mastodónticas americanas. En el interior de los EE-UU vemos ya cómo se manifiesta esa imposición férrea racista, belicista y liberticida, signos anunciadores de todo régimen de opresión.

¿QUE ACTITUD?

El eterno dilema: tomar partido por un bando; tomar partido contra los dos bandos; o permanecer neutral, queda a nuestro entender reducido a su más sencilla expresión.

Los revolucionarios, los anarquistas, pueden, deben tomar partido.

En primer lugar, contra la política guerrera imperialista y opresiva de los Estados Unidos.

En segundo lugar, tomarán posición a favor del pueblo vietnamita. No solamente debemos estar al lado de quienes claman por la paz, sino que debemos solidarizarnos con quienes combaten para que las tropas americanas y sus aliados abandonen el país. Primeramente, porque la lucha por el retorno de la paz está indisolublemente ligada a la exigencia de que los EE-UU abandonen el terreno. Para ello se lucha y mientras no se logre, hablar de paz carece de significación. Además, porque el pueblo vietnamita combatiente tiene como expresión única al Frente Nacional de Liberación, organización que aglutina a todas las fuerzas beligerantes contra la ocupación americana, nuestra solidaridad se expresará a favor de este Frente.

El F.N. de L. está dominado por los comunistas y, por desgracia, sabemos cual es la suerte de la libertad en los países dominados por la burocracia comunista. Pero la existencia y la in-

fluencia real de otras fuerzas no comunistas en el país, permite confiar en la posibilidad de un régimen progresista, de adhesión segura al bloque comunista, pero con cierta independencia de actuación vis a vis de él, independencia más factible hoy día en el seno de un sistema en acelerada descomposición.

Frente a la situación en Vietnam cabe la actitud correcta de compromiso que se planteó frente a la guerra del Congo, de Argelia, etc.

Liberado de la tenaza opresiva americana y del despotismo de los caciques nacionales, el hombre vietnamita habrá vencido una etapa decisiva en su caminar hacia la libertad integral. La toma de conciencia de la viabilidad de un destino para el hombre que sea otro que aquél contra el cual combate tan denodadamente, será la mejor garantía contra la instauración de otro tipo de opresión. Y si otra vez tuviera que levantarse contra la opresión reimpuesta por una nueva clase dirigente, otra vez estaríamos a su lado.

La lucha por la libertad integral del hombre no es una carrera que termina una vez alcanzada una supuesta meta inmóvil. Significa un recorrido doloroso y arduo para la conquista de situaciones de vida cada vez más perfectas. De ahí que cada obstáculo derrumbado abre el paso hacia situaciones en las

que otros obstáculos deben ser igualmente derrumbados para tener acceso a formas más perfectas de convivencia humana. Así es, que, combatir la opresión americana en Vietnam; luchar contra el despotismo de Rusia y de la burocracia comunista en la Hungría de 1956; combatir a la vez las dos formas fundamentales de opresión de nuestro tiempo, como se hace en varios lugares del mundo, son fases distintas de la marcha ascendente hacia la emancipación del hombre.

En un estadio de esta trayectoria, en Vietnam se combate realmente contra la fuerza opresiva más poderosa de hoy, el imperialismo de los EE-UU.

¿Qué formulación concreta tiene para quienes vivimos en Europa y en particular para los españoles la solidaridad activa con el pueblo vietnamita? Responder ampliamente a esta pregunta requeriría otro artículo. No obstante, puede quedar expresada mi opinión en una frase: la actuación revolucionaria contra el capitalismo y, con un cuidado especial, la lucha contra el capitalismo americano en cualquier lugar que se manifieste. Concretamente, luchar contra la presencia y la influencia americana en España, significa debilitar al enemigo directo del pueblo vietnamita.

A. S.

Aclaraciones a unas apostillas

En el número 36 de la revista «Noir et Rouge» (diciembre de 1966) he visto una traducción de mi respuesta a la encuesta de «Presencia» (número 5), ametrallada de notas al pie de página. No me propongo refutar a mi anónimo anotador, sino aclarar algunas de las afirmaciones —mías o suyas— como no es dable hacer al correr de la pluma. Me mueve el hecho de que «Noir et Rouge» haya dado mi trabajo en pasto a la disección de sus lectores. A los cuales, dichas anotaciones, pudieran predisponer erróneamente. Apostillaré, pues, a mi vez lo extenso que requieran los casos.

El anotador (nota 1) pone en duda mi afirmación de que ciertos militantes destacados hurtaran el cuerpo a veces a toda dependencia orgánica. Al referirme a García Oliver, Ascaso y Durruti, había tenido en mientes, entre otros, este caso concreto: En 1933, después del fracasado intento insurreccional del 8 de enero, alguien pidió explicaciones en el seno de la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona. La respuesta fue que Ascaso, Durruti y García Oliver no estaban controlados por la FAI. Personalmente tuve confirmación de esta despampanante respuesta cuando en 1934, o sea el año siguiente, fui secretario general de dicha Federación. Efectivamente, aquellos compañeros no pertenecían a ninguno de los grupos controlados por la FAI en Cataluña. Y, sin embargo, en las tribunas eran los que llevaban la voz cantante de la organización específica.

La explicación la encontrará el lector en un libro que acaba de publicar Ricardo Sanz. Me refiero a «El sindicalismo y la política». Este libro está destinado a resaltar las actividades del grupo «Los Solidarios», que era una especie de núcleo autónomo en el sentido más amplio de la palabra. A este grupo pertenecían los compañeros antedichos.

Yo no he querido simplificar la táctica revolucionaria de Bakunín como se me reprocha en la nota 2. En todo caso la simplificaban aquellos compañeros que en el período que estamos tratando hacían una revolución cada año (a veces dos), bajo la advocación bakunista, a cual más *simplificada*. Se pone en solfa mi apreciación (nota 3) de que los movimientos insurreccionales de 1933 carecieron de base popular. Para corregirme se recurre a los reportajes que publicó Eduardo de Guzmán en «La Tierra» de Madrid, que eran periodísticamente eufóricos por necesidad y hasta por deformación profesional. Aprovecho para aclarar que el director de «La Tierra» era un tal S. Cánovas Cervantes y no Eduardo de Guzmán. Este dirigiría durante la guerra el periódico confederal «Castilla Libre». No conozco el artículo de Miguel Foz, pero estoy en medida de saber del espíritu de sacrificio de nuestros compañeros para enrolarse en aventuras caballerescas, muchas veces a sabiendas de su esterilidad. Pero de esta inmolación voluntaria y personal a un movimiento de envergadura popular va un trecho respetable. Está en

claro que este factor popular decisivo no entró ni mucho menos en juego en los movimientos insurreccionales que mencionamos.

Al insertar en mi artículo extractos del manifiesto de los «Treinta» no fue para poner en evidencia la *tendencia de Durruti* como mi anotador afirma. Fue como base crítica y de confrontación de las tesis en presencia. Y aquí se me habrá de permitir otra herejía. En el llamado «Trío de la bencina» Durruti no era el hombre motor ni la eminencia gris sino el impulso y la generosidad desbordantes. Los otros papeles corresponden más bien a Ascaso, por su fría perspicacia y a Oliver por su fantasía arrebatada y arrebatadora. Otra aclaración es que Pestaña no fue fundador de un «partido anarquista» sino del Partido Sindicalista político.

Se me reprocha también (nota 6) no conceder la palabra a los representantes de la *tendencia faista*. Lo hace mi anotador dándosela a Federica Montseny. Pues bien, Federica Montseny no pertenecía a la FAI en aquellas fechas, y, posiblemente, tampoco a la CNT. Hasta que no se reorganizó el sindicato de Profesiones Liberales era difícil poder ingresar en nuestra organización si no se era asalariado.

Otra aclaración muy importante (a la nota 7) es que el término «nosaltres sols», empleado por V. Orobón Fernández en su famosa requisitoria de principios de 1934, no se dirigía a los anarquistas catalanes. Es imaginario querer deducir de esta frase que hubiera una guerra civil entre anarquistas catalanes y castellanos por cuestiones de regionalismo. La frase alude al prejuicio en ciertos niveles del anarquismo español, que consiste en un exclusivismo revolucionario autosuficiente. Y nobleza obliga aclarar la nota 9. Es cierto que Largo Caballero colaboró con la dictadura de Primo de Rivera como consejero de Estado. De esto a hacerle partidario de aquella dictadura nos parece un exceso de celo. Tampoco es exacto que él mismo se otorgase el título de Lenin Español. Coinciden muchas fuentes en que Caballero descubrió a Lenin cuando estuvo en la cárcel la última vez. El

título fue un regalo de los comunistas. Un regalo envenenado, como todos los suyos.

Fue García Oliver quien se pronunció por la *toma del poder* en una conferencia pública que dio en el local del sindicato de la Madera de Barcelona en enero o febrero de 1936. También había hecho esta afirmación en una reunión muy restringida de notables que se había celebrado antes en una de las secretarías de la redacción de «Solidaridad Obrera». Entre los notables que estaban en la reunión recuerdo a Pedro Herrera, Santillán, Liberto Callejas y puede que J.J. Domenech. En aquella reunión se trataba de convocar una conferencia regional de sindicatos de Cataluña para evitar una campaña antielectoral como la que en noviembre de 1933 hizo perder las elecciones a las izquierdas. Estaban en vistas las elecciones del 16 de febrero y había miles de presos en las cárceles por lo sucesos de octubre de 1934. Plausible que fuera la intención, ello no quita que el conciliábulo se tuviese a espaldas de la Organización. De allí salió indudablemente la convocatoria de la conferencia que, efectivamente, recomendó una campaña antielectoral moderada. Tanto, que apenas tuvo lugar.

Tal vez alguien se pregunte cómo es posible que yo, que no formaba parte de la reunión, esté tan bien enterado. Yo era en la época redactor de noche de «Solidaridad Obrera», y ocupaba una secretaría contigua. Las secretarías eran simples biombos de madera y no había techo. Además, el compañero Liberto Callejas iba y venía de una secretaría a la otra para comentar conmigo el desarrollo de la reunión. Lo hacía escandalizado al repetirme las afirmaciones de García Oliver.

No recuerdo exactamente en qué fecha y lugar pronunció Federico Urales su atrevida frase: «Dictadura por dictadura, la nuestra». En todo caso, en «Solidaridad Obrera» del martes 29 de septiembre de 1936, él mismo publicó un artículo en el que al justificar la táctica circunstancionalista política se declaraba partidario de la dictadura del proletariado. No tengo delante el texto

pero lo que indico es una buena referencia.

Al aclarar las apostillas 16 y 17 me veo obligado a extenderme un poco más. Escribí en mi artículo de «Presencia»: «La renuncia se hacía precisamente en el momento en que un grupo de notables de la CNT-FAI había ido a la Generalidad a escuchar las lisonjas que tuvo a bien prodigarles el presidente Companys. Para el historiador este grupo de notables, en el curso de un corto intervalo, entró como vencedor y salió como vencido».

Mi anotador, a su vez, escribe: «La renuncia se hizo en una asamblea extraordinaria de todos los sindicatos de Barcelona y de Cataluña el 20 o el 21 de julio. La cuestión de la *dictadura anarquista*, de la realización del comunismo libertario, fue planteada por García Oliver y rechazado por la asamblea. Es curioso que nadie entre los historiadores haya citado esta reunión».

Por si uno de esos *historiadores* fuese yo, puedo asegurar que nunca he tenido en manos ningún texto que se refiera a esta asamblea. Pero la mención de «asamblea extraordinaria» es muy significativa. Indica que lo convocado fue una reunión de militantes al nivel regional y no un pleno regular con un orden del día regular a discutir regularmente por los sindicatos. Sino que fue una reunión de información a base de representantes de las federaciones, que no tenían atribución para pronunciarse. Plenos como estos se celebraron a menudo durante aquella época. El primer Pleno que podriase considerar regular fue el celebrado en Barcelona por los sindicatos de Cataluña el 24 de septiembre de 1936.

Mi anotador se refiere posiblemente a lo que afirma Mariano R. Vázquez en el informe del Comité Nacional de la CNT al congreso de la AIT de diciembre de 1937. En aquel informe Vázquez escribe lo siguiente:

«El día 21 de julio de 1936, se celebró en Barcelona, convocado por el Comité Regional de Cataluña, un Pleno Regional de Federaciones Locales y Comarcas. En el mismo se analizaba la situación y determinaba unánimemente no hablar de comunismo liber-

tario mientras no conquistáramos la parte de España que estaba en poder de los facciosos. El Pleno decidía, por lo tanto, no ir a realizaciones totalitarias, por encontrarse en el dilema de que o imponía su dictadura, anulando violentamente a todos los que junto a ella —guardias o militantes de otros partidos— habían colaborado el 19 y 20 de julio en el triunfo sobre las fuerzas sublevadas, dictadura que, por otra parte, sería ahogada por el exterior aunque se impusiera en el interior. El Pleno se decidió por la colaboración y acordaba formar, con el voto en contra de una sola Comarca, Bajo Llobregat, junto con todos los partidos y organizaciones, el Comité de Milicias Antifascistas. A él mandó la CNT y la FAI sus representantes por resolución de dicho Pleno».

Véase confirmado oficialmente que no se trata de una reunión de sindicatos sino de Comités Locales y Comarcas. En suma: un Pleno de Comités. El segundo aspecto es que el Pleno acordó que la CNT-FAI formara parte del Comité de Milicias Antifascistas que, como veremos, había sugerido Companys. El tercer aspecto a retener es el de la fecha de este Pleno. Mariano R. Vázquez afirma que tuvo lugar el 21 de julio. Y debió saberlo pues en esa misma fecha era secretario regional de Cataluña. Si mi anotador no me hubiese suprimido al traducirme dos grandes párrafos, so pretexto de que *polemizo*, cuando todo mi artículo podría ser considerado polémico, sabríamos que el Comité de Milicias Antifascistas se formó ese mismo día 21 de julio. O sea inmediatamente después de terminar el Pleno. Prueba evidente de que todo estaba preparado para que los delegados convocados dieran simplemente su consentimiento.

Veamos, si no, lo ocurrido en la famosa entrevista con Companys. Es el propio García Oliver quien la describe en un artículo publicado en «Solidaridad Obrera» el 19 de julio de 1937. O sea un año más tarde. La entrevista tuvo lugar el día 20. GO escribe que llamados por el presidente Companys acudieron a la Generalidad «armados hasta los dientes, descamisados y

sucios de polvo y humo». Llegaban, pues, de la barricada. El presidente los recibe de pie, los saluda como vencedores y lamentó haberlos perseguido «hasta anteayer» (o sea el 18 de julio). Estamos, pues, a 20 de julio.

Sigue hablando Companys para decirles que la CNT es dueña de Barcelona. Y que si no lo necesitan como presidente se retirará para ser un simple soldado en la guerra contra el fascismo. Por lo contrario, si creen que él y su partido pueden serles útiles, en otro salón están reunidos todos los representantes de los partidos antifascistas. Companys se ofrece para presidir la reunión con vistas a formar «un órgano apto para proseguir la lucha revolucionaria hasta afianzar la victoria».

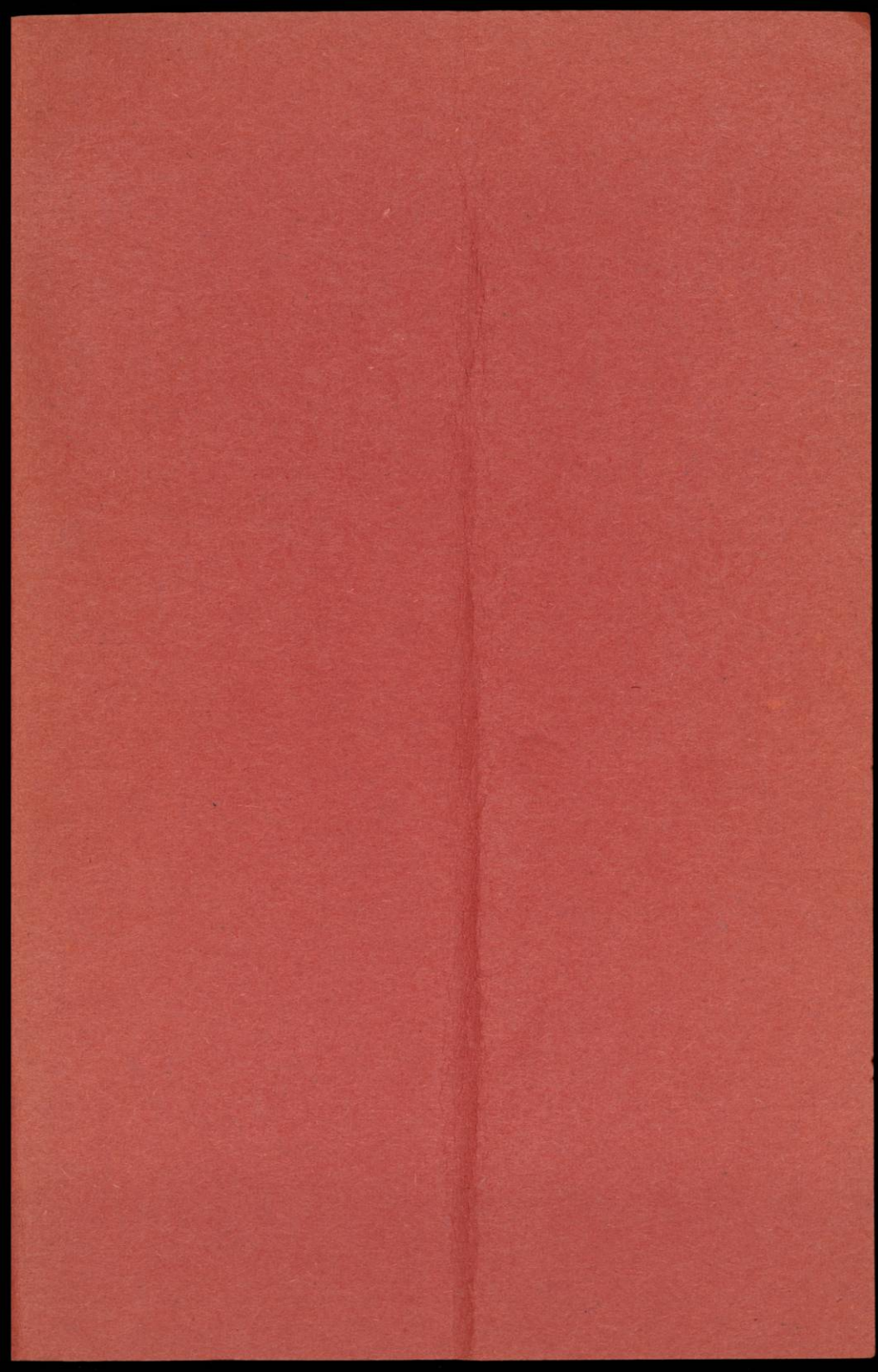
«Nosotros —dice García Oliver— habíamos sido llamados para escuchar. No podíamos comprometernos a nada. Eran nuestras organizaciones las que habían de decidir».

Pero la verdad es que asintieron en reunirse con los elementos políticos, entre los cuales estaban Andrés Nin y Juan Comorera. Cuando lo normal era no tomar ningún contacto con los partidos antes de que la Organización se pronunciase sobre el fondo del problema planteado. En fin, mi anotador afirma que en la asamblea o pleno del 21 GO planteó la cuestión de dictadura anarquista o comunismo libertario y que no fue seguido por la asamblea. Yo afirmo que si lo hizo fue sin convicción, convencido más bien de que la dictadura anarquista tenía el fracaso por delante. La dramática disyuntiva fue planteada para mejor apoyar su opción colaboracionista. Se renunciaba, pues, a la mano de doña Leonor, como aquel personaje de la comedia «La pata de cabra». En realidad doña Leonor había renunciado a él previamente con sus repetidos desplantes. GO confirma este paso de comedia al escribir arrogantemente: «La CNT y la FAI se decidieron por la colaboración y la democracia, renunciando al totalitarismo revolucionario que había de conducir al estrangulamiento de la revolución por la dictadura confederal o anarquista».

No creo necesario ocuparme del resto de las 41 notas. Pero sí vale la pena decir, que después del 19 de julio la mayor parte de los militantes se fueron al frente, poblaron los numerosos organismos propios u oficiales o acudieron a los pueblos y pequeñas ciudades del interior para predicar el nuevo evangelio de la colectivización. La dirección de los sindicatos poblóse de elementos inéditos nada o poco exigentes con las prácticas orgánicas tradicionales. Los militantes veteranos situados en los cargos oficiales, en los mandos del ejército y en los comités superiores de la CNT-FAI no tenían tanto interés por que la tradición federalista prevaleciera. Era fácil convencer a los inéditos sobre la necesidad de dar mayor agilidad a la maniobra orgánica dadas las dramáticas exigencias de la guerra. Hacerles comprender que para seguir el ritmo que imponían los partidos políticos con quienes se colaboraba era necesario imitarles en sus procedimientos centralistas. Y era también fácil reducir a los pocos «pieles-rojas» irreductibles con coacciones manifiestas, maniobras de asedio y amenazas. Las iniciativas empezaron a partir de arriba. Había más asambleas de información que plenos. Y estos no podían hacer otra cosa que debatirse contra hechos consumados. Aquel sentido democrático tan particularmente nuestro se fue rarefizando. Así fue sancionada la colaboración con los políticos apadrinada por el grupo de notables el 21 de julio. Así hubo que inclinarse ante la colaboración en el gobierno. Así hubo que capitular ante el *Comité Ejecutivo* del Movimiento Libertario. Así hubo que aceptar el «alto al fuego» cuando la provocación stalinista de los sucesos de mayo.

Aceptando el fatalismo de ciertos hechos, no es menos cierto que el movimiento libertario careció de imaginación al saltar de un brinco de una posición revolucionaria rabiosa al polo opuesto de su colaboración en la misión reaccionaria del Estado. Este terrible salto fue cuestión de horas.

José PEIRATS.





LA revista *Presencia* quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria, con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.



presencia

tribuna libertaria

EN ESTE NUMERO:

NUESTRA POSICION ANTE LA REALIDAD SINDICAL ESPAÑOLA

* Una tesis sobre la
acción libertaria
en la lucha sindical

Estudios • Crónicas • Notas

1967 Junio-Julio

8

8° P5508



presencia

tribuna libertaria

Bimestral

Precio ej.: 3 F — 12 Ptas.

présence (tribune libertaire)

Director :

L. PASAMAR

Administrador :

J. PASCUAL

Redacción :

24, rue Ste. Marthe
Paris, X

Administración :

6, rue du Parc-Royal
Paris, III

Giros : C.C.P. Pa 11.437-35

INDICE

	pág.
<u>VIDA ESPAÑOLA :</u>	
EDITORIAL (Redacción)	1
EN TORNO A UN ESTUDIO SOBRE LOS MONOPOLIOS EN ESPAÑA (Luis Pasamar)	9
LAS UNIVERSIDADES DEL ESTUDIANTE ESPAÑOL O DEL AULA A LA CELDA (Teresa Graña)	14
PERSPECTIVAS DEL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO (Octavio Alberola)	18
UN MITIN, UN PROYECTO Y UN AUTO DE FE (Redacción)	24
LA DIARIA LUCHA DE LAS COMISIONES OBRERAS (J. López Pérez)	26
<u>ENSAYOS :</u>	
ENTRE LA EFICACIA Y LA LIBERTAD (Benjamín Rufo)	29
REINVENTAR EL ANARQUISMO, REINVENTAR EL MARXISMO, REINVENTAR LA REVOLUCIÓN (O.A.)	35
EL HOMBRE ANARQUISTA (R. Sáenz Velasco)	37
<u>CRONICA INTERNACIONAL :</u>	
LA TRAGEDIA DEL PUEBLO GRIEGO (A.S.)	43
<u>NOTAS :</u>	
A TRAVES DE LOS LIBROS (J.P.)	45
CARTAS A LA REDACCION	49

Editorial

NUESTRA POSICION ante la realidad sindical española

Tal como anunciamos en nuestro número anterior, en el que publicamos cuatro trabajos de distintos colaboradores sobre la actualidad sindical española, vamos a intentar formular en el presente editorial cuál es la posición de PRESENCIA ante el problema planteado en esos artículos.

Puntualicemos, antes de adentrarnos en el tema, que la presentación de una tesis por nuestra parte, si bien es fruto de un trabajo de equipo —la redacción de la revista—, no pretende constituir en absoluto nada que se parezca a una *plataforma orgánica* o a un *acuerdo formal*. La redacción de PRESENCIA bien sabe que, en última instancia, sólo se representa a sí misma o poco más y que, en consecuencia, carece de todo derecho a erigirse en portavoz de una voluntad colectiva. Las conclusiones de la redacción, pues, sólo a la propia redacción comprometen; y de la misma forma que nuestros cuatro colaboradores abordaron el tema a título meramente particular, PRESENCIA hace oír su voz, en el presente trabajo, sin olvidar en ningún momento su calidad de simple tribuna libertaria y no orgánica. Tribuna que, si bien no ha de ser obstáculo para que la revista tome posiciones y exponga sus propias actitudes en el plano teórico y práctico, tiene unos límites bien definidos en cuanto a representatividad. Consideramos que aclarar esto era un deber para nosotros mismos, para nuestros lectores y para todos los libertarios.

NI EL FRANQUISMO ES UN FENOMENO ESTATICO...

Para definir una estrategia es necesario, evidentemente, partir de dos bases indispensables: una noción exacta de la finalidad que se persigue —nos referimos, claro está, a las finalidades más lejanas, a las finalidades a largo plazo— y un análisis lúcido de las condiciones de desenvolvimiento existentes. Sólo la conjugación de ambos factores —meta y circunstancia, objetivo y coyuntura— podrá dar un resultado fructífero cuando se trata de fijar una línea de acción.

Comencemos pues, como obligada introducción, por las condiciones de desenvolvimiento. Hablar de ellas, en el caso que nos ocupa, significa hablar del actual régimen político español. Digamos ante todo que uno de los errores en que ha incurrido con más frecuencia la oposición al franquismo es considerar a éste como un fenómeno estático, como una categoría invariable y, por así decirlo, al margen del tiempo.

Visto con esa óptica, el franquismo queda situado al nivel de idea monolítica, al nivel de fenómeno negativo químicamente puro y a salvo de contradicciones, luchas y conflictos internos.

Esa noción estática de la realidad es, por falsa, peligrosa. Lo estático no existe y es, a lo sumo, una simplificación conceptual sin raíces reales. Afirmar esto no es teorizar entre nubes; por el contrario, equivale a afirmar que el franquismo, lejos de ser *uno* e *indivisible*, lejos de ser encarnación de unos intereses coincidentes y armónicos entre sí, constituye un típico ejemplo de realidad social en constante antagonismo interno, prisionera en cierto modo de sus propias contradicciones.

Aclaremos a los suspicaces, sin embargo, que el hecho de negar el carácter estático del fenómeno franquista no supone, ni mucho menos, la intención de insinuar que en determinados aspectos ese fenómeno sea digno de aprobación. Partimos —¿hace falta decirlo?— de un juicio global sobre el régimen, juicio categóricamente negativo tras haber tenido en cuenta su «lógica en movimiento». Por lo tanto, señalar la existencia de factores contradictorios y antagónicos en su seno, e incluso de algún efecto positivo, no debe confundirse con un disparado intento de justificación y menos aún de defensa.

Llegado aquí, el lector podrá pensar que hasta ahora navegamos en un fárrago de teoría especulativa. ¿Qué tiene que ver eso, se preguntará quizá, con la formulación de una estrategia en el plano sindical? ¿Qué tiene que ver el hecho de que el franquismo sea estático o no lo sea con la eficacia de una acción obrera revolucionaria?

...NI LA ESTRATEGIA PUEDE IGNORAR EL CALENDARIO

Confesemos que, por nuestra parte, mucho nos tememos que una y otra cosa tengan bastante que ver. Como tememos que los errores de algunos sectores de la oposición, en lo que a estrategia se refiere, tengan mucho que ver con las equivocaciones que a nuestro juicio han cometido y cometen al analizar la realidad del franquismo. Y como también tememos que haya siempre una estrecha relación entre los fallos prácticos y los teóricos, entre el análisis y la acción.

Por eso decíamos antes —sin pretender descubrir nada nuevo— que solamente puede conseguirse un resultado correcto cuando se aúnan, al elaborar una línea de acción, la noción de finalidad y el conocimiento de las condiciones existentes. Si falla uno de ambos factores, por más que el otro se aplique sin error alguno, no podrán lograrse nunca conclusiones válidas. Tan importante es saber la dirección en que se halla la meta para poder avanzar hacia ella, como aprovechar los materiales de que se dispone para construir el camino.

De ahí la gravedad que puede tener —y tiene— el desconocimiento de la *dinámica franquista*. La cuestión no es una mera controversia académica. Porque si se ve en el régimen un fenómeno de puro estatismo, de rigurosa inmovilidad, forzosamente ha de incurrirse en la equivocación —en el plano sindical y en los otros— de defender una estrategia invariable que pretenderá ser apta y eficaz en 1940, 1952 y 1967: es decir, que pretenderá ignorar el calendario.

Y esto, evidentemente, es falso. A un franquismo *en movimiento* —variabilidad motivada por sus propias contradicciones y por la constante evolución de la vida social—, no pueden oponerse unas tácticas definidas de una vez para siempre; como en la guerra, será necesario avanzar o replegarse en función de las sucesivas posiciones del enemigo.

La estrategia correcta habrá de ser aquélla que, sin olvidar en ningún instante la noción de finalidad, tenga en cuenta las condiciones existentes, la relación de fuerzas en presencia, la realidad en su sentido más amplio. Deberá, en síntesis, ser tan móvil y dinámica como lo son las circunstancias en que se desenvuelve.

EL ACTUAL PANORAMA SINDICAL

Ciñéndonos ya al tema concreto del actual panorama sindical que ofrece España, vaya por adelantado nuestra convicción de que « *perdernos en posibilismos utópicos podrá tener una resonancia lírica muy satisfactoria para nuestros deseos, pero nos aleja de la realidad y, por ende, de una posible acción sobre las fuerzas que hoy se agitan* » (L.P., PRESENCIA núm. 7, pág. 17). La frase de nuestro colaborador nos parece justa y traduce esa necesidad, que antes invocábamos, de aunar finalidades con tácticas realmente operativas.

Procuremos, como primer paso, exponer cuál es la actual realidad sindical en la península. La realidad de ahora, no la de 1945. Y sirvámolos para ello de los trabajos que, sobre el tema, publicamos en nuestro número anterior.

Unas breves reflexiones sobre la C.N.S.: « *...Su misión fue llenar, con una mascarada representativa, el vacío que se produjo al ser extirpadas de raíz las organizaciones sindicales clásicas: reformistas y revolucionarias. Durante una etapa, el « sindicalismo vertical » fue eficaz, porque sólo era necesario cubrir las apariencias, a la vez que servía de acomodo a toda una plaga de falangistas y « vencedores » aspirantes a funcionarios y burócratas. Hoy, su misión ya no puede ser la misma. Porque internamente el sistema ha evolucionado y la corporatividad fascista ya no sirve para mantener sumisa a la clase trabajadora... » (O.A., pág. 21). Por otra parte, « *...la acción que diariamente desarrollan los trabajadores españoles, al margen de la sedicente Central Sindicalista, da la medida exacta del afecto que éstos sienten por ese « sindicalismo » y de la suerte que le espera en el momento en que las actividades sindicales puedan ejercerse libre y normalmente... » (J.B., pág. 4).**

En cuando a las organizaciones clásicas, « *...sus efectivos se han ido reduciendo progresivamente, hasta quedar reducidas al presente a la simple calidad de asociaciones de « ex-militantes » —aunque ni los simples cotizantes ni sus « dirigentes » quieran reconocerlo—, sin influencia sensible entre las nuevas generaciones que integran el proletariado español actual (tanto el de dentro como el que ha emigrado a Europa en los últimos años)... » (O.A., pág. 23). Además, « *...pese a las evidencias que quedan expuestas, la U.G.T. y la C.N.T. han seguido y siguen aferradas a sus objetivos y a sus tácticas tradicionales. Sin tener en cuenta que el potencial numérico de sus organizaciones ha disminuido en un 99 por ciento en relación al que contaban en 1939, en razón a la instauración en España del régimen fascista. Sin tener en cuenta que en estos últimos 30 años se han modificado muchas cosas, modificándose igualmente la mentalidad de los hombres. Sin tener en cuenta que la tarea que con mayor urgencia se imponía era conquistar la adhesión de las nuevas generaciones juveniles españolas que se hallaban disponibles —digo bien, se hallaban—, cosa que había que hacer ateniéndose a las realidades de la hora y atendiendo las aspiraciones más acuciantes que se dejaban sentir... » (J.B., pág. 4).**

Y cerremos la serie de citas transcribiendo varias frases sobre las Comisiones Obreras: « *...Las Comisiones, instrumento de toda la masa*

obrera y no de un grupo concreto, tienen ante sí un futuro de amplia capacidad transformadora de las condiciones de vida de la clase obrera, que están dispuestas a poner en práctica con una actitud plenamente revolucionaria...» (J.L.P., pág. 14). Conviene destacar que «...la presencia de este género de organización obrera es un fenómeno original que ha causado sorpresa tanto al régimen como a la oposición clásica...» (L.P., pág. 17). Y también «...es seguramente el sector obrero más potente y mejor estructurado que opera en España...» (J.P., pág. 7). Por último, «...han resultado ser, en la práctica, las que se han demostrado más eficaces para interesar y movilizar a los núcleos obreros de las principales capitales, pues han sido constituidas directamente en la base y, en cierta forma, espontáneamente al relacionarse y organizarse, al margen y paralelamente al sindicato oficial, los «enlaces sindicales» elegidos directamente por los trabajadores dentro de los propios lineamientos legales...» (O.A., pág. 25).

EN RESUMEN...

Hagamos un alto. ¿Qué significa este diagnóstico, crudo y descarnado, sobre la realidad sindical? Significa, a nuestro entender, que los conflictos internos del franquismo han hecho perder al sindicalismo vertical su carácter de herramienta que satisfacía plenamente los intereses del régimen y colmaba sus necesidades; significa que las organizaciones clásicas, aferradas a unos esquemas tácticos marchitos y poco realistas, han perdido un inmenso terreno a fuerza de inmovilismo; y significa que el proletariado español, pese a treinta años de dictadura, pese a la dramática y obligada ruptura que supuso el advenimiento del franquismo en la historia del movimiento obrero, ha sabido crear —con escasos medios, de manera espontánea, con las dificultades y los defectos de toda espontaneidad— los instrumentos circunstanciales de lucha destinados a dar efectividad a sus reivindicaciones.

El panorama, según la perspectiva que se adopte para enjuiciarlo, puede resultar sombrío o alentador. Pero hay además una tercera perspectiva: prescindir de calificativos, prescindir de reacciones más o menos emocionales y más o menos maniqueístas, y preguntarse lisa y llanamente cuál debe ser la acción a realizar dentro de un contexto que *tiene vida*, que *está ahí*, que no podemos permitirnos el lujo de eludir. En otras palabras, esa tercera perspectiva consiste en preguntarse cómo podemos aprovechar las condiciones reales, cómo podemos sacar partido de ellas, cómo podemos actuar sobre ellas para darles una dirección que nos satisfaga más que la actual.

He aquí por qué subrayábamos antes —con pesada y machacona insistencia— la absoluta necesidad de que una estrategia correcta conjugue la visión de las finalidades lejanas con el conocimiento de las circunstancias vigentes. Porque no basta inventar una realidad para que nazca, como no basta levantar una bandera justa para hacerla triunfar ni basta negar en bloque una situación para que ésta se esfume y pierda vida. Hace falta saber jugar en campo extraño e incluso adverso, renunciando a la exigencia de actuar siempre en el cómodo y seguro campo propio.

LAS COMISIONES OBRERAS : UNA REALIDAD Y DOS MITOS

Entre los instrumentos de lucha circunstanciales —destaquemos el calificativo— que ha sabido crearse el proletariado español para defen-

der sus intereses, figuran las Comisiones Obreras. Se trata, esencialmente, de un intento de aprovechar al máximo las limitadas posibilidades legales y semilegales de acción sindical, superando una sistemática clandestinidad heroica pero poco eficaz y sin encerrarse por ello en el corsé de yeso de la estructura verticalista ni abdicar de la lucha reivindicativa. Cabe decir, generalizando, que constituye una tentativa de explotar al máximo los resquicios —léase las debilidades— del adversario.

¿Quién puede negar que una tentativa de ese tipo está cargada de peligros? Nadie, y menos nosotros. Pero nos parece que, a pesar de esos riesgos —lo que no significa olvidarlos—, la acción de las Comisiones Obreras ha tenido y tiene el mérito de haber sabido adaptar sus tácticas a unas posibilidades reales, concretas, inmediatas. Tal mérito, evidentemente, no basta por sí solo para que la acción sea óptima; pero vale la pena destacarlo aunque sólo sea para subrayar el claro contraste que se manifiesta entre una visión realista de las posibilidades y los esquemas simplistas que aspiran a escamotear la realidad.

Estas puntualizaciones, sin embargo, no nos impedirán denunciar dos mitos que parecen haberse creado en torno a las Comisiones Obreras y que nos interesa señalar. El primero de ellos es una sobrevaloración del fenómeno, una idealización —ingenua o interesada— de sus virtudes y su trascendencia. Las Comisiones serían, según esa óptica, algo así como la fórmula genial susceptible de resolver todos los problemas del sindicalismo presente y futuro; nos encontraríamos, pues, ante una panacea universal, piedra filosofal de la acción obrera y receta para todas las épocas.

Pues bien, no. Las Comisiones Obreras, digámoslo bien alto, son una herramienta *de hoy y para hoy*. Especular sobre su futuro a largo plazo y atribuirle virtudes de eficacia eterna son errores tan burdos como aquél de la lírica ignorancia del calendario que denunciábamos antes. Sería grotesco combatir los riesgos de un inmovilismo táctico para terminar refugiándose en un inmovilismo no menos flagrante. Dicho en otros términos, hay que rechazar el mito de la estrategia-milagro: la lucha obrera —cuyo objetivo es en última instancia una profunda y radical transformación de la sociedad, no el logro de unas tímidas reformas— se resiste a ser encasillada en una única modalidad de acción. Y si esta modalidad puede ser hoy la de las Comisiones Obreras —y creemos que lo es—, seguramente mañana será necesario crear nuevos instrumentos de lucha, nuevos caminos, nuevas tácticas y nuevas fórmulas de organización y combate.

Además, está lejos de nuestro ánimo pensar que esa herramienta pueda excluir, aun hoy, toda otra forma de asociación obrera. Allí donde las Comisiones sean prácticamente inexistentes, y donde los trabajadores hayan sabido y podido estructurar otras modalidades organizativas de acción real —no unas simples siglas esqueléticas—, entendemos que lo justo y la conveniente será militar en ellas. Porque lo que interesa es que los libertarios estén presentes en la lucha obrera, participando sin inhibiciones en toda legítima acción de protesta y de reivindicación.

Ocupémonos ahora del segundo mito que se ha creado en relación a las Comisiones Obreras, mito según el cual se trata de un movimiento mediatizado por determinadas consignas políticas y carente de una real autonomía de acción. Vistas desde ese ángulo, las Comisiones no serían otra cosa que un apéndice sin vida propia, un teatro de títeres manejados desde lejos por elementos extraños a la auténtica

acción sindical, un claro ejemplo de renuncia a toda independencia obrera.

Así como el otro mito levantaba un altar a las Comisiones, éste hace de ellas un subproducto bastardo y nefasto. Afirma que están apoyadas en un terreno pantanoso en el que han de hundirse fatalmente los que por él se internen y proclama, como evidente corolario, que cualquier intervención en ese *feudo ajeno*, por parte de los libertarios y aun de los simples demócratas, equivale a servir unos intereses poco menos que inconfesables y a asumir el papel de dócil instrumento al servicio de una causa turbia.

Prescindiendo de eufemismos, digamos que, a nuestro juicio, el problema se reduce a aceptar o no la necesidad de estar presentes allí donde se desarrolla la acción obrera. Tal es la cuestión fundamental. Si se prefiere ignorar esa acción obrera so pretexto de que no se realiza exactamente de acuerdo a unos esquemas intangibles, so pretexto de que no está animada por nuestros propios principios, tácticas y finalidades, so pretexto de que vamos a exponernos al riesgo de un *contagio*, no quedará entonces más remedio que cerrar a cal y canto nuestra pureza, sustrayéndola a los peligros de una contaminación, y esperar pacientemente —al margen del mundo, como un feto conservado en alcohol— la llegada de un mañana risueño e idílico...

Esta postura nos parece profundamente errónea, tan errónea como el mito en que se basa. De ahí que escojamos otra actitud muy distinta, aun sin desconocer sus dificultades: propugnar la participación de los libertarios y de los sindicalistas revolucionarios en las formas circunstanciales de lucha que la clase obrera se ha creado durante estos últimos años. Para ello, naturalmente, será imprescindible tirar por la borda algunos complejos: el absurdo miedo al contagio, la confusión entre fidelidad al ideal y aislacionismo, el inconfesado y tal vez subconsciente temor a toda acción que responda a una auténtica unidad obrera en la base.

¿Terreno pantanoso el de las Comisiones Obreras? Quizá sí, quizá no sea una carretera asfaltada ni un sendero ideal. Pero tiene una ventaja: EXISTE. Y renunciar a él supondría para nosotros, anarquistas, suscribir dos renuncias imperdonables: perder la oportunidad de darle solidez, de contribuir a la transformación del pantano en carretera, y al mismo tiempo distanciarnos del proletariado en nombre de una ortodoxia (?) tristemente estéril.

PARTICIPAR EN LAS COMISIONES, ¿POR QUE Y PARA QUE?

Podrá decirsenos —y con razón— que el hecho de que las Comisiones Obreras existan no basta por sí solo para justificar la necesidad de que participemos en ellas. También existe la C.N.S., se añadirá, y a nadie podrá ocurrírsele —salvo a los que han renegado de todo ideal— que sea un marco adecuado para actuar y hayan los libertarios de integrarse a ella.

Y, en buena lógica, aún puede dirigírse nos otro reproche: tras haber insistido en que la clave de toda acción eficaz consiste en conjugar finalidades a largo plazo y métodos realistas, ¿no caemos ahora, al defender la participación en las Comisiones Obreras, en un total olvido de las metas libertarias? ¿No incurrimos tal vez en el fallo opuesto al que antes señalábamos, es decir, olvidar todo finalismo en aras del presente, así como criticábamos el olvido del hoy a fuerza de soñar exclusivamente en el remoto futuro?

Ambas objeciones van a permitirnos profundizar la cuestión. Quede en claro, ante todo, que una de las razones en que se basa nuestra afirmación de que las Comisiones brindan en las actuales circunstancias un marco positivo, es precisamente la convicción de que los ideales revolucionarios y las finalidades libertarias pueden desempeñar un papel determinante en ese marco de acción. Y pueden desempeñarlo porque las Comisiones Obreras no son en absoluto una organización monolítica y con metas totalmente definidas, sino algo *por hacer*, algo que *está gestándose* y cuyo resultado final estará en función de las aportaciones que reciba. Ese resultado, pues, depende también de nosotros, de nuestra inhibición o nuestra presencia.

Las dos objeciones antes citadas parten de una falsa interpretación. No creemos en modo alguno que la existencia de las Comisiones constituya de por sí, automáticamente, una demostración de legitimidad; nos limitamos a poner de relieve que esa existencia supone *una ventaja*, ya que ciertamente lo es el hecho de que los obreros estén ahí y no en otro sitio, dándole una base real y viva. Pero aún hay más, ya que no nos conformamos con esa comprobación: las Comisiones son, por añadidura, un movimiento lo suficientemente flexible —hoy, ahora— como para que los anarquistas puedan actuar dentro de él sin renunciar ni un ápice a sus ideales y a sus fines específicos.

Y será justamente para defender esos fines, para reivindicarlos en cada acción diaria, para hacer patente que no hay estrategia válida sin conocimiento de las metas finales, para luchar por objetivos inmediatos y por objetivos revolucionarios, para trabajar en pro del presente y del futuro —sin olvidar nunca ni el uno ni el otro—, que los libertarios pueden y deben participar en las Comisiones. Lejos de ignorar las finalidades de nuestra ideología, estimamos, por el contrario, que exigen ser aireadas al contacto de la acción diaria. Y no nos resignamos a que puedan servir de excusa para mantener un quietismo a ultranza ni un velado escepticismo.

LO QUE PODEMOS HACER Y LO QUE DEBEMOS EXIGIR

Siendo les Comisiones Obreras una forma organizativa que se encuentra todavía en estado de gestación pero que tiene ya una trayectoria, si bien relativamente breve, es lógico plantearse el tema de cuáles han de ser las tareas urgentes que deba fijarse una participación anarquista dentro de ese marco, para mejorarlo y hacerlo más apto. Enumeraremos solamente algunas, sin que su enunciado tenga la menor intención exhaustiva.

Habrà que combatir la psicosis liderista, cuya peligrosidad debe denunciarse infatigablemente contra viento y marea, insistiendo en que un movimiento obrero debe moverse desde la base a la cúspide y no a la inversa. Serà necesario revigorizar las concepciones federalistas —sin ignorar, empero, que un federalismo integral no siempre es compatible con la actuación semiclandestina— y destacar el trágico absurdo que supondría luchar contra unos dirigentes verticalistas para acabar reemplazándolos por unos líderes de nuevo cuño pero no menos despóticos y tan incontrolados como aquéllos.

Habrà que defender, asimismo, el derecho a la discrepancia, a la libre discusión, a la existencia de minorías. Bien está que se hable de democracia sindical —y quién puede alegrarse de ello más que nosotros—, pero conviene ir más lejos de lo que van las invocaciones sentimentales o demagógicas y recordar que la democracia se conquista a cada paso, se juega día a día, se acepta o se elude en cada acción cotidiana.

También habrá que pregonar bien alto que el sindicalismo es algo superior a una vulgar asociación corporativa destinada a conseguir mejoras inmediatas. Las Comisiones Obreras han de ser tribuna para que los anarquistas manifiesten su concepción revolucionaria del sindicalismo, su concepción anti-reformista, y expresen sin recatos su convicción de que se trata de una herramienta de lucha para llegar a un mundo socialista, no conformándose con levantar únicamente la bandera desteñida de la vieja democracia capitalista.

Añadamos, para cerrar esta esquemática enumeración de tareas urgentes, que habrá también que reactualizar y demostrar la vigencia de varios principios que la CNT supo reivindicar como nadie en su labor diaria: la acción directa, la solidaridad obrera, la lucha contra la esclavitud degradante de las horas extras, la denuncia de una « racionalización » del trabajo que no tiene nada de racional ni de humana, la defensa de la dignidad obrera, etc., etc.

OTRO PELIGRO QUE NO PUEDE SILENCIARSE

El presente trabajo quedaría incompleto si no aludiéramos, antes de terminar, a uno de los peligros más serios y más reales que amenazan al movimiento obrero español: la paulatina y progresiva integración a las estructuras de ese tan cacareado neocapitalismo que levanta el estandarte de una ideal *sociedad de la abundancia*.

Nuestro colaborador O. Alberola ha formulado al respecto —en el número anterior de nuestra revista y, aún con mayor extensión, en el presente— unas consideraciones que suscribimos plenamente y que, por lo tanto, hacen inútil por nuestra parte un prolijo comentario sobre el tema.

Baste decir, a manera de resumen, que hay que evitar a toda costa el ingenuo optimismo de minimizar el peligro. Este es real, tremendamente real, y sólo la consciencia de esa realidad permitirá hacerle frente con éxito. El peligro está, latente, tanto en el seno de las Comisiones Obreras como en cualquier movimiento sindical moderno. Por eso es urgente evidenciar el riesgo, subrayando que es algo más que una posibilidad remota y poniendo al descubierto los efectos catastróficos que tendría, para los legítimos intereses del proletariado, el desembocar en un sindicalismo de ese tipo (que es, como bien dice O.A., « *un instrumento de domesticación y encuadramiento de la clase trabajadora para garantizar la estabilidad de la sociedad capitalista* »).

Pero nos parece también conveniente desterrar todo fatalismo al abordar el problema. Porque ni el desarrollo económico significa *ineluctablemente* la integración del sindicalismo a las estructuras neocapitalistas, ni el logro de mejoras inmediatas supone *automáticamente* la renuncia a objetivos más altos. Nos negamos —entiéndase bien— a aceptar que la lucha por la revolución socialista y libertaria sea una especie de producto exclusivo de las sociedades económicamente subdesarrolladas.

Tengamos consciencia, sí, del peligro. Pero tengamos consciencia, asimismo, de que puede superarse. Las Comisiones Obreras no son —antes lo dijimos— un sendero ideal ni una carretera asfaltada; no son, tampoco, un instrumento mágico. Son simplemente —y por eso le damos nuestro apoyo— el camino más apto para que los anarquistas demuestren hoy su voluntad de marchar hacia un objetivo. Y su capacidad para ir abriendo un nuevo sendero, más ancho y más recto que el de hoy.

PRESENCIA

En torno a un estudio sobre los monopolios en España

R. Tamames pertenece al equipo de jóvenes economistas españoles que se han manifestado después de la guerra civil. Está considerado como uno de los principales portavoces de esta generación que se distingue por sus críticas aceradas a la economía del país y por añadidura al sistema. Los escritos de Tamames son leídos y analizados por la juventud universitaria y citados por las publicaciones especializadas, como una autoridad en materia económica. En 1960 publica su « Estructura Económica de España », obra que alcanza de inmediato gran prestigio en los medios estudiantiles y liberales. Tamames se presenta en el campo de la economía formulando severas críticas, particularmente a la agricultura, y preconiza reformas de orden técnico, manifestando una inclinación marcada por la nacionalización. Después de su « Estructura Económica de España », en 1961 publica « La Lucha contra los Monopolios », seguida de una segunda edición en 1966 por la editorial Tecnos. El éxito de la obra reveló una creciente preocupación en el público español por temas hasta entonces reservados a un núcleo reducido de especialistas. Las clases más desheredadas se preocupan por los problemas económicos y a medida que toman conciencia del atraso en que se encuentra nuestra economía, tratan de hallar soluciones que saque a ésta de su estancamiento catastrófico. Con objeto de satisfacer las exigencias intelectuales de la clase obrera, la editorial « ZYX », que en su activo cuenta ya una lista copiosa de libros publicados sobre temas sociales de sumo interés, optó por publicar un capítulo de « La Lucha contra los Monopolios », que por sí solo, forma ya un libro. « Los Monopolios en España » — así lo titula —, es un estudio coherente cuya unidad estructural refleja una seria formación científica.

En esta obra Tamames analiza los mecanismos económicos y la legislación financiera que han posibilitado la formación de un grupo reducido de unidades bancarias privadas, cuyas prerrogativas sobre la vida económica y política del país son determinantes. El régimen, por medio de decretos y disposiciones, ha contribuido a crear tal poderío financiero. La concentración financiera es un fenómeno propio de la sociedad capitalista, pero posiblemente no haya tenido en otros países el carácter de concentración bancaria cual acontece en el nuestro. En España se da el fenómeno que siete grupos bancarios detienen el setenta por ciento de los recursos ajenos de toda la banca privada. Lo componen : Bancos de Bilbao, de Vizcaya, Español de Crédito, Central, Hispano-Americano, Banco de Santander y Urquijo. Los « Siete »,

como se les denomina comunmente, controlan el « Consejo Superior Bancario », organismo oficial donde se institucionaliza la restricción de la competencia dentro del sistema privado. Obtenido el monopolio de la finanza, la banca privada puede, sin temor a la competencia, atacarse a las industrias de base. Hallándose la mayor parte de las industrias en situación deficitaria, son presa fácil de la banca, siempre al acecho y en busca de nuevas posibilidades de inversión. Las empresas faltas de dinamismo, incapaces de practicar una política de autofinanciamiento, se hallan en una situación de casi total dependencia de la banca privada ; el aporte de ésta se calcula en un cincuenta por ciento. Esta penetración de capitales conduce inexorablemente a una conexión con las industrias de base, acelerando de esta suerte el proceso de concentración económica. Antes de proseguir con el análisis de esta intromisión, veamos primero unos datos que nos permitirán constatar el carácter absorbente de la banca privada. La concentración financiera se ha producido, como bien señala Tamames, por dos factores históricos : la absorción de un conjunto de pequeños bancos por parte de los grandes (dentro del statu quo bancario) que impedía la apertura de nuevos institutos de crédito, y el establecimiento de nuevas sucursales por los grandes bancos nacionales. En 1939 se cuentan doscientos bancos ; éstos se verán reducidos a ciento doce en 1964. Los « Siete » disponen de 1834 establecimientos más que en 1939, ni que decir tiene que el Estado ha facilitado esta concentración bancaria. A tal efecto véase la orden ministerial del 9 de marzo de 1965, donde se dice : « La capacidad de expansión de los bancos vendrá determinada por la suma de sus recursos propios y ajenos, según sus balances en la fecha que al efecto se determine. » Además del apoyo del Estado, los « Siete » disponen de la mayoría absoluta en el Consejo Superior Bancario. El poder de este Consejo es enorme, pues sus orientaciones son seguidas inclusive por el Ministro de Hacienda. Cuanto se relaciona con la banca está supeditado al Consejo ; de esta suerte, la alta finanza penetra en las industrias y determina la política del país.

Tras esbozar el carácter monopolista de la banca privada, Tamames, con acopio de datos, muestra las formas de penetración en las industrias de base. La banca promueve nuevas industrias o facilita capitales a las ya existentes, teniendo sumo cuidado de colocar a sus consejeros en los puestos de administración. Así, podemos ver a la misma persona ocupar varios consejos de administración. Contrariamente a otros países capitalistas donde existen industrias privadas con el nombre de su fundador (Krupp, Siemen, Renault, Ford), en España el capital es anónimo.

Tamames va más allá de la simple constatación de los hechos, y sugiere, con objeto de contrarrestar la desmesurada influencia de la banca privada, la creación de una banca oficial fuerte. Otro de los peligros que Tamames señala es que por medio de la banca privada se introduzcan en España capitales extranjeros. A guisa de ejemplo, cita la reciente intromisión del Bank of America en el Banco de Santander. El Bank of America es uno de los bancos estadounidenses que más intereses posee fuera de Estados Unidos y que sin duda pretende canalizar todos los capitales yanquis fuera de España.

Si de la banca privada pasamos a las industrias de base, constataremos el mismo fenómeno : concentración industrial en unas pocas manos, evitando de esta suerte la competencia y, lo que es más peligroso, impidiendo la aparición de nuevas industrias ; equivale a decir, eliminar las posibles fuerzas dinámicas que pudieran poner en peligro los intereses monopolistas. Al constatar este hecho, no es que lamen-

temos la aparición de nuevas industrias o empresas que puedan fortalecer el sistema capitalista. Nos colocamos, para nuestra crítica, en la óptica del liberalismo clásico, que hoy se ve condenado por el sistema que antaño le diera vida. Si bien la libre concurrencia se practica todavía en los sistemas capitalistas, se ve cada día negada, por la creciente influencia de los monopolios. Con la desaparición de las leyes económicas basadas en la oferta y la demanda y la libre concurrencia, toda una filosofía política, que durante siglo y medio ha sido el sostén de la democracia burguesa, se derrumba. El mundo llamado democrático, víctima de un sistema, ha de hallar nuevas formas de vida tanto políticas como económicas, que le sustraigan a los monopolios, revistan éstos carácter privado o estatal.

No obstante, hemos de reconocer que las grandes concentraciones financieras o industriales, no sólo son el producto de un desenfadado apetito de riqueza, sino que obedecen también a leyes económicas insoslayables. Una sociedad industrial que no progresa, es decir que no capitaliza, está condenada al fracaso ; y si tenemos en cuenta las necesidades materiales de una sociedad moderna, hemos de aceptar la existencia de grandes unidades industriales. Tamames insiste en la necesidad y la conveniencia de nacionalizar ciertas industrias que por su carácter son de utilidad pública, tales como la electricidad o los transportes. Es innegable que desde el punto de vista económico sería más beneficioso. La construcción de una central eléctrica o una central nuclear requieren un aporte de capitales que las empresas privadas no están en medida de facilitar. Este solo ejemplo muestra cómo la sociedad industrial dicta esa necesaria acumulación financiera. Hoy, en España, existen ocho empresas productoras de energía eléctrica que tienden al monopolio de esta industria, estableciendo lazos técnicos y financieros con las pequeñas empresas locales. Como en otras industrias de base, la intromisión de los « Siete » es considerable. Pero donde más se hace sentir la banca privada y existe un firme propósito monopolista, es en la industria siderúrgica. El mayor grupo de este sector lo componen el grupo de la « Central Siderúrgica », en cuyo consejo de administración existe representación de once empresas y como empresas asociadas figuran un total de veintiseis de las distintas zonas del país. El poder de voto queda determinado por la capacidad de producción, sistema que otorga plenos poderes a Altos Hornos, convirtiéndose en el líder incontestable de la Central. La reciente penetración de firmas extranjeras acusa todavía más esta tendencia : con la entrada de la United Steel Corporation en Altos Hornos, se trata de crear unidades de producción integradas. La penetración de Estados Unidos en la siderurgia española tiene dos aspectos : económico uno, político otro. La United Steel Corporation trata, por medio de su penetración en Altos Hornos, de tender un puente entre Estados Unidos y el Mercado Común Europeo. La CECA, expresión del capitalismo siderúrgico europeo, se opone a la penetración del acero yanqui en el mercado europeo. Como, además, la deuda de Altos Hornos hacia la banca privada y al Estado asciende al doble de su capital, podría acontecer que Altos Hornos, como sagazmente señala Tamames, se convierta en una filial americana. Hoy la United Steel Corporation cuenta con un veintiocho por ciento de acciones, y Krupp ha tomado una participación de un diez por ciento en UNINSA.

La existencia de estos grandes monopolios, acompañada de una fuerte política proteccionista, ha hecho casi desaparecer la competencia exterior e interior, lo que ha permitido grandes beneficios a las empresas, sin necesidad de modernizar las técnicas, y ha conducido al estan-

camiento en este sector de la producción. Aquí también Tamames sugiere la nacionalización como única forma de terminar con las pequeñas empresas privadas, incapaces de invertir capitales para modernizar sus estructuras.

La siderurgia está mediatizada por tres de los siete bancos ya mencionados : el grupo Vasco, Urquijo-Hispano y el banco de Santander. En mayor o menor grado, todas las industrias de base están supe-ditadas a la política de la banca privada. Con objeto de no cargar este trabajo de muchas referencias que a la postre resultan fatigosas, nos limitaremos a señalar algunas de las industrias sujetas casi en su totalidad a la dependencia financiera del capital privado : electricidad, siderurgia, cemento, fertilizantes, vidrio, azúcar...

El método de penetración no varía : aporte de capitales a las industrias deficitarias y creación de nuevas industrias, colocando a la cabeza de sus consejos de administración a técnicos administrativos cuya función consiste en velar por los intereses de la empresa y de la banca, dándose el caso que una misma persona ocupa varios puestos de máxima responsabilidad (1).

La red de consejeros familiares o de testaferros, para emplear la atinada expresión de Tamames, se extiende con tal fuerza que, de no oponerle un freno, creará una situación de asfixia catastrófica para la economía del país. Hoy ya, la presencia de estos monopolios entorpece el desarrollo de la industria después de haber ahogado a la agricultura, impidiendo a su vez la realización de un mínimo de democracia. Para contrarrestar este predominio financiero Tamames sugiere la nacionalización de la banca. Como el lector habrá podido notar, las soluciones que Tamames presenta tienden a la nacionalización, tesis que, si en algunos aspectos puede terminar con la gestión catastrófica de ciertos sectores y con los privilegios desmesurados que obtienen los grupos financieros, pudiendo inclusive obtener satisfacción desde el punto de vista puramente económico, nos parece que, en sí, no es una solución. La nacionalización de la banca y de las industrias de base nos parece bien siempre y cuando los criterios que prevalezcan en una banca nacionalizada correspondan a los intereses de la clase trabajadora. Nacionalizar la banca o las industrias sin más, nos parece limitado. Es necesario que el capital sea invertido en obras de utilidad pública y que los productores de esta riqueza estén en medida de poder disponer de su utilización ; y a tal efecto, consideramos que la clase trabajadora debiera estar en medida, por medio de sus sindicatos, de influenciar o

(1) Véase como ejemplo el caso de José María Aguirre Gonzalo : *Presidente del Banco Guipuzcoano, Vicepresidente del Banco Español de Crédito, Vicepresidente del Banco de Desarrollo Económico Español (Bandesco), Consejero del Banco Hipotecario de España, Presidente de : Agromán, Empresa Constructora ; Construcciones e Inmuebles, Parcelas Giral, Sociedad Vascongada de Publicaciones ; Siemens, Industria Eléctrica ; Estarta y Ecenarro (máquinas de coser y máquinas herramientas), Fortis, S.A. (cajas fuertes), Empresa Nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana (ENHER). Vicepresidente de : Minera Industrial Pirenaica, S.A. ; Empresa Nacional Eléctrica de Córdoba. Consejero de : Esso, Petróleos Españoles ; Roldán, S.A. ; Obras Metálicas Electrosoldadas ; Unión Cerrajera de Mondragón, Sevillana de Electricidad, Industrias Químicas Textiles, Compañía Metropolitana de Madrid, Sociedad Anónima Distribuidora de Electricidad, « La Veneciana » ; Fuerzas Económicas de Andalucía.*

determinar cuando se trata de la inversión de capitales. La renta nacional, patrimonio de cuantos contribuyen a su creación, debe también ser utilizada teniendo en cuenta el criterio de quienes con su esfuerzo contribuyeron a su creación. Posiblemente Tamames, de haber podido publicar su obra sin temor a la censura, hubiera dado otras soluciones más acordes con sus opiniones políticas. Mas, sin ánimo de entablar polémica con el autor de la obra que comentamos y del que por descontento, aceptamos la acerada crítica que de los monopolios formula, creemos pertinente expresar reservas en cuanto a la eficacia de la nacionalización. La tendencia del Estado moderno, tanto en los países llamados demócratas como en los países llamados socialistas, acusa un carácter totalizante donde el individuo, el hombre que queremos a toda costa conservar y dotarle de los medios necesarios a su plena expansión, el hombre desalienado a que aspiran las diferentes corrientes socialistas, se ve cada día negado con más fuerza. Dejar que el Estado resuelva todos los problemas sociales, equivale a restar iniciativas al individuo ; y, cuando constatamos el carácter absorbente del Estado, hemos de esforzarnos en hallar soluciones al margen de su influencia, creando los órganos sociales que posibiliten una plena participación del ciudadano ; a tal efecto, consideramos que el sindicato democrático cuya existencia no sólo se limite a obtener satisfacciones inmediatas, si no que aspire a una profunda transformación socialista de la sociedad, estará en medida de administrar ciertos sectores de la economía nacional. Su participación activa en las múltiples gestiones de la sociedad, será una escuela donde se forjen los militantes obreros, que en su día regirán sus propios destinos.

LUIS PASAMAR

Cuando este número estaba ya en prensa, nos llega la noticia de la sentencia dictada contra cinco militantes libertarios acusados de haber proyectado el rapto del comandante de una de las bases militares norteamericanas instaladas en nuestra país. El juicio fue celebrado en Madrid el día 4 de julio. Acusados de pertenecer al grupo « Primero de Mayo », responsable del rapto —efectuado en Roma el mes de abril del pasado año— de Monseñor Ussia, asesor del embajador de España en Italia, reafirmaron ante el tribunal los objetivos que pretendían alcanzar ante la opinión pública española y la opinión internacional : denuncia de la auténtica colonización que representa la implantación norteamericana en nuestro país y de la farsa de la amnistía decretada por Franco, así como de las declaraciones oficiales que niegan la existencia de presos políticos en nuestro país.

Dictada la sentencia el día 10 de julio Luis Edo, principal acusado, resultó condenado a nuevo años y tres meses de cárcel y a 35.000 pesetas de multa ; Alicia Mur, a tres años y seis meses y a 40.000 pesetas de multa ; Antonio Cañete, a tres años y a 25.000 pesetas de multa ; Jesús Rodríguez, a tres años y tres meses y a 10.000 pesetas de multa. Durante el juicio nuestros compañeros permanecieron esposados. Este aspecto de las condiciones en que se celebró el juicio, así como el importante despliegue de fuerzas policíacas movilizadas en este ocasión, evidencian que el régimen no ha renunciado a seguir utilizando contra sus opositores un aparato judicial y represivo del más puro estilo fascista.

Las universidades del estudiante español o Del aula a la celda

Si se le preguntase a un obrero qué es un estudiante, podría contestar: «todo lo que no soy yo», y se le quedaría entre sueños un «todo lo que hubiera podido ser yo». Y quizá su primer gesto sea también pasarse los dedos por los callos de la mano, al recordar el de los intelectuales que se llevan la mano a la frente como si tras ella el saber hubiera formado también no callos, no, sino ese mareo que debe dejar en las mentes el cultivo de las Ideas grandes, hermosas y gratuitas. El estudiante abarca el mundo, y el obrero, de éste, no conoce más que lo poco que le pasa entre los brazos: duro contacto, su saber no es sino trabajo.

El estudiante es ese ser joven, hijo de ricos y tirando a serlo, cuya juventud jamás será vencida por el cansancio, sino por los años, más tarde, cuando haya vivido todas las posibilidades del Espíritu. El intelectual no se muere de silicosis, sino que la Vida —que es imagen del mundo— se retira suavemente, y aquél la deja ir porque ya nada se le ha quedado por estudiar, ningún dato hay que añadir, ni un día más a la existencia, para conseguirlo. Mientras que el obrero se siente arrancado de la tierra sin haberla conocido...

Por eso, quizá, muchos obreros, en cuanto pueden, mandan sus hijos a estudiar, que es como hacerse inmortales a través de ellos. Pero esos hijos, nacidos del trabajo y del sufrimiento, se defraudan: no es el mundo del saber un cielo puro, es, también, una mutilación. Tanto el catedrático como su padre obrero, son unos desgraciados, quizá más el primero, a quien no le queda el recurso, la esperanza de volverse obrero, ni de mandar sus hijos al taller.

En los últimos acontecimientos de la universidad española, en su lucha por la creación de sindicatos, en las manifestaciones de estudiantes que por fin se dan el gusto de tirar piedras a la policía porque de niños no pudieron tirárselas a nadie, yace un drama que rebasa la mera reivindicación política, que se expresa en ella, se empobrece en ella, pero que renacerá, apenas logrados los tres o cuatro puntos en que actualmente se encarna, libre de ellos: el drama puro de la Separación.

Y bien, ya tenemos a estudiantes en las comisarías. La sociedad cuyo papel debía limitarse a proporcionar a lo mejorcito de la nación, puestos y empleos, facilidades de vida para transmitir o emplear su saber, revela bruscamente el por qué de tanto

privilegio ...Se debe estudiar para que **nada** cambie. Si la policía se hallaba hasta entonces en una capa que se podría situar entre el mundo de la necesidad, del trabajo —como un tapón— y el de la libertad y la cultura, inmensa chapa de plomo que impedía la comunicación entre ambos, he aquí que también reserva sus puñetazos a los desmanes de la inteligencia, el pensar. Así como el primer y único papel del Estado es garantizar la perennidad de lo que existe, el de los intelectuales debía ser la conservación y transmisión de lo que se sabe, de lo que se quiere saber, y la reflexión es tanto su crimen, como la huelga es el de los obreros. El peligro —había existido un peligro muy grande antes de la guerra— era que el Espíritu se imaginase ser otra cosa que memoria.

España, desde principios de siglo hasta el 36, era un rebullir de corrientes, reflexiones, ideas: la libertad acarrea tierra, la de «los demás». Los intelectuales dejaban de lado el saber a veces muerto de los libros, con sus interpretaciones acostumbradas, para hallar en todos los hombres los reflejos de otras lecturas (o las mismas, salvo que más libres, viniendo de autodidactas), de otras experiencias.

El ejército no podía permitir tanto. Tras matar tantas inteligencias vírgenes cuanto pudo, les quemó los libros a los intelectuales, trazó un campo de batalla entre las ideas dividiéndolas en amigas y enemigas, «las nuestras» —como se diría «los nuestros»—, a las que había que proteger con las armas, y «las de enfrente», que se rebatieron a balazo limpio primero, por el terrorismo intelectual después. ¿Qué había que pensar? Nada: estaba ya todo pensado, y enterrado. Las ideas oficiales, las del Estado, habían salido vencedoras. Si los intelectuales querían permanecer en el campo de los vivos, debían atenerse a ellas. Si no, tiempo quedará siempre para cavar más tumbas...

Y así vivió años el estudiantado español, dejando su libertad, su ca-

pacidad de crítica a las puertas de la Universidad donde cumplía su «servicio intelectual» antes del militar, en la que los cursos de cátedra eran verdaderos vadeos en aguas cada vez menos peligrosas, para evitar las ideas «matadas». Se construyó por entonces un idioma extraño, en el que toda posible aventura de la lengua y del pensamiento era cegada en el seno mismo de la frase, con grupos de palabras hechas a convivir una vez para todas, los clisés. La frase, los textos de la España actual, ahogan el espíritu y cortan la respiración —que, en el campo de la lectura, es curiosidad por lo que se va a leer— porque de línea en línea, se encuentra el lector con el lugar común fascista: un extraño entusiasmo y vibración a propósito de cosas inconcretas, donde siempre reluce alguna que otra estrella, el pecho al aire, y el corazón henchido en pos de un absoluto que parece desprenderse del olor a sudor y a aceite para ametralladoras que produjera una columna de fascistillas en marcha por las carreteras que unen la España de siempre al Dios de antes, pero se sientan en la primer taberna.

Los estudiantes se sienten divididos, pero aun no saben qué se les ha quitado: los de ciencias imaginan que se les especializa demasiado, los de letras y filosofía son verdaderos impedidos mentales, obligados a estudiarse **de memoria** resúmenes y cursos, y un instinto cetero les impide leer las obras mismas. ¿Si fueran a descubrir que en la «Devoción de la Cruz», de Calderón, una monja se escapa por la ventana de su celda en pos de su amado que resultaba ser su hermano? ¿Si fueran a dar los primeros, un día de distracción, con el concepto de explotación del hombre por el hombre que no interesa a las «ciencias económicas»?

El espíritu siente que ahí está su desgracia. Olvidada ya la sangre de la guerra civil, dando por adquirida su legitimidad, quiere llegar hasta

sus propios límites. El estudiante, el catedrático, quiere sentirse «hombre», es decir saber más cosas, y pensar sobre unas cuantas. Reivindica su libertad, un órgano que la defiende —el Sindicato Democrático de Estudiantes— y, decidiendo que la Universidad «debe llegar a ser el más alto reflejo de un pueblo tan plural como el nuestro» y que «la Universidad debe tomar en sus manos la causa de la libertad de la cultura e insertarla en el amplio horizonte de la lucha por la libertad e la sociedad española» —declaración de principios del Sindicato estudiantil en Barcelona en marzo del 66—, supone que el pueblo no se buscará otro espejo, ni irá a mirarse —para ver si la imagen es justa— en aquél, ya que «la Universidad debe dominar intelectualmente la realidad» —misma declaración de principios—.

Y bien, los intelectuales no conocen su desgracia, aunque quizá era paso necesario que se eligieran una, para, una vez vivida, darse cuenta que el mal no estaba en ella.

Pues ¿qué arreglan diciendo que la universidad española es clasista porque es muy bajo el porcentaje de hijos de obreros en ella? En el contenido que da el movimiento de estudiantes y profesores a la «democratización», se considera que creciendo el número de «puestos» a proveer, sería necesario abrir más ampliamente las puertas de la universidad, como si el que se sea «más», modificase en algo la esencia de lo que se es. Por una parte pues, ampliación de los campos del saber, y por la otra, aumento del número de los que estudian. Bien es cierto que la universidad declara «ponerse al servicio» de la sociedad, y la creemos, pero ¿suponen los intelectuales que llegarán al cabo de sus penas siéndolo más libres, y proveyendo de clases sociales diversas? ¿Tan convencidos están de su utilidad social? ¿Tan logrados se sentirán apenas se les otorgue a sus sindicatos, el derecho a reunirse y a estudiar lo que quiera y como quiera?

La inteligencia cree que inflándose a sí misma estalla y caen sobre el pueblo ideas justas como prebendas, que logra la «libertad de la cultura», la opresión desaparece, más lentamente, claro está, porque una cosa son los límites propios o impuestos a la libertad del espíritu, y otra el trabajar como un esclavo, 10 horas diarias en el torno, opacidad ésta en la que no entra por ningún resquicio ni cultura ni libertad.

Pero acerquémonos al estudiante, al intelectual. He aquí un hombre lleno de fuerzas físicas cuyo esfuerzo mayor es el de despegar las páginas de un libro, o el de sacudir la estilográfica cuando se seca. ¿Cree acaso que es un ser tan logrado? Acerquémonos a su miseria moral: es un «mantenido», por los padres, o, en el mejor de los casos, cuando las reivindicaciones universitarias se radicalicen, por el Estado. Crece en él el resentimiento de —en otro plano, quizá el mismo— las mujeres mantenidas opíparamente por algún capitalista que las usa de cinco a siete, tres veces por semana. A la Universidad, a la carrera, entrega su vida, y no tiene derecho a acordarse de que tiene corazón, sangre y algo más, sino cuando ha terminado de aprender. No sabe de campos yermos, ni de árboles por plantar, y tiene más dedos de los que necesita, y cuerpo también. Lo que estudia, lo estudia con rabia, y se pasa las noches remachando el programa de sus exámenes. Apenas terminada la carrera se ofrece la suprema venganza de dejar la cultura para los estudiantes de primer año. El ya ha cumplido la suyo: se encuentra con un doctorado o dos, con canas, con manías, y toda la vida estará esperando los frutos de unos estudios que, por estar separados de la vida, estaban resecos ya. Exteriormente, los intelectuales tienen sus defensas: sus títulos. En cualquier momento los pueden enumerar para tranquilizar un no sé qué que ni ellos conocen.

El pueblo les ha abandonado la

cultura —o lo han obligado a hacerlo— y los intelectuales no la aman, por todas las humillaciones íntimas que les ha costado, pero la conservan para sí. Sueñan con embellecer el cuartel: algunas ramas más, mejores sueldos para los profesores, mejores bibliotecas, aulas más claras o espaciosas, posibilidad de hablar más...

Pero cuantas más cosas logren, mayor sera el vacío, mayor la Separación: no es el hombre completo la hipertrofia de ninguna de sus facultades, sino el desarrollo de todas. La sociedad esté harta de ese matrimonio burgués y de razón entre la cultura y su mejor pretendiente: los niños bien o que prometen serlo, y quizá la cultura también se aburre —si es que le concedemos un querer y un poder— de no salir a luz más que en los programas, para pasar de éstos a un continente preparado para que no se produzca choque alguno, el de sus especialistas.

Así, ningún sueldo y ninguna consideración social podrán pagar a los intelectuales de todos los abandonos íntimos que se han visto obligados a hacer en nombre de la cultura. La domesticarán a su vez, porque es condición de la supervivencia de la Universidad, de la Separación del Trabajo y de la Cultura. Tendremos Universidades libres, y, en cuanto éstas se extralimiten, y salgan despedidos los alumnos de las aulas al encuentro de sus hermanos, del pue-

blo del que lo habían separado —como sucedió antes de la guerra— se volverán a cerrar ciertos libros y las puertas de la universidad. La Censura universitaria es sabia. Los intelectuales no lo saben, y piden libertad. Pero entonces tendrán que escoger, o el paso quizá se haga naturalmente: libertad de ser hombre, universidad para todos y para nadie, como el pan. No ya relaciones de cortesía, como piden los Demócratas entre el pueblo y sus intelectuales, sino íntima unión de ambos, y fin de la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual. Si por alguna desgracia —o porque no esté en las vistas de la Historia, pues vamos a dejarle a ésta tantas exigencias como a la cultura— el intelectual no se librase de su libertad parcial y fantasmagórica, se encerrase en sus límites, será el primero en en someterse voluntariamente y agradecer a cuantas leyes y atropellos del hombre y de la libertad le garanticen la conservación de sus privilegios. Aprenderá de nuevo a pensar con prudencia, a respetar universidades y títulos académicos, y bendecirá la policía, pues sabrá que aunque entrara en el recinto universitario, su papel es el de preservarla contra «los de afuera», contra sí mismo y sus sueños de juventud, contra la Universidad misma si enloqueciera hasta el punto de querer suprimirse, para renacer entre los hombres.

Teresa GRACIA.

PERSPECTIVAS

del Sindicalismo Revolucionario

En el número 7 de PRESENCIA publicamos un artículo de Octavio Alberola que, bajo el título de « Debate ideológico sobre el porvenir del sindicalismo español », brindaba un análisis de la realidad sindical en nuestro país.

Insertamos ahora la conclusión de dicho trabajo, en el que nuestro colaborador expone las perspectivas que, a su juicio, ofrece en la hora actual la acción sindical.

LA REDACCION

En el número anterior de PRESENCIA, con la brevedad que el espacio de la revista lo exigía y con la objetividad (sinceridad) que el tema lo requiere, analizamos la situación actual de la sociedad española, del sindicalismo verticalista y de la « oposición sindical ». Ahora, continuando con la misma línea de crítica objetiva y de total rechazo de los espejismos partidistas y de las ciegas utopías, debemos abordar las perspectivas que se ofrecen para el sindicalismo revolucionario dada la coyuntura político-social de nuestro país, del occidente capitalista y del mundo en general.

Repetiremos, una vez más, que la continuidad de la dictadura franquista, con sus correspondientes estructuras fascistas, leyes y organizaciones totalitarias, y su insuperable vocación represiva, dan al « caso español » una originalidad (diferenciación) muy particular, que no permite comparaciones superficiales; y, mucho menos, con las naciones capitalistas con regímenes « democráticos ». Olvidar esta diferencia fundamental sería tan absurdo, tan falto de rigor crítico, como olvidar que ya no estamos en 1936 y que, una guerra civil y un período de más de 25 años de dictadura, han cambiado el curso de la historia de nuestro pueblo.

Así, sin olvidar nada de todo esto y teniendo siempre presente que sólo partiendo de las actuales condiciones — y no de las que desearíamos que fuesen — podremos construir algo serio y positivo para el futuro, debemos abordar las consecuencias inevitables de la actual orientación del sindicalismo de oposición, para ver si aún es posible consolidar un sindicalismo revolucionario, realmente consecuente y popular. Porque ni puede satisfacernos la adhesión de las masas obreras a los grupos que prefiguran ya, desde ahora, ese sindicalismo integrador y reformista que, en el mundo occidental, ha enterrado el espíritu revolucionario de la

clase trabajadora; ni pueden conformarnos las esperanzas de mantener pequeños núcleos sindicalistas que se reclamen revolucionarios sobre el papel.

1. — SINDICALISMO INTEGRADOR

Si bien el capitalismo, en su fase inicial, vio en el sindicalismo una fuerza contraria a sus intereses y una seria amenaza para sus aspiraciones de hegemonía de la sociedad moderna, no ha sido así en los últimos decenios: particularmente después de la segunda guerra mundial que marca, en cierto modo, el nacimiento del neocapitalismo.

Las dos grandes fuerzas del mundo moderno, que un día parecieron antinómicas e irreconciliables, han « evolucionado » en direcciones convergentes; ayudadas u obligadas, en algunos casos, por la « autoridad » del Estado convertido en árbitro supremo de los « intereses de la sociedad ». Y, si bien gran parte del camino andado, en este sentido, debe atribuirse al cambio de mentalidad y táctica capitalista (neocapitalismo), que ha comprendido la necesidad de **integración** de la clase trabajadora a su proceso de desarrollo y expansión —mediante la elevación progresiva del nivel de vida de esta última—; la mayor parte de este camino recorrido corresponde al sindicalismo reformista que, **renunciando a la revolución**, ha dado las suficientes garantías y ha demostrado ser el instrumento imprescindible para propiciar esta integración: sin sobresaltos y sin riesgos, dadas las inevitables y permanentes contradicciones del sistema, al propiciar la desmovilización política del proletariado.

Así, el sindicalismo reformista —que en su argumentación teórica se presentaba, pese a todo, como un instrumento de emancipación gradual de la clase trabajadora— ha pasado a ser finalmente un simple instrumento integrador, estable y duradero, de la clase explotada como elemento subalterno.

Porque si bien la elevación del nivel de vida de los trabajadores puede, en cierto modo y en ciertos países, llevarnos a creer en el espejismo de la superación de la lucha de clases, la realidad es, a final de cuentas, muy diferente. El neocapitalismo ha propiciado, y está dispuesto a aceptar como algo obligado y necesario, **el aumento de bienestar material** —única forma, por lo demás, de asegurar su expansión continua y de garantizar la estabilidad de sus privilegios— para la clase trabajadora; a condición de que ésta no le discuta **el derecho** de propiedad ni le dispute la dirección política de la sociedad. Inclusive, en determinadas situaciones, el neocapitalismo « moderno » se considera un capitalismo tan adelantado en el camino de la integración que llega a confiar tranquilamente la dirección política a partidos de tradición obrera (los partidos socialistas de Francia, Bélgica, Inglaterra, Suecia, etc.), « sabiendo que estos partidos dejarán a la puerta del poder todo lo que pudieran tener de socialistas » (1).

Igualmente, el neocapitalismo « moderno », no niega a las organizaciones sindicales « el derecho a defender ciertos intereses de las fuerzas sociales a las que representan (condición imprescindible para que estas organizaciones puedan conservar la dirección política de dichas fuerzas); pero a condición de que esto tenga lugar no sólo en el marco previsto por el funcionamiento general del sistema, sino especialmente en los límites y modos que permiten las exigencias del beneficio »;

(1) Esta cita, como las siguientes, pertenecen a un artículo publicado por Lelio Basso, dirigente del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria, en el número 15 de la **Revue Internationale du Socialisme**.

de modo que toda tensión demasiado aguda, toda ruptura peligrosa quede eliminada ».

De esta manera se ha producido y se produce el doble fenómeno de la integración de la clase trabajadora al sistema capitalista : a través de la integración de sus organizaciones representativas (sindicatos y partidos) a los organismos de planificación, a la administración y al gobierno ; y a través del conformismo y aceptación que esta línea reformista infiltra en el espíritu de las masas explotadas que, seducidas por el disfrute de un cierto confort o la esperanza de alcanzarlo, renuncian a la lucha por su total emancipación y se conforman con la simple conservación de las mejoras obtenidas y el encauzamiento legal de sus reivindicaciones futuras.

« Esa aceptación o conformidad, que afecta hoy a las sociedades capitalistas y que constituye un aspecto importante de la crisis de la izquierda en el mundo, no es el producto espontáneo de una sociedad que ha eliminado todo conflicto ; no es el producto de una sociedad que ha conseguido el bienestar para todos sus miembros y que permite formas de vida verdaderamente democráticas ; es el resultado de una serie de mecanismos complejos a través de los cuales la oligarquía dominante trata de garantizar bases estables y seguras al desarrollo capitalista, de modo que la sociedad sea una máquina cuyos engranajes funcionen con regularidad, es decir, permitan la previsión de los acontecimientos, sin sorpresas, frotamientos ni rupturas ».

Y todas las formas de sindicalismo reformista (que acepte la realidad de las instituciones capitalistas y aspire a su reconocimiento por ellas) constituyen parte de estos « mecanismos complejos », a través de los cuales el neocapitalismo busca la eliminación de los conflictos sucesivos e inevitables que, fatalmente y como resultado de sus contradicciones internas, le obligan a enfrentarse y negar los intereses y los derechos más legítimos de la clase trabajadora. Por eso todo sindicalismo que no aspire, que no luche, por la total emancipación de los trabajadores, por la desaparición del sistema de explotación capitalista, de todo sistema de explotación, deviene inevitablemente —si no ha sido constituido conscientemente para ello— en un sindicalismo integrador : en un instrumento de domesticación y encuadramiento de la clase trabajadora para garantizar la estabilidad de la sociedad capitalista.

Por su propio interés, y como expresión consecuente de su ley de desarrollo, el neocapitalismo seguirá haciendo concesiones, tanto en la política de remuneración salarial (« participación legal » en las utilidades), como en la política de control e intervención sindical (participación en los organismos de planificación económica, legislación obrera, etc.). Y el sindicalismo integrador, más o menos reformista, más o menos apolítico o político, seguirá cumpliendo su papel de instrumento a través del cual estas concesiones y estas reformas se consiguen y se realizan. Así, por la propia dinámica capitalista y la naturaleza de sus contradicciones, la lucha por la obtención de mejoras inmediatas seguirá inevitablemente su curso ; y los mecanismos de integración seguirán, de buen o de mal gusto, sirviendo para alcanzar estas « conquistas ».

2. — SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Teórica y prácticamente el sindicalismo revolucionario es el único instrumento con el que la clase trabajadora puede luchar por la revolución y conquistar su total emancipación. Pero un sin fin de factores e intereses se han coaligado, en el mundo occidental, para dejarlo reducido a poco menos que utopía ; y no hablemos del mundo comunista, en donde no

existe otro sindicalismo que el dependiente y controlado, de arriba abajo, por el Estado y la burocracia del Partido.

Demostrar la validez de esta primera afirmación no es, en estos momentos, ni necesario ni de ninguna utilidad; puesto que la experiencia histórica es rotundamente evidente al respecto. Particularmente en nuestro país y en aquéllos en donde, aún traicionada después por la burocracia dirigente, la clase trabajadora ha podido dar un paso adelante al destruir, en su aspecto clásico, la propiedad privada de los medios de producción.

Lo que sí resulta necesario y urgente es llegar a conclusiones serias, bien fundamentadas, sobre las condiciones en que, actualmente y en un futuro inmediato, el sindicalismo revolucionario (lo que quede o lo que se pueda aún constituir), tendrá que desenvolverse en el mundo capitalista occidental. Sin olvidar las repercusiones que se derivan de la existencia del mundo comunista.

En líneas generales tenemos que reconocer que la estrategia aplicada por el neocapitalismo y la desproporcionada concurrencia que el sindicalismo integrador representa, para los reducidos y débiles núcleos sindicalistas revolucionarios, dejan a estos últimos escasas posibilidades de desarrollo. Y, en cierto modo, dada la mentalidad imperante entre las masas trabajadoras, pocas razones de justificación. Ya que el sindicalismo revolucionario implica una lucha frontal al sistema de explotación —del que es solidario el Estado con todo su aparato represivo—; y para el sindicalista revolucionario un esfuerzo suplementario, un riesgo permanente y un sacrificio. Pues no se puede concebir un sindicalismo revolucionario —salvo como estafa demagógica— reducido al simple quehacer burocrático, a la cómoda garantía de la legalidad y al diálogo o negociación platónica con sus enemigos. Porque estos últimos pueden recabar y aceptar el diálogo y la negociación pacífica con los trabajadores, porque están en condición de superioridad y de ceder prerrogativas; mientras que los trabajadores, por ese camino (incluida la huelga legalizada y pacífica), sólo pueden aspirar a obtener lo que los otros quieran darles o quieran hacerles creer que han conquistado, gracias al uso de ese tipo de negociación, de «lucha» reivindicativa.

Sacadas las necesarias y lógicas conclusiones de esta inferioridad táctica, y las que se derivan de la propia experiencia histórica del sindicalismo revolucionario, hay que concluir honestamente que, en todos aquellos países en donde el neocapitalismo y el Estado han logrado imponer su estrategia de integración (aún sin resolver sus contradicciones fundamentales, ni los inevitables conflictos de clase que ellas provocan), al menos mientras las actuales condiciones objetivas se mantengan (coexistencia pacífica de los dos bloques, expansión económica) y mientras la **combatividad** de los núcleos sindicalistas revolucionarios no aumente, las perspectivas de estos últimos están seriamente comprometidas.

Efectivamente, como el análisis histórico del sindicalismo revolucionario lo prueba, sus posibilidades de desarrollo y de éxito han dependido y seguirán dependiendo de la radicalización y gravedad de los enfrentamientos de clase. La historia humana es, esencialmente, la historia de la lucha de clases. En su fase inicial el capitalismo se impuso como supremo vencedor y dio origen, por todas partes, al nacimiento del sindicalismo que, ante una tal radicalización expoliadora, tuvo que ser necesariamente de orientación revolucionaria. El neocapitalismo ha sabido mitigar esta explotación, sin perder su carácter fundamentalmente alienador, llegando a estabilizar una sociedad en la que la lucha de clases ha sido sustituida, en parte, por la posibilidad de elevación social individual. Así resulta comprensible el desarrollo y estabilidad del sindi-

calismo reformista, que también ha renunciado a la lucha de clases y que acepta y fomenta la subdivisión de la clase trabajadora en diferentes categorías sociales, totalmente insolidarias entre sí.

Pero, ni el neocapitalismo ni el sindicalismo integrador han logrado, ni podrán lograr (salvo que se opere el milagro de la transformación pacífica del capitalismo al socialismo, renunciando definitivamente al principio de beneficio), superar la contradicción fundamental del sistema capitalista, que persiste a través de sus diferentes transformaciones y mutaciones: la alienación de la clase trabajadora al capital y sus detentadores.

« Este es el conflicto permanente —imposible de suprimir en un régimen capitalista— entre las dos lógicas (la del carácter social de la producción y la del carácter privado del beneficio) que forman la trama del desarrollo de la sociedad capitalista clásica y moderna ».

Por lo que el sindicalismo revolucionario seguirá teniendo justificación teórica y validez práctica (siempre que se considere al sindicalismo como un instrumento de lucha de una clase y no de grupos determinados dentro de esta clase). « Pues las posibilidades revolucionarias nacen, precisamente, de la naturaleza contradictoria del capitalismo, y renunciar a ver lo específico de sus contradicciones significa prácticamente la renuncia a poseer una estrategia adaptada a la situación presente, en una palabra, la renuncia a la lucha por el socialismo ».

CONCLUSIONES

Todo lo hasta aquí expuesto nos conduce a una serie de conclusiones inevitables y de importancia capital para cuantos nos preocupamos, directa o indirectamente, por el porvenir del sindicalismo español. Y, particularmente, para los que estamos empeñados en reconstituir un sindicalismo revolucionario, verdaderamente eficaz, en nuestro país, y, de ser posible, en el mundo.

La primera conclusión es que, dada la « originalidad » del « caso español » (continuidad de la dictadura, con todas sus nefastas consecuencias para la clase trabajadora) y dado el retraso del neocapitalismo español en el proceso de integración —todo lo cual determina aún una permanente radicalización de la lucha de clases—, las perspectivas de afirmación para el sindicalismo revolucionario son reales. A condición, claro está, que los núcleos sindicalistas que se reclaman revolucionarios sepan comprender su papel y se decidan a desempeñarlo con todas las consecuencias. Ya que, pese a su desorganización actual, la clase trabajadora ha demostrado en todas sus recientes luchas una combatividad y una solidaridad de clase ejemplares. Lo que demuestra que, pese a su despolitización forzada, las condiciones objetivas en que se produce aún su explotación han permitido salvaguardar su disposición para la lucha revolucionaria.

La segunda conclusión es que, la oligarquía y el neocapitalismo han comprendido, en parte, la urgente necesidad de acelerar la evolución del proceso de integración, para lo cual se disponen a dar ciertas facilidades al sindicalismo de oposición que siga, claro está, la línea reformista e integradora. Y que este sindicalismo podrá consolidarse, pese a la actitud recalcitrante de los integristas del régimen, si los núcleos sindicalistas revolucionarios no saben pasar de la simple propaganda escrita a la orientación y dirección directa de las actuales luchas obreras.

La tercera conclusión es que las organizaciones sindicales clásicas, dado su estado actual de descomposición interna y de burocratización orgánica, no son ya instrumentos adecuados para la reconstrucción de un sindicalismo revolucionario consciente y eficaz.



La cuarta, y última conclusión —si queremos resumir— es que si perdemos esta oportunidad (que difícilmente volverá a reproducirse) por incapacidad de visión, por impotencia o por no querer correr los riesgos y los sacrificios que una actitud consecuente nos exigiría, el porvenir del sindicalismo español se decantará fatalmente por el lado reformista e integrador. Y en esas condiciones, los núcleos revolucionarios deberán plantearse si no vale la pena continuar la lucha en otros terrenos y en otros niveles.

Porque, reducido el sindicalismo a su papel de simple negociador dentro del proceso general de integración de la sociedad neocapitalista moderna, la actuación de los grupos revolucionarios en su seno sería, hasta para la propia clase trabajadora, un motivo de perturbación de la función devenida esencial: la gradual elevación del nivel de vida de los trabajadores. En cuya finalidad coinciden, por ahora, el « egoísmo conservador » de los trabajadores y los propios intereses del neocapitalismo.

En estas condiciones —dejándolo consciente y exclusivamente orientado a la defensa de intereses materiales— el sindicalismo integrador cumplirá, pese a sus facetas negativas, un papel positivo: cada vez más necesario para garantizar la integración; pero cada vez menos inatacable en la garantía de los intereses materiales de los trabajadores.

Los militantes revolucionarios —participen o no en este sindicalismo por su calidad de trabajadores— tendrán otra responsabilidad más importante: la de evidenciar la alienación fundamental de la sociedad capitalista y la de luchar contra sus nefastas consecuencias.

Porque la alienación fundamental significa que los destinos de la sociedad sigan estando siempre en manos de una sola clase privilegiada (sea la oligarquía económica en el mundo occidental o la oligarquía burocrática en el mundo comunista), y que las luchas por el poder estén permanentemente abiertas, con sus inevitables y catastróficas consecuencias: guerras, golpes de Estado y fascismo más o menos encubierto.

OCTAVIO ALBEROI.A

EL PROYECTO DE LEY DE LAS COMISIONES OBRERAS DE REPARA

En el número y de PRESEN- CIA estudiamos brevemente la ley que establece en España (O. 1.000) el sistema de las Comisiones Obreras (C.O.) en el ámbito de la empresa. En este artículo vamos a estudiar las características de las Comisiones Obreras (C.O.) y a analizar el contenido de la Ley de las Comisiones Obreras de Reparación.

Las Comisiones Obreras (C.O.) son organismos de representación de los trabajadores en la empresa, creados por el Estado para garantizar la participación de los trabajadores en la gestión de la empresa y en la toma de decisiones que afectan a sus intereses. Estas Comisiones se crean en las empresas de más de 50 trabajadores y tienen como objetivo principal la defensa de los intereses económicos, sociales y culturales de los trabajadores. La Ley de las Comisiones Obreras de Reparación establece el marco legal para su creación y funcionamiento, así como sus atribuciones y competencias.

UN MITIN, UN PROYECTO Y UN AUTO DE FE

UN MITIN DE SOLIDARIDAD CON LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA

El 29 de mayo pasado tuvo lugar en París un mitin de apoyo a la lucha sindical en nuestro país, organizado por el « Comité Europeo de ayuda a los trabajadores españoles ». Dicho Comité fue constituido en París hace dos años y agrupa militantes destacados de distintas organizaciones sindicales europeas.

André Donnai, secretario nacional de la Central de los Servicios Públicos belgas, Mac Gahey, vicepresidente de la Federación de Mineros de Escocia, Sandro Stimili, vicesecretario de la CGIL italiana tomaban parte en esta reunión, presidida por Benoit Frachon, ex-secretario general de la CGT francesa.

Los oradores, tras hacer un llamamiento a la solidaridad de los sindicatos europeos, evocaron el « combate de los que salidos de las sombras de la clandestinidad luchan por imponer sus derechos y por conquistar nuevamente la libertad », así como la represión de que son objeto por parte del gobierno franquista. Aludieron repetidas veces a la creciente importancia tomada en esta lucha por los militantes de las Comisiones Obreras.

Las intervenciones de dos representantes de dichas Comisiones fueron frecuentemente inte-

rrumpidas con verdaderas ovaciones. Tras señalar el significado de la lucha entablada por esta organización, declararon aportar el saludo de « los compañeros que luchan en el interior para obtener las libertades que permitan a todos los españoles que viven fuera de su país participar en la construcción de una sociedad española nueva que no esté basada en la explotación del trabajo humano ». Haciendo el historial del nacimiento y desarrollo de las Comisiones, insistieron sobre el hecho de que éstas son ante todo « un instrumento del cual se ha dotado la propia clase obrera », instrumento « que ni es ni debe ser la propiedad exclusiva de ningún grupo o fracción política », por lo que « permanecen abiertas a todos los militantes obreros deseosos de luchar contra un sistema que oprime a la clase trabajadora ». Terminaron su intervención, que cerró el acto, lanzando vivas a las Comisiones y a la Revolución Socialista.

EL PROYECTO DE LEY DE LAS COMISIONES OBRERAS DE ESPAÑA

En el número 7 de PRESENCIA aludimos brevemente a la reunión celebrada en Madrid (Orcasitas) el 21 de abril pasado, reunión en que —ante 1.500 delegados de las industrias y servicios— fue aprobado por aclama-

ción el documento llamado « Proyecto que las Comisiones Obreras proponen a los trabajadores ante la nueva ley sindical ». Los puntos fundamentales de dicho documento, que define los « objetivos esenciales del sindicalismo obrero frente a la inminente ley sindical », son los siguientes :

1º La defensa de los intereses materiales y profesionales de los trabajadores. 2º La conquista de una igualdad real para la mujer y el joven trabajador y la promoción y defensa de los intereses específicos de ambos. 3º El acceso a la cultura y a la enseñanza a todos los niveles. 4º La promoción y defensa de un auténtico patrimonio cultural y espiritual. 5º Participación en los órganos donde se toman las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad y especialmente al de los trabajadores y a sus familias. 6º La consecución de una sociedad donde el desarrollo socioeconómico no esté basado en la explotación del trabajo humano. 7º La solidaridad y unión internacional de los trabajadores, como es tradicional en la historia del movimiento obrero.

¿NUEVA LEY DE PRENSA O NUEVA INQUISICION?

Madrid, 7 de junio. — La publicación de la Editorial ZYX, « Historia del 1º de mayo », obra

de Carmen Ruiz Pacheco, ha sido condenada a la destrucción después de haber sido objeto de secuestro administrativo. Por el Juzgado de Orden Público, señala un despacho de la Agencia Cifra, « fue incoado sumario por presunto delito de propaganda ilegal, previo secuestro administrativo de la obra. Contra la decisión del juzgado de declarar el sobreseimiento interpuso recurso el ministerio fiscal, desestimado por auto de 2 de junio actual, confirmando en consecuencia el sobreseimiento de la causa ».

Pese « a no resultar debidamente justificado el delito de propaganda », la obra ha sido condenada a ser destruida por los Torquemadas de turno : para justificar su decisión —es necesario saborear este párrafo, digno de una antología de humor negro— los sicarios de Fraga Iribarne declaran que « analizando el folleto de turno, *sin omitir las cubiertas*, han llegado a la conclusión de que —con independencia de la intencionalidad de la autora—, hay bases más que suficientes para concluir que por su naturaleza, tiene virtualidad suficiente y objetiva para entrañar peligro grave a los intereses sociales, razón que obliga a la aplicación del artículo 635, párrafo 5º, según la ley del 8 de abril del presente año, procediendo a la destrucción de la edición intervenida, conforme a lo dispuesto en tal precepto ».

LA DIARIA LUCHA DE LAS COMISIONES OBRERAS

Es absurdo el querer analizar las acciones de una clase social en defensa de sus intereses, en defensa de lo que le es necesario para desarrollarse, para salir del ghetto en el que la sociedad capitalista la ha encerrado, sin antes ver cuál es la situación económica, cuál es el contexto en que estas acciones se desarrollan. Por eso es imposible hablar de la lucha de las Comisiones sin antes analizar, aunque sea muy someramente, la coyuntura actual española.

El fracaso del primer plan de desarrollo, que aun fijando unos índices de crecimiento muy bajos, ya suficientemente rebasados en años anteriores, no ha sido capaz de mostrar a los ojos de los españoles sus realidades, por que no han existido, era la mejor señal de que algo no iba bien en la vida económica de la nación. El rápido aumento de los stocks de productos, pensados para una burguesía industrial tipo europeo que debía surgir del desarrollo marcado por el plan, muestra claramente que la situación en algunas ramas de producción no es tan rápida como se había pensado. ¿Qué es lo que puede haber motivado todo esto? Sinceramente creemos que lo que ha pasado es que España ha intentado pasar de un salto, sin etapas intermedias, de un sistema de producción que aún no ha conocido la revolución industrial al neocapitalismo. Ante esta situación, no es extraño que las previsiones de Barreiros no se cumpliesen y que cada día aumente, a un ritmo vertiginoso, el número de coches que, vendidos a plazos, son retirados porque sus semipropietarios no pueden cumplir con las obligaciones que se derivan de haber firmado un « montón » de letras de cambio. Es impresionante leer en la propia prensa española que durante el mes de abril las letras devueltas como impagadas por carencia de fondos alcancen los ¡2000! millones de pesetas. Muchas industrias potentes han tenido que cerrar y otras han reducido de manera alarmante su producción, lo que, lógicamente, ha motivado que todas las pequeñas empresas, tan frecuentes en nuestra vida económica, y que vivían de los suministros que enviaban a las grandes, se encuentren en la mayor ruina.

Ante este panorama nos llena de asombro el leer en muchas publicaciones del exilio que la clase obrera española ha perdido su vigor, cuando lo lógico sería analizar la situación y comprender que en estos momentos todo intento de una acción fuerte y violenta lo único que traería como consecuencia es ayudar al capitalismo y darle un motivo para proceder al despido masivo de trabajadores y más concretamente de aquellos líderes de fábrica que son los que verdaderamente le preocupan. La acción que en estos momentos hay que desarrollar es una acción que demuestre que la clase obrera no está dormida, que deje bien claro que entre ella y el capitalismo existe una auténtica lucha pero que la táctica de esa lucha debe variar según las circunstancias.

Un análisis, en este caso, de las fuerzas con que cuenta el mundo obrero para esta lucha, nos haría ver que NADIE puede soñar con

movilizar a la masa obrera, por dos razones : a) porque la masa obrera española está en una fase de adormecimiento, lógica consecuencia de 30 años de lavado de cerebro practicado por el régimen franquista, y b) porque ninguna organización, ni clásica ni nueva, tiene el suficiente arraigo dentro de la masa obrera como para arrastrarla a una acción de masas. Posiblemente esto se podría realizar en alguna provincia, en las que una organización es la que la controla : tal es el caso de AST en Santander, Navarra, etc., o la UGT en Asturias. Pero siempre serían acciones regionales y no una auténtica acción nacional.

De esto se deduce la urgente necesidad de un INSTRUMENTO que por su calidad de instrumento, por su bondad para la lucha, sea el que consiga despertar a la clase obrera española de su adormecimiento y así prepare los caminos para crear el día de mañana unas auténticas condiciones prerrevolucionarias que posibiliten la verdadera revolución sindicalista. Este instrumento son las COMISIONES OBRERAS, ya que a lo largo de su breve, pero eficaz existencia han demostrado sobradamente su total validez.

Creemos que conviene recalcar (aunque ya hemos visto que « Presencia » tocaba el tema en los artículos de su número anterior dedicados al sindicalismo español) que únicamente en el seno de las Comisiones hay dos fuerzas organizadas : Partido Comunista y Acción Sindical de Trabajadores (A.S.T.), y que todo lo que se diga por parte de otras fuerzas para hacer creer que están en el seno de las mismas, es pura invención, que no tiene otra finalidad que justificar las enormes sumas que reciben del sindicalismo reformista europeo, que lógicamente no quiere aceptar esta realidad, incluso cuando insinúan que ellos son tan democráticos que dejan a sus regionales en libertad de elegir el camino a seguir y que algunas han aceptado el planteamiento Comisiones. Posiblemente alguno de los militantes de las otras organizaciones sí aceptan este planteamiento y están en Comisiones, PERO SOLO A TITULO PARTICULAR.

De las dos fuerzas organizadas en Comisiones, ciertamente una es una fuerza política cuyos objetivos son sólo políticos y que a lo único que aspira es a que ellos, el partido comunista, alcancen el poder sin tener la más mínima mira sindicalista ; por ello debemos observar con todo interés la iniciación, marcha y fines de la segunda de ellas : de la A.S.T., pues si esta fuerza es auténticamente revolucionaria y sindicalista puede llevar a las Comisiones a ser algo decisivo para el futuro de la clase obrera española.

Dos son las fechas que tienen mayor importancia en la vida de acción de las Comisiones obreras : la del 27 de Enero y la del 21 de Abril, pues en ambas demostraron madurez de acción y de pensamiento.

EL 27 DE ENERO

Esta fecha es muy significativa ya que poco antes es cuando se produce la entrada organizada de la AST, pudiendo calibrar con la actuación de sus militantes y saber si verdaderamente esta entrada iba a purificar la acción de las Comisiones, haciéndolas —al entrar una fuerza sindical— ir por auténticos objetivos obreros.

La preparación de esa jornada fue larga y penosa ; hubo que vencer muchas dificultades ya que era la primera acción coordinada a nivel de todo Madrid, que no iba a quedarse en la concentración en un

sitio determinado, sino que iba a intentar convocarse marchas, y reuniones en varios sitios a la vez, lo que daría, realmente, el auténtico baremo de la fuerza y pujanza dentro del mundo obrero de las Comisiones.

La acción fue un auténtico triunfo, ya que la masa obrera respondió de manera maravillosa ; se negaron los obreros a tomar los autobuses de la empresa, haciendo marchas a pie desde el lugar de trabajo hasta los puntos señalados de concentración ; tuvo que intervenir incluso la Guardia Civil, que en muchas ocasiones se negó a actuar, creando un auténtico problema al Gobierno. Pero se puede decir que ese día no fue el que marcó de manera clara la fuerza de Comisiones, sino el día siguiente, ya que ante las detenciones de varios militantes obreros, Madrid respondió enviando delegaciones de muchas fábricas a pedir al Director de Seguridad la puesta en libertad de sus compañeros ; se organizaron colectas, plantas y reuniones.

Verdaderamente la acción estaba bien organizada ya que en ningún momento se pidieron reivindicaciones políticas, sino simplemente económicas y a ellas la gente (que la propaganda está intentando convertir en consumidores de tipo europeo creándole una serie de falsas necesidades) respondió. Esto ha sido un primer paso para una auténtica toma de conciencia.

EL 21 DE ABRIL

Así como la jornada anterior nos sirve para hacer un balance de la real fuerza de las Comisiones, la de este día nos marca su madurez ideológica.

En este día se reunieron en la Iglesia de Orcasitas, en los alrededores de Madrid, unos 1500 representantes de los trabajadores de Madrid para aprobar un « Proyecto de Ley Sindical » como respuesta a la que el Gobierno quiere elaborar.

Es curioso señalar cómo en el proyecto de esta Ley ya se inscribe de manera notoria la acción e influencia de la AST dentro de Comisiones. Pues LA MAYOR PARTE DE LA LEY ESTA TOMADA DE LA DECLARACION DE PRINCIPIOS DE LA AST ; por eso se dice en los ambientes obreros de Madrid que los trabajos de Comisiones han perdido el carácter de panfleto cambiándolo por otro más serio y consciente, lo que es reconocer, implícitamente, la fuerza de la AST.

Fueron detenidos 7 dirigentes de las Comisiones (4 de la AST y 3 del PCE), que tuvieron que pasar 15 días en la cárcel, mientras que en toda España se hacía una campaña de socorro que ha demostrado, una vez más, la enorme solidaridad de la clase obrera.

Hay que destacar que uno de los detenidos, Juan Bautista Goicoechea, líder de Marconi y militante de la AST, sigue sin ser admitido en el lugar de trabajo mientras los otros ya se han reincorporado sin oposición por parte de sus respectivas empresas. Goicoechea ya había sufrido la furia fascista que quiso hacerlo fracasar durante las elecciones sindicales, habiendo sido siempre objeto de molestias y persecuciones. Es un caso que reclama justicia.

Esta es la lucha que los únicos miembros activos del mundo obrero llevan diariamente a cabo. La lucha se ha establecido entre el Gobierno y las Comisiones, entre la burguesía y la clase obrera. Y ante esta lucha nos preguntamos : ¿qué hacen el resto de las fuerzas que se dicen obreras y que continuamente presumen de ser las más fuertes? La diaria lectura de la prensa nos da la respuesta : NADA.

J. LOPEZ PEREZ

¡BIENVENIDA LA DISCUSION!

Los dos artículos que insertamos en las páginas siguientes han tenido su origen en el trabajo « Reinventar el anarquismo », publicado en nuestro número anterior y firmado por Sergio Daniel.

En desacuerdo con algunos juicios de este último, dos colaboradores de PRESENCIA han creído conveniente y oportuno explicar las razones de su disconformidad con el artículo antes citado.

Por nuestra parte, hemos estimado que una discusión de ese tipo, lejos de ser ociosa o inoportuna, tenía un interés manifiesto. Por lo tanto, convencidos de que una de las misiones de la revista es precisamente la de servir de tribuna a toda confrontación constructiva, nos complacemos en dar cabida en nuestras páginas a los trabajos polémicos de Benjamín Rufo y O.A.

Y también en este caso —tal como lo hacemos al presentar más adelante, en este mismo número, un artículo de otro colaborador sobre temas ideológicos—, queremos subrayar el valor que nuestra revista concede a todos los intentos tendientes a analizar y a dar nuevas perspectivas al anarquismo. Que es, al fin y al cabo, lo que han tratado de hacer con sus artículos nuestros colaboradores.

Bienvenida la discusión, pues. Y bienvenidos por anticipado todos los nuevos interlocutores...

LA REDACCION

ENTRE LA EFICACIA Y LA LIBERTAD

A. Sergio Daniel y Gilberto Iglesias.

Estimados amigos :

He leído con gran interés, en la revista **PRESENCIA**, vuestros respectivos artículos. He hallado en ellos cierta coincidencia de criterios así como unas ciertas líneas generales comunes de exposición. Vuestra coincidencia se hace sobre todo expresiva cuando abordáis el tema de la acción revolucionaria y de la «praxis» que interpretáis debiera corresponder al anarquismo en los momentos actuales.

deja de poseer un sentido de la realidad. Por eso favorecerá y defenderá ardentemente la paz universal, la coexistencia pacífica de los pueblos, independientemente del sistema de gobierno que tengan, porque la coexistencia puede traer el desarme y la reducción de los ejércitos, y la disminución en la influencia de los estados mayores y de la centralización estatal exigida por la eficacia del tifón, y el nacimiento en fin de condiciones nuevas para que pueda desarrollarse y medrar el pensamiento libertario, con las ideas federativas o de asociación y la floración de innumerables controles de decisión, susceptibles de asumir el gobierno político y la administración de las cosas en el seno de la sociedad.

Resumiendo este punto: en medio de un mundo caótico y hostil asciende siempre impertérrito, e irrisorio, si se quiere, el Sísifo de la libertad. Querido amigo, este Sísifo representa el pensamiento libertario en toda su pureza y autenticidad, en todo su drama. Si compasivos por su drama sucumbimos a la tentación de introducir falsas nociones consoladoras en su cerebro, o lo que es igual, la confusión, antes o después se perderá. Pero con él se perderá también la capacidad «contagante» del anarquismo sobre el antimundo de G. Iglesias. No podremos ya ser un factor dinámico de impulsión, o de impregnación, o de esclarecimiento e información, a lo Voline, o de construcción revolucionaria siguiendo la línea del «kibutz», de la auto-gestión obrera, que es tanto como decir la obra colectivista de la revolución española.

DE NUEVO LOS FINES Y LOS MEDIOS. — La consecución de fines totales o parciales exige cuidar escrupulosamente los medios. Estos no deben jamás contradecir los fines. Como es natural, el bagaje ideológico es decisivamente un medio. Con determinado caudal de ideas, así como con determinado desarrollo de la «praxis», no pueden lograrse determinados fines. Bien, entonces damos en uno de los puntos más importantes de tu artículo, Sergio: yo opino, contrariamente a lo afirmado por ti, que el materialismo dialéctico nada tiene que hacer dentro del acervo ideológico del anarquismo; que ni como concepción filosófica ni como medio de interpretación de la realidad, puede ser asimilado por el pensamiento libertario. Pienso que el materialismo dialéctico es la bruma y la confusión en el cerebro del Sísifo libertario. Porque hay que distinguir entre materialismo dialéctico, así, en bloque, y las aportaciones que ha ido ofreciendo el pensamiento marxista en sus diversas proyecciones. Algunas de estas aportaciones lo han sido al acervo universal de la cultura y el conocimiento humano y utilizada indiscriminadamente por pensadores de las más variadas escuelas. Así Rodolfo Rocker al utilizar los análisis de Marx, demostrativos de la falaz lasalleana de la ley de bronce de los salarios. Rocker no regatea elogios a la aportación de Marx al esclarecimiento de las leyes que rigen el mundo capitalista. Tampoco Bakunin logró escapar, al menos en la primera época, al influjo que sobre su ánimo ejerció la concepción materialista de la historia, de llegó a aceptar plenamente. Es curioso que todo un Bakunin, hombre de geniales intuiciones y sagaz penetración de los problemas, no llegara a deducir la insuficiencia de esa concepción materialista de la historia hasta que ésta, operando lógicamente sobre la praxis marxista, empezara a traducirse en hechos, o sea en la conducta de Marx en el Consejo General de la Primera Internacional. Entonces comprendió que la concepción materialista en que se aprehende como única realidad básica y constitutiva de la relación hombre-naturaleza, debía conducir a la famosa alienación o enajenación económica, explicación básica marxista de la situación del hombre en el mundo moderno. Ya sabes, Sergio, en el materialismo dialéctico la enajenación política está siempre subordinada a la económica, y se despacha en los análisis marxistas con unas líneas. Sin embargo, la fuente inspiradora de

toda la fecunda crítica anarquista se halla fundamentalmente en la alienación política, que existe junto a la económica, con carácter constitutivo y básico, desde los albores mismos de la historia. Antes incluso de que el hombre cediese a otro su fuerza de trabajo, había resignado en sumos sacerdotes o jefes, su propia responsabilidad personal. Es curioso constatar que en los análisis marxistas, cuando se estudia la relación hombre-hombre, al individuo se le considere situado, no frente a los poderes o a la autoridad, sino en el limitado ambiente familiar, o en su relación con la mujer. Pero la crítica de las tesis marxistas y sobre todo la de las famosas «reificaciones», fundamentales para comprender la esencia del marxismo, me llevaría demasiado espacio y no convendría al objetivo que ahora me propongo.

En cuanto al materialismo dialéctico como método de interpretación de la realidad, te diré que al pensamiento libertario y en la raíz misma, no le vale. Has de tener en cuenta que la realidad, para el marxista, no es sólo el hecho objetivo, sino la propia concepción básica, explicativa del mundo y el universo. De modo que el marxista parte de un supuesto marxista de la realidad, ahormada ya en las tesis marxistas básicas. La dialéctica es la estructura de lo real. He aquí una de las definiciones de la dialéctica marxista. Pero como digo, en ese concepto de lo real figuran también las tesis marxistas sobre la relación hombre-naturaleza, sobre el trabajo, verdadera mediación entre ambos, mediante el cual «la naturaleza se hace humana y el hombre cumple su verdadera naturaleza.» (a todas luces inaceptable, o insuficiente, ¿verdad?).

No hay ningún método infalible o científico para la comprensión de la realidad, porque ésta, en última instancia, aparece siempre a través del ojo del hombre, ser dotado no sólo de inteligencia, sino también de sentimiento y de una enorme carga emocional que se desconoce en todos los análisis marxistas. El mejor método acaso siga siendo el del sentido común unido a una crítica aguda y viva y a la cuidadosa contrastación de la experiencia. Pero ya digo, en el fondo del proceso está siempre el hombre. Por otra parte, toda presunción de interpretación infalible de la realidad es por naturaleza limitativa, exige la existencia de sumos sacerdotes que la definan en cada momento, que apliquen el método correctamente y que sepan sacar de estas aplicaciones las conclusiones correctas. De manera que la aplicación metodológica del materialismo dialéctico a la interpretación de la realidad postula en última instancia la necesidad del «círculo íntimo», esotérico, donde la realidad es analizada, aprehendida y, finalmente, interpretada. Una vez interpretada, la realidad pasa a ser ofrecida a los demás, cuya misión es la de aceptarla en razón de su misma infalibilidad. Para el marxista-comunista la dialéctica es una verdadera ciencia que exige largo y complicado aprendizaje. Por esta razón la interpretación correcta corresponde siempre al partido. Sí, los hechos aislados (captados también por la lente personalísima del captador) pueden ser compilados por la base del partido que así adquiere una ilusoria sensación de plena participación, pero las síntesis esclarecedoras que definen de modo categórico la realidad corresponden siempre a los círculos dirigentes del mismo. Los estratos de la base desarrollan a su vez la facultad de interpretar los textos oficiales, lo que de hecho constituye una verdadera hermenéutica. Y esto ocurre siempre cuando la realidad no se aprehende libre, personal y directamente, aplicando las dotes del sentido común, el espíritu crítico, y la experiencia. Y siempre habrá que contar con el posible margen de error inherente, en última instancia, a todo juicio humano. Por otro lado, pese a su método infalible de interpretación de la realidad, el marxismo-comunismo no hace

sino amontonar y reconocer constantemente errores. En ningún otro sector florece tanto la auto-crítica. De entre una innumerable cantidad de errores de percepción de la realidad, a cargo de las marxistas-comunistas, señalaré sólo algunos de los más clamorosos de los últimos tiempos: los juicios comunistas sobre el mercado común europeo, condenado a la destrucción por el antagonismo y la contradicciones internas del propio capitalismo. Algo parecido a las famosas teorías sobre el «derrumbe» capitalista. Luego, los desaforados errores de cálculo en el reciente conflicto del Oriente Medio entre judíos y árabes, por parte de la Unión Soviética, y la casi grotesca y desaforada actividad subsiguiente, influida por la pasión y los «partis pris», destinada a camuflar los primitivos y tremendos errores. En verdad grotesco... y trágico.

Claro está que los definidores de esas realidades «aprehendidas dialécticamente» eran hombres a través de cuyos enfoques se proyectaban «les partis pris» y los supuestos básicos del doctrinarismo marxista. Es lógico deducir que lo que ocurre con la interpretación dialéctica de la realidad a los marxistas, podía sucederte a ti mismo, querido amigo, ó a cualquiera de nosotros que, por mucho que nos esforcemos, siempre obtenemos de las cosas, y sobre todo del mundo histórico y vivo que nos apasiona, una visión más o menos coloreada.

En mi opinión, la aceptación del materialismo dialéctico marxista —no hay otro— aún a título de medio de «análisis e investigación de la realidad», sobre no traducirse en algo práctico, est tanto como aceptar el marxismo o lo que es igual, y esto en relación con el anarquismo, inyectar a un enfermo un suero contrario a lo que está exigiendo su decaída naturaleza.

También en este caso perdería el anarquismo su capacidad «contagante» y pasaría a ser «contagiado», lo que, por otra parte, ha sucedido en nos pocas ocasiones en la historia del anarquismo militante.

LA PRAXIS REVOLUCIONARIA. — Pero la parte fundamental de vuestros artículos, queridos amigos, se refiere a la actividad revolucionaria y también en ambos observo un desarrollo parecido. Apuntáis la necesidad y la posibilidad de una colaboración con los marxistas revolucionarios —¿comunistas? ¿marxistas no leninistas y socialistas de izquierda?— a los efectos de transformar la sociedad o acelerar, al menos, los procesos revolucionarios en curso.

Por desgracia, me he extendido excesivamente en este trabajo y debo, por hoy, hacer punto final. Pero la praxis revolucionaria del anarquismo y las ideas que al respecto habéis apuntado pueden muy bien constituir la justificación de un próximo trabajo. Hasta pronto, amigos.

Benjamín RUFO.

Reinventar el Anarquismo

Reinventar el Marxismo

Reinventar la Revolución...

Efectivamente, como se plantea Sergio Daniel en el número anterior de PRESENCIA, a los anarquistas se nos plantea, en el mundo de hoy, el dilema de « reinventar el anarquismo » o de admitir quedarnos reducidos « a vivir a contrapelo del tiempo y de la Historia ».

Y esto, sin duda, porque no hemos sabido resolver de una manera positiva y práctica el dilema entre eficacia y libertad. Y, por qué no reconocerlo, porque no hemos sabido o querido —en el terreno teórico— renunciar a nuestra negación rotunda del Estado; devenido en el último y gran refugio de las clases y grupos privilegiados, y de todos cuantos aspiran a un cambio individual de su situación social. Del Estado convertido en instrumento imprescindible e inevitable para el desarrollo histórico de la sociedad humana.

Pero este « reinventar el anarquismo » que, llevado a sus últimas consecuencias, se traduce en un « reinventar la revolución », también les plantea a las otras corrientes revolucionarias el mismo dilema. Particularmente al marxismo que corre el riesgo, precisamente « por su adaptación al ritmo del tiempo y de la historia », de convertirse en un movimiento contrarrevolucionario y de simple consolidación de una nueva y superior forma de capitalismo : el capitalismo de Estado.

Las inquietudes, los reproches e inclusive los calificativos con los que Sergio Daniel intenta llamar la atención de los anarquistas sobre esta urgente necesidad de replanteamiento teórico y táctico, no me sorprenden, aunque no en todos los casos los considere ajustados a la realidad. Lo que sí me sorprende es que no se percate, o que no lo afirme con la suficiente claridad, que este replanteamiento teórico y táctico debe ser emprendido no sólo por los anarquistas sino por todos cuantos de verdad se interesan por construir una sociedad en la que el hombre llegue a ser económica, política y psicológicamente libre. Pues la quiebra ideológica o el fracaso táctico alcanza a todos los movimientos que se reclaman de la izquierda. Tanto los evolucionistas como los por definición revolucionarios.

Ahora bien, planteado el problema en toda su dimensión y complejidad, resulta que si el anarquismo debe hacer un esfuerzo « por incorporarse a la Historia en devenir, convirtiéndose los anarquistas en protagonistas de ella y no en simples espectadores frustrados », los otros movimientos deben hacer aún un esfuerzo mayor para desembarazarse de todas sus flagrantes contradicciones teóricas que, la práctica histórica lo ha demostrado hasta la saciedad, no les han permitido ni les permitirán superar la trágica an-

tinomía que se establece entre el autoritarismo y la libertad.

Creo, pues, que la solución del dilema entre la eficacia y la libertad debe buscarse en otro terreno que el señalado por Sergio Daniel. No es el análisis histórico y la crítica del Estado realizables por el anarquismo los que fallan, sino la actitud de lucha de los anarquistas es la que ni está de acuerdo con su tiempo ni siquiera con su doctrina. Como tampoco lo está con su doctrina la degeneración burocrática de todos los movimientos socialistas o marxistas, aunque lo esté con la línea de corrupción general de su tiempo.

No sé hasta qué punto un replanteamiento teórico y táctico podrían aportar algo más nuevo y eficaz, si los anarquistas no están dispuestos a llevar hasta las últimas consecuencias sus viejas o nuevas conclusiones sobre la lucha contra el capitalismo por la transformación revolucionaria de la sociedad. Como no sé de qué puede servir que los marxistas reconozcan los riesgos contrarrevolucionarios implícitos en sus tácticas autoritarias, si no están sincera y firmemente dispuestos a renunciar a ellas para realizar la revolución.

Creo, pues, que podemos llegar a una conclusión más general y más simple, que nos es común a todos los que nos definimos como revolucionarios —anarquistas y marxistas incluidos—, y que puede ser la clave para el dilema eficacia y libertad: reconocer lo negativo (para la clase trabajadora ha sido fatal) que ha sido la división del mundo revolucionario en ideologías que han acabado por originar tendencias irreductibles, aunque en el fondo persigan los mismos objetivos.

Pero reconocer lo nefasto de esta división, que es la única que realmente ha permitido al capitalismo proseguir su marcha triunfante, no es suficiente. Como

tampoco lo es el reconocer que no se puede cambiar la sociedad capitalista si se copian sus procedimientos y sus estructuras.

Es necesario algo más importante, más esencial, más humano y menos dialéctico. Más a ras de tierra y más realizable. Reconocer que, por el momento, es imposible resolver las contradicciones teóricas y tácticas que, querámoslo o no, existen entre todas las ideologías revolucionarias. Pero que prácticamente es posible a todos los revolucionarios, si se lo proponen, llegar a una sana comprensión y tolerancia entre ellos, procurando unir sus esfuerzos cuando las condiciones y sus líneas de acción lo permitan o dejándose de ver como enemigos cuando no coincidan en apreciaciones, en el análisis de la realidad objetiva, y en la forma de intentar cambiarla.

Sólo cuando todos los revolucionarios comprendan esta verdad, que su verdadero enemigo es el capitalismo y todas sus estructuras y subestructuras derivadas, sólo entonces dejarán de atacarse estúpidamente e intentarán vencer las divergencias para buscar las coincidencias. Y éstas, sin duda, será más fácil descubrirlas cuando los revolucionarios se ataquen de verdad a la lucha contra el capitalismo en vez de pactar con él, acomodarse a su ritmo o integrarse a su propia estrategia con la ilusión de vencerlo desde dentro. Sólo en el terreno de la acción revolucionaria (y por ella entiendo toda acción que teórica y prácticamente signifique una negación del sistema actual) podrán llegar a unirse los revolucionarios por encima de sus divergencias ideológicas. Pero, para ello, es necesario que esta acción sea de verdad y no simplemente de palabra. Esto puede ser, por lo menos, un paso en firme para llegar un día a resolver el dilema entre eficacia y libertad.

O. A.

EL HOMBRE ANARQUISTA

El artículo que publicamos en las páginas siguientes es obra de un nuevo colaborador de PRESENCIA. Nos parece oportuno destacar dos circunstancias que creemos refuerzan el interés del trabajo : en primer lugar, su autor es un hombre joven, perteneciente a una generación española que no conoció la guerra. Pero esto no es todo : su simpatía por las ideas anarquistas es fruto del estudio y del análisis personal —con las dificultades y limitaciones que supone una dictadura tanto en lo que se refiere a información como a documentación— y sin que hayan existido contactos directos entre el autor y elementos realmente integrados a los ideales libertarios.

Será inútil decir —porque lo mismo, si bien se mira, podríamos decir de todos o casi todos los artículos publicados en la revista a título personal— que la Redacción no comparte totalmente algunas de las posiciones que se manifiestan en este trabajo. Reconocemos en él, sin embargo, un mérito innegable : el autor se ha esforzado en pensar por cuenta propia, descartando todo cliché, y ha tratado de aportar un análisis crítico libre de prejuicios.

¿Qué se propone PRESENCIA al publicar artículos de esa índole? Se propone contribuir, mediante el aporte espontáneo de distintas individualidades, a una labor de esclarecimiento, de investigación y de búsqueda en torno a cuestiones fundamentales de orden teórico. La revista lleva a cabo esa tarea sin pretender que sus resultados vayan a conducirnos a conclusiones totalmente acabadas, a afirmaciones categóricas rigurosamente definidas. Aspiramos sólo a que la diversidad de esos trabajos —con sus virtudes y hasta con sus defectos— pueda tener algún provecho, aunque sea mínimo, para la reelaboración de una doctrina anarquista que complete y actualice las del pasado.

LA REDACCION

Ciertamente, los movimientos anarquistas están hoy completamente desprestigiados. Apenas nadie cree en el anarquismo y exponer ideas de este tipo entre los grupos más avanzados de la juventud española, por ejemplo, es a ciencia cierta, estar haciendo oposiciones a algo parecido al ridículo.

Sin duda esto se debe a que empleamos estilos de actuación y estilos verbales a la hora de dar expresión pública a nuestras ideas, que no son los nuestros. El anarquismo está considerado como un pariente más o menos romántico, más o menos ingenuo y trasnochado, del marxismo, y muchos anarquistas, con fuerte complejo de inferioridad, tratan de situarse a tono con las circunstancias, adoptando, como he dicho, un estiloseudomarxista que de ningún modo es el nuestro.

Voy a hablar del hombre anarquista, es decir, del estilo anarquista, de algo que considero básico para la comprensión de nuestra actitud. Después, en posteriores trabajos, desarrollaré los temas de « Acción anarquista » y « Sociedad anarquista ».

X X X

1. — Ante todo es preciso destacar una nota esencial que define la actitud del hombre anarquista : su **individualismo**. El anarquista, por principio, es un hombre que, sobre todo, tiene una conciencia muy clara de su yo, de su individualidad personal. Frente a las posturas progresistas que marcan hoy la pauta de los movimientos de izquierdas, es decir, frente a la idea madre del marxismo-leninismo, que sitúa al **conjunto de individuos** y su **trayectoria histórica** como el máximo valor humano, el anarquismo, que considera en toda su amplitud la autonomía personal, coloca a la cabeza de sus valores a **cada yo individual**. Esto no quiere decir que el anarquismo olvide la evidencia de los grupos sociales ; sólo ocurre que considera a esos grupos como conjuntos de individuos que, uno a uno, y **voluntariamente**, pactan un sistema de reunión. Esto es básicamente distinto a la idea de corte **estatal** del marxismo comunista, que hace y planea **previsiones** dogmáticas para increíbles futuros, de cara a un **conjunto** al cual, en principio, deben estar subordinados los individuos.

Nosotros, por supuesto, no somos tan obtusos como para no darle valor al grupo, pero desde unos postulados diametralmente opuestos, en los cuales el **individuo concreto** es el máximo protagonista.

Bien ; es hora de tirar al infierno en nuestro campo, expresiones tan vacías como « confraternidad humana », « manos enlazadas en busca de la libertad » y otros acaramelamientos falsos de este tipo, que nos hablan de naturales bondades del hombre de cara a sus semejantes.

El hombre es un yo como una casa, interesado especialmente por su yo y, en definitiva, un sujeto **egoísta**.

Hablemos ahora del egoísmo cierto y no despreciable en el hombre anarquista como segunda característica.

X X X

2. — Debemos primero, y para entendernos, delimitar dos conceptos importantes : el de un egoísmo que llamaremos **positivo** y el de un egoísmo que consideraremos **negativo**.

El hombre egoísta **positivo** se enlaza a los demás hombres que componen la sociedad en una actitud de **colaboración** positiva. Colaboración con los demás a fin de conseguir un medio social en el cual **él** viva mejor, pero a la vez en el que no moleste a nadie.

El egoísta **negativo** se enlaza a los demás a fin de sacar el máximo partido posible del grupo, pero **molestando** a los demás, creando **injusticia** con su actitud. Este tipo no nos interesa. Es más, el grupo, tarde o temprano, lo eliminará naturalmente.

Pues bien, ¿qué ventajas se pueden desprender de esta condición del hombre —al menos del hombre contemporáneo—?

Ocurre —advirtámoslo— que ese egoísmo, no es que nosotros nos lo saquemos de la manga. Lo único que hacemos es constatar una **realidad**, para extraer, a partir de ella, el máximo rendimiento posible. Debemos partir, para no caer en tristes desengaños, a la hora de pensar en la estructuración de cualquier sistema libertario, no de hombres paradisiacamente buenos, sino de hombres egoístas. Si de entre esos hombres egoístas se destaca algún espíritu realmente volcado a los demás, mejor que mejor. Pero eso será la excepción. Se debe partir de un hombre egoísta y debemos considerar como bueno, como normal, ese egoísmo positivo.

Esto, por otra parte, tiene unos efectos sin duda saludables : el hombre egoísta no cree en esa falacia que todo totalitarismo plantea como ideal que es « el bien común », por encima del bien personal ; el egoísta no se enajena en conceptos comunitarios como el de Patria, el egoísta no es tontamente o estúpidamente **mesianico**. El egoísta, y por ende el anarquista, simplemente dice : « Quiero una sociedad mejor para poder desarrollar normalmente en ella **mi** libertad, **mi** autonomía, **mi** vocación y, en definitiva, **mi** vida ».

X X X

3. — El tercer valor que podemos descubrir en el hombre anarquista, es su **realismo**.

El hombre anarquista, si no lo está ya, debe estar de vuelta de todo mesianismo ingenuo y en exceso optimista. No debemos hablar ya de gloriosos días futuros en los que tendremos una especie de paraíso terrestre (y, por supuesto, libertario) donde todos seremos muy buenos, muy justos, muy ricos y muy libres.

El hombre anarquista debe considerar con serenidad la tremenda lejanía en que se hallan las sociedades presentes de las sociedades en que él sueña. Es más, el hombre anarquista **no debe** hacer previsiones para futuros demasiado lejanos, porque los futuros demasiado lejanos no son en modo alguno presumibles. ¿Cómo se compagina este panorama más o menos sombrío, capaz de cortar los vuelos al más optimista, con el natural deseo de conseguir **realidades** anarquistas?

Bien, al margen de que este aspecto de la cuestión lo trataremos detenidamente en un futuro trabajo, digamos aquí que lo esencial, lo básico, es que en todo momento, en toda situación, mantengamos una actitud anarquista autónoma y coherente ; es decir, típicamente anarquista, de estilo anarquista.

Esto, que parece un factor secundario, es muy importante. Los hombres anarquistas que timidamente hacen acto de presencia como tales en la universidad, en medios laborales o intelectuales, lo hacen como almas en pena, acomplejados frente a una derecha que no los toma en serio y ante una izquierda marxista-leninista que les considera aún menos seriamente. Es natural ; los logros del marxismo-leninista han sido espectaculares ; los logros del anarquismo son inexistentes. El anarquista, para no quedar tan en ridículo, suele hacer concesiones de todo orden a otros movimientos de trayectoria hasta ahora más brillante. El anarquista, sin embargo, tiene un estilo y tiene una enorme fuerza de cara a los demás (fuerza que se debe afirmar cada día) que es la que se deriva de hablar del **yo** y el **tú** personales frente a vagas ideas de grupo. Las sociedades modernas están absolutamente enajenadas tanto en el campo de los países capitalistas, como en el área del socialismo, por la idea de que el **poder** y el **grupo social** con primacía sobre el yo individual, son dos elementos de los cuales es imposible prescindir para el desarrollo normal de las comunidades. La postura anarquista no debe transigir nunca en

estos dos puntos. Nuestros postulados básicos son : ausencia de poder, primacía del individuo sobre el concepto grupo ; equilibrio distributivo de la riqueza pública. Y estos tres factores tienen una fuerza contundente. La creación de una opinión que los valore seriamente, está estrechamente ligada con el mantenimiento por parte del hombre anarquista de una postura fiel a sus convicciones, no acomplejada por los éxitos de movimientos que han conseguido más logros que nosotros y, desde luego, con el mantenimiento de unos principios que estén avalados por un cuerpo de doctrina coherente que nos permita defenderlos con hondura y con firmeza. Se hace precisa a este respecto toda una **ciencia** anarquista —que no hay— que interprete el mundo en su totalidad a partir de los supuestos básicos de nuestras ideas, tal como existe una cuantiosa ciencia marxista-leninista.

Pero el fenómeno en que más se destaca el realismo del hombre anarquista, se basa en que en nuestra teoría se produce algo que es **esencial en todo planteamiento ideológico** : la correspondencia entre los esquemas intelectuales y las aspiraciones **vitales** del hombre. Esto, que parece obvio, no es frecuente. El anarquismo plantea unos supuestos ideológicos que están presentes como deseo vital en todo individuo : sus aspiraciones a una individualidad autónoma, es decir, **libre** ; sus aspiraciones a un mundo en el que no existan **presiones de poder** externas a la propia voluntad del individuo ; la aspiración a una libertad sólo restringida por las limitaciones que impone el pacto voluntario de convivencia en sociedad ; la aspiración a un planteamiento económico de la sociedad en el que se dé la más estricta justicia distributiva de los bienes producidos.

El marxismo-leninismo, valorado siempre como una doctrina eminentemente objetiva, realista, tiene, frente al anarquismo, sólo un aspecto auténticamente realista : sus métodos y planteamientos tácticos de acción, casi siempre acordes con una visión francamente lúcida de las situaciones.

Sin embargo, para un hombre de cierta madurez **vital** —y adviértase que no digo intelectual—, el marxismo-comunista tiene grandes lagunas ideológicas en el sentido de que, en absoluto, están acordes con las reales aspiraciones de los individuos particulares : el concepto de grupo por encima de la idea de hombre libre individual ; el abrumador poder estatal que comporta **siempre** el sistema aplicado a la práctica ; su mesianismo, que promete paraísos para futuros lejanos que el **yo** concreto hoy vivo no disfrutará ; el ideal de hermandad universal, etc., etc., etc., son conceptos que realmente, vitalmente, no pueden satisfacer a ningún hombre maduro, salvo las excepciones de siempre.

El mundo y la historia del mundo están colmados de teorías sin base real, teorías que preconizan un **debe ser** hipotético sin auscultar previamente lo que **realmente es** para partir de ello.

x x x

4. Para terminar esta enumeración somera de caracteres básicos del hombre anarquista, hablaremos de una condición que lo distingue de cualquier otro hombre adscrito a otras tendencias cuyo fin estriba en conseguir determinados modos de convivencia social. Este factor que distingue al anarquista es su carácter **no político**, sino **pre-político**.

Expliquemos ésto.

La historia del anarquismo político está llena de evidentes, constantes y espectaculares fracasos. No existe ni un solo botón de muestra que nos permita presentar una sociedad estructurada según unos cánones libertarios. La acción política anarquista ha sido siempre un desastre.

Y esto se debe a algo muy claro : el hombre anarquista —por ahora— no es un **hombre político** en el sentido estricto de la palabra. La postura anarquista **no consiste en la toma del poder político**, porque esto, precisamente, es algo que está en desacuerdo con sus principios. Los postulados anarquistas no permiten formar a políticos positivos entre sus filas, porque el **político** es un espécimen humano destinado a ocupar el poder y a organizar la sociedad desde él. Por eso el anarquismo sólo ha dado dos tipos de individuos : a teóricos intelectuales negativos y a agitadores activos también negativos ; es decir, gentes de **oposición**, gentes a la contra que, después, con las circunstancias más favorables entre sus manos, con el —valga la expresión para entendernos— « poder » entre sus manos, no han sabido o no han podido mantener y desarrollar una sociedad anarquista. Porque el anarquismo es todavía sólo una escuela de destructores de órdenes viejos —y ni eso—, pero no de constructores de un orden nuevo.

Yo deduzco de todo esto lo siguiente : el anarquismo no está aún en una etapa de desarrollo que haga posible una acción política coherente, unificada y segura : el anarquismo no tiene aún **praxis** definida ; está en una fase **pre-política**, es decir, el anarquismo, hoy, es sólo una **actitud**, una especial **ética**, una filosofía que no ha sido capaz todavía de crear sus resortes prácticos, es decir, políticos, que le permitan instaurarse de hecho en la realidad social.

El anarquismo, y es triste decirlo, no es aún un fenómeno que plante posibles soluciones prácticas para los grupos sociales. El anarquismo está en un estado tal de infantilismo en lo que respecta a su **praxis** original, que todavía, como método de acción positiva (?), piensa, por ejemplo, en el terrorismo. Esto hace que los estados de todo tipo se lo planteen al bajo nivel de simple problema policíaco.

La acción sindical anarquista, por otra parte, está hoy completamente difuminada. El sindicalismo reformista tiene todas las cartas en su mano —tal vez porque no haya otro sindicalismo posible que el reformista— y al sindicalista libertario no se lo toma nadie en serio.

Apenas hay una lucecita que nos ilumine sobre lo que debe ser nuestra típica acción revolucionaria ; en este sentido se nada en medio del confusionismo más inoperante.

Pero la causa es clara : el anarquismo es una doctrina que ha quedado abortada en sus más elementales inicios. Teorías como el marxismo-leninismo le han desbordado, y nos hemos quedado en los principios de los Proudhon, Bakunin, Malatesta, Stirner, etc., que no han sido —y deben serlo— desarrollados. Estamos situados sólo a un nivel teórico, constituimos una minoría romántica, con actitudes todavía únicamente de tipo ético-filosófico —y no bien desarrolladas— que nos hacen estar en un estadio donde la política activa no nos es posible por falta material de una ciencia **práctica** del anarquismo derivada de un deficiente desarrollo de nuestra ciencia teórica.

A este respecto, y ésto es básico, se precisa una revisión a fondo de los conceptos esenciales y tradicionales del anarquismo, dentro de un realismo que haga más fructífera nuestra postura. Porque, digámoslo claramente, hoy por hoy, **no somos apenas nada**. Y esta revisión debe estar basada en un análisis que conduzca a una fórmula conciliatoria entre estos dos términos contradictorios : **eficacia social-autonomía individual**.

En definitiva, el hombre anarquista es, todavía, un hombre pre-político, aferrado a unos principios **activos de terrorismo** del más ínfimo valor táctico, que lo único que consigue es enviar a hombres de indudable talla humana a la cárcel o a la muerte. El heroísmo de estos hombres no logra crear cauces para una acción posterior más compleja,

ni consigue una propaganda positiva para el anarquismo, ni logra atraerse la simpatía de las masas. Todo esto es francamente lamentable.

Decimos, pues, que el hombre anarquista está en una etapa prepolítica, en una fase que exige una seria reestructuración de principios teóricos capaz de posibilitar una acción más consecuenta, más seria y más eficaz.

x x x

5. — Finalmente, no desarrollaremos dos características del hombre anarquista, que me parecen obvias e implícitas en lo ya dicho : su antiestatalismo y anticentralismo, y su participación en lo que por ahora — y para entendernos — llamaré **lucha de clases**. Y digo « por ahora » porque yo no creo exactamente en este concepto tal como se entiende comunemente. Ya hablaremos de ello.

En un próximo artículo intentaré desarrollar — modestamente, por supuesto — una serie de sugerencias para la **acción anarquista**.

R. SAENZ VELASCO

La tragedia del pueblo griego

El día 1º de Mayo se celebró en Francfort una manifestación singular. Trabajadores españoles y griegos desfilaron por las calles de la ciudad alemana confundidos y hermanados por una preocupación idéntica: adhesión a la causa obrera y repudio a la bestia dictatorial. Ante la población, que no entendía lo que unos y otros clamaban en idiomas desconocidos, los manifestantes se comprendían sin intérpretes. Trabajadores « prestados » al capitalismo alemán, procedentes de los dos extremos del Mediterráneo, expresaban su oposición total a la dictadura militar.

Parece sorprendente observar cómo, pasada la mitad del siglo veinte, países europeos con estructuras políticas aparentemente estables —era el caso de Grecia— están sujetos a vulgares golpes militares, plaga decimonónica, hoy exclusividad de los continentes infra-desarrollados o super-castigados. Aún hoy, la « democracia » burguesa, cuando intenta aplicar sus propios postulados, los menos conformistas, está destinada a verse confinada en la guardería para niños bajo la vigilancia paternal de benefactores y abnegados generales.

El mero hecho de que un puñado de políticos liberales marcaían un desplazado empeño en aplicar lealmente la Constitución política del país, valiéndose del consenso de la mayoría electoral regularmente expresado, bastó para que hubiera pronunciamiento militar.

Grecia sigue sufriendo los efectos del gran escarnio de que fue víctima al terminar la guerra del 45. País que aportó una gran contribución a la resistencia armada contra la ocupación nazi, fue víctima de convenios particulares entre Inglaterra y Rusia que lo situaban bajo la esfera de influencia inglesa. Por ello, contrariamente a lo sucedido en casa de sus vecinos inmediatos, Yugoslavia e Italia, el pueblo griego despertó a la liberación con la insigne recompensa de... todo un aparato estatal intacto, colaborador de los nazis y encargado de administrar la nueva libertad conquistada...

A través de la guerra civil del 48, a través de todos los gobiernos izados y arrojados según conveniencias del momento, la infraestructura estatal y el ejército han seguido imponiéndose y manteniendo al país bajo la mordaza de un fascismo que no se confiesa tal.

Ahora, el advenimiento de una consulta electoral, con el triunfo previsible de los hombres que fueron arrojados arbitrariamente del gobierno en 1965, que no son más que liberales corrientes catalogados como « rojos » por los pretorianos, ha sido suficiente motivo para tirar por la borda las apariencias de legalidad constitucional.

El cinismo de estos arrastrasables es a la medida de su falta de imaginación. Utilizan el plan de batalla trazado por los servicios de la OTAN en previsión de un conflicto general, se apresuran a denunciar el rutinario complot comunista como pretexto de su golpe, se las apañan para que el rey aparezca inocente en la militada y forman nuevo gobierno con un civil a su cabeza. Ahora preparan otra constitución. Anuncian la creación de un hombre griego « nuevo », algo parecido al español nuevo que nos prometían los epígonos del fascismo en España con la « España una, grande y libre ».

Para empezar, a todos aquellos que precisan una reforma acelerada de su forma de ser y de pensar —auténticos resistentes al nazismo, comunistas, izquierdistas e intelectuales— se les envía a islotes desérticos para empezar las

primeras clases. Aquéllos que, mediante declaración firmada de arrepentimiento, cuya « sinceridad » será debidamente comprobada, demuestren su aptitud para « nuevos hombres » griegos, volverán a sus casas... Los demás, mientras resistan, meditarán hondamente sobre sus pecados y serán un ejemplo ilustrativo para los que se muestren inaptos a la nueva doctrina.

Así, con un manotazo, tenemos a todo un pueblo definitivamente subyugado para años. Mucho costará volver tan sólo a una situación de relativa democracia como la existente anteriormente al golpe militar.

El pueblo griego se suma a la multitud de pueblos sometidos a la opresión totalitaria. Ni la opinión democrática extranjera, ni los organismos internacionales, ni el bloque comunista le han salvado de esta desgracia.

Una vez más, la superpotencia de Estados Unidos y de sus lacayos no encuentra freno a sus desmanes liberticidas. A la política feroz del garrote deberá enfrentarse con determinación creciente la hostilidad intransigente de todos los hombres que no aceptan la **Ley americana.**

A. S.

tomando, o
tuvieron siem-
pre, rasgos
s personal
es definidos
a través de
las invasio-
nes de to-
do cariz y
las influen-
cias colate

A TRAVÉS DE LOS LIBROS

«EL SUDESTE ASIÁTICO», por
Victor García (Editorial Proyección,
Buenos Aires, 1966, 223 páginas).

V.G. cuenta ya con una obra respetable: «América Hoy», 1956, 400 p.p.; «Coordenadas andariegas», 1964, 110 pp.; «Japón hoy», 1960, 155 p.p.; «Escarceos sobre China», 1962, 277 pp.; «La Internacional obrera», 164, 138 pp.; «El pensamiento anarquista», 1963, 141 pp. Además de numerosos folletos y una vasta colaboración periodística.

Este nuevo libro de nuestro infatigable colaborador está dedicado a la zona candente del mundo político actual. La obra está dividida en dos partes. Un resumen global de esta zona y un estudio de detalle. El libro se abre con una detallada carta geográfica y hay informaciones marginales sobre la extensión de estos territorios, densidad de población, producción, nivel cultural, escolarización, fuentes de materias primas y estratégicas mundiales, y demás. Una región heterogénea que choca a nuestra mentalidad de occidentales que suele confundir en un solo trazo el mosaico de los pueblos orientales. Sigue un estudio del problema religioso, en cuanto a las sectas aborígenes y las grandes confesiones que se disputan la hegemonía internacional con más o menos afán temporal. Encontramos una minuciosa síntesis del proceso de fijación de aquellos pueblos que han ido

tomando, o tuvieron siempre, rasgos personales definidos, a través de las invasiones de todo cariz y las influencias colaterales. El factor más detonante ha sido, obvio es señalarlo, la presencia imperialista de los occidentales, padres de la mística nacionalista de estos pueblos. Pero hay una distinción que el autor señala muy sutilmente. El imperialismo del Japón, cuña de la misma madera, haciendo de mezcla explosiva. El orgullo nipón, humillado por las escuadras occidentales, es el primero de esta zona en izarse a las cimas de la civilización industrial con todas las consecuencias que ella comporta. En 1905 está ya en condiciones para devolver la cortesía. La guerra ruso-japonesa se salda con la primera gran derrota de un país occidental por obra de un pueblo de color. Es el punto de partida para una toma de conciencia de toda una zona geográfica amplísima. El temible hombre blanco no es invencible. Seguirá, más o menos lentamente, una revolución en el dominio de los complejos etnográficos. Hay, cierto, el dramático capítulo del imperialismo nipón en China, y, durante la última guerra mundial, en todo el Sudoeste asiático. En 1945, los japoneses de Tojo son derrotados al filo de una larga campaña aeronaval que pone broche a la explosión de las primeras bombas atómicas sobre poblaciones compactas. Pero el Japón, al abandonar su tan vasto como breve imperio, ha

dejado a los vencedores occidentales una bomba de tiempo mucho más destructora que las que sufriera en Hiroshima y Nagasaki. Esta bomba de tiempo es el nacionalismo rabioso que despertó al gigante chino, la amplia zona de las indias orientales y, en fin, todo el sudeste asiático, especialmente la Indochina vietnamita. V.G., con paciencia de investigador, estudia las causas laterales y directas así como los hechos consumados de esta revolución que en el Vietnam y en el gran «imperio» de Mao están poniendo al mundo y su arrogante civilización en la balanza. No podía faltar en un estudio de este carácter el capítulo trágico del Vietnam. La guerra de Indochina no termina en Dien Bien Phu (segunda gran derrota de los occidentales en el campo de batalla por los aborígenes subdesarrollados). Después de la conferencia de Ginebra los hechos siguen evolucionando. Hay la conferencia de Bandung. Un acto trascendental para los afroasiáticos en general. China se erige en guía de 29 naciones desaparramadas por 140 meridianos. A pesar del llamado Tercer Mundo la guerra se ha intensificado en el Vietnam. VG nos habla de la quinta columna china: los «hua-chiao» (chinos residentes en todos las países del Sudeste asiático). Este ejército de ocupación maoísta representa 12 millones y medio de soldados irregulares. El número es más bien modesto. No así la mentalidad de estos guerrilleros imbuídos de un formidable misionismo y, además, representando un fuerte poder económico. VG enfoca la lucha actual del Vietnam sin recurrir a discos rayados. El problema es más complejo: «De entre todos los pueblos que integran el Asia sudoriental, sólo uno, el Vietnam del Norte, ha abrazado el régimen comunista, y con él cuenta la China de Mao para ganar palmo a palmo la batalla que libra contra Occidente...» No se reserva el autor en cuanto al contubernio de los EE.UU. con los regímenes corruptos y sus «hombres fuertes». Ayer la dinastía de Chan Kai Shek y hoy la

colección de títeres de Saigón. «La mayoría de las acciones francesas —añade VG— fueron adquiridas por los capitalistas nortamericanos...» «El Pentágono, por su parte, tiene la vista fija en el equilibrio o el desequilibrio de aquella gran zona estratégica y sus intereses de este mismo orden en el Pacífico Oriental. El libro de Víctor García no alcanza los últimos acontecimientos de Indonesia. No obstante podemos ya leer atisbos certeros como el siguiente: «Y este ejercicio, en una maroma tan tenue, no sabemos cuanto tiempo podrá hacerlo Sukarno todavía». Otra alusión atinadísima se refiere a los líderes de los países afroasiáticos en general y a sus discursos de subido color antiimperialista. Para el anarquista la noción de Poder estatal forma siempre un todo en el tiempo, el espacio y las personas. Estos ultras de las conferencias del Tercer Mundo y de las asambleas de la ONU suelen ser en sus respectivos países —señala VG— «el sargento vulgar que hace guardar silencio en la fila». . . J.P.

«HAROLD LASKI», por Kingsley Martin (Editorial Tecnos S.A., Madrid, 1966, 294 pp.).

Hijo de judíos oriundos de Polonia, ortodoxos empedernidos, Laski se educó en su país de nacimiento (Inglaterra) a cargo de un profesor gentil y ecléctico. Influirá esto en su temperamento de intelectual liberal. A los 20 años de edad rompe con el ghetto familiar por razones de matrimonio con una mujer no judía. El matrimonio se consume al margen de los ritos de la familia. Por las mismas razones emigra a América. Allí empieza su carrera docente. Habrá en él una especie de doble ciudadanía angloamericana. A su etapa de profesor en Harvard sigue el profesorado en la London School of Economics. Fuerte en memoria y en anécdotas, la mayoría apócrifas.

Empieza su carrera política en el partido laborista contra Ramsay MacDonald. Cuando la famosa huelga minera de 1926 se sitúa al lado de

los mineros. Se precisan sus posturas políticossociales. En América deja una huella de rebeldía. La histeria capitalista de aquella prensa sollicita su deportación a modo de los expulsados en 1919. En esta fecha fue deportado a Rusia un considerable grupo de anarquistas a bordo del « Buford ». Entre ellos Emma Goldman y Alejandro Berkman. Desgraciadamente el lance caballeresco de Laski es en apoyo de unos políticas que se declararon en huelga.

El libro carece de interés episódico y de suspenso. El autor se esfuerza por agigantar a un hombre que es todavía un enano. Estamos en los años 20. Laski escribe sobre la revolución rusa: «No soy partidario de la revolución más que en última instancia, en parte porque no confío en que una masa hambrienta y falta de cultura pueda inmediatamente hacerse cargo de las responsabilidades del poder, y en parte, porque, por lo que Bertrand Russell me ha contado sobre Rusia, me estremezco de lo que ha costado la experiencia y llego a dudar de si es posible lograr con tal experiencia los objetivos que uno desearía obtener de inmediato».

Sin embargo sentiré siempre una debilidad por el régimen soviético o al menos por un entendimiento honorable con él. Empieza su serie de libros políticos. Hay un salto del Laski fabiano de 1925 al Laski marxista de 1938. No es un revolucionario clásico ni mucho menos. Sino que busca para Inglaterra la «revolución consentida». Es decir, la que de acuerdo todos los ingleses consientan en patrocinar.

El autor hace la minuta de la toma del poder por los laboristas después de la primera guerra mundial. Encontramos a Laski liado sin que se nos explique claramente el proceso de su evolución. Hay la tragedia de entre ambas guerras, con Mussolini, Hitler y Franco. Y una picaresca política palaciega en la que figuran el rey y el fascista Mosley, antes laborista. La guerra española pasa como una sombra grisácea. ¿Intro-

misión de la censura franquista, bajo cuya égida se editó el libro?

Entre los grandes amigos que se hizo Laski en América figura el presidente Roosevelt. Al cual trata de congradar con Rusia: «Espero que usted presione al gobierno británico para que acelere la conclusión de un acuerdo con la Unión Soviética » (abril de 1939).

Al estallar la segunda guerra mundial los comunistas la calificaban de «imperialista». Al par que, con Hitler, invadían a Polonia. No está clara la posición de Laski en el libro sobre este punto. Milagrosamente hubo después la invasión, por Alemania, de la Unión Soviética. Los comunistas empezaron a calificar aquella guerra de «antifascista». Laski se convirtió en el ala izquierda del laborismo. Se abrían, según él, las perspectivas para la «revolución consentida», con marchamo socialista, para el final de la contienda.

Estamos en plena guerra. Laski lamenta no poder tomar parte sino a través de sus alumnos que están en el aula de economía o en los frentes. Cree en los fines «populares» de aquel conflicto. Aunque se da cuenta de algunas cosas y ataca acerbamente a los líderes y particularmente a Churchill. Su salud se resiente a causa del exceso de trabajo. No quita de ojo al gobierno de concentración en el que hacen su nuevo aprendizaje los laboristas. Acusa a éstos de dejarse arrastrar por Churchill. Celo «progresista» que le lleva a fuertes altercados con Attlee. A éste lo consideraba a veces de poca talla. En su altar de laborista de izquierda tenía encendidos dos velones: uno para Rusia —no precisamente Stalin— y otro para Roosevelt. Sintió mucho la muerte de éste, que consideró una catástrofe para la postguerra.

Pero la guerra de los campos de batalla se ha convertido en guerra de papel envolviendo insultos y maniobras del más bajo rahez. Son las elecciones de 1945, a las que el autor dedica un capítulo nauseabundo. Las heroicas figuras de leyen-

da, tan pronto han cambiado el uniforme bélico por el traje de calle, se han convertido en vulgares marrulleros y charlatanes de feria. Para quien creyere que esto no podía ocurrir en la atildada y respetable Inglaterra, es una experiencia a retener.

Pero los laboristas han llegado al poder con asombro de propios y extraños. El primer asombrado es Churchill, el hombre que no sabría retirarse a tiempo. Laski se desborda en discursos «impolíticos» y Attlee le tira de las orejas. Especialmente por unas declaraciones atrevidas contra la España de Franco.

La nota dominante es la rápida adaptación laborista a la modosidad. Laski llega a oler a santidad comunista. En el fondo de su espíritu hay una preocupación: ver si se puede tirar de los rusos con el

señuelo de algunas concesiones. El, que unca se ha sentido judío y menos sionista, pone las patas por alto cuando la actitud impopular de Inglaterra (laborista), frente a los supervivientes de los seis millones de hebreos asesinados por Hitler, que desembarcan clandestinamente en la «tierra prometida». Cuando la campaña electoral el laborismo había inscrito en su bandera de combate hacer justicia a los judíos y a los republicanos españoles (esto no lo dice el libro). El laborismo gubernamental reniega de sus promesas. Las agencias plutocráticas y la dinamita hacen justicia a los judíos. La España republicana será en adelante el único judío errante. ¿Justicia inmanente? El libro se cierra con la caída gubernamental del laborismo y y la muerte de Laski, el 24 marzo de 1950, a los 57 años de su existencia. — J.P.V.

CARTAS A LA REDACCION

« ...Lo que me parece injustificable es la horrorosa cantidad de erratas que salen en la revista. Os debéis exigir a vosotros mismos, creo yo, una mayor atención y un mayor cuidado... » (J.M.S., Barcelona).

Nos duele confesar que el reproche es justo. El fallo, no obstante, se va solucionando. ¿Podemos pedir a J.M.S. un margen de confianza para demostrar que ésta no es una promesa hecha a la ligera?



« ...Sugiero la inclusión de un boletín de suscripción con el precio en pesetas. Además, deberíais nombrar agentes (amigos) difusores de la revista en España, tipos encargados de conseguir suscripciones. Yo me ofrezco a ello y también (decidme precio) a suscribirme... » (L.V., Madrid).

Agradecemos los buenos deseos y el entusiasmo de L.V. Creemos, sin embargo, que por ahora no puede pensarse en un sistema más o menos público de suscripción en España ; preferimos utilizar, hoy por hoy, fórmulas quizá menos eficaces pero más seguras.



« ...En cuanto a PRESENCIA, la considero una experiencia interesante y tal vez necesaria en estos momentos. Pero no puedo pronunciarlo, os lo digo con toda franqueza, hasta conocer mejor su trayectoria... » (R.T., Lyon).

Con idéntica franqueza, diremos que la posición de R.T. nos resulta perfectamente lógica. Y que, si se nos apura, coincidimos por completo con él..



« ...Empiezo a dudar de que sea realmente una revista libertaria. Yo no niego que haga falta proyectar una luz nueva sobre la ideología anarquista, pero pienso que no hay que caer en la exageración de tirar la casa por la ventana... » (E.F.M., Deusto).

También nosotros rechazamos la solución de tirar la casa por la ventana. Basta barrerla y airearla. Eso y sólo eso es lo que, mal o bien, intentamos hacer.



LA revista *Presencia* quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria, con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.



presencia

tribuna libertaria

EN ESTE NUMERO :

- ★ **DESPUES DE FRANCO, FRANQUISMO**
La farsa de la «democratización» española.
- ★ **ESPAÑA DE AYER A HOY**
El estrepitoso fracaso de la economía franquista.
- ★ **¿REFORMA O REVOLUCION?**
Dos opiniones sobre un tema siempre actual.

Estudios ● Crónicas ● Notas

8' P 5508



presencia

tribuna libertaria

présence (tribune libertaire)

Director:

L. PASAMAR

Redacción:

24, rue Ste. Marthe
Paris, X

Bimestral

Precio ej.: 3 F — 12 Ptas.

Administrador:

J. PASCUAL

Administración:

6, rue du Parc-Royal
Paris, III

Giros: C.C.P. Pa 11.437-35

INDICE

VIDA ESPANOLA:

Después de Franco, franquismo (Redacción)	1
Carta abierta a la redacción (C. Mera)	4
Unas puntualizaciones (Redacción)	7
España de ayer a hoy (J. Núñez Espejo)	10

ENSAYOS:

¿La Revolución, con o sin clase obrera? (Sergio Daniel) ..	19
Reformismo y revolución (O. Alberola)	24
El relleno de las palabras (Teresa Gracia)	37

ACTUALIDAD INTERNACIONAL:

Llamamiento a los movimientos revolucionarios del mundo	44
---	----

NOTAS:

Un viejo libro de Joaquín Maurín (José Peirats)	47
---	----



DESPUES DE FRANCO, FRANQUISMO : CARRERO BLANCO, VICEPRESIDENTE

Desde hace unos años a esta parte la actualidad española se ve sacudida por una serie de noticias «sensacionales» e «inesperadas»: Franco se muere... Franco se va... El Rey viene... El Rey no vendrá. El Régimen se liberaliza... Los Sindicatos Verticales se democratizan... El Movimiento se institucionaliza. Referéndum... Ley Orgánica del Estado... Cese de Muñoz Grandes. Nombramiento de Carrero Blanco y «España retorna (con otros modos) a la representación y la democracia», como intitulaba en primera plana el diario PUEBLO para anunciar las «elecciones» de Procuradores en Cortes. Como se ve, todo cambia y todo sigue igual.

Si no la nota más saliente de todo este largo conjunto de noticias «sensacionales», si al menos la más significativa, el nombramiento del Almirante Carrero Blanco como titular de la Vicepresidencia del Gobierno refleja, sin equívocos posibles, la verdadera naturaleza de la evolución política del régimen franquista.

Sería fácil resumir la situación —como lo ha hecho la revista francesa PARIS-MATCH— diciendo: «EL ALMIRANTE CARRERO: ESCOGIDO COMO DELFIN, ES MAS FRANQUISTA QUE FRANCO.»

Pero el nombramiento y la «problemática nacional» en la que se ha operado bien merecen una reflexión un poco más extensa.

Como se sabe, el cargo de vicepresidente del Gobierno ha estado —desde su creación el 10 de julio de 1962— siempre en manos del general Muñoz Grandes. Anteriormente, del 30 de enero de 1938 al 8 de agosto de 1939 —en que quedó suprimida la Vicepresidencia— el cargo lo ocupó otro representante del Ejército de Tierra, el teniente general Jordana.

Ahora pasa a estarlo en manos de un almirante de la Marina de Guerra. Nombrado como los anteriores por el «generalísimo» Franco. Lo que demuestra que la hegemonía de los militares no ha sufrido alteración alguna.

Sin embargo es indiscutible que, en la España actual, el Régimen no es ya el bloque monolítico de «intereses e ideologías» que lo fuera hasta hace algunos años. Todas las contradicciones internas del sistema de Poder establecido, las «aspiraciones de futuro» del neocapitalismo español, las «ambiciones políticas» de las generaciones que «no hicieron la guerra» —ubicadas o no en el Movimiento—, los «grupos de presión» que representan otros

tantos «intereses internacionales», los funcionarios por «méritos durante la Cruzada» y los «nuevos» que pretenden reemplazarlos, considerándose con mayor vocación «europeista» y menos «quemados» en la etapa ultra, toda esta gama de contradicciones e intereses encontrados determinan, qué duda cabe, una «situación diferente».

Y la «situación diferente» no es otra que «la misma de estos treinta últimos años»; pero con una «crisis» abierta, casi pública, en el seno del Régimen, al que cada sector integrante aspira a la sucesión.

En la nota editorial de Emilio Romero en PUEBLO, comentando el nombramiento de Carrero Blanco, se percibe claramente el significado de esta «crisis»:

«Antes de que tuviéramos la Ley Orgánica del Estado, la figura de un vicepresidente del Gobierno cubría, principalmente, la **preocupación sucesoria**. Todos recordamos el momento en que se estableció esta Vicepresidencia. El Caudillo acababa de tener un accidente en una cacería, y el pueblo español, habituado a la solidez del Régimen y a la salud de Franco, vislumbró con temor que el poder —que es una realidad más fuerte que cualquier mecanismo sucesorio— **podría ser asumido no por una sola competencia, sino por varias**. La creación de un Vicepresidente despejó la incógnita: el poder estaría ya definitivamente asumido por el Gobierno. El texto de la Ley Orgánica, aprobada en Referéndum, establecía otros resortes más completos de orden y de seguridad: **la posibilidad de una Presidencia del Gobierno**, y las Vicepresidencias convenientes. Pero hace menos de dos meses que cesó el capitán general Muñoz Grandes en su función de Vicepresidente del Gobierno, y entre esa fecha y la de designación de un presidente de Gobierno —**si ello se produjera**— estaríamos en la situación anterior a la de la creación de aquella Vicepresidencia. Era un asunto que empezaba a plantear de nuevo las preocupaciones antiguas. El Jefe del Estado lo acaba de resolver. Hay un nuevo vicepresidente del Gobierno, el almirante Carrero Blanco. ¿Qué significa esta designación? Para este comentarista, no se trata de cubrir meramente una vacante, **sino que acaba de abrirse la crisis de Gobierno**, sin que esto quiera decir que sea ni inmediata, ni próxima. Pienso que esa crisis no deberá plantearse hasta después de constituirse las Cámaras, **si antes no se produjeran acontecimientos que aconsejaran apresurar los cambios**. Por el momento, no veo esos acontecimientos.»

Emilio Romero no se anda con «rodeos» —su sección se llama «Sin Rodeos»— y dice, con toda la claridad que el lenguaje actual de la prensa española lo permite, que se trata de la sucesión a Franco... Y que en la lucha que enfrenta a los del equipo Solís con los monárquicos y con los del Opus Dei, el nombramiento de Carrero Blanco «disipa confusión y arroja claridad». Puesto que, antes que nada, se trata de garantizar la continuidad del franquismo después de Franco. Que es a su vez la continuidad del Movimiento, de la estructura sindical verticalista y de todo el aparato burocrático falangista.

Por eso sus referencias a la Presidencia de Gobierno y a la eliminación de las diferentes competencias...

Y por eso, sintiéndose «enterado», afirma: «Es un obedientísimo colaborador de Franco. Pero es también un jefe. Que no se olvide esto.»

DEMOCRACIA A LA FRANQUISTA

Para completar esta «reactualización» de la «vida política española» se han celebrado las «elecciones» para Consejeros nacionales y Procuradores en Cortes. Elecciones que han permitido a la prensa franquista reinsistir en el mito de la democratización del Régimen. Si bien, por pudor, han declarado que este retorno a la «representación» y a la «democracia» se hace «con otros modos».

«Con otros modos» que, no cabe dudarlo, son lo suficientemente «democráticos» como para que nadie se pueda quejar de no estar «legítimamente» representado.

Desde los 40 que nombra directamente Franco —en cuyo número está la representación directa de la «flor y nata» de los sectores fuertes del Régimen—, hasta los 104 de la «representación sindical» y los 326 de la «representación familiar».

Para acabar de comprender la legitimidad de esta representación «democrática» toda la prensa española ha publicado las biografías de los diferentes candidatos y sus hojas de servicios en favor del Régimen. Ni un solo desafecto al Régimen. Ni un solo miembro de esa «oposición pacífica tolerada».

Como las pasadas elecciones sindicales, las actuales demuestran de una manera irrefutable la imposibilidad de evolución democrática del régimen franquista.

El monopolio del Poder, en todos sus niveles y en todas sus estructuras, continuará siendo patrimonio exclusivo de los que hasta ahora lo han regentado totalitariamente. Sólo entre ellos está y estará permitida la oposición, la lucha de tendencias e intereses, el enfrentamiento de «candidaturas». La oposición democrática seguirá proscrita, sin derecho a decir presente legalmente. Sin condición ciudadana. Como todos los españoles de segunda y tercera. Reducida a decir amén.

Igual que antes, la «representación» más representativa sigue siendo la que designa directamente Franco. Es entre esos «cuarenta» que las «diferentes tendencias y grupos de presión» que integran el Régimen se ve mejor reflejada.

Fiándonos al «enterado» Emilio Romero podríamos resumir, como lo hiciera él en PUEBLO:

«Hay algo, además, que parece perfilado con la publicación de los designados, tanto para el Consejo Nacional como directamente para las Cortes, y es el mantenimiento de las raíces del Régimen (falangistas y tradicionalistas); la consolidación de ramas posteriores que ya no aparecen comprometidas solamente con las realidades de Gobierno, sino con el Régimen mismo, y cierto debilitamiento de los sectores político-católicos clásicos, más otro debilitamiento que corresponde a lo que podríamos

llamar la impaciencia aglomerada. En resumen: permanece un grupo de falangistas vinculados a las horas fundacionales de este movimiento político; se incorporan personalidades nuevas que los españoles identificamos como miembros del Opus Dei, lucen, igualmente, tradicionalistas moderados y fuera de las borrascas dinásticas; acceden nombres acuñaos y fortalecidos en los cuadros del Movimiento nacional; aquellos que podríamos llamar democristianos tienen una discreta y, seguramente, renovada representación; lo monárquico es como una brisa, y no una representación; y por último se distribuyen, aquí y allá, representaciones destacadas de la Iglesia y del Ejército.»

Como se ve, dicho por ellos mismos, la democratización no incluye a ningún demócrata...

CARTA ABIERTA A LA REDACCION DE «PRESENCIA»

Modestia aparte, sé, por conocerme a mi mismo, que la capacidad y la agilidad que pueda poseer para el manejo del palustre me falta para la pluma. No obstante me siento en la necesidad de dar mi opinión franca, como puede darla no importa qué otro militante del movimiento anarcosindicalista, ante el maremágnum, las muchas confusiones que ruedan sobre la Confederación Nacional del Trabajo de España. Es por ello que cada uno de nosotros tenemos la obligación ineludible de fijar nuestra actitud para que de una vez para siempre terminen las confusiones. No hay que hacer juegos malabares con las ideas ni malear a la C.N.T. A mi parecer el problema fundamental es la falta de consistencia en los ideales que decimos sustentar. No voy a hacer historia, primero porque no sabría y después porque no estamos ya para andarse con historias...

La «CNT» está como está, funciona como funciona porque el sentido de responsabilidad del militante se halla ausente tanto en el compañero más significado, como en el más modesto. Ni dios nos quita de encima el peso de la culpa. Yo acepto limpiamente la que pueda caberme. Que los demás hagan lo propio. Y vayamos al grano. El grano es el poder situar a la Confederación Nacional del Trabajo y al anarquismo en el terreno que le corresponde dentro de España, con el pueblo y para el pueblo que trabaja.

Ciñéndonos al tema que justifica este trabajo diré que ha llamado mucho mi atención el editorial de «Presencia», correspondiente a junio-julio 67, intitulado «Nuestra Posición ante la Realidad Sindical Española». En él se dicen algunas verdades redondas pero se defiende, se aboga por una tesis que, a mi juicio, sólo puede ser sostenida en el plano personal y no en nombre de una revista que por su origen, su proyección y el ideario de quienes la animan colectivamente, tiene que andar con pies de plomo a la hora de fijar posiciones y trazar caminos sobre el mapa intrincado de la situación actual de España.

Cuando se trata de exponer criterios, esclarecer problemas y trazar orientaciones dentro del marco ideológico natural de una revista o periódico, no resulta difícil a quienes asumen la responsabilidad de la «Dirección» si se sienten íntimamente impregnados de esa misma doctrina, de las inquietudes y finalidades que la revista persigue, y cuyos editoriales por su altura y ponderación deben ser fiel reflejo; pero cuando, por el contrario, los temas se deslizan hacia campos ajenos, hacia situaciones y perspectivas que pertenecen, a veces, al dominio de la imaginación y de la controversia, entonces se corre el riesgo de tomar el rábano de nuestro deseo personal, por las hojas del pensamiento y la responsabilidad colectiva. De ahí al entuerto no hay más que un paso. Y ese paso lo ha dado la Redacción de «Presencia» publicando el editorial a que me refiero.

¿Por qué y dónde está el entuerto? Vamos a verlo.

Después de una amplia y bordada gama de argumentos respecto a situaciones propias y ajenas, se llega en ese trabajo a la neta conclusión de que los militantes de la CNT y el anarquismo deben incorporarse de inmediato a las «Comisiones Obreras» **«porque ellas son, y por eso les damos nuestro apoyo, el camino más apto para que los anarquistas demuestren hoy su voluntad de marchar hacia un objetivo».**

Antes de ir más adelante convendría fijar, sin lugar a equívocos, lo que son, en esencia, las famosas Comisiones. Hay versiones para todos los gustos y muy contradictorias. Tanto en el interior como en el exilio la óptica varía según el talento político-social del observador. Ya dijo el poeta que «cada cosa es según el color del cristal con que se mira». En el mismo número de «Presencia» y bajo el título «La Lucha Diaria de la CC.OO.», J. López Pérez dice: **«Conviene recalcar que ÚNICAMENTE** (el subrayado es suyo) **en el seno de las Comisiones hay dos fuerzas organizadas: el Partido Comunista y la A.S.T. (sindical democrática) y que todo cuanto se diga sobre otras fuerzas representadas es pura invención.»** Un conocido militante que suele estar bien informado de las cosas que pasan dentro y fuera de España dijo patéticamente en una de las últimas asambleas generales de la F.L. de París: «Cuidado, compañeros. Ojo con las Comisiones Obreras, que no son otra cosa que una buena herramienta al servicio de la política capciosa del P.C.» Y lo curioso del caso es que no se alzó ni una sola voz, entre la numerosa concurrencia, que rechazara ni discutiera, al menos, la afirmación. También en su libro reciente «Nuevos Enfoques a Problemas de Hoy», Santiago Carrillo hace un canto idílico a las Comisiones

y las considera como «el mejor instrumento de lucha creado por los trabajadores españoles»... que responden, naturalmente, a las consignas y orientaciones del «glorioso Partido».

Teniendo en cuenta las habilidades y las sutilezas tácticas de los dirigentes comunistas, que suelen poner siempre un antifaz «democrático» de imparcialidad y unidad a todas sus iniciativas, no debe extrañar que abunden, también, los elementos «neutros» (la mayor parte de ellos jóvenes pertenecientes a la nueva generación), los cuales no vacilan en proclamar que las CC.OO. no se deben a ningún partido ni orientación alguna, sino a la tónica «democrática» que le imprimen las propias «masas» obreras en su lucha puramente laboral y reivindicativa.

¿Acaso no sería oportuno el admitir cierto paralelismo, si no una completa identidad estructural, entre el «soviet» ruso, los «Frentes Populares», «el mando único» de nuestra guerra y los «partidos unificados» de los países satélites, con ciertas características profundas que presentan las Comisiones Obreras actuales? ¿Qué suerte le fue reservada en aquellos organismos a los militantes y organizaciones anarcosindicalistas, anarquistas y de otras tendencias liberales opuestas al totalitarismo bolchevique? No creo que haya necesidad de citarlo, pues tanto los lectores avisados de «Presencia» como la Redacción están bien al corriente. Cuando se invoca tanto el concepto REALISMO y se recomienda el análisis de las situaciones para buscar las mejores tácticas y los frutos mejores en la acción militante del anarcosindicalismo, no puede soslayarse la REALIDAD dolorosa de unas enseñanzas y las lecciones de una experiencia cuyas viejas cicatrices cubren nuestro cuerpo de los pies a la cabeza.

Además, recomendando la incorporación inmediata a las CC.OO., el editorial de «Presencia» no hace otra cosa que «empezarse la casa por el tejado».

Primero: ¿Se está absolutamente seguro de que «las Comisiones son un movimiento flexible en el que los anarquistas pueden actuar sin renunciar, ni un ápice, a sus ideales y a sus fines específicos» que fieles a ellos tendrán que propagar y defender ante comunistas y socialcristianos?

Segundo: ¿Quiénes son los que se han de incorporar a esos organismos, los «ex militantes», cargados de años, de recelos, aislamiento y amarguras, fraccionados orgánicamente en tres o cuatro Comités Nacionales, y los jóvenes simpatizantes que apenas conocen el abecé de las ideas ni la dinámica sindical necesaria que les permita una actividad alentadora y útil? ¿Es con esta fuerza dispersa y escéptica con la que la CNT y el anarquismo deben de ir al seno de las CC.OO. para contender con los comunistas y los católicos fuertemente organizados y sostenidos?

La casa se empieza por los cimientos y no con uralita, cascotes y yeso inerte, sino con los sólidos materiales de estructura con que hoy se levantan los grandes edificios del porvenir.

Aun admitiendo la idea (que ya es admitir) de que por imperativos de la situación interior de España hubiera necesidad ineludible de ir a las CC.OO. para contactar con la clase trabajadora y ayudarle en sus afanes de emancipación y de justicia,

lo primero que tendríamos que hacer todos y destacadamente «Presencia», que es (según reza uno de sus postulados) «tribuna para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy», es volcar todas nuestras energías y nuestros recursos de persuasión y organización en REHACER en en plano nacional la C.N.T. de España y si fuera posible el Movimiento Libertario; en poner en contacto a los españoles jóvenes y viejos de una y otra localidad, de una y otra comarca, de una y otra región; en armonizar y fusionar la militancia del exilio y del interior constituyendo un solo cuerpo orgánico; en marginar la experiencia negativa de la ASO, la aventura claudicante de Madrid, los sueños julianos, depasados por el tiempo, de la fracción inmovilista del destierro.

En ese proceso nuevo que han abierto en España las coyunturas renovadoras de un mundo que evoluciona, del fracaso absoluto del totalitarismo franquista como régimen viable y tolerable en las estructuras sociopolíticas del siglo XX, la primera tarea que se nos impone como trabajadores, como libertarios y como españoles es volver a hacer de nuestra Confederación un movimiento vivo, real, revolucionario de antaño adaptado a las necesidades y alternativas de hogaño.

Cuando esto se haya logrado, si no en toda en gran parte, entonces será el momento de discutir, con conocimiento de causa y a causa de los acontecimientos, si procede el que la CNT y los anarquistas se incorporen a organismos o movimientos de lucha por otras gentes creados.

Cipriano MERA

Unas puntualizaciones que nos parecen indispensables

El artículo del compañero Cipriano Mera, que publicamos en las páginas anteriores, formula diversas críticas a nuestro editorial del número pasado. Esas críticas están expresadas con ánimo constructivo y merecen, por lo tanto, todo nuestro respeto. Respeto que no nos impedirá, claro está, hacer unas puntualizaciones que nos parecen indispensables. Sin que ello suponga en modo alguno la pretensión de alargar una polémica, y menos aún el deseo de abundar en un tema al que de-

dicamos ya un editorial de ocho páginas. Se trata simplemente, de señalar cuatro puntos concretos que nos parecen merecer una aclaración. Y a ello vamos.

1.—El compañero CM estima que la tesis del editorial —participación libertaria en las Comisiones Obreras— sólo debe ser sustentada en el plano personal y no en nombre de la revista. En otras palabras, parece considerar que cabría defender esa posición a título meramente individual, pero a con-

dición de no comprometer en ella al equipo que se encarga de la redacción. ¿Habrà que deducir, entonces, que ese equipo debe limitarse a nadar entre dos aguas, asumiendo una actitud de diplomática neutralidad a la manera de quien preside un debate sin intervenir en él? Aquí tocamos una cuestión fundamental: la razón de ser de PRESENCIA. Evidentemente, podría aceptar el papel de revista ambigua e incolora, cauta e inofensiva; con lo cual sería susceptible de satisfacer a tirios y troyanos, a fuerza de no comprometerse y a fuerza de limitarse a una función de espectador benevolente y neutro. Pero esto es, precisamente, lo que PRESENCIA rechaza. Porque quiere evitar a toda costa la tentación —cómoda y fácil— de no definirse. Una revista, para nosotros, se justifica sólo si es capaz de tomar partido, de sentar posiciones, de definir su actitud ante todos los problemas fundamentales; y no debe vacilar, incluso, en preferir el riesgo de la equivocación a la comodidad del silencio. PRESENCIA, en resumen, quiere ESTAR PRESENTE. Su título la obliga a ello. Aun sabiendo que, al hacerlo, no contentará a todo el mundo. Y aun sabiendo que las conclusiones de la redacción sólo a la propia redacción comprometen, como subrayamos en el editorial. Permítanos CM, pues, que nos neguemos a aceptar el papel de espectadores mudos; y permítanos que —lo mismo que él— hagamos uso del derecho a expresar nuestra opinión.

2.—Nuestro colaborador parece considerar las Comisiones Obreras como un *ghetto* pestilente e insalubre. ¿La razón? Muy sencilla: si el Partido Comunista actúa en ellas, forzosamente los anarquistas habremos de situarnos al margen. Dicho en otros términos, CM esti-

ma que la estrategia anarquista debe definirse en función de lo que haga o no haga el P.C. Bastará por lo tanto que éste dé un paso en una dirección para que los libertarios lo demos en sentido contrario, guiados por una especie de brújula al revés. Y esto, preguntamos nosotros, ¿no es una curiosa y original manera de ir a remolque del P.C.? ¿No comprende CM que esa actitud significa en el fondo rendir tributo a un infame complejo de inferioridad frente al P.C.? ¿No comprende que una estrategia libertaria basada en ese complejo nos condenaría a tener que actuar dentro del terreno que el P.C. se dignara dejarnos libre? El problema es fundamental y vale la pena ahondar en él. Nuestra línea de acción debe ser fijada independientemente de lo que haga o deje de hacer el P.C. Sabemos de sobra que éste actúa dentro de las Comisiones; y sabemos, como es lógico, que lo hace para conseguir unos objetivos finales que no son los nuestros. Pero esa certidumbre no debe conducirnos en absoluto a deducir que sea necesario abandonar la partida; si el terreno en que esta última se juega es el terreno de la acción obrera, el de la lucha en la fábrica y en el tajo, en el taller y en la obra, ¿acaso vamos a renunciar a ella por obra y gracia de un anticomunismo visceral, anticomunismo que, en última instancia, se reduce a confesarse impotente ante el P.C.? Nos parece peligroso y negativo, en síntesis, querer convertir las viejas cicatrices en infalible norma de acción y las antiguas heridas en principios tácticos.

3.—CM se pregunta qué son, en esencia, las «famosas Comisiones». He aquí nuestra respuesta: esa misteriosa esencia está aún por definirse y —tal como lo señalamos en nuestro

editorial— quedará definida en función de las aportaciones que se manifiesten. Porque, si bien se mira, la esencia de algo que está gestándose depende en gran parte de los que intervengan en el proceso. De ahí la importancia que tiene el contribuir o no con la propia aportación, de ahí la diferencia enorme entre ser actor y ser público. El resultado final será fruto, al fin y al cabo, de las fuerzas que hayan actuado y del esfuerzo que cada una haya hecho. Y hasta en el peor de los casos —es decir, si el resultado final demuestra ser insatisfactorio—, ¿acaso no tendrán más derecho a criticar el fallo aquellos que han tratado de evitarlo que los que han permanecido al margen? Perderse en disquisiciones sobre la esencia de las CC.OO. y mantenerse en una púdica expectativa es invertir los términos de la cuestión y renunciar a resolverla; un problema pocas veces se resuelve desde la barrera: la solución consiste, por el contrario, en afrontar la responsabilidad de estar presentes, único camino realmente operativo. Lo otro —la abstención, el aislamiento, el «dejar hacer»— es recurso estéril; y sus consecuencias, desgraciadamente, se dejarán sentir en el futuro. Si las Comisiones llegaran a convertirse en un movimiento mediatizado y contrarrevolucionario —posibilidad que no ignoramos—, ¿estima CM que los anarquistas podrán cantar victoria y proclamar alegremente que «ya lo habían previsto»? ¿Y no cree que la clase obrera podrá reprocharnos el haber hecho muy poco para evitar el fracaso?

4.—Un último punto: el de la reorganización de las propias fuerzas, que CM nos acusa de olvidar o menospreciar. El reproche no nos parece justo. Lo

que sucede, probablemente, es que nuestro colaborador y nosotros no tenemos una misma apreciación sobre lo que significa hoy esa labor. Porque, a nuestro juicio, reorganizar las propias fuerzas es tarea que sólo podrá realizarse en la medida en que se desarrolle simultánea y paralelamente una acción constante en la lucha obrera de cada día; será nuestra participación en esa lucha la que hará progresar y consolidará realmente la propia reorganización. Si ésta consiste en encargar magníficos sellos de caucho y en montar comités que se limiten a funcionar en la tertulia dominical del café, nos tememos que el trabajo resulte inútil. Pero, en cambio, si se enfoca la labor insertándola en el contexto de la problemática obrera más concreta y más inmediata, fundiéndola con ese combate cotidiano, inyectándole la savia de la oscura y tenaz acción diaria, la reorganización de las propias fuerzas será una realidad viva que tendrá raíces hondas. El movimiento revolucionario será consecuencia del dinamismo que se haya sabido demostrar militando a nivel de fábrica y no a nivel de comité fantasma divorciado de la base obrera.

Cerramos estas líneas con una reflexión de carácter general: ¿existe entre nuestras posiciones y las del compañero Mera, un antagonismo total y una oposición irreductible? Creemos que no. Y lo creemos no sólo por estar persuadidos de que nos unen objetivos comunes, sino también porque estimamos que, por encima de las divergencias de orden táctico, coincidimos en una necesidad fundamental: la de revitalizar el sindicalismo revolucionario, única fuerza que podrá traernos un mundo mejor.

LA REDACCION

ESPAÑA DE AYER A HOY

El que un militante de un movimiento obrero, en este caso nacido en la postguerra, escriba algo sobre la situación económica de su país es algo poco frecuente. Pero si hasta ahora lo han hecho sobre todo los intelectuales y los burgueses, ahora tenemos que ser nosotros, la clase explotada, quienes demos nuestra visión del fenómeno económico, ya que partimos de la base de que la economía es el auténtico motor histórico.

Posiblemente habrá errores o fallos, unos por falta de visión y otros por carecer de datos; pero ojalá este paso sea continuado para que los que nos consideramos sindicalistas revolucionarios seamos capaces, a partir de un auténtico análisis de la realidad, de establecer una estrategia dinámica contra nuestro enemigo, contra la clase capitalista.

ANTECEDENTES: LA POSTGUERRA

Es claro que a consecuencia de la guerra civil surgió un nuevo Estado en el que, bajo la cobertura de un omnímodo jefe del Estado y de un partido oficial, se ocultaba una verdadera coalición de todas las fuerzas burguesas y reaccionarias de la derecha española que consiguieron derrotar a la clase obrera.

Esta coalición comprendía las siguientes fuerzas:

— **Un ejército**, con un enorme número de oficiales, consecuencia de la propia guerra civil, que — ante el panorama exterior — permanece en filas, originando una enorme aglutinación que impide la aparición de fisuras democráticas, aglutinación debida también en parte a la plena adhesión de los generales al Caudillo.

— **Un movimiento político** bajo la forma de partido único, enormemente diezmado de sus elementos más dinámicos, y que fue utilizado por Franco unificándolo con otras fuerzas dispares e instaurando como jefes del mismo, primeramente, a su propio cuñado Serrano Suñer, después a un general totalmente adicto, Muñoz Grandes, y, finalmente, a hombres grises como Arrese, Fernández Cuesta y Solís, rodeados siempre de una cohorte de jerarcas corrompidos.

— **Una Iglesia** totalmente ajena al pueblo y resentida de la política de la República. Esta Iglesia dio rápidamente su plena y total adhesión a Franco, que le garantizaba un doble monopolio: el del credo religioso y el de la enseñanza.

— **Una oligarquía financiera y terrateniente**, que vio amenazadas sus posiciones por una república burguesa, que prestó un apoyo incondicional — en todos los órdenes — a Franco, pasando a ocupar después de la guerra una posición de total y absoluto dominio dentro de la economía española.

Frente a esta amalgama de grupos se situaban, pues, los componentes de la clase obrera española, los vencidos.

El nuevo Estado que surge entonces presenta estos rasgos fundamentales:

a) Concentración de todos los poderes públicos en la figura del jefe del Estado, un nuevo dictador que se apoya no solamente en la fuerza de un ejército y de un aparato represivo, sino también en todos los grupos que citamos anteriormente. En él quedan concentrados los poderes legislativo y ejecutivo e incluso el judicial, gracias a los tribunales militares, que funcionan sin descanso en este período.

b) Supresión total de las libertades establecidas en la Constitución de 1932. La libertad de constituir partidos políticos es anulada en 1937, siendo sustituida por el «Movimiento», organismo político único, calcado sobre el modelo fascista. Las autonomías regionales desaparecen, dando paso a un feroz centralismo, brutal incluso en el orden cultural. La libertad de prensa es sustituida por el periodismo oficial, cuyo mejor símbolo es la Escuela Oficial de Periodismo, permitiendo algunas aparentes libertades a las corrientes monárquica y democristiana. Pero con el triunfo de los aliados este aparato comienza a ser revestido con un ligero barniz democrático: se crean las Cortes, que en gran parte son designadas por el Ejecutivo. En 1947, ante la hostilidad exterior, surge una Carta de derechos constitucionales, verdadera caricatura de los mismos: el Fuero de los Españoles.

c) Creación de los Sindicatos verticales, montados sobre la idea del absoluto dominio patronal (el régimen había abolido la lucha de clases por decreto) y feudo exclusivo de la burocracia falangista. La ley de 1942 sobre Reglamentación del Trabajo suprime oficialmente la posibilidad de concertar pactos colectivos de trabajo y confirma al Ministerio de Trabajo plenos poderes para las remuneraciones salariales.

d) Contrarreforma agraria, dirigiendo al mismo tiempo la política agraria de manera favorable a los grandes propietarios por medio de una serie de disposiciones sobre precios oficiales (trigo y algodón) y con total tolerancia hacia el mercado negro de productos agrícolas.

e) Política favorable hacia la oligarquía financiera, que se manifiesta en las leyes industriales de 1939 que crean las bases para la expansión de la industria y principalmente para el nacimiento de una nueva burguesía nacional, adicta al régimen, que se desarrolla mediante la ayuda directa del Estado por medio de excepciones fiscales y subvenciones financieras. Esta nueva industrialización, completamente autárquica y sin competencia extranjera, crea unas bases irracionales para la industria española del futuro, El «summum» de esta política es la doctrina del *statu quo* bancario, que consolida a la banca como el auténtico centro de todo el poder económico del país.

Todo ello produce, en esta época, una serie de consecuencias socioeconómicas, como son:

- Paro de gran parte de la población activa, sin que por ello se cree un subsidio de paro.
- Política de salarios de mera subsistencia.
- Escasez de alimentos.
- Dificultades de encuadre, de nuevo, para la clase obrera.

PRIMERA LIBERALIZACION: 1951

Hacia 1951 se dibuja un cambio en la situación motivado por los siguientes factores:

1) **Apertura hacia el exterior**, correspondiendo a la vuelta de los embajadores, consecuencia de la guerra fría. Al poco tiempo se inician **contactos oficiales** entre Estados Unidos y España, que culminaron, dos años más tarde, en la firma de los pactos. Coincidiendo con estos contactos, el gobierno americano, concedió, a través del Import-Export Bank, los primeros créditos, que contribuyeron a paliar la difícil situación económica.

2) **Agotamiento de las posibilidades autárquicas**, basadas en un proceso inflacionista que vanamente intentó detenerse en 1947-49 y que, en varios momentos, estuvo a punto de desembocar en la completa ruina del sistema.

3) **Abandono de una serie de controles económicos**, fundamentalmente el racionamiento, que originó un aumento de la producción dentro de un plan menos autárquico, establecido por el nuevo equipo ministerial que sustituye al anterior a raíz de la crisis laboral de 1951. En este año se organiza el primer movimiento huelguístico de importancia de la postguerra motivado por la carestía de la vida.

Este equipo trae una política preliberalizadora. Sus hombres más simbólicos son el nuevo ministro de Comercio, Arburúa, y el de Industria, Planell, que sustituye a Suances.

Con este recambio ministerial puede decirse que termina la primera etapa de plena autarquía para iniciarse una nueva fase más claramente capitalista, mucho más conectada al exterior. Comienza, pues, la interconexión capitalista internacional con España, interconexión que alcanza un punto cumbre en nuestros días, como nos muestra Tamames en su libro «Los monopolios de España». La consagración política se produce en 1953 con la firma de los pactos con Estados Unidos y el Concordato con el Vaticano. Este año marca también el momento en el que la renta «per cápita» se sitúa por primera vez al nivel de la preguerra (1935).

La economía recibe un nuevo impulso gracias a la ayuda de los Estados Unidos y los créditos de algunos países europeos, produciéndose varios fenómenos, entre los cuales destacaremos:

a) Una fuerte corriente migratoria del campo hacia la ciudad, fomentada por el proceso de industrialización, notándose una

creciente demanda de la mano de obra especializada, lo que determina una subida en la escala de salarios y es causa de que de nuevo surja la Contratación colectiva.

b) Se adopta una política más inteligente respecto al campo, como lo demuestran las leyes de Concentración parcelaria de 1952 y 1955, a las que sigue una nueva política hidráulica. Pero ambas políticas, agrícola e hidráulica, tienen una marcada tendencia clasicista, puesto que la concentración no va acompañada de la redistribución de la propiedad y que el regadío favorece de una manera exorbitante a los latifundistas.

c) Nace la verdadera burguesía industrial del régimen. Es la época en la que se consolidan los «capitanes de la industria» del régimen, Barreiros, Barrio de la Moza, Arteche y otros, que incluso son «ennoblecidos» por el jefe del Estado.

d) Surge con fuerza el fenómeno del «chabolismo», consecuencia del movimiento migratorio a las ciudades, que obliga a adoptar una política de construcción de viviendas financiadas ampliamente por el Estado, dando lugar a una serie de negocios sucios que enriquecen a unos pocos a expensas de los ahorros de la clase obrera.

e) Comienza a desarrollarse, de manera acelerada, el turismo, que obliga a cierta apertura de fronteras.

f) En diciembre de 1955 ingresa España en la O.N.U., lo que marca el cénit de la política liberalizadora.

Todo este proceso de seudoliberalización sirve para que se desarrolle un sentimiento de ansia de libertad que estallará en el campo obrero y universitario, produciendo la crisis de 1956.

Los obreros españoles, sin filiación política, se lanzan por primera vez a una serie de acciones huelguísticas en los meses de marzo-abril de 1956 bajo el lema «subida de salarios». Ante el peligro de que la huelga desborde sus objetivos iniciales, el régimen la corta mediante una brutal represión, incluso con deportaciones. No obstante, se ve obligado a autorizar una cierta subida.

Los universitarios, que habían sido los más favorecidos por la política liberalizadora, al ver llegar a su ministerio a un demócrata-cristiano, Ruiz Jiménez, hombre con buena voluntad pero nada más, inician una manifestación, bruscamente cortada por la represión en febrero de 1956. Esto motiva la suspensión del hasta entonces inoperante Fuero de los Españoles y la expulsión de Ruiz Jiménez del Ministerio de Educación.

Esta grave crisis trae como consecuencia la llegada a los ministerios del Opus Dei. El Opus Dei, creado en 1925, llevó durante veinticinco años una vida gris centrada fundamentalmente en sus infiltraciones en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la Universidad. Aumenta su importancia política al ampliarse enormemente su capacidad financiera desde su base del Banco Popular, dirigiéndose hacia empresas de publicidad y de marcado carácter especulativo, mientras que en el campo de la enseñanza crea su propia Universidad: el Estudio General de Navarra.

El acceso del Opus al poder tiene una lógica, ya que en el crítico panorama de 1956 es la única agrupación que sabe y

puede ofrecer a Franco un equipo sólido de recambio. Las cabezas de puente de esta operación son Carrero Blanco, Ministro Subsecretario de la Presidencia del Gobierno, eminencia gris del régimen y uno de los hombres que están más cerca del dictador, y Alonso Vega, Ministro de la Gobernación (no hay que olvidar que este último es consejero del Banco Popular). La labor de zapa llevada a cabo durante los últimos años da sus frutos con la entrada de los hombres del Opus en el Gobierno. Dos de ellos ocupan los ministerios-clave económicos: el de Comercio (Ullastres) y el de Hacienda (Navarro Rubio). Desde estas posiciones ventajosas, el Opus inicia una infiltración sistemática en los cargos públicos y en la administración. Se inicia una nueva política económica que aspira a transformar la sociedad española.

LA SEGUNDA LIBERALIZACION: 1959

El nuevo gobierno instaurado en 1957 se lanza a una nueva política económica, política que al abrirse hacia el exterior marca el final del largo periodo autártico.

La síntesis de las medidas es el «Plan de Estabilización», que se pone en marcha en 1959 y que es la primera operación administrativa coordinada de la vida económica de la nación realizada bajo el régimen franquista. Está apoyado técnica y financieramente por los organismos internacionales «Fondo Monetario Internacional» y el «Banco Internacional de la Reconstrucción», en los que España había ingresado en 1958.

El Plan de Estabilización puede sintetizarse en las siguientes medidas:

— **Adopción de un tipo de cambio realista:** en 1939 se creó el Instituto Español de Moneda Extranjera (I.E.M.E.), que prohibió toda operación comercial con moneda extranjera y fijó un cambio oficial. En 1947 se recurrió al cambio múltiple. En 1957 se estableció un tipo único de cambio (42 pesetas por dólar) muy alejado de la realidad (60 pesetas por dólar en el mercado negro). El nuevo tipo de cambio origina un rápido aumento de los ingresos del turismo, así como una expansión de las exportaciones.

— **Congelación de sueldos y salarios,** con cierta flexibilidad para el despido, amortiguado por un tímido subsidio de paro, lo que origina una fuerte emigración hacia la Europa capitalista necesitada de mano de obra barata.

— **Liberación de las importaciones,** aunque limitadas a algunos productos, que se ayuda a presionar sobre los precios interiores y a modernizar la maquinaria de la industria.

Tras una breve recesión (1959-60), en 1961 se inicia una rápida superación económica, con lo que se abre una situación completamente nueva para la economía española.

Uno de los fenómenos más característicos de este periodo es la aparición de una nueva tecnocracia, totalmente distinta de la que, reclutada entre los vencedores, llenaba el I.N.I., Instituto Nacional de Industria, creado después de la guerra para promover el desarrollo industrial (y que demostró sobradamente su inefi-

cacia). Esta tecnocracia cumplirá un papel muy importante en la elaboración del Plan de Estabilización e irá fortaleciéndose con las promociones universitarias sucesivas, principalmente las procedentes de la facultad de Ciencias Económicas.

Con la reactivación que sigue a la Estabilización se inicia una nueva fase que podemos denominar de «neocapitalismo incipiente» en la que se producen diversas transformaciones socio-económicas entre las que destacan:

1. — **La dinamización de los empresarios** que, presionados por la nueva competencia exterior, racionalizan y modernizan sus empresas, que presionan al gobierno para obtener el derecho al despido y que ven con tranquilidad la negociación colectiva.

2. — **La aparición de nuevas actividades económicas**, o la rápida expansión de otras, entre las cuales cabe señalar en primer lugar la publicidad, que surge con el desarrollo de un creciente mercado de bienes de consumo.

3. — **El empleo en gran escala de convenios colectivos**, como medio de fijar las remuneraciones salariales. El Estado se ve obligado a aceptar esta fórmula de contratación ante la rápida disminución de la reserva interior de trabajadores como consecuencia de la emigración a Europa. Esto origina numerosas huelgas que hasta 1962 se convirtieron en fenómeno corriente.

EL PLAN DE DESARROLLO

La tendencia de la economía española a aproximarse a la europea se confirma con la reactivación subsiguiente al Plan de Estabilización, al iniciarse los trámites para adoptar la fórmula de desarrollo propia del neocapitalismo, esto es, la planificación indicativa. Una misión del Banco Mundial recorre España en 1961 trayendo la «buena nueva», que rápidamente se convierte en dogma oficial al crearse la Comisaría del Plan (según un esquema calcado íntegramente del francés, sin tener en cuenta las diferencias entre ambas estructuras económicas) y al publicarse el informe del B.I.R.F.

Sentida la necesidad del Plan, se proyectó su elaboración. Los trabajos previos duraron hasta finales de 1963, en que se aprobó el «Plan de Desarrollo Económico y Social», con vigencia desde el 1 de enero de 1964 al 31 de diciembre de 1967. Hay que destacar la baja calidad de los medios técnicos y lo poco seguro de los informes estadísticos. Por otra parte, la participación de la clase trabajadora en su elaboración fue evidentemente nula.

El nombre de «social» debía, lógicamente, indicar que se iba a llevar a cabo una transformación de estructuras, pero naturalmente no ha pasado de ser una simple apostilla. En el Plan se describen, con un lujo de detalles admirable, toda una interminable serie de metas y actuaciones que resbalan sobre los verdaderos problemas de fondo. No se pretendía por lo tanto romper y dar arreglo a las seculares trabas que impiden un desarrollo económico equilibrado, como es el caso de la agricultura, para la que el Plan sólo ha impuesto un aplazamiento temporal del verdadero y urgente cambio que el campo necesita.

Hay que señalar la pomposidad oficial que acompañó la puesta en marcha del Plan. En la ley que lo aprueba (28 de diciembre de 1963) se afirma que «tiene por objeto conseguir la elevación del nivel de vida de todos los españoles dentro de las exigencias de la justicia social y favorecer el desenvolvimiento de la libertad y dignidad de la persona». ¿Qué medidas se han adoptado para que esto pase a los hechos? Tras un año de Plan, teniendo como base el índice 100, puede afirmarse —a la luz de los resultados obtenidos— el carácter optimista de estas previsiones: Enseñanza 66, Agricultura 66, Sanidad y Asistencia Social 62, Telecomunicaciones 19 y Transformación de regadíos 88. En cuanto al nivel de los salarios señala estas cifras escandalosas:

— menos de 1.000 pesetas mensuales	3,8 %
— 1.001 a 2.000 »	» »	13,2 %
— 2.001 a 3.000 »	» »	26,6 %
— 3.001 a 4.000 »	» »	21,0 %
— 4.001 a 5.000 »	» »	14,4 %
— más de 5.000 »	» »	21,0 %

Señalamos que estos datos son oficiales y han sido editados por la propia Comisaría del Plan.

Por otra parte, ¿cumplió el Plan el papel coordinador que se le asignaba? La respuesta es negativa, al ser el crecimiento de la producción nacional tan desordenado como en los años anteriores.

La balanza de pagos registró en 1965 un déficit de 146 millones de dólares, el primero en los últimos cinco años. Pero lo más grave es el déficit de la balanza comercial, que de enero a noviembre de 1965 representó un aumento de un 60 % al registrado en el mismo periodo de 1964.

A LAS PUERTAS DEL II PLAN

Siguiendo la tónica neocapitalista implantada con el primer Plan, se decide la puesta en marcha de un segundo Plan que abarcará el cuatrenio 1968-1971. Ya se conocen las estimaciones de la evolución de las principales magnitudes económicas gracias a las publicaciones de la Comisaría del Plan.

El documento señala cuál es el verdadero valor de los datos, afirmando que es una «evolución deseable y factible»: se trata, pues, de simples objetivos a alcanzar.

Se presentan los siguientes desajustes:

- excesivo crecimiento del consumo público y privado,
- déficit de la balanza de pagos.

Pero lo importante es conocer el estado actual de nuestra economía, ya que es allí donde se tienen que centrar todas las «fantásticas previsiones» del segundo Plan.

Nuestra población activa a finales de 1966 era de 12.201.000 personas, lo que representa el 37,9 % de la población total. El desajuste es evidente cuando observamos que el sector agrario y pesquero encuadra la cifra más alta de activos, 4.182.000 perso-

nas, mientras que el sector industrial absorbe 3.018.000 y 1.967.000 los servicios. Estas cifras indican que se ha registrado un descenso de la población activa campesina en relación a 1966 de 621.000 personas y que sólo 472.000 más que en 1960 están encuadradas en la industria, lo que nos muestra un enorme desfase entre la salida de brazos del campo y la solicitud de los mismos por la industria.

En abril nuestras reservas exteriores ascendían a 988,5 millones de dólares, pero ha habido un descenso de reservas en el primer cuatrimestre de 210,9 millones de dólares, lo que supone una baja mayor que la de todo el año 66, máxime teniendo en cuenta que las exportaciones han superado en más de 100 millones a las del mismo periodo del año anterior. Esto nos indica que este nivel es el más bajo desde 1962 y que el proceso de hundimiento de dichas reservas no ha sido frenado, sino que continúa a un ritmo rápido.

Esta es la mejor demostración de que la sociedad de consumo de tipo europeo que el Plan ha intentado crear era una quimera, pese a la asombrosa subida del ritmo de venta de los productos propios de dicha sociedad. Nos lo muestra de manera inequívoca la cifra de 68.671,4 millones de pesetas, valor total de los efectos impagados en 1966, lo que representa un aumento de más de un 50 % en relación al año anterior. Prueba de la gravedad de este fenómeno es que el Estado, para poner riendas al caballo desbocado del consumo, se ha visto en la obligación de transformar varios artículos del Código de Comercio sobre esta materia.

Vamos a analizar, para completar este panorama, una serie de apartados que nos darán una visión de nuestra situación:

Administración

Sus ingresos en 1966 fueron de 194.397,9 millones de pesetas, lo que representa un aumento del 23 % sobre el año anterior; es de destacar que Aduanas, con 29.490,8 millones, fue la primera fuente de ingresos.

El déficit de la Administración Central a finales de junio de 1964 es muy inferior al del mismo periodo del año anterior, lo que nos lleva a decir que, globalmente, la evolución de nuestro sector público acusa en conjunto una posición más favorable que a finales del mismo periodo del año anterior.

Exportaciones

El balance de la actividad exportadora de los cinco primeros meses de 1967 nos da un aumento de un 13,8 % respecto a 1966. Los mayores crecimientos han correspondido a los productos vegetales y minerales, lo que sigue indicando nuestra debilidad, ya que exportamos productos sin manufacturar y materias primas. Otro factor importante de exportación, pero manufacturado —los buques—, ha bajado en 67 %.

Importación

Sólo la partida de granos acusa un descenso respecto al año anterior, lo que indudablemente incita a preocupación. Pero es difícil dar marcha atrás con la política de liberalización de

importaciones: España ha contraído compromisos internacionales que hoy debe cumplir. El quid posiblemente esté en una falta de selección rigurosa de las demandas de importación, a la que se une una falta total de coordinación.

La actualidad del problema del petróleo nos impele a indicar las cifras del mismo: en el 66 las importaciones de crudo de petróleo superaron los 16 millones de toneladas. El 80 % fue suministrado por los países árabes, lo cual explica la política del régimen hacia estos países.

Crédito

El sector privado de nuestra economía cuenta con una fuente de financiación que es la que integran las llamadas Entidades Oficiales de Crédito, dependientes del Instituto de Crédito a Medio y Largo Plazo y que son el Banco de Crédito a la Construcción, el Banco Hipotecario, el Banco de Crédito Industrial, el Banco de Crédito Local y el Crédito Social Pesquero. Los fondos de que se nutren resultan de la emisión de cédulas para inversiones.

Analizando las cifras de los últimos años vemos que ha bajado la cuantía de los créditos oficiales, lo que supone una expansión de los créditos provenientes de la Banca privada. Esta naturalmente prefiere el crédito a corto plazo y lo que hace es ahogar a la industria, necesitada de oxígeno.

El crédito oficial destinado al sector privado ha representado, en el primer trimestre del año en curso, un total de 141.953 millones de pesetas. No hay que olvidar el **redescuento**, que es uno de los instrumentos con los que el Banco de España puede actuar para impulsar o frenar la política crediticia a través de las dos grandes categorías del mismo, que son el redescuento de efectos comerciales y el de documentos de crédito. Hoy día el redescuento ha vuelto a presentar una actividad enorme, llegando a una cifra superior a los 9.000 millones de pesetas, que sobrepasa en un 50 % el del año anterior.

Esta es la actual situación, con incongruencias tales como una ley anti-trust y otra que favorece la concentración industrial, utilizada por ejemplo para la unión de la Naval y de Euskalduna, que pasan a formar un potente trust en el sector de la construcción naval, o para la constitución de HUNOSA (Empresa Nacional Hullera del Norte, S.A.).

Mientras tanto, nuestra pobre peseta acusa una pérdida de valor adquisitivo del 6 %.

Con este panorama comenzará el II Plan. Una vez más sobre nosotros, sobre la clase obrera, recaerá el peso del mismo.

José NUNEZ ESPEJO

¿ LA REVOLUCION con o sin la clase obrera ?

PRESENCIA, con la especial atención que presta, y seguirá sin duda prestando al desarrollo del movimiento sindical en nuestro país — visto por nosotros, precisémoslo, a ras del suelo y de puertas para adentro, y no desde atalayas históricas o desde cátedras infalibles — debe marcar su voluntad de incorporación a la acción presente y futura de nuestro movimiento obrero.

IR MAS ALLA DE LA SIMPLE HOSTILIDAD AL SINDICALISMO VERTICALISTA

Nuestra convicción es de que a través de esta actuación sindical se perfila el futuro español a secas, está en juego algo más que el simple recambio de la estructura «vertical» por otra estructura «democrática y auténticamente representativa»: creemos en efecto que de la trayectoria y orientación que revista de ahora en adelante la acción reivindicativa de los trabajadores — cada vez más resuelta, pero sometida aún a muchos vaivenes e incertidumbres — dependerá que esa acción se sitúe en una perspectiva revolucionaria, es decir llegue a plantear el problema de la abolición de las relaciones de producción capitalistas, siente — a través de la lucha anticapitalista más cotidiana e inmediata — las bases de una organización de la sociedad basada en la voluntad colectiva de los trabajadores o que, por el contrario, caso de limitar sus objetivos a una simple mejora del «estatuto» obrero, acabe — como en la mayoría de los países de Europa Occidental — dejando en manos del capitalismo la solución de todos los problemas que afectan la vida colectiva.

NECESIDAD DE UNA ESTRATEGIA OBRERA QUE NO IGNORE LA LUCHA DIARIA

Pero si el movimiento obrero español (cuya debilidad actual reside no sólo en la fragilidad de sus nuevas organizaciones, en las corrientes reformistas que se manifiestan ya en su seno, sino, fundamentalmente, en el bajo nivel ideológico de la gran mayoría de los trabajadores) no logra, tras esta fase inicial de lucha, imprimir a su acción una dinámica revolucionaria, elaborar una estrategia que tenga en cuenta — además de la condiciones reales en que esa lucha se plantea actualmente — la necesidad urgente, inaplazable, de ir forjando en las masas una conciencia y una exigencia socialistas, de prepararlas para la lucha por objetivos

más amplios que prefiguren el futuro poder obrero (gestión de determinados intereses colectivos, control del proceso de producción, denuncia del monopolio cultural de la burguesía, crítica permanente de los «valores» de la sociedad de consumo, etc.), si no sitúa su acción a un nivel de exigencia cada vez más elevado, existe un auténtico peligro de que las nuevas organizaciones sindicales — pensamos particularmente en las Comisiones Obreras — que hoy vehiculan las aspiraciones de la clase obrera, acaben sometiéndose, voluntariamente o involuntariamente, a la «lógica» del proceso liberalizador puesto en marcha por los grupos dirigentes representantes de la nueva burguesía monopolista.

Estos grupos no dudarán, si es necesario, en promover y facilitar la aparición de hombres que, gozando de confianza cerca de los trabajadores, reúnan las condiciones adecuadas para jugar el papel de «intermediarios» entre el mundo del trabajo y el mundo del capital.

CONTRA UNA METAFISICA DE LA ACCION REVOLUCIONARIA

Conscientes de la necesidad de señalar estos peligros, nos parece, sin embargo, vital el escapar a la tentación de un análisis esquemático, una interpretación mecánica de la realidad española...

Admitiendo que existe una correlación entre los dos fenómenos, en realidad complementarios, que caracterizan nuestra sociedad: por un lado, el renacer vigoroso de la clase obrera española (no resistiremos a la tentación — para explicar su dinamismo — de torcer el cuello al lirismo revolucionario, atribuyendo este resurgir a la lógica del desarrollo capitalista de estos últimos años, que, fortaleciendo el capital monopolista, ha reforzado, simultáneamente, los efectivos y las exigencias de una nueva clase obrera industrial), empeñada en una lucha que gana de día en día fuerza y coherencia, pero que carece por ahora de una perspectiva más amplia, de una voluntad revolucionaria que la proyecte más allá de la sociedad actual; por el otro, la existencia de un proceso lento y dificultoso de renovación de las bases socio-económicas e ideológicas del franquismo.

No cabe duda de que ambos forman parte de la lógica misma del proceso. ¿Debemos por ello deducir que, inexorablemente, la clase obrera será víctima del maquiavelismo de la burguesía española, de su propia incapacidad a encontrar espontáneamente la vía revolucionaria? Sería tanto como negar el hecho de que los procesos históricos no tienen nunca ese carácter rígido, pre-determinado. Por esta razón, aislar ciertos aspectos de la realidad para justificar modelos de actuación perennes e intercambiables trae como consecuencia el renunciar a introducir en la acción revolucionaria un elemento consciente fundado, no en determinaciones subjetivas o sentimentales, sino en el análisis de todos y cada uno de los aspectos de la realidad que se pretende influir.

Por las mismas razones no creemos, de cara al futuro español, en la famosa crisis que un día nos ha de «llover» de una especie de limbo revolucionario — una vez realizadas las famosas «condiciones objetivas», unguento amarillo de tantos marxistas

«oficiales» carentes de imaginación y de voluntarismo revolucionario, crisis que bastaría por sí sola para tambalear el «viejo» edificio franquista.

... Admitamos que en fin de cuentas si la clase obrera española acaba renunciando al socialismo y optando por la rutina de la lucha inmediata, compartirá la responsabilidad de su derrota con los militantes más conscientes que hoy constituyen la vanguardia de ese movimiento. ¿Cómo ignorar en efecto que la voluntad revolucionaria de las masas se forja en medio de una realidad social extremadamente compleja? Por esta razón, la acción que pretende contribuir a la emancipación de la clase obrera no puede prescindir ni del análisis permanente de las condiciones reales en que la lucha obrera se efectúa, y menos aún de una voluntad de destruir el orden capitalista sin la cual, efectivamente, todos los análisis no dejan de ser amables fabulaciones sin ningún contenido operativo.

LAS DOS TENTACIONES DEL MUNDO OBRERO: EL REFORMISMO Y EL MAXIMALISMO

Esa acción debe, a nuestro juicio, manifestarse en el terreno en que el obrero expresa diariamente sus aspiraciones y sus necesidades, necesidades y aspiraciones que definen y fundamentan su situación dentro de la sociedad capitalista. Ese terreno es el de la fábrica, del taller de la obra, es el de su complemento natural, el sindicato, donde puede unir la lucha económica y la lucha política, luchar no sólo por limitar la explotación de que es objeto, sino trascender esa lucha ligándola con la perspectiva revolucionaria.

¿En qué medida evitará el movimiento obrero español que surjan en su seno las dos corrientes, reformista y maximalista? ¿Limitará sus aspiraciones a hacer menos intolerable su explotación o, por el contrario, tratará de quemar las etapas dando prioridad absoluta al objetivo final saltando por encima de la lucha cotidiana?

Analizando la obra de Rosa Luxemburgo («El método dialéctico de R.L.», número 16-17 de la Revista Internacional del Socialismo), Lelio Basso, evocando la polémica de Rosa Luxemburgo con Bernstein (1) en torno al tema del revisionismo, demuestra que estos dos fenómenos no tienen un carácter estático o mecánico, sino que son en realidad el resultado de las propias contradicciones del desarrollo capitalista: «Viviendo, afirma Basso, en una sociedad capitalista, el obrero no escapa a sus contradicciones; es un miembro de la sociedad burguesa en la cual debe asegurarse unas condiciones de vida decentes y, al mismo tiempo, pertenece a una clase revolucionaria. Por estas razones, en la medida en que cada obrero o fracciones más o menos importantes del movimiento obrero se preocuparán **solamente** de la lucha coti-

(1) Bernstein: Pensador y revolucionario alemán que nació en Berlín en 1850 y murió en 1932; pertenecía al partido social-demócrata y fue diputado en el Parlamento alemán. Fue el iniciador del revisionismo marxista, que definió con su famosa afirmación según la cual «el movimiento lo es todo y el fin no es nada».

diana con objeto de obtener determinadas mejoras, o solamente del objetivo final, tenderán hacia una u otra de las desviaciones clásicas... En el primero de los casos ignoran el objetivo final; olvidan que cada paso debe conducir a la supresión de la sociedad capitalista. En el segundo, rechazan la lucha cotidiana para dedicarse exclusivamente a la realización del objetivo final; se cortan de la realidad, se encierran en el dogma y en el sectarismo, se separan de la corriente vital del movimiento obrero hasta caer en el extremismo del «todo o nada», dilema que no conoce más que una respuesta, el «nada», porque el «todo» sólo se alcanza, precisamente, a través de esa lucha diaria denigrada.»

En nuestro país, la consolidación de una u otra de estas dos tendencias impediría la maduración de un proceso revolucionario, por no poder resultar ese proceso más que de una participación plena y consciente de las masas obreras.

Caso de afirmarse la primera, la aparición más que probable de una burocracia obrera sin aspiraciones, sin exigencias y sin formación ideológica, impediría la polarización de esas masas alrededor de un programa portador de exigencias revolucionarias, desviaría la acción revolucionaria hacia objetivos parciales cuyo logro, lejos de poner en peligro el equilibrio económico y político de la burguesía, serviría en muchos casos — como sucede en los países de economía «avanzada» europeos — a acelerar la transformación de sus propias estructuras, a intensificar el progreso tecnológico, a neutralizar el empuje de las organizaciones obreras mediante reformas «otorgadas» desde arriba y vacladas previamente de todo contenido contestativo.

Citaremos de nuevo a Lelio Basso, teórico de la nueva izquierda italiana y dirigente del P.S.I.U.P., uno de los pensadores que con más fuerza y penetración están planteando, en numerosos artículos y análisis políticos, el problema de la estrategia obrera en los países industriales avanzados: «El capitalismo, dice Basso, para asegurar su supervivencia y su desarrollo, debe preservar a cualquier precio el mecanismo de los beneficios, pero esto sólo puede hacerlo a condición de llegar a continuos compromisos para neutralizar los empujes hacia el socialismo que se originan en el interior del proceso de producción.

» Así puede suceder que ciertas medidas reivindicadas durante mucho tiempo por la clase obrera como conquistas en el camino del socialismo, y ferozmente rechazadas por la clase patronal, en un determinado momento se conviertan en una necesidad para el capitalismo en su proceso de desarrollo, y terminen siendo utilizadas por él para sus propios fines (...). La actitud de la clase capitalista ha cambiado; ahora reconoce en el consumo de una masa una garantía del beneficio. Lo mismo puede decirse de la intervención del Estado en la economía, de las nacionalizaciones, de la misma planificación, que fueron objetivos específicos del movimiento obrero y que el capital debe hacer suyos en cierta medida porque son necesidades impuestas por la socialización creciente del proceso de producción, el cual no lograría desarrollarse ni superar sus dificultades y contradicciones sin medidas de carácter social.»

Por estas razones, la reflexión sobre una estrategia obrera que tenga en cuenta estas nuevas características de la sociedad capitalista, que saque fruto del análisis de los distintos «modelos»

socialistas en curso (los que están en buena vía de realización como los malogrados, que pueden también en este caso tener valor de ejemplo), reflexión que estudie la actual crisis de la ideología revolucionaria en los países europeos, aparece indispensable para ir sentando las bases tanto teóricas como prácticas de la acción sindical y de la acción revolucionaria.

Así, la crisis de la izquierda europea explica en parte la aparición de corrientes radicales (movimientos pro-chinos, resurgimiento de los grupos trostkystas), que, careciendo de influencia sobre la lucha obrera, principalmente a causa de su carácter marginal, no dejan de inquietar a los aparatos burocráticos de esta izquierda, cuya tarea fundamental consiste en reforzar la disciplina en el interior de sus filas y en preservar su unidad ideológica contra las tentaciones «desviacionistas».

Afirma André Gorz (número 249 de la revista «Tiempos modernos») en un estudio intitulado «Reforma y revolución», que analiza igualmente el problema de una estrategia obrera, comentando este fenómeno:

«Existe una parte de verdad y una parte de error en las tendencias maximalistas que se desarrollan actualmente frente a la degeneración de la socialdemocracia europea y a la dificultad creciente de victorias reivindicativas y de reformas parciales. El error (de estas tendencias) consiste en postular que toda lucha deberá ser emprendida con una voluntad socialista claramente afirmada, para alcanzar objetivos que impliquen la destrucción del sistema. Esto equivale a afirmar que la voluntad revolucionaria debe preexistir a la lucha y darle su resorte. Se trata de una posición no dialéctica que elude el problema declarándolo resuelto. Porque en realidad la voluntad socialista de las masas no surge jamás espontáneamente, ni se forma por la propaganda política o la demostración científica. La voluntad socialista se constituye en la lucha y por la lucha de objetivos plausibles que respondan a la experiencia, las necesidades y las aspiraciones de los trabajadores. No es más que en la medida en que puedan demostrar que su acción y sus objetivos no son del mismo tipo que los del reformismo subalterno, que lo que está en juego no es una suma de medidas parciales y relativas, sino una mejora absoluta y global, que el movimiento socialista podrá avanzar e imponerse como la fuerza hegemónica del mundo obrero. En eso estriba la diferencia fundamental entre reformismo y socialismo: se trata de la diferencia entre las reformas otorgadas desde arriba, reformas que perpetúan la subordinación de la clase obrera en la sociedad y el poder obrero impuesto, aplicado y controlado desde abajo y apoyado en la capacidad de auto-organización e iniciativa de las propias masas.»

Concluimos afirmando que la voluntad revolucionaria de las masas y su corolario, la instauración de una sociedad socialista, no podrá resultar ni de la simple conquista de una mayoría parlamentaria ni de una serie de acciones marginales que ignoren la necesidad de organizar las fuerzas sociales capaces de destruir el orden capitalista. La clase obrera logrará su emancipación en la medida en que logre transformar su conciencia de clase en conciencia revolucionaria, en que consiga desarrollar su lucha diaria sin perder de vista sus objetivos fundamentales.

Sergio DANIEL.

Para un debate sobre :

REFORMISMO Y REVOLUCION

El último número de PRESENCIA y el libro de Régis Debray, «Révolution dans la Révolution?», me incitan a reincidir en un tema que, por lo visto, es de primera actualidad para la izquierda revolucionaria de los cinco continentes. Independientemente de las famosas «condiciones objetivas» de cada uno de ellos y de la evolución de las relaciones internacionales entre las grandes potencias.

Efectivamente, la vieja discusión sobre técnicas a seguir «para abrir paso a la Revolución», con muy pequeñas variantes, vuelve, cada vez, a plantearse y resumirse en dos concepciones teórica e históricamente antinómicas: Reformismo y Revolución. Y esto que, en la práctica, resulta de más en más evidente, en el terreno ideológico, por el contrario, se presenta cada vez en medio de una mayor confusión.

En el núm. 8 de PRESENCIA se exponen posiciones opuestas en torno a un problema concreto: el porvenir del sindicalismo español. Que, en última instancia, es el porvenir de la «revolución española». Aún por realizar y con una dictadura fascista aún sólidamente implantada en el país.

Si se profundiza en estas diferentes posiciones inmediatamente salta a la vista que, aunque sea inconscientemente, los redactores y colaboradores de la revista vacilan y se contradicen ante los resultados del análisis de la realidad española actual y los dilemas que la misma plantea. Así, sin hablarse de ello, y con toda seguridad ignorándolo, la diferencia de posiciones —figura divergencias tácticas fundamentales. Que, de una manera o de otra, replantean al nivel de la actualidad de hoy el viejo debate entre Reformismo y Revolución. Todo y coincidiendo, en lo fundamental, en principios y finalidades.

El libro de Régis Debray —aparte su relativa incoherencia ideológica y un cierto sectarismo marxista— plantea, con carácter más trágico e indudablemente más espectacular, el mismo dilema. En un continente y en otras zonas del mundo en donde el porvenir de la Revolución parece jugarse de una manera más inmediata y más definida.

De esta manera se comprueba que, libertarios y marxistas, se hallan enfrentados al mismo problema —con sus respectivas peculiaridades ideológicas— y que se debaten en una lucha interna, teórica y prácticamente, que sobrepasa las ideologías y los hombres. Que demuestra o incita a pensar que la resolución de la injusticia social —razón de ser de las diferentes ideologías— depende, fundamentalmente, de la actitud de los revolucionarios

que saben ser consecuentes con la problemática propia de la Revolución y de sus enemigos irreconciliables: el capitalismo, el imperialismo y todas las clases privilegiadas de la sociedad estatista.

En España, durante más de 25 años, las viejas generaciones de militantes revolucionarios se han debatido, hasta casi auto-destruirse, entre partidarios de una y otra línea (1). Tanto en el terreno de la «lucha» antifranquista, como en el de la acción sindicalista.

Ultimamente, los grupos «nuevos» de la Oposición antifranquista —integrados por los elementos más inquietos de las nuevas generaciones— también comienzan a replantear el debate. Llegando, en la mayoría de los casos, a conclusiones «singulares». Conclusiones que, por lo visto y en cierto modo, han influenciado a los redactores de PRESENCIA; que continuando fiel a su lema de «tribuna libertaria» ha respetado la libertad de expresión —sin exclusiones sectarias—, aun a riesgo de dar la impresión de una falta de coherencia o de unidad táctica.

Por mi parte creo que la actitud de la Revista no es negativa y que ella seguirá cumpliendo su misión de esclarecimiento ideológico si sabe llevar, esta confrontación de tesis y posiciones, al verdadero análisis de las tácticas. Sin miedo a las definiciones y a los calificativos; pues revolucionario y reformista son términos que se aplican muy a la ligera y en ocasiones injustamente. Y quizás también eso permita llegar a conclusiones más claras y más prácticas en torno al debate, ya iniciado, sobre «eficacia y libertad».

OPOSICION SIN ESTRATEGIA OFENSIVA

En nuestro caso concreto, España, tendremos que comenzar por hacer una advertencia que, a muchos, quizá parecerá simplista y sin importancia; pero que es fundamental porque ella **condiciona**, de una manera muy especial, una u otra línea de actuación. Nos referimos a la **obligada clandestinidad** en que se debe actuar, mientras perduren las actuales condiciones; salvo, claro está, que se coincida con la línea «evolutiva» del Régimen. Clandestinidad que, para otras latitudes, sólo es obligada en la medida que voluntariamente se renuncia al aprovechamiento de ciertos derechos y ciertas libertades democráticas, garantizadas por leyes y Constituciones. Al menos en lo que concierne a la propaganda, exposición de ideas y constitución de organizaciones políticas o sindicales.

En nuestro país, quiérase o no, mientras el Régimen actual continúe dueño del Poder, toda acción política de oposición y toda actividad sindical legítima, no sólo deberá manifestarse clandestinamente, sino que siempre estará sujeta a las consecuencias

(1) División que, en la práctica, no corresponde exactamente al sentido en que «reformismo» y «revolución» han sido explotados en el ámbito confederal.

de la represión. Inclusive —hay necesidad de repetirlo porque muchos lo olvidan o simulan olvidarlo— para las simples actividades de distribución de propaganda escrita; que en caso de descubrirse significa meses y hasta años de cárcel. De tal modo que sólo con mucho optimismo o ingenuidad puede olvidarse la existencia y presencia efectiva de un régimen de dictadura clásicamente totalitario.

Lo más curioso, en el caso español, es que no sólo son las viejas generaciones de militantes sindicalistas y los integrantes de la izquierda «clásica» los que se siguen aferrando a la esperanza de una «evolución democrática» del Régimen, que les permita proseguir públicamente, y dentro de marcos legales, una acción puramente reformista de «perfeccionamiento» de la sociedad española; sino que —con muy pocas excepciones— todas las «nuevas» formaciones se aferran también a esta quimérica esperanza y a esta línea de actuación. Pese a que, en el caso de estas últimas, la mayoría se reclama del más puro espíritu revolucionario. Llegando, inclusive, a una admiración desmedida de «los movimientos de liberación» de los pueblos del Tercer Mundo. Y, muy particularmente, del movimiento revolucionario impulsado en América latina por el «castrismo». Dando la impresión, ante tan flagrante contradicción, de una carencia total de rigor revolucionario. O, al menos, de una total desorientación ideológica y política. Así, lo mismo podríamos referirnos a los grupos de orientación marxista —FLP y JSR—, como a los provenientes del sector católico progresista —USO y AST— o a los desgajados, y en franca rebeldía, del P.C., después del cisma chino.

Porque, a final de cuentas, sería más justo y más honesto admitir —como lo hizo recientemente uno de los dirigentes de la AST— que: «quizás la afirmación y exaltación de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, fundamentados todos en la lucha armada, sea en realidad el fruto subconsciente de una mala conciencia, al no estar en nuestro país a la altura de las luchas revolucionarias de aquellos pueblos». Sería más digno reconocer —y aquí se podrían enumerar todas las «condiciones objetivas» que se quieran— que, en España, los revolucionarios han renunciado a la Revolución y se integran definitivamente a la vía reformista.

De tal suerte que, al no reconocerse esta verdad, se aumenta el confusionismo y se cae, consciente o inconscientemente, en una demagogia revolucionaria que sólo sirve para adormecer, aún más, el espíritu combativo de las masas frente a la Dictadura.

En este sentido coinciden, lamentablemente, tanto las organizaciones clásicas como las «nuevas». Pues, salvo algunos grupos jóvenes del nacionalismo vasco —ETA— y del Movimiento libertario —FIJL—, todo el resto ha renunciado a la acción directa y a la lucha armada contra el Régimen. Orientándose exclusivamente a la «conquista» de zonas de influencia en el medio sindical y en los medios intelectuales. Y calificando (2), a los

(2) Al igual que los Partidos Comunistas ortodoxos lo hacen en América latina con los grupos que sostienen la lucha revolucionaria a través de la guerrilla.

que sostienen —bien que sea teórica o prácticamente, aunque sea en infima escala— la necesidad de la lucha violenta contra la Dictadura, de «subjetivistas», «nihilistas» o simples «aventuristas».

Todo esto sin recapacitar, ni siquiera por un momento, que la vía reformista en que se han orientado todos los partidos y organizaciones de la Oposición, durante estos 27 años de dictadura, no sólo no ha puesto en peligro la existencia de esta última, sino que ni siquiera les ha abierto la posibilidad o la garantía de una actuación pública mínima. Por el contrario, tanto en las viejas organizaciones como en las nuevas, a medida que pasan los años y la Dictadura se perpetúa, sin otras perspectivas de cambios esenciales («institucionalización del Movimiento», «ley de prensa», «ley de orden público», «ley sindical», etc.), el derrotismo las empuja a insistir en una vía que, teórica y prácticamente, se ha averado estéril y que las ha reducido a la impotencia frente a los designios incontestados del Régimen.

Y, para que este derrotismo sea aún más evidente y más negativo, estas mismas organizaciones y partidos, son las primeras en coincidir en la condena de todo intento de responder a la violencia represiva del Régimen con una violencia consecuente. Particularmente cuando los intentos son frustrados o cuando la acción va encaminada a crear un clima de hostigamiento a la Dictadura, para evidenciarla y replantear el dilema de la lucha armada contra ella.

Tal parece como si, en España, el traumatismo de la guerra civil hubiera operado una tal deformación mental que, todo acto de protesta contra el franquismo y su aparato represivo, si es de carácter violento o semiviolento, tuviera que ser condenado, por principio y al unisono, por la izquierda y la derecha. Inclusive por la «nueva izquierda revolucionaria» que, en cambio, aplaude y justifica las acciones de los guerrilleros en América latina y los atentados terroristas del Vietcong. Olvidando que la derecha no se une a la condena cuando la violencia proviene del Régimen, al que instan a mantenerla en todo momento como principio y salvaguarda del sistema. Y como si en Venezuela, Guatemala, Bolivia, Colombia y el Vietnam, fuera legítimo rebelarse con las armas y la dinamita contra la tiranía, y no lo fuera —en razón de no sé qué dialéctica— en nuestro país.

Sin exagerar se puede afirmar que la principal característica que define a todos los sectores de la «Oposición» —incluyendo también a los que se tienen por revolucionarios— es su renuncia a cualquier tipo de acción directa o violenta contra un Régimen que, después de más de un cuarto de siglo de dictadura, aún no considera llegado el momento de conceder las más mínimas libertades democráticas.

En pocas palabras: la «Oposición» española es una oposición que se define, teórica y prácticamente —y ahí está, fundamentalmente, la explicación de su fracaso—, por su falta de estrategia ofensiva y su total desmovilización revolucionaria. Aunque, para no reconocer esta verdad amarga, y para justificarse, ha venido inventando y fabricando toda una serie de «análisis» de nuestras «condiciones objetivas» y toda una serie de «teorías revoluciona-

rias sin Revolución. Sin lucha frontal contra la dictadura. Con «reconciliación nacional y huelga pacífica». Con «sindicalismo libre» dentro de un estado totalitario... Con libertades democráticas concedidas graciosamente... por la Dictadura.

La gran paradoja de la izquierda española —reformista o revolucionaria, nueva o clásica, liberal, marxista, socialista o libertaria— es su permanente afirmación de los «principios» y «finalidades», y su terca persistencia en el uso de tácticas puramente defensivas o de simple supervivencia orgánica, a partir del triunfo del franquismo.

REFORMISMO POLITICO Y REFORMISMO SINDICAL

El problema que se plantea actualmente con más urgencia es el de saber en qué medida, esta corriente reformista, es sólo el fruto circunstancial de un momento histórico «especial», o es algo más definitivo en la historia de nuestro pueblo. Porque, hay que repetirlo, no se trata de una simple preponderancia, tanto en el terreno político como en el sindical, de una determinada tendencia reformista; sino de una coincidencia táctica mucho más general. Puesto que ella es la estrategia común de toda la **Oposición, de toda la «izquierda»; inclusive de los movimientos ideológicos más radicales.**

Reformismo que, en el orden político, se traduce —aparte la renuncia a la acción contra la Dictadura— por una acentuación de la despolitización de las masas; a las que se habitúa a considerar como normal y legítimo la convivencia con un Régimen ilegítimo y dictatorial. Al que unos y otros pretenden despojarlo de su esencia y comportamiento fascista, con simples buenos modales y súplicas dialécticas. Reduciendo todo el problema a un cambio de «estructuras», mediante una paulatina «liberalización o «evolución» democrática... de la Dictadura.

Pero, en donde este reformismo se hace aún más evidente y significativo, para el porvenir, es en la posición de los diferentes grupos marxistas que, pese a su sincera u obligada identificación con el movimiento revolucionario del Tercer Mundo, no sólo han renunciado en España a la lucha por la «conquista del Poder y por la revolución socialista, sino que se han convertido en los campeones de la «reconciliación», el «desarrollo» y la «integración» de España al concierto de las naciones capitalistas de Europa. Coincidiendo con los proyectos e intereses de la burguesía liberal y los núcleos rectores del neocapitalismo español.

Mientras, en el terreno sindical, esta línea reformista se traduce en una doble claudicación revolucionaria, de consecuencias aún más nefastas:

PRIMERA. — Dada la continuidad indiscutible e indiscutida de la Dictadura, aceptación de las «posibilidades» que, voluntariamente, ofrece el sindicalismo oficial en la base (elecciones sindicales) y planteamiento de las reivindicaciones obreras a través de los órganos correspondientes de dichos sindicatos.

SEGUNDA. — Se encuentra toda la acción obrera dentro del marco reformista clásico: «legalidad del movimiento sindical libre»

(«actuar abiertamente y rechazo de todas las tentativas en vista de hacerlas entrar —Comisiones Obreras— dentro de la clandestinidad») y «apoliticismo de los sindicatos» («movimiento obrero unitario, democrático, independiente y de reivindicación») (3).

Porque si bien por un lado este sindicalismo se pretende revolucionario, por el otro se engaña, voluntaria o involuntariamente, a las masas obreras, al no hacerles tomar conciencia de las **condiciones revolucionarias** que, tanto por las formas de explotación abusiva de gran parte del capitalismo español, como por la miseria imperante en grandes zonas del campo y del subproletariado urbano, como por la presencia de la Dictadura, existen aún en nuestro país (4).

Ya que esta doble claudicación no es sólo el denominador común de la estrategia de los diferentes grupos sindicales más o menos nuevos y clásicos, sino que en la práctica se ha impuesto como una fatalidad inevitable. Ante el **ingenuo oportunismo táctico** de las organizaciones que se pretenden «nuevas» y más dinámicas —USO, ASO, FST, Comisiones Obreras, etc.— y el **inmovilismo e impotencia** de las tres organizaciones clásicas, «unidas» en una Alianza Sindical completamente inoperante, al no haber sabido o querido integrarse con cuadros militanciales jóvenes y dinámicos.

En una época en que el «sindicalismo reformista libre» es reconocido en las altas instancias y organizaciones políticas internacionales, en nuestro país ni siquiera ha sido capaz, pese a sus claudicaciones revolucionarias flagrantes, a conquistar su derecho a la existencia legal. Lo que, por otra parte, es fácilmente comprensible, puesto que la timidez estratégica y su absurda línea táctica va paralela con su tímida y pacífica combatividad, para exigir su reconocimiento y evidenciar la ilegitimidad del sindicalismo oficial.

Así, se comprende que este permanente recomenzar de la labor organizativa clandestina del «sindicalismo democrático» —que en sus momentos culminantes (huelgas del 56 y del 62, y las más recientes promovidas por las C.O.) tantas esperanzas despertaron en los que siguen soñando con el milagro de la caída inesperada del Régimen— no haya dado, **después de tantos años de esfuerzos y sacrificios excepcionales**, ningún resultado. Ni siquiera el posibilitar la movilización de las masas obreras de una manera coordinada, aunque sea por una sola vez, a pesar del **indiscutible espíritu combativo y solidario demostrado**, en múltiples ocasiones, por estas últimas.

Como es igualmente comprensible que, ante esta falta de proyección y decisión revolucionaria, el Régimen no se haya

(3) De la Declaración de la «Comisiones Obreras».

(4) Ya que, con programas como el presentado recientemente por las «C.O.» —reproducido en la página 24 del Núm. 8 de PRESENCIA, bajo el título de «Proyecto que las «C.O.» proponen a los trabajadores ante la Nueva Ley Sindical»— y que define «los objetivos esenciales del sindicalismo obrero frente a la inminente Ley Social, no puede irse muy lejos en la lucha contra el neocapitalismo y el régimen franquista. Y menos aún en el camino hacia la Revolución. Pues difícilmente se podrá concebir un sindicalismo más tímido y más vago, inclusive en su aspecto reivindicativo.

sentido obligado a hacer más concesiones que las que ha creído oportuno **conceder** para apuntalar, cara al exterior, su política «liberalizadora y evolutiva»...

Porque, ante este tímido reformismo sindical de la Oposición, el propio capitalismo español, que en otras condiciones sería el primero en presionar al Régimen para que éste adaptara sus estructuras sociales a las del «mundo libre», no se impacienta en forma alguna por el inmovilismo o lentitud del proceso «liberalizador». Por el contrario, consciente de la fragilidad y timidez del «sindicalismo democrático», sigue consolidando sus posiciones económicas y políticas, aprovechándose aún de la estabilidad del «sindicalismo vertical».

Así, tanto el reformismo político como el reformismo sindical de la «Oposición» —incomprensibles e injustificables ante la presencia de la Dictadura e incompatibles con sus pretensiones de legitimidad democrática y adscripciones revolucionarias— son, a final de cuentas, las causas principales de la continuidad del Régimen dictatorial que soportamos.

REFORMISMO Y REVOLUCION

El deslinde teórico y la evidenciación práctica, de la antinomia que representan estas dos concepciones, sería fácil si, en nuestro caso, los grupos que siguen la línea reformista fueran consecuentes con ella y no se escudaran —lo repetiremos una vez más: quizás inconscientemente— en una dialéctica revolucionaria, a la que la «clandestinidad obligada» da un cierto tinte de veracidad. Si supieran admitir que por el camino que han escogido no se podrá llegar a la Revolución, ni siquiera a provocar la caída de la Dictadura.

Afirmar lo transitorio de esta etapa e insistir en su voluntad de constituirse —en el caso de los grupos más radicales—, más tarde, en una auténtica organización revolucionaria, no resuelve el problema. Lo complica y exige su discusión.

Pues, quiérase o no, se introduce un confusionismo promotor de suspicacias, discordias y enfrentamientos, que sólo favorecen a los verdaderos enemigos de la Revolución. Además, como se está viendo dramáticamente en América latina, en un debate histórico cuya dinámica actual —llevada a su punto culminante por la expansión y crisis del Imperialismo— no permite actitudes híbridas ni nuevos aplazamientos.

Es una cuestión de vida o muerte para el porvenir de la Revolución en el mundo. Tanto porque el neocapitalismo ha comprendido la necesidad de la integración de la clase trabajadora a todos los niveles de la sociedad capitalista —a través del sindicalismo reformista—, como porque la irreconciliable contradicción entre eficacia y libertad se ha conjugado, particularmente para los movimientos marxistas triunfantes, con la contradicción entre Reformismo y Revolución, en la praxis social de los cinco continentes. Situando el debate en su verdadera perspectiva histórica e ineludible para todas las tendencias e ideologías que se pretenden revolucionarias.

El enfrentamiento de los partidarios de la línea «castrista» con los dirigentes de los Partidos Comunistas ortodoxos, en los diferentes países de América latina, en los que la lucha de guerrillas está más o menos implantada, ha descubierto —inesperadamente para muchos marxistas y no marxistas— la irreconciliable oposición entre vía reformista y vía revolucionaria. Y, quizás para muchos «revolucionarios» europeos, empeñados en defender y conciliar la tesis de «las diferentes vías» para llegar al socialismo, será necesario el recomendarles la lectura del libro de Régis Debray, a que hacíamos alusión al comienzo de este artículo. Pues en él es un marxista convencido quien plantea, en base a las experiencias latinoamericanas y a una concepción realista del momento histórico que estamos viviendo, la incompatibilidad de la línea reformista con el ideal revolucionario.

Sin insistir en nuestra afirmación clásica sobre la importancia de la acción directa para el revolucionario que aspira a luchar sinceramente por la revolución, vamos a reproducir unos pasajes del último capítulo del libro de Régis Debray. Con la esperanza que ellos harán recapacitar a los marxistas españoles y a todos aquellos que siguen considerando desplazado el plantear el dilema de la lucha violenta contra el régimen franquista. Y que creen, honestamente, que a partir de una labor organizativa, en el terreno sindical, se podrá llegar posteriormente a la organización revolucionaria y a la Revolución.

«(...) De donde la involución clásica, tantas veces repetida: una nueva organización revolucionaria aparece en escena. Ella aspira a la vida legal, después a participar en la vida política «normal» por un cierto tiempo, a fin de consolidarse, de hacerse un nombre y preparar así las condiciones de la lucha armada. Pero he aquí que poco a poco absorbida, englutida por la rutina de esta vida pública, esta deviene su horizonte habitual. Recluta algunos cuadros militantes, tiene su primer Congreso, roneotipa un periódico y boletines. Después vienen las cien asambleas anuales, las mil reuniones; los «primeros contactos internacionales», el envío de delegados al extranjero, pues hay que asistir a múltiples congresos, hacerse representar en permanencia en algunos otros organismos y mantener sus relaciones públicas. El balance es positivo siempre: los funcionarios funcionan, la imprenta imprime, los delegados viajan, las amistades internacionales aumentan, los dirigentes son desbordados de trabajo; en síntesis, la máquina marcha. Ella cuesta caro y, por lo tanto, hay que cuidarla. La organización se refuerza.

»La perspectiva de lucha insurreccional se recula de algunos meses, después de algunos años. El tiempo pasa, con sus altos y sus bajos. De más en más el comienzo de las hostilidades es considerado como una tentación un poco sacrilega, un aventurismo, eternamente «prematureo».

»(...) Este círculo vicioso pudre la lucha revolucionaria desde hace muchos años.»

Así, para todos los campos ideológicos y todas las latitudes, en donde el capitalismo y el imperialismo no han sabido o podido poner en marcha la «sociedad democrática del gran consumo» —con la que desorientar a las masas proletarias del camino

de la Revolución y asegurar así, pacíficamente, su perpetuo control del poder económico y político—, el recurso a la dictadura, para mantener los privilegios, determina que las minorías revolucionarias auténticas sientan, cada vez más, que el único camino para arrebatarle a las clases explotadoras del Poder y realizar la Revolución sea el de la violencia y la lucha armada. Y que esta constatación es igualmente válida para los países subdesarrollados —en los que el capitalismo desarrolla o tolera regímenes «democráticos», mientras no siente seriamente amenazados sus intereses y su supervivencia. Y en los que también a las clases explotadas se les planteará un día —por las propias contradicciones internas del capitalismo y las externas del imperialismo— el dilema de defender sus conquistas sociales y sus derechos de hombres libres en términos de enfrentamiento violento. Como es el caso de los negros y los otros grupos latinoamericanos más explotados en los propios Estados Unidos.

El reformismo, tanto en el terreno político como en el terreno sindical, se ha evidenciado definitivamente irreconciliable con la lucha por la revolución proletaria. Así en La Habana, la Conferencia de los «movimientos revolucionarios de la América latina» (O.L.A.S.) se ha dividido espectacularmente en torno a este debate; cuya significación es mucho más profunda y general que la que las propias tendencias marxistas en pugna la quisieran reducir. Puesto que las críticas, que la corriente revolucionaria (guerrillera) formula contra la corriente reformista (vía pacífica hacia el socialismo) de los Partidos Comunistas ortodoxos, son igualmente válidas y aún más evidentes contra los Estados pretendidamente socialistas. Que, como inevitable consecuencia de la conquista del Poder y establecimiento de un régimen burocrático, acaban por sacrificar la «solidaridad revolucionaria» a las necesidades de la «convivencia pacífica» con los Estados capitalistas, fascistas e imperialistas (5).

Con este renovamiento de la lucha revolucionaria, preconizada por los movimientos guerrilleros en América latina, «toma fin —como dice Debray— un divorcio de muchas décadas entre teoría marxista y práctica revolucionaria». «(...) Los mejores profesores de marxismo-leninismo son el enemigo, en el cara a cara de la guerra popular. Estudio y aprendizaje son necesarios, no decisivos. No hay cuadros de academia. No se puede pretender formar cuadros revolucionarios en escuelas de formación teórica sin liga alguna con el trabajo insurreccional y las experiencias del combate en común: **candor justificable en Europa occidental, estupidez imperdonable en otras partes.**»

Porque sólo a través de esta lucha, de este enfrentamiento —que excluye toda clase de colaboración con los enemigos de la

(5) Pues, olvidando los intercambios, diálogos, compromisos y pactos que los países del bloque soviético, con la URSS a la cabeza, sostienen con los Estados Unidos —pese a la agresión militar americana en el Vietnam—, difícilmente podrán explicar su traición a la «solidaridad revolucionaria» con los pueblos que padecen dictaduras del peor estilo fascista. Con las que mantienen intercambios comerciales, deportivos y culturales, amén de ofrecimientos de créditos y de coquetos para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas normales: ESPAÑA y PORTUGAL. Y con las oligarquías latinoamericanas a las que la diplomacia rusa reconoce y comercialmente ayuda; como el propio Fidel Castro, indignado, ha tenido que reconocer.

Revolución—, con este rechazo total del reformismo, puede llegarse a crear una auténtica vanguardia revolucionaria y a hacer tomar conciencia a las masas explotadas de la significación profunda de la Revolución.

En definitiva, se trata de aceptar, con todas sus consecuencias, los riesgos que implica la lucha por la Revolución —por el «poder revolucionario», como dirían los marxistas— o reconocer la renuncia a la Revolución al aceptar la vía reformista. Que, quíerese o no, acaba por establecer una sólida colaboración entre los «dirigentes» de las diferentes clases, y una integración ineluctable del proletariado a la sociedad capitalista. Sin otra perspectiva que la de un lento mejoramiento de su bienestar material a cambio de la total abdicación de sus derechos y poder de decisión política.

LA ACCION DIRECTA Y LA DISUASION REPRESIVA

El cisma chino y, ahora, el profundo abismo que la lucha guerrillera ha abierto en las filas marxistas, dividiendo a los Partidos Comunistas del mundo entero en dos campos cada vez más profundamente opuestos, demuestran que el problema de la Revolución no es un problema de ideologías, sino fundamentalmente de actitudes combativas frente al capitalismo y el imperialismo.

Por eso Debray, haciéndose intérprete de esta situación, de más en más evidente, afirma: «Es triste reconocerlo: en algunos países los grupos revolucionarios que se han puesto a preparar con seriedad la lucha armada se sienten más vigilados y perseguidos por estos Partidos «marxistas-leninistas», de los que muchos han salido, que por los organismos de represión. En todo caso ellos han comprendido que la división de los Partidos Comunistas, corolario de las polémicas internacionales, se ha operado sobre una falsa línea de ruptura y que la verdadera división histórica entre marxistas revolucionarios y los otros es de otra naturaleza y que opera sobre otro terreno» (...) «Lo que hay que evitar es que Partidos «marxistas-leninistas» que no llenan su deber revolucionario vengán a constituir un sindicato de intereses amenazados y a entorpecer la aparición ineluctable de nuevas formas de organización revolucionaria. Por el nombre que llevan y la ideología que declaran, ocupan en derecho el puesto de vanguardia popular. Si no la ocupan de hecho, no pueden hacer de suerte que el puesto quede vacío. La revolución no tiene propietarios exclusivos.»

Lo que dicho en las palabras del propio Fidel: «¿Quién hará la revolución en América latina? ¿Quién? El pueblo, los revolucionarios, con o sin Partido.»

«(...) Fidel Castro dice simplemente que no hay Revolución sin vanguardia: que esta vanguardia no es necesariamente el Partido marxista-leninista; y que aquellos que quieren hacer la Revolución tienen el derecho y el deber de constituirse en vanguardia independientemente de estos Partidos.» (Regis Debray.)

Lo que, llevado a las últimas conclusiones de la línea «castrotrista», significa un rechazo definitivo de la vía reformista en

general —sin excepciones particulares o variantes nacionales— y una afirmación de la acción directa, como única vía revolucionaria, frente al Imperialismo y la sociedad capitalista.

Así, a cincuenta años de la Revolución bolchevique, todo el bloque marxista se ve sacudido internamente por este significativo y radical replanteamiento teórico y práctico de la lucha revolucionaria. Del empleo de la acción directa y la violencia como únicos recursos eficaces para impulsar las «luchas de liberación» contra el Imperialismo y hacer triunfar la Revolución.

Poco importa que en La Habana la conferencia de la O.L.A.S. y el propio Fidel Castro hayan acabado declarando la lucha armada solamente como vía «principal» y limitándola a América latina, como declaración de compromiso frente a esos Partidos ortodoxos. Su dependencia del bloque soviético y, en cierto modo, los inevitables compromisos reformistas del Estado cubano, les obligan y les obligarán, cada vez más, a una línea de compromiso y de abandono de los movimientos insurreccionales inspirados en su propio ejemplo.

Poco importa que toda esta «nueva ola» revolucionaria no llegue, en lo inmediato, a cristalizar en triunfos sus inquietudes y aspiraciones revolucionarias. Como igualmente no importa si, a final de cuentas, la «revolución cubana» acaba alineándose al reformismo contrarrevolucionario de todos los Partidos que han conquistado el Poder. Manteniendo, como el resto de estos Estados, un puro revolucionarismo verbal y demagógico; para cubrir apariencias y mantener externamente su mística inicial.

Poco importa todo esto, por cuanto lo fundamental es que las nuevas generaciones tomen conciencia de la incompatibilidad histórica entre reformismo y Revolución. Y que, además, como lo prueba el ejemplo cubano, la Revolución la hacen los revolucionarios que se deciden a luchar por ella armas en la mano. Con o sin etiqueta ideológica. Con o sin Partido. Al mismo tiempo que se ha demostrado cómo todos los movimientos que se adaptan, temporal o definitivamente, a la línea reformista acaban siendo integrados por la sociedad capitalista. A la que sirven, voluntaria o involuntariamente, de justificante democrático.

Lo esencial es que la acción directa vuelve a ser considerada como inseparable de toda estrategia revolucionaria. Y que frente a la política represiva de los Estados capitalistas en régimen de dictadura, más o menos declarada, sólo la acción directa puede servir para provocar una **disuasión represiva**, y para despertar la conciencia de los pueblos atemorizados por el terror policiaco. Pues el propio Fidel Castro, en el discurso de clausura de la O.L.A.S., se ha visto obligado a condenar los pretendidos «medios legales, dichos pacíficos» en vista de conquistar el Poder. Reconociendo que la lucha ideológica que divide a los marxistas en la O.L.A.S. se resume a: «aquéllos que quieren hacer la Revolución y aquéllos que la quieren frenar: Este es todo el fondo de la lucha bizantina sobre la lucha armada o no armada».

Esta clara y categórica identificación de la acción directa con la lucha por la Revolución, no puede ser circunscrita —como lo pretenden algunos «marxistas revolucionarios» y los reformistas de todos los colores— a ese impreciso y convulso Tercer

Mundo. Porque también en la O.L.A.S. la presencia de un Stokely Carmichael les ha obligado a redactar una resolución declarando el 18 de agosto «día de la solidaridad con el pueblo negro americano», por ser el 18 de agosto de 1965 la fecha «que señala el cambio en la estrategia de los negros americanos, abandonando las formas pacíficas de protesta por manifestaciones violentas y armadas». Pues difícilmente podrán inscribir a los Estados Unidos dentro de ese «Tercer Mundo»: en el único que nuestros «revolucionarios» europeos justifican el recurso a la violencia y el derecho a luchar con las armas de la Revolución.

Precisamente, este cambio total de la estrategia de los negros americanos, pasando a la acción directa para reivindicar y defender sus derechos más elementales y legítimos, se opera en el seno de una sociedad superdesarrollada en la que el neocapitalismo ha puesto en marcha sus fórmulas más avanzadas de integración sindicalista y de promoción individual. Pues si bien la «discriminación racial» es un elemento que puede justificar, para algunos, esta revuelta violenta; creo que la «discriminación política» que aplican las dictaduras es aún más, o debería serlo, un elemento que justifique la rebelión.

Salvo que, para ciertos casos concretos —y España puede que sea uno de ellos— realmente debamos considerar la «discriminación política», a que nos someten mediante la violencia y la represión las clases dominantes, como legítimas. Es decir, que debamos considerar como normal el ser tratados, en el mejor de los casos, como ciudadanos de tercera clase; sin otra misión que obedecer, producir «el desarrollo» y recibir pasivamente los cachiporrazos de la fuerza armada en ocasión de las protestas pacíficas por la libertad sindical y el derecho de huelga.

CONCLUSION

Verdaderamente se impone una puesta al día de los «revolucionarios» españoles. Tanto de los grupos clásicos como de los nuevos. Pues su «ingenuo» empeñamiento en preparar la Revolución por la vía pacífica y legal —y más frente a una Dictadura que no tolera ni siquiera la libertad de expresión—, puede llegar a ser interpretado más que como una actitud de impotencia, como un simple y cómodo pasatiempo dialéctico.

Lo único que puede admitir, en cada momento, una reconsideración táctica, es la forma de aplicar la acción directa para obtener el máximo de eficacia. Ya sea como **estrategia revolucionaria general** o como simple arma de **disuasión represiva**. Pues, tanto en un caso como en el otro, su aplicación será decisiva para despertar la conciencia y el espíritu de rebeldía de las masas oprimidas. Además de hacer retroceder y reflexionar a los que, ante la pasividad de la «izquierda», creen que todas las arbitrariedades les están permitidas; a los que aplican su política y sus medidas represivas sin ninguna clase de miramientos y escrúpulos.

La lucha revolucionaria puede, según las diferentes «condiciones objetivas» de cada pueblo, dar lugar a diversas formas de aplicar la acción directa. En unos casos puede ser la «gue-

rrilla» la fórmula adecuada. En otros puede ser la «revuelta violenta del odio» contra todo lo que es «propiedad» y «presencia» del opresor (la violencia de los negros americanos). En otros puede ser el terrorismo revolucionario como arma de disuasión de la política de represión de las dictaduras. Y, en su forma más universal —válida inclusive para las naciones más avanzadas en el camino del neocapitalismo integrador—, puede concretarse en acciones de hostigamiento contra las fuerzas de ocupación del Imperialismo repartidas por el mundo y para evidenciar a sus cómplices directos e indirectos. Pues también en los países del «mundo occidental democrático» operan las **complicidades con** los crímenes del Imperialismo y todas las demás dictaduras. Existiendo, por otra parte, políticas a denunciar e injusticias a no permitir.

La acción directa no sólo es una reacción justa y legítima contra los atropellos de la tiranía, sino que es una forma concreta, coherente y eficaz de unidad revolucionaria.

Como dice Debray: «Alrededor de esta línea de acción coinciden y se unen todos los que en América latina tienen las armas en la mano. Hacia ella convergen todas las formaciones a medida que ellas se identifican con la lucha armada. Este encuentro no debe nada al azar. Y aún menos al complot. No se han dado la consigna, como afectan creerlo las oligarquías. Este encuentro es simplemente racional. En una situación histórica dada pueden haber mil maneras de hablar de la Revolución, pero hay una concordancia necesaria entre todos los que están decididos a hacerla».

Así, un día, se unirán en el mundo todos los grupos revolucionarios en torno y en base a la acción directa o no se unirán jamás.

Por encima de las divisiones ideológicas y las definiciones programáticas. Comprendiendo, finalmente, que la lucha por la Revolución es, esencialmente, la lucha por la libertad. Y que la verdadera eficacia revolucionaria es aquella que proviene y genera continuamente la rebelión frente a la tiranía.

Ojalá, pronto, todos los grupos españoles, que se pretenden y reclaman revolucionarios, sepan comprenderlo. Porque después puede ser demasiado tarde.

Octavio ALBEROLA

EL RELLENO DE LAS PALABRAS

No sé si a muchos de los que llamamos proletarios, obreros, campesinos, o todos los que creen formar parte de un pueblo, les sucede como a mí cuando leen —si es que nuestra literatura logra atravesar la protección en papel periódico y sonidos de que los envuelve, solícito, el régimen— las continuas explicaciones y consignas que les damos, y es que cada vez más esfuerzos tengo que hacer para descubrir qué sentido les da, el que las escribe o pronuncia, a las palabras que emplea. Si las palabras estuvieran atadas por el hilo de su significado a la cosa que significan o nombran, si no fueran más que ese lugar en el aire, delimitado por letras, que cada objeto o idea debe escogerse de una vez en un discurso o un mundo ordenado, bastaría mirarlas en el diccionario. Pero le es más fácil a un intelectual-político (es una especie nueva) destripar una palabra y rellenarla, la misma por fuera y otra por dentro, que a un campesino habérselas con terrones. Dejaremos de lado las palabras que se pudren solas, por pérdida de significado en el curso del tiempo, y acerquémonos con precaución a ese bicho raro, el lenguaje. El habla es el modo más fácil de comunicación entre las cosas, y quizá probablemente antes de que éstas viajasen bajo forma de mercancías, ya eran traídas y llevadas en signos. Los sonidos, hechos a convivir en frases, se las arreglan entre sí, y se entregan, por contacto secreto, al trueque de significados, a un regateo de densidad, unas palabras se llenan y otras se vacían, unas mandan y otras obedecen, y las hay que no sirven para nada, sino de muelle protector. Naturalmente, en sus evoluciones aéreas, no pueden acarrear todo lo significado, porque serían en la tierra choques continuos, cataclismos, y una mentira podría originar la rebelión del trigo, la unión de los campos contra las carreteras, y muchas cosas más, inauditas todas ellas.

Así pasa si consideramos que, en cierta forma, el lenguaje se habla a sí mismo, y de vez en cuando se crea las plataformas estables de los lugares comunes. Pero lo pronunciamos nosotros, y en forma tal, que hasta los más inocentes de los términos, los particulares, los que más o menos se ajustan a las fronteras de una mesa, por ejemplo, en nuestros labios peligran, desde que a un tonto se llama **adoquín**, **tarugo** o **zoquete**. Si una palabra significa esto o aquello según con qué palabras más se habla, si sólo la desmiente, con cierta impasibilidad el mundo natural y pesado por el solo hecho de existir (no contemos con los hombres porque olvidan), ¿cuál es su legitimidad, quién responde por Ella? Dios no habla pero tiene intérpretes. Las cosas se desentienden. Entre cielo y tierra, ¿es, pues, la Palabra responsable? ¿Y Nosotros únicamente sus intermediarios camino de

los hombres? ¿Cómo se la ha convertido en la pértiga de un salto hacia el futuro? Pues diré, para que la pregunta esencial y que me preocupa no pase de extranjís en una serie que no le corresponde, que el momento en que la palabra sirve para **propagar**, esos segundos o años que fueron necesarios a los hombres para darse cuenta que las palabras podían utilizarse y sembrarse en las mentes de los hombres, hasta que éstos les creen las realidades anunciadas donde descansar en verdad, ese momento, ese respiro, ese resquicio, por donde penetra el mal encubierto, la mentira y la verdad íntimamente mezcladas, la **PROPAGANDA** en una palabra, es el del pacto demoníaco entre el hombre y el habla; entre ciertos hombres y formas de decir, cuyo producto es el **dirigente-propagandista**, al que la palabra garantiza juventud y mando eternos, manjares, y si no amor, «amor del pueblo». Quizá, en algún cementerio de mentiras, las palabras se rían de nosotros como Faustos.

Pero antes de terminar la pirámide organizada y estructurada de **propalabras**, manifestación y anticipo del Poder y del Mando, como entre ciertos primitivos las leyes y costumbres expresaban a su forma el orden divino, hay que saber vaciar una palabra genérica, un concepto escueto, de su sentido. ¿Cómo? No dejándolo nunca solo, ni permitiéndole la barrera de los dos puntos explicativos. Ni colocándolo tras un punto, cuerpo al descubierto para cualquier definición, ni dejándolo, por lo que más se quiera, desangrarse en puntos suspensivos. Y, para no dejarlo solo, hay que guardarlo, y, para tener confianza en los guardas, tienen que ser siempre los mismos, o cambiar poco. ¿Y quién mejor que dos palabras a ambos flancos del término peligroso, que sin testigos **cantaría?** De ahí las frases hechas, de cuyo seno pocos elementos pueden escaparse, pues inmediatamente los trae la memoria.

Tomemos un ejemplo: Niños, ¿qué es un «**proletario consciente**»? Y los niños, en este caso los militantes, contestan: un «proletario consciente lucha contra la burguesía».

La utilidad del «proletario consciente» consiste, por su aprobación de programas y consignas, en aportar la tierra de la experiencia, de lo vivido y de la «verdad» a cuantos ideólogos la necesitan (y son todos). El «proletario consciente» es el resultado de una experiencia de laboratorio. Si se pudiera hacer la experiencia al revés y descomponer al «proletario consciente», se obtendría, muy nitidamente escrito en 10 tiritas de papel, el programa del partido que le ha bautizado la conciencia.

No hay cosa peor que la propaganda por la broma, y quizá acabo de incurrir en la facilidad de quitarle punta a todo, sacándosela. No sé si sólo por asociación de sonidos escribo «proletariado consciente» **consiente**. Si se le desentraña la sustancia a la palabra consciente, lo primero que sale es un humo tirando a «conocer», «saber», no sólo intelectualmente, sino con todas las fibras del ser; es casi un conocer reposado, y resignado. La persona consciente de... el proletario sabe o conoce ciertas cosas perfectamente bien, y el contenido de ese conocimiento no lo destroza, sino que baña el punto más íntimo de la unidad, la conciencia. Proletario consciente de su explotación, la consiente (en esperas o no de cambiarla). ¿Y el proletario «inconsciente»? ¿o aún, «no consciente»? ¿será un ser ideal, formado con todos

los sueños que se les escapan a los proletarios conscientes?, ¿o compañero de trabajo no afiliado? ¿No combativo? ¿Y no serán éstos los que más padecen de la explotación, pues no quieren ni «saberla», así están de abotargados por inmensas zonas internas de inconsciencia en el fondo de las que reluce una conciencia con bastante vergüenza para no querer ser consciente de nada? Por eso son éstos los que callan, y el día que aceptan saber, se lanzan a la calle y no quieren que su «toma de conciencia» dure más de tres días. (A nadie le gusta sentirse «jodido y agradecido», como confiesan a veces estarlo obreros sindicados de estas democracias, una de las cuales tengo bajo el pie, en el momento mismo en que escribo. Que se me perdone el uso de unos términos, muy corrientes entre obreros cuando quieren expresar un estado de ánimo que halla pocos correspondientes en la sicología clásica y de profundidades subconscientes, cuyo mejor terreno para el estudio son los exponentes de clases más privilegiadas.)

Quizá hayamos logrado alumbrar por dentro dos palabras como «reformismo» y «revolución»; y, si no las hemos empleado hasta aquí, es que temíamos que una vez más se leyesen a gritos, y se reemplazase mi texto, con lo que se sabe de carretilla. Lo mío me cuesta avanzar tan paso a paso, para que vaya a permitir que el **sentido** tan pacientemente estrujado, se vaya a derramar y perder en el primer tropezón con una palabra tan conocida como **REVOLUCION**. En estas mismas páginas —en «Presencia»— ha corrido el término como una bala, hacia el Poder, y, por de pronto, para que no vayan las ideas encarriladas por fusiles, le doy a «**REVOLUCION**» para guardarla el término sin el cual los anarquistas no la decimos nunca: **SOCIAL**.

Las reformas son como los ríos que van a dar a la mar del provecho, y ese mar nos rodea; proletarios islas somos: a veces nos moja el dinero, pero se retira sin que el trabajador sepa nunca qué ha vendido, ni pueda consolarlo lo que compra. Por más lejos que vaya la imaginación, nunca se da con la «reivindicación» de la Cosa ansiada. Apenas saben los capitalistas mismos, qué no deben dar para no correr el peligro de desaparecer. Si se van, o se les expropia o se les mata, queda aún «la Cosa» por descubrir. ¿Dónde está? Pues todo lo han dejado como estaba: las fábricas en su sitio, los campos... los edificios gubernamentales... Pareciera que lo que se les pide o lo que se les quita —aunque sea todo— no es lo que con pasión una vida entera se ha ido buscando. **Reformismo** o **Revolución**, ¿no serán las dos caras de una misma búsqueda, dos ritmos distintos —uno lento y el otro rápido— en el camino de la expropiación con la salvedad de que el que corre más regresa antes al punto de salida: las cosas no han cambiado, la explotación privada es sustituida por la explotación colectiva, lo que se anhelaba, no se ha podido expropiar.

Tenemos compañeros que se conocen a sí mismos y que lloran mil muertes y viven sin vivir en sí, únicamente porque una parte del pueblo escupe los pulmones en las minas, más seguramente que si le abriesen el pecho y se los sacasen a paladas —¿por qué no? ¿No tienen los pulmones hechos polvo en el sentido mismo de la palabra? ¿No se han convertido los mineros en minas de silicosis?— y porque otra parte de ese mismo pueblo

se está secando sobre la tierra que riega, sin hablar de los obreros cuyos gestos son vigilados y medidos («a tanto el gesto» viene a ser el trabajo a destajo)... hay compañeros que sienten esa desesperación en el cuerpo, y cuya razón casi vacila, como vacila la nuestra de tanta impotencia, que se conocen a sí mismos y a sus sufrimientos, y que creen que una **toma de Poder** no los cambiará, que nada tendrán que ver con gobernantes pasados. Toma de poder —que imaginan ser la «Cosa» oculta y necesaria— no para hacer el mal, sino el bien: con leyes o con gritos, los primeros días, la primera hora, nacionalizados o socializados la banca, la industria, el campo, todo. En el mismísimo medio de la nación, la esencia pura del Proletariado, la garantía de la Revolución. Los impulsan razones morales, y preferirían cien veces que no hubiera «necesidad» de ello. No los mueve «la ciencia» (un consejo dictado por la intuición: en cuanto un paso os pareciera «científico», es decir deseado y exigido por leyes exteriores a nosotros, a mí, a uno mismo, dar la espalda y echar para otro lado). No la ciencia, sino la impaciencia, lo único que le da cierta nobleza, a un proyecto tan ruin como la **toma del Poder**. Ruin por ser poca cosa y no servir nuestros propósitos. (El Poder es una abstracción, la abstracción de la fuerza. Cuando un rey recibía el Poder, se le entregaba un objeto, suerte de pararrayos, llamado cetro, por cuya punta entraban probablemente las sabias consignas de Dios. ¿Mas nosotros, qué estrujamos? ¿Un instrumento? Un instrumento, entonces, compuesto de miles de hombres, y que no sirve sino para dar la voz de mando.)

No es éste el lugar para un estudio del Poder, ni para una refutación de las tesis Marxistas ni Blanquistas —que tanto tiempo coincidieron— ni quiero imaginar a una vanguardia obrera jugando a saltar por encima del pueblo y burguesía y puesta en tres brincos en el Poder «desde donde hacer la revolución», «utilizando - el - Estado - como - instrumento - de - opresión - de-la-burguesía-por-el-proletariado», y de paso, verdad, exigir de proletariado tan bien servido en sus supuestos designios, que se cargue el «desarrollo» del país a hombros. Basta leer el libro de Boukharine «El A B C del comunismo» para tener idea de lo que podrían ser los libros de un contra maestro, pero del dueño o del Estado, si tan baja categoría se pusiera a escribir.

Entre abrir y cerrar paréntesis, es posible que se me pase lo esencial, o se me olvide. A lo mejor volvemos a ello con una digresión que se me ocurre al instante. Recuerdo unas líneas o un razonamiento más bien, del marxista Gorz, que pasa por lo más fino que en estas ciencias revolucionarias se estila hoy en día. Contestaba el intelectual, en uno de sus libros —cuyo título desapareció tras el disgusto que me causó la lectura de las primeras páginas— a una pregunta que se le solía hacer cuando criticaba el stalinismo. «¿Y qué hubiera hecho Ud. en su lugar?» —Ah, es que yo, siendo quien soy, y pensando lo que pienso, nunca seré él ni estaré en su lugar. Estoy en mi lugar.» Pensé que iba el escritor bien encaminado, cuando, unas líneas más abajo, se explicó: se trataba simplemente de hacer o de votar de tal forma, que quienes ocuparen tales lugares, lo hicieran en virtud de un programa o de unas ideas, que fueran las mismas que las del pueblo. En cuanto a la permanencia de ese lugar, ni palabra. Cualesquiera fueren las oleadas revolucionarias, puesta

la sociedad boca abajo como un hegelianismo cualquiera, quedaba en su sitio, y sin moverse un ápice, «el LUGAR», centro divino de mando, el Estado. El lugar puede desplazarse, el gobierno cambiar de residencia, pero todos a una, los componentes del pueblo han de volver juntos la cabeza, la vista puesta en «el lugar», el lugar donde se «toma el poder», ese bar para privilegiados, y ¡ojalá les sienta mal el trago! Se nos atraganta esa **toma de poder** porque tiene dos filos, y nos obliga a preguntarnos si es factible o milagrosa la ubicuidad del proletariado: en 1919 los campesinos de Ucrania, en 1921 los marinos de Cronstadt, son asesinados por **campesinos** y **marinos** que habían **tomado el poder**. ¿Cómo, luego los obreros estaban **aquí** —en campos y fábricas— y **allá**, en Kremlines y cuarteles? ¿Eran unos y eran dos? ¿Tenían, pues, las carnes trabajadoras separadas del alma gobernadora, y podían perecer aquéllas sin que ésta muriese?

Llevando las cosas a la dimensión que interesa darles para ver cómo suenan, ¿puede un obrero decir: «soy libre, no me explotan, **tengo Poder**»? Inmediatamente surge la duda... ¿poder de qué?, ¿sobre qué? Más: ¿qué tiene?, ¿qué tengo?

EL PODER NO SE TOMA, SE DESTRUYE, LO QUE HAY QUE COGER ES OTRA COSA

Volvamos a los proletarios que llamamos «reformistas» —amadosimos proletarios, cuánto os odian y aman los revolucionarios. Sois su materia, sus criaturas, cuidado con descuidaros de sus propósitos. ¿Son los mismos? Está por ver. Aprovecharé el paréntesis con algo que se me quedó, en algún sitio, por decir: a qué cantar «hay que ver cómo vive el Obispo, hay que ver cómo vive el cabrón» si nos vamos a deshacer de admiración ante las grasas, de origen proletario, claro está, del Presidente Mao, del Mariscal Tito, de los jerarcas-profetas, especialistas en exprimirle al pueblo toda la «plusvalía» que se le pueda sacar?

Si fuera verdad que la tendencia profunda del pueblo, aunque se ría de él la Historia, es vivir lo mejor posible, lo que nos queda por hacer, no es meterle la revolución a palos, desde arriba o desde abajo, sino quitarnos del medio, o unirnos unos cuantos, comprar tierras, y vivir en ellas colectivamente como nos parezca. Si, por el contrario, el pueblo está tan harto de sus jefes como de algunos de nosotros, buena señal es: a lo mejor sabe dónde va, a lo mejor expresará su meta, apenas nos callemos y se callen sus portavoces. Al pueblo, al proletariado, se le ha dicho que había que ir a por algo que no tiene, y que está en manos de los demás; y así va siguiendo fantasmas que se alejan cada vez más y hasta se disfrazan de vivos.

¿Y si se tratara, por el contrario, de incrementar lo que tiene, de aumentarlo, y de que, cuando quieran arrebatárselo, defenderlo para siempre? Quedarse por ahora en las fábricas, si no hay más remedio, pero en cierta forma, **distraído** de esta sociedad, preparando ya la futura: en vez de un proletariado con la vista puesta en la ourguesia, en el capitalismo, obreros que vuelven la cara y se miran unos a otros, **HABLAN** entre sí, ven sus posibilidades de actuación, aumentan poco a poco lo positivo

de la Revolución Social —en vez que obcecados por el capitalismo no se definen sino por su negación— se asocian, van tomando lo que no se tenga que pedir. (Toman, y si acaso, luego, avisan: ésta es la Acción Directa en las fábricas.) «Idealismo, se dirá... van a crear asociaciones de excursionistas y grupos culturales, se declararán «Amigos del Arte» y representarán obras en que el hijo del patrón seduce una obrera cuyo novio está en la cárcel. Ah, pero apenas sale libre, ¡adiós hijo del patrón!» (Tan fácilmente nos burlamos unos de otros...)

«Nada, hay que meterles el hocico en la explotación, en la mierda, para que de una vez sepan dónde tienen que hacer la revolución.» Eso es dialéctica para gatos, y entre la negación de una cosa y la consecuente y automática afirmación de otra, corren tiempo y acontecimientos, y puede la dialéctica histórica no arrojar el Sí de los proletarios, sino otra forma del No de los burgueses, del No de los Jefes... Puesta la vista en la sociedad que querían, supieron como nadie los Cenetistas luchar. «Ideales, utopías... mejor atenerse al programa de las Comisiones Obreras» (dicho sea de paso, un viejo instinto de lectora de textos políticos me dice que no lo han redactado ni pensado proletarios. Más bien parecen lucubraciones de parlamentarios de una izquierda que no sabe donde está su derecha). «Eso es lo real, lo que existe; paso a paso, céntimo a céntimo se paga uno el viaje de la revolución... Sueños aquí no, que estamos entre proletarios de hierro...»

Pues habrá que hablar de Dios, porque no se han apagado sus resplandores, en las mentes de los ideólogos: los hay que le niegan tanto al hombre, para dárselo a Dios que, cuando dan a la Divinidad por muerta, matan el hombre a medias. El espíritu, el proyecto, la libertad, la alegría, la voluntad, son de Dios. Los hombres son traídos y llevados por condiciones objetivas o convertidas en subjetivas, se hallan entre nacimiento y muerte, van de sueldo a sueldo, del primero al último día del mes. El hombre está amasado con el barro de los acontecimientos, el hombre que se despega de su «realidad» ya puede treparse solo al monte, que no lo sigue ni dios.

Olvidamos en verdad que somos pobres criaturas, pobres inteligencias que sustituimos a la realidad bruta —ésta es para Dios— nuestro juicio sobre esa realidad. Pero aunque nos fuera cognoscible en su esencia todo lo que es, todo lo que sucede, y las leyes que nos enredan, queda que si para que el hombre sea libre, Dios tiene que existir, que sea Dios y haga lo que le venga en gana, que nosotros iremos a lo nuestro también. Las cosas de dios y las nuestras no son las mismas y no queremos pagar su entierro con nuestra esclavitud.

Que se me entienda: en la crítica a la religión se ha dicho que el hombre proyectaba sobre sus dioses lo mejor de sí mismo. Se expropia a ese ser, y se le deja mondo y lirondo, sin atributo alguno. ¿Qué nos importa entonces su existencia? ¿No nos hemos llenado de lo nuestro? — No, porque con esas expropiaciones pasa lo que con todas: sólo unos cuantos se creen los depositarios de las divinas cualidades. Los demás, los «hombres» corrientes, sólo pueden participar de la esencia divina adorando a sus jefes donde se ha encarnado lo mejorcito que Dios tenía: si todos

reclamamos libertad y el derecho a llevar nuestras propias existencias como nos da la divina gana, inmediatamente matan a cuantos dioses encuentran por ahí disfrazados de proletarios... Dios no ha de existir ni en el cielo, ni en el hombre, ni en el pueblo. No hay más dios que el que sale electo, con 99 % de los votos. He llegado a mi cupo de papel. Se me han quedado unas expresiones por destripar, «contradicciones del capitalismo», por ejemplo, y una que en este momento invento, «contradicciones del socialismo», pero para otro día quedará. No puedo, naturalmente, elaborar en media cuartilla el «programa-de-acción-y-lucha-del-proletariado-español», ni en una, ni en mil, porque no se trata de aplicar programas, sino de vivir cierta idea de la sociedad sin explotación (pero también sin producciones «asociales», como armas y cañones —puestos a repartir, ¿a cuántas balas tocaría por barriga?) y porque el primer deber de una persona sincera es responder por cada una de sus palabras. La medida de la verdad de una palabra está en parte en la acción del que la pronuncia. En estos tiempos en que tantas palabras y proclamas andan sueltas por ahí, que recoja cada cual las suyas, de ser posible, y que evite, lo más que pueda, hablar en nombre de los demás.

Teresa GRACIA

« Historia de las agitaciones campesinas andaluzas »

La Alianza Editorial (Mártires Concepcionistas, 11, Madrid) ha reimpresso este interesante libro de Juan Díaz del Moral. Se trata de una de las obras más solicitadas por los especialistas en historiografía social española. Libro aparecido en 1929, estaba agotadísimo desde hacía más de treinta años. Este libro de base figura en todas las bibliografías que tratan de la revolución española. Los investigadores lo habían convertido en un libro de consulta indispensable, aunque figuraba en escasas bibliotecas particulares. Los reeditores han hecho un importante servicio a la cultura

social volviéndolo a poner al alcance del público por un módico precio. Lo lamentable ha sido la supresión de los apéndices, «por considerarlos de menos interés y por las limitaciones de tamaño a que obliga esta colección». Excusa anodina si se tiene en cuenta que los dichos apéndices se refieren a las actas de los principales congresos de la organización anarcosindicalista: unas cien páginas de la edición original que consta de 580. La nueva edición consta de 500. Encarecemos la adquisición de esta importante obra a todos los curiosos de nuestros anales.—J. P.

Llamamiento a todos los movimientos y organizaciones revolucionarios del mundo

Reproducimos, por considerarlo de interés para nuestros lectores, el siguiente documento que nos ha sido enviado desde Nueva York.

LA REDACCION

El «Grupo 1° de Mayo» que, desde hace varios años, viene sosteniendo prácticamente —de acuerdo con la línea estratégica trazada por la F.I.J.L.— la necesidad «del planteamiento de la lucha contra la dictadura en el terreno de la violencia revolucionaria, como único camino positivo para responder a la violencia represiva del régimen franquista y reconquistar la libertad para el pueblo español, se dirige a todos los Movimientos revolucionarios que, en el mundo, luchan por la libertad y la independencia de todos los pueblos. Conscientes del respaldo y la connivencia que, entre todos los gobiernos reaccionarios y el Imperialismo, aportan a las dictaduras y a las diferentes oligarquías nacionales, para mantener la opresión sobre los pueblos que aún no han podido conquistar su libertad y su independencia. Convencidos, además, de la esterilidad de las llamadas «luchas

legales y pacíficas» para acabar con las condiciones de opresión y obligar, al Imperialismo y sus secuaces, a cesar la agresión bélica y la intervención militar en los cinco continentes.

Por ello:

I.—Consideramos que las actuales «luchas de liberación» de los pueblos y, particularmente, las luchas revolucionarias de las «guerrillas» en América latina y de los negros en los Estados Unidos, han provocado una toma de conciencia y hecho reaccionar, contra la línea reformista, a todos los auténticos revolucionarios de las diversas corrientes ideológicas que se reclaman de la Revolución. Los que, finalmente, han comprendido que la única vía posible, digna y segura, para hacer retroceder al Imperialismo y sus «lacayos», y abrir paso a la Revolución, es la lucha armada contra las fuerzas de represión

fascista en el mundo: principal sostén de la sociedad capitalista y del Imperialismo.

II.—Consideramos que las divergencias existentes entre los diferentes movimientos revolucionarios —en cada país y en el mundo— son el resultado del absurdo y negativo sectarismo con el que, hasta ahora, se han expuesto y aplicado las diversas ideologías revolucionarias. Provocando, además, la división del proletariado internacional y facilitando la creciente despolitización de las masas populares que no pueden, lógicamente, sentirse atraídas al campo de la praxis revolucionaria ante el cúmulo de contradicciones y enfrentamientos resultantes del antirrevolucionario dogmatismo doctrinal, con el que desde su origen se han combatido entre sí todas las ideologías revolucionarias.

III.—Consideramos que, como lo afirman todos los núcleos guerrilleros en América latina y sus exponentes más significados, «la Revolución no es patrimonio de ningún Partido, sino de los revolucionarios que se deciden a luchar por ella, armas en la mano». Que la lucha contra la opresión y por la libertad de los pueblos, teórica e históricamente, corresponde y es asumida por los hombres y las clases que sufren la opresión; y que se deciden a combatirla consecuentemente. Los Partidos y las ideologías son sólo instrumentos tácticos transitorios e interpretaciones particulares de esa lucha. Y deben, por lo tanto, estar supeditados a ella, que es la verdadera esencia de la historia social. Así como la Revolución es su objetivo.

IV.—Consideramos que «la solidaridad revolucionaria internacional» será efectiva entre aquellos Movimientos que no mantengan contactos o compro-

misos con el Imperialismo; ni sostengan la política de «coexistencia política internacional» entre los diferentes Estados. Que sólo sirve para que el Imperialismo consuma impunemente sus masacres y expoliaciones. Al no dársele una respuesta consecuente a sus intervenciones militares para sofocar las luchas de liberación o los brotes revolucionarios en todo el mundo.

V.—Consideramos que el verdadero objetivo revolucionario es la obtención de la libertad para todos los pueblos. Y, en cada pueblo, para todos los individuos sin excepción. Y que, ni el Capitalismo privado ni el Capitalismo de Estado pueden conducir a la emancipación del hombre y al establecimiento de una auténtica sociedad libre. Ni siquiera mediante su gradual evolución o liberalización; ya que están fundamentados, tanto económica como políticamente, en la alienación del hombre. Pues el primero pretende otorgar la libertad manteniendo la explotación del hombre por el hombre. Y el segundo pretende acabar con esta explotación suprimiendo la libertad. Siendo ambas aspiraciones complementarias e inseparables para todo auténtico revolucionario.

VI.—Consideramos que todos los revolucionarios, que de verdad deseen el triunfo de la Revolución, deben y pueden ya admitir la necesidad de un inevitable replanteamiento ideológico que resuelva más eficazmente el problema de la libertad y de la justicia social. En otras palabras: medios y finalidades, tácticas y objetivos, estrategia revolucionaria y ética de la Revolución. Para acabar con las nefastas divisiones y los antagonismos doctrinales que han impedido, hasta ahora, la unión de todos los revolu-

rios contra su enemigo común. Lo importante es que hoy reconozcan que su verdadero enemigo es el Imperialismo agresor y el Capitalismo explotador: en todas sus variantes clásicas o modernas. Y que frente a ellos, los revolucionarios deben unir sus fuerzas. O, al menos, prestarse una efectiva solidaridad revolucionaria. Nacional e internacionalmente; impidiendo así que sus enemigos saquen provecho de sus eternas contradicciones y divisiones.

VII.—Consideramos que ha llegado el momento en que, dejando de lado las divergencias ideológicas, los sectarismos y las diferentes «condiciones objetivas» de su constitución o ubicación, todos los Movimientos revolucionarios se unan y coordinen sus esfuerzos, a través de un vasto Movimiento de Solidaridad Revolucionaria Internacional, para responder consecuentemente a la agresión imperialista y a los crímenes de las Dictaduras. Para respaldar, con hechos, las luchas revolucionarias de los pueblos y asegurar la marcha hacia la Revolución.

Para ello, será suficiente con cesar las diatribas y arrinconar

los sectarismos, y coincidir en la práctica en una serie de acciones que testimonien esta solidaridad revolucionaria:

A través de campañas internacionales para boicotear los productos yanquis.

A través de actos y propaganda y solidaridad en favor de todos los pueblos que luchan contra el fascismo y el Imperialismo.

A través de acciones violentas contra los cuerpos diplomáticos y militares del Imperialismo y las Dictaduras, como represalias efectivas a sus desmanes.

¡REVOLUCIONARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS PARA HACER EFECTIVA LA SOLIDARIDAD REVOLUCIONARIA INTERNACIONAL E IMPEDIR EL EXTERMINIO DE LOS QUE, EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO, LUCHAN POR LA REVOLUCION!

¡VIVA LA SOLIDARIDAD REVOLUCIONARIA INTERNACIONAL!

El «Grupo 1° de Mayo»
F.I.J.L.

UN VIEJO LIBRO DE JOAQUIN MAURIN

Joaquín Maurín publicó en España, en 1935, «Hacia la segunda revolución». Con vistas a la reedición de este libro por «Ruedo Ibérico» (Paris, 1966) el autor ha escogido un nuevo título, «Revolución y contrarrevolución en España», añadiéndole una introducción, un epílogo y un apéndice. Pasamos a ocuparnos del texto original.

Maurín empieza con un himno a Francia cuya prosperidad atribuye al desarrollo ulterior de la **gran revolución**. Este punto de vista le servirá para hacer el balance negativo de la segunda República española, que juzga aquejada de anemia revolucionaria. Toda la trabajosa gestación liberal ibérica se resiente de esta insuficiencia. En otras palabras, en la ovulación de la democracia española no ha intervenido el gallo. Por segunda vez llegó la República por obra graciosa de los imponderables cuando no servida en bandeja por los monárquicos. Es decir, sin que la revolución interviniese. De ahí el proceso político frustrado, prometido a la burguesía o a recomenzar.

El autor cree que la revolución está siempre presente en las masas y que todo es problema de buenos dirigentes revolucionarios. Las masas son, escribe, de una plasticidad innata. Las masas, aunque lentas, tienen una intuición prodigiosa de los grandes problemas. ¡Ah, pero les hace falta el conductor, el guía, que en tanto que emanación de su propia sustancia, carne de la propia carne, no puede defraudarlas!

En 1919 —sigue afirmando— pudo triunfar la revolución en España a no haber sido malograda por el reformismo socialista y el terrorismo anarcosindicalista. Si tenemos en cuenta que aquel año las pistolas de los mercenarios de la patronal barcelonesa y los fusiles de los esbirros del conde de Salvatierra cruzaban sus fuegos contra los militantes de la CNT, habrá que convenir que el autor de 1935 se ha pasado de raya. Sobre este aspecto, el mismo autor, en sus apéndices, nos da entera satisfacción.

Faltaba también un partido revolucionario con una teoría revolucionaria. El bache lo cu-

briría una República con una Constitución rehén de la «Ley de Defensa» y otras zamarras de fuerza por el estilo, como aquello del «disparo sin previo aviso». Todo esto era la reacción preventiva de la burguesía contra el proletariado revolucionario.

El Maurin marxista de 1935 atosiga constantemente al lector con sus graves disertaciones sobre las leyes históricas de la revolución. Lo que le lleva a atrevidísimas especulaciones. Según una de ellas, la revolución rusa de 1905 acabó con el marasmo que sufría el proletariado internacional desde las matanzas de la «Commune». El proletariado ruso estaba entonces mucho más maduro que el de Francia de 1871 y abría el ciclo de las revoluciones. Lo que prueba, como mínimo, que la documentación del autor sobre la realidad social de Francia, pongamos por caso, era bastante deficiente.

El poder de la burguesía —si-gue afirmando— llega hasta 1917 en que pasa a manos del proletariado en Rusia. Como autodefensa la burguesía recurre a la dictadura. Para el autor, la dictadura de la burguesía, que antes era jacobina, ahora es fascista. Cree, pues, como buen marxista, que la dictadura puede servir para dos fines diametralmente opuestos, en manos de la misma burguesía.

En manos de la burguesía, la República española en vez de la revolución agraria hacía la Reforma Agraria. La cual abocaría a una frustración premeditada. Maurin entendía por revolución agraria la expropiación de los grandes latifundios en beneficio de los trabajadores sin tierra. De este modo, como en la Francia de 1789 y la Rusia de 1917, la revolución democrá-

tica dispondría en el campo de una trinchería protectora. Sobre los hechos consumados el lector de hoy está en condiciones de verificar esta profecía histórica.

Había que nacionalizar la tierra y ponerla en manos del Estado. Menguada perspectiva si, como afirma el autor en seguida, la República, es decir: el Estado, se había declarado centralista por voluntad de las derechas, de Azaña y de los socialistas.

Maurin hacía la defensa del federalismo nacional. La Unión Soviética, según él, era el más perfecto de los Estados federales por constituir una unión libre de nacionalidades. También dejamos esto a juicio del lector imparcial de hoy. Lo contrario hubo quienes ya lo preveían hace más de cuarenta años.

En la crítica de las instituciones militares Maurin sostenía que el Ejército no había de ser neutral, sino que debía formar un partido. De espaldas a nuestro siglo XIX, dominado por el partido del Ejército, al reciente golpe militar de Primo de Rivera, y al fascismo europeo que respaldaba el partido del Ejército, nuestro autor se muestra obsesionado y no ve más ejemplo que el de Cronwell, Napoleón y Trotsky. De los ejércitos napoleónicos se limita a señalar que se habían batido contra la coalición reaccionaria europea. ¿Qué no podía ya decirse entonces del ejército rojo, que hacía 14 años había aplastado la Comuna revolucionaria de Kronstadt?

El libro está escrito en un tono polémico constante y de gusto dudoso en su continuo librar-se a los textos sagrados y a los oráculos de los profetas: Lenin, Trotsky, Marx y Engels. Es curiosa su alusión a la dictadura

democrática de Lenin. Si democrática, ¿por qué dictatorial? No parece sino que se necesite de una cosa para disimular la otra. O que el pudor embargue a la hora de esconder el doble juego. En cuanto a la dictadura del proletariado, si verdaderamente lo es, ¿qué papel hace aquí la dictadura? Una cosa u otra. Los dos términos se excluyen. Así es en la realidad. A la hora de la verdad, es decir, en el momento de pasar a interpretar las fórmulas abstractas y poner en pie el poder dictatorial efectivo, está claro que el proletariado desaparece, junto con la burguesía, para dejar paso a la dictadura.

Parte del libro está dedicado a las efemérides del autor en tanto que jefe de un partido comunista que no hallaba su centro de gravedad entre las grandes formaciones político-sindicales contemporáneas. Una de sus vanaglorias es la huelga general del 5 de octubre de 1934, que dice declararon en Barcelona «sin permiso de los anarquistas». ¿Por qué no decir toda la verdad? Efectivamente, en aquella época una huelga general era difícil sin el consenso de la organización sindical anarquista. Pero el 5 de octubre nuestra organización sindical estaba puesta al margen de la ley, los sindicatos llevaban meses y meses clausurados y la primera medida que tomaron las autoridades catalanas en vísperas de aquella huelga política y gubernamental fue encarcelar a cuantos de nuestros militantes pudo echar mano. Así, estaban en la cárcel Buenaventura Durruti, Manuel Villar (director del diario confederal), Alejandro Gilabert, entre muchos otros. El 6 de octubre fue la policía a por los restantes a la redacción de «Solidaridad Obrera» donde creía estaban reunidos, encontrándome a mi solo, que escapé por

casualidad a uno de sus disparos. En estas condiciones la jactancia «sin permiso de los anarquistas» resulta un tanto deslucida. Es lo menos que se puede decir si se quiere servir a la historia.

Nos hallamos, claro, ante un libro de juventud. Como testimonio de la mentalidad de una época es más interesante que como historia. Pero lo más útil para el lector no sólo nostálgico son los apéndices introducidos por el Maurín de hoy. De todos ellos, el que dedica al «comunismo en España» es el más interesante para el acucioso de esclarecimientos. Conocíamos el climax que la revolución bolchevique había suscitado en España, y especialmente en la CNT, cuando aquel congreso nacional de 1919 y el pleno de 1921 despacharon a Rusia a algunos delegados (entre ellos al propio Maurín). Hubo aquellos cismas en el partido socialista español que dieron origen al primer núcleo organizado del comunismo español. En nuestro campo no hubo más que disidentes que al agruparse en un pequeño sector formaron un partido comunista heterodoxo donde nunca pudo encajar la dirección monolítica que impartiría el Kremlin a sus sucursales exteriores. Fue el BOC o POUM; el partido de Maurín.

El Maurín de 1965 hace una minuta del Partido Comunista español por dentro, con su hervir de pasiones y apetencias, sus crisis, sus purgas continuas y otras anécdotas de la más genuina picaresca. Esta segunda parte —y que nos perdona Cervantes —es mucho más buena, máxime si tenemos en cuenta que el que la escribe no es un comunista que ha colgado los hábitos para hacerse olvidar y no necesita hacerse una nueva virginidad.

José PEIRATS



LA revista Presencia quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.



presencia

tribuna libertaria

EN ESTE NUMERO :

- ★ ENERO, MAYO Y OCTUBRE 1967
Tres fechas decisivas para el desarrollo del movimiento obrero español
- ★ EL DILEMA ENTRE EFICACIA Y LIBERTAD, LA PRAXIS
Apuntes para una estrategia del movimiento libertario
- ★ EL MOVIMIENTO LIBERTARIO, FRENTE A SU PASADO O A SU PORVENIR

DICIEMBRE 1967 - ENERO 1968

10

Estudios ● Crónicas ● Notas

8' P5508

presencia

tribuna libertaria

présence (tribune libertaire)

Director:

L. PASAMAR

Redacción:

24, rue Ste. Marthe
Paris, X

Bimestral

Precio ej.: 3 F — 12 Ptas.

Administrador:

J. PASCUAL

Administración:

6, rue du Parc-Royal
Paris, III

Giros: C.C.P. Pa 11.437-35

INDICE

VIDA ESPANOLA:

26 de Enero, 1 de Mayo y 27 de Octubre de 1967 (La Redacción)	1
1967. Doce meses de lucha en las fábricas y en las facultades	4
Una operación política del Opus Dei: la devaluación	14
Los expedientes de crisis y los despidos de personal	18
¿Qué se hace de los millones de la Seguridad Social?	25

ENSAYOS:

El Movimiento Libertario ¿frente a su pasado o a su porvenir?	27
El dilema entre eficacia y libertad	38
La cultura y la educación en España	46

26 de enero, 1° de mayo, 27 de octubre de 1967

**tres fechas decisivas para el desarrollo
del movimiento obrero español**

Mil setecientos expedientes de crisis aprobados en los primeros años de 1967, es decir, miles de trabajadores privados de sus medios de subsistencia en pleno período de recesión económica y una amenaza permanente de paro pesando sobre otros muchos miles: al correr los meses del año 1967, el expediente de crisis ha ido convirtiéndose, progresivamente, de simple instrumento de «regulación económica» destinado a mitigar la crisis del capitalismo español, «a dar agilidad a la renovación de sus estructuras», en una verdadera arma de represión antiobrera utilizada por los empresarios y el gobierno no solamente para desembarazarse de los «excedentes» de mano de obra, sino también para represaliar a los sindicalistas más combativos. La confirmación de esta doble utilización del expediente de crisis nos la brinda la noticia según la cual «entre las quince empresas que más beneficios obtuvieron en 1966 se encuentran varias que presentaron expedientes de crisis o que, alegando su mala situación económica, han prohibido a sus obreros hacer horas extraordinarias». Y nos imaginamos que esta tendencia no habrá hecho más que acentuarse en 1967.

En este número de «Presencia» figura un artículo que trata de este problema. Ha sido publicado en un boletín de la H.O.A.C. (Hermandades Obreras de Acción Católica). Su difusión en medio obrero, aunque se haya efectuado por el canal de una organización confesional, nos parece un hecho positivo. Como lo es la difusión de otro documento (que ha valido al director de esta publicación el ser sancionado), igualmente publicado en dicho boletín, e incluido en este número; este artículo aporta interesantes revelaciones sobre el papel jugado en España por una Seguridad social «desnaturalizada». Descubrimos en efecto que «los remanentes de la Seguridad social... ahorro forzoso de los españoles, están sirviendo a la capitalización del país al margen y con exclusión de sus reales ahorradores». El capital de la Seguridad social, «evaluado a 125.000 millones de pesetas», representa nada menos «que un poderío financiero tres veces superior al de toda la banca privada».

Por conductos como éste, y sobre todo por la acción abnegada de militantes cada vez más numerosos y decididos, los obreros españoles van tomando una conciencia clara de las condiciones en que son explotados y van descubriendo dónde se sitúan sus verdaderos intereses de clase.

DOCE MESES DE LUCHA ININTERRUMPIDA

El año 1967 ha sido un año de verdadera ofensiva para la clase obrera. Frente a la política de la oligarquía empeñada en hacer pagar a los trabajadores el precio de sus propios errores, frente a un gobierno que ha utilizado para contener la marea de las reivindicaciones obreras todos los resortes de su aparato represivo—bloqueo de salarios, despidos, destitución de representantes sindicalistas, encarcelamiento y persecución de militantes sindicalistas—, los trabajadores han sabido ir extendiendo sus propias estructuras organizativas hasta cubrir todo el ámbito nacional, y han logrado elevar paulatinamente sus objetivos de lucha hasta situarlos más allá de la simple oposición a las estructuras verticalistas.

El año se inició con diversos movimientos que culminaron en Madrid el 27 de enero con la organización de una de las manifestaciones obreras más importantes de la postguerra. En las semanas siguientes, el eco de esta jornada no cesaría de ampliarse, teniendo un efecto multiplicador en toda la península. Al mismo tiempo, la lucha de los estudiantes por el reconocimiento de un sindicato democrático y representativo discurriría por cauces paralelos a los del movimiento obrero, llegando en ocasiones a concertarse ambos movimientos y a actuar de manera coordinada. Con distintos avances y retrocesos en este proceso de movilización, se llegaría al 1 de Mayo, cuya celebración movilizó en numerosas localidades decenas de miles de trabajadores. En el otoño, cuando las consecuencias de la crisis económica y política del régimen alcanzaban un grado de intensidad difícilmente tolerable para los trabajadores, las Comisiones obreras—que durante todo el año habían desarrollado una gran actividad—llamaron a la clase obrera a manifestar su repulsa al régimen, participando en una serie de acciones escalonadas durante el mes de octubre. La «semana de lucha» del 20 al 27 de octubre (que en el País Vasco no contó con el apoyo de la Alianza Sindical y de otras organizaciones, que la denunciaron como una maniobra del gobierno y pidieron a sus adherentes que guardasen una actitud de simple expectativa), provocó una reacción brutal de las autoridades, llenándose las cárceles de la capital con cientos de militantes de las Comisiones.

Aunque se conocían con varias semanas de anticipación los objetivos de la «semana de lucha», el viernes 27 de octubre—a pesar del enorme despliegue de fuerzas policíacas—, la clase madrileña, con el apoyo de las organizaciones democráticas de estudiantes, se lanzó a la calle a conquistar el sitio que desde ahora le pertenece por derecho propio: un puesto de vanguardia en la lucha de masas que se desarrolla actualmente en nuestro país. Simultáneamente se producirían manifestaciones en numerosas ciudades españolas, se multiplicarían los plantés, movimientos de protesta, acciones solidarias en favor de los detenidos. La impulsión dada a la lucha anti-régimen por este movimiento de masas arrastraría a otras capas de la sociedad—principalmente a los estudiantes e intelectuales—, cuyos intereses específicos coinciden cada vez más con los de los trabajadores.

Las Comisiones Obreras, en el transcurso de 1967, han llegado a convertirse en un símbolo para la clase obrera. Basta con leer

la larga relación incluida en este número, que reseña las acciones más importantes de este período, para cerciorarse de lo que este hecho, al margen de interpretaciones partidistas, tiene hoy de realidad incontrovertible.

Será, pues, inevitable que al analizar, aunque sea brevemente, las perspectivas abiertas al desarrollo del movimiento obrero español, nos veamos obligados a definir nuevamente, o a reafirmar, una posición de cara a ese fenómeno real que son las Comisiones... que como tal fenómeno inmerso en un proceso complejo, actual y vivo, no está—precisémoslo—exento de escorias.

EL PARTIDO COMUNISTA O EL INMOBILISMO EN MARCHA

Los detractores de Comisiones señalan en ellas defectos reales... aunque por otra parte suelen abstenerse de señalar sus evidentes virtudes, lo que naturalmente limita el alcance de sus críticas. Son defectos de Comisiones, innegables, cierta tendencia al culto del líder (cultivado por el P.C.), la ausencia de claros objetivos políticos anti-capitalistas que las definan como algo más que como una simple máquina de combate anti-CNS, un lenguaje pequeño-burgués que corre por sus textos, lenguaje en el que pierden fuerza los aspectos verdaderamente clasistas de su programa: se habla mucho en efecto en los documentos de Comisiones de convivencia ciudadana, de sincero pacifismo y se lanzan numerosos llamamientos a la conciencia democrática de nuestro tiempo, olvidando que una organización de clase debe utilizar un lenguaje de clase). La fuerza del Partido Comunista, que inspira estos esquemas, reside en el hecho de que, junto a definiciones teóricas harto discutibles, dispone de unos militantes y de unos cuadros que no se limitan a cantar las virtudes de la convivencia ciudadana, sino que además luchan, militan y se dan a conocer en las fábricas. Aunque, por razones evidentes, no le interese «apropiarse» en estos momentos de las Comisiones, el Partido Comunista trata a través de ellas de canalizar las reivindicaciones del proletariado español, haciéndolas discurrir por caminos que sirvan su propio programa y su propia estrategia.

No obstante, la realidad demuestra que las demás fuerzas vivas que militan en Comisiones, y hasta la propia combatividad de los obreros, van creando una dinámica que hace que, a poco que la lucha siga radicalizándose, el programa «evolucionista» del partido puede acabar resultándole «corto» a la clase obrera española.

En el seno del propio partido, empeñado en caminar hacia un socialismo obtenido por simple «cloroformización» de la burguesía «antimonopolística», surgen voces disconformes. La escisión aparecida en el P.C. catalán, aunque limitada por el momento a la afirmación de unas posiciones anti-Comité central, demuestra que la propia dinamidad de la lucha obrera y la «resistencia» de la oligarquía española a entrar de lleno en los esquemas carrillistas, pueden conducir a numerosos militantes comunistas a interrogarse sobre la eficacia de esa vía hacia el socialismo «sin dolor» definida por Santiago Carrillo en su libro «Nuevos enfoques a problemas de hoy».

PRESENCIA.

1967: DOCE MESES DE LUCHA EN LAS FABRICAS Y EN LAS FACULTADES

ENERO

- 1 - En 1966, el número de trabajadores emigrados fue inferior al de los trabajadores que regresaron a España: 130.700 contra 131.700.
13.000 obreros de la Standard Eléctrica de Madrid se declaran en huelga: exigen la liberación de sus compañeros detenidos. Reclaman el mejoramiento de las condiciones de trabajo y un aumento de 1.600 pesetas mensuales.
- 9 - Huelga nacional de conductores de camiones.
- 10 - Sexta semana de huelga en la empresa «Laminación de Bandas» de Echévarri. Se inicia un movimiento nacional de apoyo a los 700 obreros de Bandas.
Los trabajadores de Perkins Hispania de Madrid les envían un telegrama en el cual se declaran solidarios «con los trabajadores que no se dejan rendir por el hambre».
- 13 - Aumenta la tensión en los ferrocarriles nacionales. En los últimos meses, la R.E.N.F.E., en aplicación de su «programa de modernización», ha despedido a 11.000 obreros y empleados. 40 por ciento de los ferroviarios cobran salarios próximos al sueldo mínimo (86 pesetas).
- 15 - Multiplicación de los conflictos sociales en la industria metalúrgica, ramo que atraviesa una crisis grave: en Barcelona se registran paros y plantones en Seat, Hispano-Olivetti, Maquinista Terrestre y Marítima. En Madrid, los conflictos afectan a Standard Eléctrica, Schneider y Perkins.
En Sevilla, los obreros de Construcciones Aeronáuticas prosiguen su huelga. En Asturias, la mina Laneras despide a 250 mineros.
- 16 - 5.000 obreros de la Empresa Nacional Bazán en las calles del Ferrol del Caudillo para manifestar su solidaridad con los 1.200 obreros y empleados despedidos por la Empresa de Obras Civiles. En Madrid el Tribunal de Orden Público condena a trece miembros de las Comisiones Obreras.

- 17 - Laureano López Rodó, ministro encargado del Plan, afirma que la situación del empleo es satisfactoria: el número de parados asciende á 116.000. Representa solamente el 0,19 por ciento de la población activa, según el ministro del Plan.
- 25 - Los obreros de Laminación de Bandas deciden unánimemente proseguir la huelga si la Magistratura del Trabajo falla a favor de la empresa.
- 26 - Aparecen en Madrid miles de octavillas, firmadas por las Comisiones Obreras, invitando a los trabajadores a concentrarse el día 27 de enero en cinco puntos de la capital y a manifestar para reclamar un aumento de salarios y el reconocimiento de un sindicato independiente.
- 27 - A pesar de un enorme dispositivo policiaco, 100.000 trabajadores, procedentes de las fábricas y de los barrios populares del extrarradio, se concentran en Cuatro Caminos, plaza de Castilla, las Ventas y Atocha, pidiendo «¡Libertad!, ¡Libertad!» Para los corresponsales extranjeros se trata de «la jornada de manifestación obrera más importante celebrada desde el final de la guerra civil». Se han registrado asimismo manifestaciones en otras localidades españolas, especialmente en el País Vasco (Zumárraga, Rentería, Eibar y Bilbao).
- La Universidad se ha solidarizado con la lucha de las Comisiones Obreras: el mismo día, tras dispersar una manifestación en el recinto de la Ciudad Universitaria, la policía penetra en la facultad de Derecho y practica numerosas detenciones.
- 28 - Madrid: 250 estudiantes y obreros permanecen detenidos en la Dirección General de Seguridad. Veintitrés de las principales empresas del «cinturón industrial» madrileño se declaran en huelga: un total de 50.000 trabajadores reclaman la liberación de los detenidos.
- 30 - El gobierno ordena el cierre de las universidades de Madrid y Barcelona durante diez días. En Barcelona, 15.000 estudiantes habían decidido boicotear durante 48 horas los cursos para protestar contra la represión. Varios miles de trabajadores manifiestan en Bilbao, Barcelona y Sevilla.

FEBRERO

- 1 - 17.250 mineros asturianos en huelga: protestan contra los salarios bajos y piden la reintegración de los trabajadores sancionados en 1964, la libre utilización de los locales sindicales y el aumento de las pensiones de los mineros jubilados.
- 2 - Manifestaciones de estudiantes en Valencia, Málaga, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, Salamanca y Santiago de Compostela. Reclaman que sean puestos en libertad trece delegados que participaban en la preparación del I Congreso Nacional de Sindicatos Democráticos, así como la supresión de las sanciones ordenadas contra las universidades de Madrid, Barcelona y Valencia.

- 6 - Huelga en la R.E.N.F.E.: 2.300 operarios reclaman la revisión y el aumento de sus salarios.
- 7 - Violentas manifestaciones callejeras en Sestao y Basauri en señal de solidaridad con los huelguistas de Bandas: cuatro obreros detenidos y un guardia herido en la refriega.
- 17 - 5.000 obreros y estudiantes manifiestan en las calles de Barcelona, a pesar del importante dispositivo policiaco. El Sindicato Democrático de Estudiantes y las Comisiones Obreras han organizado conjuntamente esta manifestación. El llamamiento señala una serie de reivindicaciones comunes de estudiantes y obreros: salario mínimo de 250 pesetas, semana de 44 horas, control del Seguro social por los trabajadores, democratización de la enseñanza, amnistía y supresión de las sanciones, libertad de asociación y de reunión, disolución de la policía política y del Tribunal de Orden público.

MARZO

- 21 - Se intensifica la represión contra los trabajadores que ostentan cargos sindicales: 300 enlaces y jurados de empresa suspendidos de sus cargos en los últimos cuatro meses. Conflictos laborales en las empresas Construcciones Aero-náuticas de Sevilla y Marconi de Madrid.
- 22 - Un documento firmado por 565 intelectuales reclama del gobierno la liberación de los detenidos, su reintegración en sus actividades profesionales y universitarias, la libertad sindical y el derecho de huelga, la libertad de expresión y la amnistía de todos los presos políticos.

ABRIL

- 14 - Con motivo de la agitación social reinante en el País Vasco, y en previsión de la celebración popular del Primero de Mayo, el gobierno suspende tres artículos del Fuero de los Españoles y amenaza con extender estas medidas a otras regiones.
- 21 - En Orcasitas, barriada próxima a Madrid, 1.200 delegados de la Industria y Servicios de la capital aprueban en reunión clandestina el documento llamado: «Proyecto que las Comisiones Obreras proponen a los trabajadores ante la nueva Ley Sindical» y deciden declarar la semana siguiente al 1 de Mayo «Semana de Solidaridad con los trabajadores vascos». Este documento aboga por la creación de una estructura sindical auténticamente representativa e independiente, y entre otros puntos: por la libre designación de los representantes sindicales, la celebración de un «Congreso Sindical Constituyente», el derecho de huelga, el control del patrimonio obrero por los propios trabajadores, la libre reincorporación a España de los exilados y la libertad inmediata de los presos políticos. Dicho documento deberá ser sometido a todos los trabajadores de España. La Unión Sindical Obrera (U.S.O.) lanza un documento en el que esta organización expone sus reivindicaciones en relación con la futura Ley Sindical.

- 24 - Detención de siete miembros de Comisiones Obreras que asistían a la reunión de Orcasitas. Se trata de Luis Royo, Julián Ariza, Juan Bautista Goicoechea, Víctor Martínez Conde, Fernando Bernal y Manuel González.
- 30 - 2.500 trabajadores de la empresa madrileña Marconi se declaran en huelga; piden el reingreso de Juan Bautista Goicoechea, detenido y despedido por haber asistido a la reunión de Orcasitas.

MAYO

- 1 - El Primero de Mayo, fiesta del Trabajo, ha movilizado a decenas de miles de trabajadores en más de veinte localidades. A pesar de las amenazas gubernamentales y de las detenciones preventivas, las consignas lanzadas por las organizaciones sindicales clandestinas han hallado un amplio eco en la masa trabajadora. En esta sola jornada, la policía ha practicado más de 500 detenciones. Las manifestaciones se desarrollaron de Norte a Sur de la península: tuvieron particular importancia en Pamplona, Barcelona, Tarrasa, Sabadell, Valencia (donde se registraron los incidentes más graves a causa de la intervención brutal de las fuerzas del orden), Lérida, Mieres, Santander, Málaga, Sevilla y Madrid, donde el enorme despliegue de fuerza pública imposibilitó la organización de una acción de masas. La jornada tuvo particular relieve en el País Vasco: la Alianza Sindical movilizó numerosos manifestantes en Eibar, Villafranca, Vitoria, Beasain, Zaráuz, Pasajes y Zumárraga. En San Sebastián, la policía hizo disparos al aire. Doscientos manifestantes se refugiaron en la iglesia de Santa María; la policía penetró en ella horas más tarde y practicó 120 detenciones.
- 21 - Finaliza la huelga de Laminación de Bandas de Echévarri, iniciada el 30 de noviembre de 1966. Ha sido la huelga más dura y de más larga duración registrada en treinta años de dictadura. Ha tenido tal carácter de justicia, que recibió de toda la clase obrera un apoyo material y moral verdaderamente excepcionales. La represión fue brutal, llegando el gobierno a decretar el estado de excepción en la provincia y a ordenar la deportación de varias decenas de militantes obreros. De los 700 trabajadores de Bandas, después del fallo «clasista» del tribunal, 32 no pudieron reintegrarse a sus puestos de trabajo. Dato significativo: de estos 32 trabajadores, 26 pertenecían al jurado de empresa.
- Durante los meses de marzo, abril y mayo, han sido despedidos de sus empresas 11.653 trabajadores. El «expediente de crisis» es la nueva arma de represión antiobrera de los patronos y del gobierno. Dos provincias, que son ambas cabeza de Polo de Desarrollo, Zaragoza y Burgos, registran el número más elevado de despidos. En Zaragoza, los trabajadores despedidos representan el 20 por ciento del censo laboral de toda la región.

JUNIO

En los seis primeros meses de 1967, la autoridad laboral aprobó 1.718 «expedientes de crisis».

En reunión clandestina celebrada en Madrid, las Comisiones Obreras celebraron su «Primera Asamblea Nacional». Estaban representadas la casi totalidad de las regiones de España. La asamblea discutió un orden del día destinado a fundamentar a nivel nacional la acción de este organismo, y a definir su futura línea de acción frente a todos los problemas de la clase trabajadora, «en lucha por sus reivindicaciones de clase y, muy particularmente, por la libertad sindical».

JULIO-SEPTIEMBRE

El Tribunal de Orden público ordena la destrucción de la obra editada por la Editorial ZYX, «Historia del Primero de Mayo», de la cual es autora Carmen López Pacheco.

El diario «Madrid» revela que «a raíz de declarar el gobierno el estado de sitio en Vizcaya, han sido deportados gran número de caracterizados dirigentes obreros. Se sabe de cien de éstos que, o bien han sido recluidos en cárceles de otras provincias, o enviados a pueblos retirados bajo vigilancia.»

La Acción Sindical de Trabajadores (A.S.T.) denuncia en su boletín del mes de septiembre «la multiplicación de los expedientes de crisis, la subida de los artículos de primera necesidad, como un intento del capitalismo español para mitigar su propia crisis a costa de los trabajadores». Y señala: «El año económico se presenta como crítico para la lucha de clases en nuestro país. La A.S.T., asumiendo el papel que le corresponde en esta lucha, destaca a todos sus militantes para que, a través del instrumento de lucha de la masa trabajadora—las Comisiones Obreras—se dé al gobierno una réplica adecuada el 27 de octubre, demostrándole que existe en la clase obrera un sentimiento de unidad superior a todas las presiones capitalistas.»

Conflictos sociales: en SACA, de Sevilla, los 500 trabajadores de la empresa han salido a la calle para pedir su incorporación en la nueva empresa surgida por la absorción de SACA por la empresa norteamericana Harvester Internacional. En Vich, la empresa Seca, Aco y Lowell ha despedido, mediante el «expediente de crisis», a un tercio de sus trabajadores. También han sido despedidos 246 trabajadores de la empresa Maquinista Terrestre y Marítima, de Barcelona, y, en Madrid, 700 de Manufacturas Metálicas. En Palencia, los mediante el «expediente de crisis», a un tercio de sus trabajadores después de declararse en huelga, seis millones de los veinte que desde hace tres meses les adeudaba la empresa.

OCTUBRE

- 5 - Varios miembros de la Acción Sindical de Trabajadores (A.S.T.) y del Partido Comunista prestaron declaración ante la policía y ante el Tribunal de Orden público de Madrid sobre una reunión de las Comisiones Obreras celebrada en esta capital, en la cual se adoptaron acuerdos para llevar a cabo una acción de masas a lo largo del mes de octubre.

- 10 - Elecciones de Procuradores en Cortes: 50 por ciento de abstenciones en Madrid, 63 por ciento en San Sebastián, etc.
- 17 - Detención en Madrid de Manuel Traba, destacado militante de Comisiones Obreras, y del abogado Nicolás Sartorius. Se habla de una vasta acción de la policía para impedir el desarrollo del «plan de lucha» proyectado por las Comisiones Obreras del 20 al 27 de octubre; las causas de la movilización son las siguientes: protesta por el incremento de los precios y la congelación de los salarios, contra el paro, los expedientes de crisis y los despidos, por la represión empresarial, policial y sindical y por la ley sindical proyectada sin la aprobación de los trabajadores. Según este plan, los manifestantes celebrarán asambleas por empresa, ramo, fábrica y barrio. El día 27 se llevará a cabo una huelga general de media hora al final de la jornada de trabajo, se boicotarán los autobuses de las empresas. Los trabajadores acabarán concentrándose en cuatro puntos de la capital. El «plan de lucha» prevé igualmente el trabajo a ritmo lento, la ocupación de fábricas, el boicot de los transportes públicos y del diario falangista «Pueblo», la organización de mítines-relámpagos, etc. Finalmente, huelgas de solidaridad si se practican detenciones.
En algunas empresas importantes como Marconi y Pegaso, y en los talleres de la RENFE, comienzan los primeros plantos y manifestaciones.
- 18 - Paros de trabajo en doce empresas metalúrgicas. En las afueras de la capital aparecen miles de octavillas invitando a la población obrera a sumarse a las manifestaciones.
- 19 - Detención de ocho miembros de Comisiones Obreras. Acciones reivindicativas y paros en cuatro nuevas fábricas madrileñas, en San Feliú de Llobregat y en dos minas asturianas. Los estudiantes deciden participar en la «semana de lucha» organizada por las Comisiones Obreras. Proyectan además ceremonias en homenaje a Che Guevara y a la lucha heroica del pueblo vietnamita.
- 20 - Doseientos miembros de Comisiones Obreras detenidos en Madrid y conducidos a la cárcel de Carabanchel.
- 21 - 2.000 obreros de Perkins se declaran en huelga para protestar contra la detención de Julián Ariza. Varios miembros de la Unión Sindical Obrera (U.S.O.) y de las Comisiones Obreras de Eibar (estos últimos bajo la acusación de haber atacado una comisaría para liberar a sus compañeros detenidos) comparecen ante el Tribunal de Orden público.
- 22 - Ochenta nuevas detenciones de militantes de Comisiones. Ascende ya a trescientos el número de detenidos. Se calcula que la casi totalidad de los dirigentes de esta organización está en manos de la policía.
- 23 - 10.000 obreros en huelga para protestar contra las detenciones de sus representantes. La prensa sigue guardando un silencio absoluto sobre las detenciones y los objetivos y el

desarrollo de la «semana de lucha». Importantes contingentes de la policía armada y de la guardia civil llegan a Madrid procedentes de dos provincias andaluzas a reforzar los efectivos de la capital. En reunión celebrada en la facultad de Ciencias Políticas y Económicas, los estudiantes deciden sumarse a las manifestaciones del día 27.

Detención del sacerdote-obrero Carlos Jiménez de Parga.

- 24 - En la capital, la acción de la policía ha «decapitado» las Comisiones Obreras. En las fábricas del extrarradio, el movimiento de protesta se amplifica a pesar de las detenciones de los militantes más destacados.
- 25 - Cuarto día consecutivo de agitación en las fábricas madrileñas, distinguiéndose Pegaso, Femsa, Telefunken, Standard, Telefónica, Vespa e Isodel. En Lámparas Metal, los obreros han ocupado la fábrica durante dos horas, saliendo después el personal en manifestación por una de las calles más populosas de Madrid. En cabeza iban gran número de mujeres.
- 26 - En el Juzgado de Orden público se está llegando al número de 500 sumarios. La redada contra Comisiones ha tenido tal amplitud que los testigos presenciales, y con ellos el corresponsal del diario francés «Le Monde», se interrogan: «¿Bastarán estas detenciones para frenar la acción de masas del día 27?» Un comunicado del Ministerio de la Gobernación señala que las personas que sigan «las directivas del Partido Comunista» el día 27 serán perseguidas y se expondrán a perder su empleo.
- En el País Vasco circulan octavillas de la Alianza Sindical; denuncian la «semana de lucha» como «una maniobra de provocación». «Alianza Sindical—señalan las octavillas—dirá cuándo y dónde deberán producirse las reacciones de los trabajadores... No os dejéis alucinar ni manejar por agentes disfrazados. Mantened en tensión vuestro espíritu de lucha.»
- 27 - La jornada del 27 de octubre, punto culminante de la «semana de lucha», se desarrolla en un ambiente de tensión extrema. El despliegue policiaco es realmente impresionante: las fuerzas del orden «ocupan» literalmente la capital. La jornada de lucha se inicia dentro del recinto universitario: 3.000 estudiantes resisten a las cargas de la policía montada, auxiliada en esta ocasión por perros policíacos. Por la tarde, la manifestación prevista moviliza cerca de cien mil trabajadores. Empezan los plantes, los paros de trabajo e intentos de ocupación de fábricas. Se distinguen en estas acciones Pegaso, Femsa, Siemens, Perkins, Isodel, Barreiros, Marconi y Standard Eléctrica, entre otras muchas. A la salida de las fábricas, los trabajadores inician la marcha hacia los puntos de concentración previstos, y ello a pesar de las cargas de la policía. En Atocha, la manifestación cobra un carácter extraordinariamente combativo. Simultáneamente, en varios puntos de la capital, se interrumpe la circulación al paso de los manifestantes: grupos de trabajadores rompen y quemán ejemplares del diario «Pueblo», esgrimen pancartas y gritan: «¡Libertad!», «¡Libertad sindical!» y «¡Franco no, Comisiones Obreras sí!». Frecuentemente apedreados por los manifestantes, los autobuses municipales circulan con un

«gris» armado al lado del conductor. A pesar de las detenciones preventivas y de la brutalidad policiaca, la clase obrera no ha retrocedido. Al final de la jornada, la policía ha practicado 1.500 detenciones, de las cuales serían mantenidas 800.

En provincias, el día 27 ha sido un día de agitación y manifestaciones obreras en numerosas ciudades españolas, destacando Bilbao, Pamplona, Vitoria, Sevilla, Santander, Aranjuez, Valencia, Huelva, Cornellá, Sabadell y Tarrasa. En esta última localidad, los incidentes tuvieron un carácter particularmente violento. 10.000 personas participaron en la manifestación. La guardia y la policía armada, desbordadas por los manifestantes, hicieron uso de sus armas, siendo atendidas varias decenas de personas en las farmacias próximas al lugar de la manifestación. Un muchacho joven fue herido en la espalda de tiro de bala y otro tuvo el vientre traspasado. Elementos falangistas prestaron un apoyo activo a la policía. Uno de ellos, Luis Casas, concejal y vicepresidente de la Sección local del Metal, colaboró en la detención de varios sacerdotes que participaron en la manifestación.

- 28 - El diario «Pueblo», órgano de los sindicatos verticales, calificándose a sí mismo de «diario de izquierdas» y de «periódico de más larga historia al servicio de los trabajadores», comenta en un editorial los acontecimientos del día 27. Señala en las hojas que lo habían escogido como «blanco de ataques y amenazas», la «enorme e inextinguible capacidad de deformación y ultraje... de quien desearía otra vez una España convulsa, fratricida e inerme». Para «Arriba», órgano del Movimiento, la jornada del 27 forma parte de una vasta conspiración internacional. Es el resultado de consignas «análogas a las que explican los incidentes de Le Mans, Mulhouse, Roma y Washington».
- 29 - Paros de trabajo en veintiuna empresas industriales de Madrid. Desórdenes en la Ciudad Universitaria: 1.500 estudiantes manifiestan para protestar contra la información tendenciosa de la prensa, y queman numerosos ejemplares de periódicos. Treinta y tres de los detenidos del día 27 son puestos en libertad. En Tarragona, la policía detiene al padre Damlán Sánchez y a los sacerdotes Juan Rocés y Agustín Sama; se les acusa de haber participado en los incidentes del viernes pasado. Otros tres religiosos han sido detenidos en Bilbao.
- 30 - En Tarrasa, quince trabajadores deberán comparecer ante un Tribunal militar. Nueve personas comparecen en Barcelona ante un Tribunal de Orden público.

NOVIEMBRE

- 2 - Se acentúa la represión contra los militantes de Comisiones Obreras, extendiéndose al personal de varias fábricas madrileñas. La empresa Lámparas Metal (de capital francés) despide a once obreras. En Textil Cornejo, veinte obreros pierden su empleo al haberse producido en esta empresa «alteraciones en el trabajo».

- 7 - Siete personas detenidas en Bilbao y tres en Sevilla.
- 9 - 3.700 metalúrgicos vascos dirigen una carta a Solís, ministro secretario del Movimiento y delegado nacional de Sindicatos, en la que protestan contra las destituciones, cada vez más frecuentes, de los enlaces y jurados sindicales elegidos en 1966. Se calcula en efecto que desde últimos del 66, más de 600 representantes sindicales han sido represaliados. 235 obreras de la fábrica Lámparas de Metal Mazda ocupan durante una hora su fábrica en señal de protesta por el despido de cuatro miembros del Comité de empresa y de cuatro empleados.
- 11 - Siguen las detenciones en toda la Península: tres en Madrid, cuatro en Barcelona, diecinueve en Bilbao. Ocho dirigentes sindicales de la RENFE han sido suspendidos de sus cargos. A pesar de la represión, los conflictos sociales se intensifican: así, en Flex de Sevilla e Isodel de Madrid. En Lámparas de Metal Mazda, la dirección sigue distinguiéndose en la represión antiobrero: el día 11, representantes obreros de varias fábricas madrileñas se presentan en la dirección para reclamar la reincorporación de los once trabajadores despedidos. Los obreros han paralizado la fábrica durante media hora en señal de protesta.
- 13 - Nuevos incidentes en Lámparas de Metal Mazda. Quinientos obreros manifiestan delante de la fábrica: exigen la reincorporación de sus compañeros expulsados. La policía interviene y lanza disparos al aire para dispersar a los manifestantes. Monseñor Morcillo, arzobispo de Madrid, ha retirado la autorización que había concedido a un grupo de sacerdotes. Estos proyectaban celebrar en una iglesia de Madrid una asamblea litúrgica para reclamar la liberación de los sindicalistas detenidos. Monseñor Morcillo ha estimado que se trataba de «un acto político». Los sacerdotes solicitaban del arzobispo una declaración en la que condenase la represión ejercida contra las Comisiones Obreras y se declarase en favor de la dimisión de todos los obispos procuradores en Cortes.
- 17 - En su discurso pronunciado ante las Cortes, el Jefe del Estado denuncia las «oposiciones desleales» y afirma que, durante muchos años aún, España deberá ser gobernada «con prudencia, comprensión y amor».
- 19 - El gobierno decreta la devaluación de la peseta (16,6 por ciento), colocando el cambio, con relación al dólar, en 70 pesetas.
- 21 - El Consejo de Ministros adopta un «Plan de Austeridad» destinado a «evitar el alza de los precios, a frenar el consumo y a restablecer el equilibrio de la balanza de pagos».
- 30 - 8.637 intelectuales, obreros y familiares de presos políticos envían una petición de amnistía política general al Jefe del Estado.
El diario «Madrid» (Opus Dei) denuncia como «insuficientes e incompletas» las medidas del gobierno y reclama «el derecho de despido y el derecho de huelga».

DICIEMBRE

- 1 - Clausura de la Universidad durante cuarenta y ocho horas a causa de la agitación estudiantil.
- 4 - Aumenta la tensión entre las autoridades académicas y gubernamentales y la Universidad. En Madrid, cientos de estudiantes se enfrentan violentamente con la policía. Esgrimen pancartas en las que se puede leer: «Franco, asesino. Feliz cumpleaños» y «Libertad». Los delegados de los sindicatos universitarios han decretado la huelga en señal de protesta por la detención de varios delegados de Salamanca y Sevilla. Estos delegados participaban en la preparación de un Congreso que debía elaborar los estatutos del futuro sindicato democrático.
- 6 - Se extiende la agitación universitaria. En Barcelona, Valencia y Salamanca, los estudiantes, reunidos en asambleas libres, deciden la organización de una «jornada nacional» de lucha. En Madrid, 50 estudiantes siguen detenidos en la Dirección General de Seguridad. Choques violentos en la Ciudad Universitaria de Madrid: la policía («las fuerzas vivas del país», según los estudiantes) moviliza contra la Universidad su aparato represivo.
- 7 - Cuarto día consecutivo de efervescencia en la Universidad. La huelga ha sido efectiva en la mayor parte de las universidades. Después de Barcelona, Valladolid y Salamanca, la universidad de Zaragoza se solidariza con la lucha de los estudiantes madrileños. En Madrid, la reunión nacional de coordinación finaliza sus trabajos.
- 10 - Detención en Madrid de 22 dirigentes universitarios a pesar de la tregua de tres días (efectiva si se convoca un congreso general de profesores) decidida por los estudiantes.
- 11 - Todos los estudiantes que participen en manifestaciones o en asambleas libres serán sancionados, afirma un comunicado de la Universidad de Madrid. Los estudiantes consideran este comunicado como una verdadera «declaración de guerra». Declaran que seguirán luchando por el reconocimiento de un sindicato democrático nacional.
- 13 - El Tribunal de Orden público de Madrid ordena el secuestro del libro «La huelga de Bandas», publicado por la editorial ZYX. El Tribunal Supremo rechaza el recurso interpuesto por los obreros de la empresa Laminación de Bandas. La resolución del Supremo precisa que «las huelgas no deben ser confundidas con los conflictos laborales. Si un conflicto toma la forma de una huelga o degenera en huelga, deja automáticamente de ser legal».
- 14 - Incidentes graves en la universidad de Zaragoza. Un millar de estudiantes manifiestan pidiendo «Libertad». En Madrid, la huelga ha sido total, celebrándose varias asambleas libres. La facultad de Ciencias Políticas ha sido clausurada por orden de las autoridades. En cuanto a la Ciudad Universitaria, sigue ocupada por la fuerza pública.

Una operación política del Opus Dei : la devaluación

La devaluación es un hecho real, decidido por el gobierno tomando como excusa la operación efectuada por el gobierno inglés con la libra esterlina. No podemos creernos que esto fue la causa, sino mas bien la ocasión. Como dijo un prestigioso economista: «Ha pasado el autobús y nos hemos subido en él.»

Ciertamente, existía una huida de capitales, una especulación contra la peseta y un gravísimo déficit en la balanza de pagos. Ante esto sólo cabían dos soluciones: firme declaración del gobierno de que no devaluaría y rápida política de austeridad; es decir, devaluar y anunciar un plan de austeridad. Mas para todo esto era necesario un gobierno que inspirase confianza, un gobierno seguro de sí mismo. Nada más opuesto al nuestro, como lo demuestran la cantidad de rumores y bulos que han circulado por la calle.

CONTRADICCIONES OFICIALES

Lo más importante no es la devaluación, sino las medidas de austeridad que la acompañan, porque esta devaluación sin austeridad perdería, según las «teorías oficiales», totalmente su eficacia. Hay además que garantizar la estabilidad o correr el riesgo de que a los pocos meses la gente se dedique a una loca carrera de gastos ante la inseguridad monetaria, con el consiguiente riesgo de otra devaluación.

Al aparecer el domingo 19 en la prensa la noticia de la devaluación de la libra, los medios financieros recordaban las palabras del ministro de Comercio en la Feria de Muestras de Valladolid:

«No habrá devaluación. Puedo asegurar categóricamente que el gobierno no ha pensado en ningún momento en la adopción de tal medida... No significaría en las condiciones actuales ninguna solución a nuestros problemas... Tales rumores no pueden provenir más que de... los deseos malintencionados de quienes anteponen el interés propio a las conveniencias del país.»

Esta era la postura del gobierno el 8 de septiembre de 1967. Dos meses y once días después, Wilson decreta la devaluación de la libra en un 14,3 por ciento. El domingo se reúne «con carácter de urgencia» el Consejo de Ministros y por la televisión nos enteramos de lo que ha sucedido con nuestra peseta. Los economistas se hacían tres preguntas: a) ¿Cómo conciliar Estabilización y Desarrollo? b) ¿Daremos carpetazo al Plan de Desarrollo? c) ¿Qué sucederá con los precios? Las dos primeras no tienen aún respuesta oficial. La respuesta a la tercera se conoce ya de antemano: los precios seguirán subiendo.

En su conferencia de prensa García Monco afirmó que el no devaluar cuando lo han hecho otros países sería nefasto (en contradicción con el discurso de Valladolid) porque la devaluación «supone un abaratamiento de las mercancías de los países que habían devaluado y esta situación perjudicaba nuestra capacidad de atracción del turismo». Este ha sido el principal argumento esgrimido por el gobierno: sin embargo, al consultar los datos existentes sobre nuestro comercio exterior, descubrimos que nuestras importaciones se reparten de la siguiente forma (entre enero y octubre):

— Valor en millones de pesetas :

	Importaciones	Exportaciones	Diferencia
Alemania	24.558,00	6.043,10	18.514,90
Francia	20.977,40	6.750,70	8.236,40
Italia	11.520,90	3.284,50	13.326,70
INGLATERRA	15.475,80	6.306,10	9.169,70
Estados Unidos	29.187,20	9.435,90	19.751,30

La lectura de estas simples estadísticas prueba que Inglaterra es sólo nuestro tercer cliente y cuarto abastecedor. Antes están Estados Unidos, Alemania y Francia. Por tanto, carece de validez el pretexto de un estímulo sobre nuestro comercio exterior, más aún si se precisa que el peso de nuestro comercio exterior sobre la renta nacional es sólo del 6,5 por ciento, en el caso de las exportaciones, y del 15 por ciento en las importaciones.

Otro argumento utilizado por el ministro, el déficit de la balanza de pagos, corresponde a una triste realidad. En los meses de enero-octubre, la situación de nuestro comercio exterior era la siguiente en cifras totales (en millones de pesetas) :

— Importaciones: 174.358,1. — Exportaciones: 64.116. — Diferencia: 110.224,1.

Es decir, un balance negativo de ciento diez mil doscientos millones de pesetas acumulado en sólo diez meses.

LAS MEDIDAS

En su conferencia de prensa, el ministro presentó las medidas «en términos generales», pero ni una sola vez se refirió al Plan de Desarrollo, por lo que, aun hoy, estamos esperando una declaración sobre el «futuro» de dicho Plan.

El día 25 de noviembre, el Ministerio de Hacienda dictó varias medidas, entre las que destacan:

1) El impuesto complementario y transitorio del 10 por ciento sobre los beneficios que excedan del 6 por ciento del capital fiscal.

(Hay que destacar el carácter ilusorio de esta medida. Los beneficios de las sociedades nunca pasarán de este 6 por ciento y éstas utilizarán los recursos habituales, para eludir los efectos de esta medida: ampliaciones de capital, nuevas acciones, etc.)

2) Se destinan más de 4.000 millones de pesetas para subvencionar artículos alimenticios.

(Lógicamente, para influir en los precios y estabilizarlos: sufrirá en primer lugar las consecuencias de esta medida el productor de «productos agrícolas» al no ir acompañada de una auténtica modernización de los circuitos de distribución, de una acción contra los intermediarios, etc.)

Se añaden una serie de medidas sobre los intereses del ahorro y de la banca y las ventas a plazos. Pero se sigue sin oír hablar del Plan de Desarrollo.

En este tren de medidas se notan dos grandes ausentes. Cabe en efecto preguntarse: ¿qué va a ser del presupuesto para 1968-69? Y, sobre todo, ¿qué va a ser del Plan de Desarrollo?, ¿cuál va a ser además la cuantía del seguro de paro?, ya que las empresas van a tener las manos libres. El propio ministro ha afirmado: «Se ha decidido facilitar mayores facilidades de reestructuración de plantillas de las empresas, reforzando el seguro de paro.»

Estas son las consecuencias que se podía sacar después de un breve análisis de la conferencia del ministro, pero más tarde las medidas de supresión de cargos y restricciones en el «tren de vida» de la Administración, así como los ataques de la prensa del Opus a la Secretaría general del Movimiento, nos hacen ampliar las primeras impresiones.

ASPECTOS POLITICOS

¿Ha sido la devaluación un tren de medidas de carácter puramente económico o simplemente la ha motivado la pugna Solís-Opus y monárquicos?

Un análisis de la composición de las nuevas Cortes muestra algo sorprendente, algo que nadie se esperaba en ningún momento: es el ver que Solís ha demostrado ser un buen dirigente de empresa y que ha manejado con gran habilidad la maquinaria del Movimiento. En efecto, dividiendo las Cortes en grupos, aparece el suyo como el más numeroso. No digamos el Consejo Nacional, que está totalmente controlado por él. La situación es tal que las votaciones en este último organismo han sido hechas a su capricho. Así, «ABC», parodiando la elección a secretarios de este organismo, elucubraba sobre las diferencias entre «elegidos y notados».

Con este panorama de fuerzas políticas, la aprobación del II Plan de Desarrollo en las Cortes era algo «posible», pero con recortes practicados en el seno de las Comisiones, en las que tendrían mayoría los hombres de Solís.

Sólo se podía evitar esta «derrota» del Opus consiguiendo un clima de «euforia nacional» en el que todo fuese posible: éste es el verdadero significado del Plan de Austeridad. Pero ¿quién ha sido el artifice de esta «operación»? García Monco ha sido solamente un instrumento, un «hombre de paja» avanzado para asegurar el éxito de la maniobra. Parece ser que el verdadero «cerebro» de la operación haya sido Navarro Rubio desde su puesto de director del Banco de España. En gran parte, esta maniobra debía constituir un primer paso hacia la creación de ese «Superministerio de Asuntos Económicos» que es actualmente el caballo de batalla de los diarios «Madrid» y «El Alcázar», y contra el que hacen campaña «Pueblo» y «Arriba».

Así como García Monco no tiene ambiciones ministeriales y en repetidas ocasiones ha afirmado que prefería volver a su antiguo cargo de director general del Banco de Bilbao (en donde tenía más poder e influencia), en cambio Navarro Rubio y López Rodó sí la tienen en grado sumo. El haber sido García Monco secretario del Ministerio con Navarro Rubio apoya esta tesis.

¿Quién se atreverá ahora a criticar el II Plan? Nadie. «Sería una traición a la patria.» Las medidas que han seguido a la devaluación han sido obra de García Monco, que nuevamente ha dejado bien claro que es un hombre de la banca. No cabe duda de que el volumen de créditos bancarios irá a las empresas que él y sus afines controlan.

En cuanto a las medidas de compresión de gastos en la Administración, son más que nada aparatosas. Según la prensa, representarán una reducción del gasto público del orden de 20 millones de pesetas. (Cuando los impuestos indirectos, que provienen principalmente de la clase obrera, representan las dos terceras partes del ingreso total de Hacienda.)

La devaluación, además de una hábil operación política, es la factura que pagará de nuevo la clase obrera para corregir temporalmente los fallos de nuestra clase capitalista, incapaz de superar sus contradicciones. Ahora surge la pregunta: ¿cómo reaccionarán los trabajadores? Las organizaciones que hoy día están en las avanzadas de la lucha obrera en nuestro país tienen la palabra.

J. NUNEZ ESPEJO.

Los expedientes de crisis y los despidos de personal

Mil setecientos dieciocho han sido los expedientes de crisis que fueron aprobados por la autoridad laboral en los primeros seis meses de 1967, según ha declarado el presidente de la Sección Social del Sindicato del Metal y concejal del Ayuntamiento de Madrid, don José Bañales Novella.

Esta cifra fría, sin embargo, ha representado para los trabajadores de otras tantas empresas el enfrentarse con un despido del puesto, en la fábrica, en la oficina o en el taller, que, quizá desde hacía muchos años, venía recogiendo hasta diez o doce horas diarias de su esfuerzo, de su sacrificio, de su entrega.

Los periódicos han hablado de los 3.000 despedidos de Barreiros, de los 1.200 despedidos de la Empresa Nacional de Hélices, de los 200 de la fábrica de ascensores Schneider, de los 700 de Manufacturas Metálicas Madrileñas, de los 400 de Motos Vespa, de los de Standard y de la amenaza latente de despidos en Pegaso, en Marconi y hasta nuevamente en Barreiros. Estas factorías madrileñas suenan, como puede sonar la Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona o la SACA de Sevilla, o la SAVA (filial de Pegaso), en Valladolid. Pero pasan más inadvertidos otros centenares de despidos, millares de despidos en empresas más modestas, como la mina Llori, de Langreo, o Prensa Gráfica, de Madrid. Mil setecientos dieciocho expedientes de crisis en el primer semestre de 1967 son una cifra impresionante, sobre todo porque sabemos que en los meses sucesivos la cifra ha ido aumentando, mientras que están a la espera otros muchos, cuyas resoluciones pueden constituir una auténtica catástrofe para la comunidad obrera española.

Los expedientes de crisis que presentan las empresas son complicados y necesitan de una serie de trámites burocráticos; pero esa elevada cifra de 1.718 da idea de su facilidad.

ACTITUD DE LOS TRABAJADORES

Ante esta avalancha que se nos echa encima desde hace unos meses, los trabajadores—en un porcentaje elevado—hemos quedado desconcertados. Sabíamos, con la experiencia propia o ajena, cómo hay que operar y reaccionar ante el Sindicato o ante la Magistratura, pero esto del expediente ante la Delegación de

Trabajo es algo nuevo. Muchos piensan que cuando se cae en las manos de la «autoridad laboral» ya no hay nada que hacer y que fatalmente se escapa lejos de nuestra posibilidad de defensa. La mayoría de nuestros compañeros afectados por el expediente de crisis, sin saber qué es lo que tienen que hacer, y sin saber si pueden hacer algo concreto y eficaz, se cruzan de brazos y suelen aceptar la solución oficial y la fórmula de arreglo que la empresa quiera darles.

Así, todo termina en la pérdida del puesto de trabajo y en el cobro de unas indemnizaciones—que en algunos casos pueden incluso superar las 200.000 pesetas, como en el de Manufacturas Metálicas Madrileñas—, pasando a integrar el trabajador el famoso «ejército industrial de reserva». ¿Valoramos exactamente la importancia de lo que todo esto significa o nos dejamos llevar por la euforia de un dinerito fresco y en mano como si con ello hubiéramos resuelto nuestras vidas?

Si se es joven, y sin compromisos familiares, puede ser agradable encontrarse con un dinero que nunca se había tenido y con tiempo para esperar, sin prisas, otro empleo. Si se es padre de familia, el dinero pronto recibirá mordiscos fundamentales, por exigencias urgentes que se dan en todas las familias, que habían sido aplazadas y que ahora encuentran la posibilidad de su realización. Pero si se tienen más de treinta años, es probable que el empleo no se encuentre con facilidad, mientras el tiempo y la necesidad van reduciendo aquella cantidad que con tanta alegría se cobró en el momento del despido.

Si conocéis a los compañeros de cualquier otra fábrica que hayan pasado por el expediente de crisis y el despido, preguntadles cuántos de ellos han encontrado empleo con facilidad. Hasta hace un año o año y medio, aún se publicaban en los periódicos muchos anuncios pidiendo personal. Ahora, el espacio periodístico se destina a informar de los expedientes de crisis y de los despidos de trabajadores.

La crisis económica que España está sufriendo como consecuencia de la excesiva contracción del mercado, a causa de un prolongado y no declarado plan de estabilización, aunada a los coletazos de la encubierta crisis económica capitalista de gran parte de los países occidentales, hará que los próximos meses sean aún mucho más difíciles.

En estas circunstancias, cuando en una fábrica o en un taller, alguien, ante un expediente de crisis, se decida por la aceptación voluntaria del despido a cambio de las migajas de una indemnización, que lo piense bien, ya que, por mucho dinero que le den, siempre será menos del que necesitará para darle de comer a su familia mientras encuentra otro puesto de trabajo, al menos similar al que perdió.

Ahora, cuando las empresas quieren deshacerse de su personal, nosotros tenemos que defender resueltamente el puesto de trabajo de cada uno. El que no lo haga está colaborando a la desmoralización de todos los demás y con ello a que la ola le llegue a él, tarde o temprano, de algún modo.

Y no olvidemos que las empresas pueden deshacerse de nosotros «legalmente» de dos formas: mediante el expediente de crisis y la indemnización económica o, simplemente, creando tensiones que nos lleven a caer en la tentación de paros laborales o manifestaciones similares que les faciliten la cancelación legal de los contratos de trabajo, gratuitamente, sin tener que pagar indemnización alguna.

En esta coyuntura española, no hay más que una solución: defender el empleo de cada uno y el de todos, la estabilidad en los puestos de trabajo, y oponernos a que los problemas de las empresas hayan de resolverse siempre a costa de los sacrificios del personal.

EL PLAN DE DESARROLLO Y LAS FACILIDADES DE DESPIDO

En el volumen titulado «Factores humanos y sociales», anexo al Plan de Desarrollo Económico y Social, elaborado por el Gobierno español para el periodo 1964-67, se dice: «El pleno empleo supone la utilización completa del factor trabajo y es una condición necesaria del desarrollo económico. Lo contrario supondría, además de una disminución de la producción, un incremento de los costos sociales.»

Entonces, si consideran que el pleno empleo «es una condición necesaria del desarrollo económico», ¿cómo es que están facilitando los despidos del personal, las reducciones de plantilla y las disminuciones en los programas de producción? Incluso, como en el caso de Manufacturas Metálicas Madrileñas, le dan a los patronos 140 millones de pesetas en créditos para que paguen las indemnizaciones de despido a 700 trabajadores. Evidentemente, esos 1.718 expedientes de crisis, incluso en empresas situadas en «polos de desarrollo», representan el más catastrófico fracaso de lo que—considerando la posible buena fe de los autores—era el aspecto fundamental, en lo social, del I Plan de Desarrollo.

Ahora se anuncia o se promete que, en el próximo Plan, van a crearse 992.000 puestos de trabajo. Esas son las previsiones en el papel. Después habrá que ver en qué quedará todo. Por otra parte, con esos nuevos puestos de trabajo habrá que atender a los despedidos de las tres o cuatro mil empresas que en este año tendrán aprobado su expediente de crisis, a los que regresan de Alemania, Francia o Suiza porque allí las cosas ya no van tan bien como antes, a los campesinos que huyen de las condiciones inaguantables de la vida del campo, donde el precio de los productos agrícolas sigue disminuyendo proporcionalmente en relación con el de los productos industriales y los servicios, y a la enorme masa de muchachos jóvenes que cada año llegan a los catorce o quince años con el deseo y la necesidad de trabajar para ayudar a sus padres. ¿Habrá para todos? Probablemente, no; más o menos encubierto, más o menos escandaloso, como el de esos trabajadores de un pueblo de Sevilla, que se manifestaron con pancartas para que todo el mundo supiera que estaban pasando hambre.

La teoría de los dirigentes de la política económica española, de acuerdo con los principios liberales, es que deben dar facilidades para que hagan todos los reajustes y replanteamientos que necesiten. Al mismo tiempo, tratan de favorecer la creación de otras industrias en las que, teóricamente, encuentre trabajo el personal desplazado de las otras. Así, piensan, no se frena el desarrollo económico, se da agilidad a la renovación de estructuras y se facilita la modernización de la industria del país.

Pero la vida es algo más importante que la teoría. ¿Cuántas veces los proyectos se realizan? ¿Cuántas veces se cumplen las teorías? Por otra parte, no hay que olvidar que los planes económicos como el español, de simple carácter indicativo, rara vez se cumplen. Así, en la práctica resultará que, como siempre, los perjudicados seremos los trabajadores, que nos encontraremos en la calle, pasando hambre y con el seguro de paro.

EL SISTEMA CAPITALISTA ES EL CULPABLE

¿Es que si la empresa no fuera capitalista sería el despido del personal la primera decisión que se adoptase para resolver cualquier problema económico? ¿Es que si las empresas fueran propiedad de los que en ellas trabajan también se recurriría, como ahora en las capitalistas, a reducir la plantilla?

En una empresa capitalista, los trabajadores, el personal, no tenemos más valor que el de un instrumento, el de una máquina. Cuando se funda una empresa capitalista, no se hace para dar de comer al personal, sino para conseguirle beneficios a los propietarios, a los capitalistas. Y cuando llegan los momentos de prueba, los momentos difíciles en los que habría que probar que la propaganda o la sonrisa de las «relaciones humanas» es verdad, entonces se ve la trampa con absoluta claridad.

Ahora, bien por exigencias de modernización técnica o por dificultades económicas coyunturales, ¿no hay más solución que el despido? ¿Se plantea cualquier otra solución que pudiera no perjudicar y hasta beneficiar al obrero? En general, por las cabezas de los capitalistas, estas ideas no pasan. Ellos buscan siempre su beneficio, la defensa de sus intereses. Por ello, si ahora ellos buscan los expedientes de crisis y los despidos de personal, nosotros tenemos que oponernos para que no salgan con las suyas.

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA ES TECNOLÓGICAMENTE ANTICUADA

«Es una necesidad ineludible—ha dicho en una declaración el presidente del Sindicato Vertical del Metal, don José Ramón Esnaola Raymón—modernizar y ampliar los medios de producción para adecuarlos a las exigencias de la técnica y del consumo.»

Ahora bien, ¿qué es lo que ha pasado para que lleguemos a esta situación? Sencillamente, que una parte importante de la industria española se ha montado no sobre las posibilidades de la productividad de la moderna tecnología, sino sobre el esfuerzo humano de los trabajadores.

Como el obrero español tenía, y tiene, un bajo nivel de ingresos, en comparación con el de otros países, cuando se pensó en industrializar se hicieron números, y los patronos comprobaron que era económico montar las fábricas a costa del sudor humano. Era económico y rentable. Por otra parte, debido a las circunstancias que están en el ánimo de todos, los obreros carecíamos de organizaciones de defensa y formación social plenamente eficaces. Eran las condiciones ideales que el capitalismo podía encontrar par la explotación del trabajador.

Pero las dificultades propias del sistema económico capitalista hicieron que los «neoliberales» pensarán en que una buena forma de colaborar a la estabilización era romper los aumentos generales de jornales que antes se practicaban periódicamente. Se introdujo para eso la «ley de convenios colectivos». Gracias a ella, los trabajadores tendríamos que adaptarnos a lo que en cada empresa o rama de industria pudiéramos arañarles a los patronos, conformándonos con lo conseguido, que nunca sería igual en cada sector.

Sin embargo, esta ley tuvo efectos quizá inesperados. Los trabajadores comprendimos que teníamos que luchar por nuestros intereses y se nos animó a ello, aunque sin demasiadas facilidades. Adquirimos conciencia de muchas cosas y fuimos madurando en ella, aunque fuera elementalmente. Gracias a esta lucha, hemos ido mejorando los niveles salariales, y aunque desde hace varios años sólo—en el mejor de los casos—nos dejan recuperar lo perdido por el aumento del costo de la vida, nos hemos situado a un nivel que, aunque no puede ser satisfactorio para nosotros, al menos hemos hecho que los patronos tengan que replantear sus cálculos iniciales. Los trabajadores españoles somos más caros que hace unos años. Según muchos patronos, empezamos ya a ser más caros que las máquinas...

Por otra parte, ahí está el fantasma de la entrada en el Mercado Común, y la necesidad de exportar, de ampliar nuestros mercados para poder mantener unos niveles de producción necesarios para la economicidad de las empresas. Pero, más allá de nuestras fronteras, después de la guerra mundial, no se partió del decaimiento de la clase obrera, ni de un atraso cultural de siglos, ni de un nivel de vida bajísimo. Los empresarios tuvieron que pensar en que las fábricas sólo serían rentables si se incorporaba a ellas la moderna tecnología. Es decir, lo contrario que en España, y eso ha producido un abismo insalvable, algo que asusta a los patronos de nuestro país.

Las industrias españolas no tienen más remedio que abordar un replanteamiento en profundidad. «La expansión de este sector—dice el presidente del Sindicato vertical del Metal—requiere inversiones muy fuertes, y al no poder disponer de medios propios para el autofinanciamiento ni de estímulos para atraer al ahorro privado, la financiación se ha efectuado en una parte muy importante con capitales ajenos (extranjeros), lo que representa, sobre los costos, una carga financiera muy considerable, desde luego superior a la rentabilidad que se obtiene en estas industrias.»

Si resulta que parte de la industrialización se ha hecho con capital extranjero, y eso lo sabemos nosotros, y que estas inversiones no resultan ventajosas, ¿por qué se sigue la política de favorecerlas? Ahora, cuando hay que modernizar la industria española, los propietarios de estos capitales extranjeros piensan mucho lo que han de hacer. Si la industria no ofrece amplias garantías de beneficio, entonces procuran y procurarán, por todos los medios, cerrarlas para atender el mercado nacional con la producción de la industria matriz extranjera. ¡Qué les importa a ellos España y mucho menos los trabajadores españoles!

Pero lo grave es que gran parte de esta industrialización que ahora se liquida alegremente al mejor postor extranjero o la que se defiende a cambio de echar personal español, ha sido montada a costa de los sacrificios de muchos años del pueblo español. Durante los años del hambre, los capitalistas, los patronos pudieron pasar, quizá, dificultades de abastecimiento, pero nunca hambre, auténticamente hambre, como nosotros los trabajadores. Estos sacrificios, nuestro sudor, nuestros bajos jornales, y también, no hay que olvidarlo, nuestro dinero, a través de las inversiones de mutualidades, montepios y cajas de ahorros, facilitaron la industrialización.

Actualmente, más de doscientos mil millones de pesetas de los trabajadores están invertidos en las empresas españolas. Es el dinero que nuestras mujeres, con tantos sacrificios, reúnen en las cartillas de ahorro, son los fondos de las mutualidades y de los montepios, que se nos descuentan todos los meses, es el dinero que envía el exilio laboral, desde Alemania, desde Francia, desde Suiza o desde Holanda, cerca de un millón de compañeros nuestros. Todos estos cientos de miles de millones ¿han servido o sirven para que, llegado el momento decisivo de la transformación industrial, se cuente con nosotros como personas humanas?

Nosotros no tenemos la culpa de que la industria española esté como está, que la economía española se encuentra en crisis. Hace unos días, en Barcelona, el subdirector del servicio nacional de productividad, del ministerio de Industria, decía: «España representa el 18 por ciento de la productividad de los Estados Unidos», y añadía que sólo Grecia y Portugal están por debajo de nosotros. Estas eran sus palabras finales: «Creo que tarde o temprano, lograremos incorporarnos, si bien es difícil saber cuándo, al nivel de los restantes países europeos. Piensen—seguida diciendo—que, al mismo tiempo que incrementamos la productividad, también lo hacen los demás países. Lo único que cabe esperar es que ellos alcancen un grado de saturación que nos permita escalar rápidamente puestos.»

Estas declaraciones son sangrientas. Entonces, resulta que la industrial de los países occidentales, replanteada después de la guerra mundial, es decir, prácticamente, al mismo tiempo que surgía la nuestra en un importante porcentaje, alcanza hoy unos niveles de productividad muy superiores a los nuestros, infinitamente superiores a los nuestros, al tiempo que absorbe nuestros «excedentes laborales», a los cientos de miles de compañeros que no encuentran trabajo en su tierra, mientras que en España nos quedamos atrás, terriblemente atrás. Y así llegan ahora los pa-

tronos a la conclusión de que la industria de los últimos treinta años es una industria anticuada, no competitiva, buena para andar par casa, como si el mundo acabase en los Pirineos y no hubiera al otro lado nada más ni necesitásemos del mercado mundial.

¿Es que los demás países han ido muy aprisa? Es probable que hayan caminado aprisa, pero también es verdad que la industria española nació anticuada porque así convenía al capitalismo—considerando la baratura del obrero—y que la han mantenido anticuada mientras les ha convenido. Cuando hace años empezaron a «racionalizar» las industrias, los métodos de tiempos y de control la normalización de actividades, para tratar de obtener una mayor productividad con la que enjugar la carga creciente de nuestras reivindicaciones salariales, los sistemas empleados ya no se aplicaban ni en los países que los había inventado, correspondían a estadios superados del desarrollo industrial.

Los trabajadores no somos responsables de que la industria española sea anticuada cuando debió ser moderna desde el primer día. Los trabajadores no somos responsables de que la productividad media de la industria nacional sea tan baja. Que se exijan en este momento las responsabilidades a quien sea, pero que no se pretenda salvar una industrialización, montada sin ambición de servicio comunitario, sobre las espaldas y el nuevo sacrificio de los trabajadores, mientras que los que siempre prosperaron seguirán beneficiándose, en el éxito y el fracaso, con el amparo económico del Estado en algunas ocasiones. Ahí está, como ejemplo, la subvención concedida a los compradores de Manufacturas Metálicas Madrileñas de Villaverde (Madrid)—ciento cuarenta millones de pesetas—para el pago de la indemnización de despido a setecientos compañeros nuestros.

Las industrias españolas y sus empresarios prefirieron un montaje atrasado porque les convenía, y es más, se montaron unos aranceles aduaneros para proteger esta anticuada industrialización, garantizándoles así unos elevadísimos beneficios durante muchos años. ¿Debemos ser ahora los trabajadores los que les saquemos las castañas del fuego?

¿ QUE SE HACE DE LOS MILLONES DE LA SEGURIDAD SOCIAL ?

LA SEGURIDAD SOCIAL DESNATURALIZADA ES UN INSTRUMENTO DE CAPITALIZACION

En nuestro boletín verde correspondiente al pasado noviembre publicamos las recaudaciones y prestaciones de la S.S. española correspondientes a los años 1958 a 1962. Según los datos que entonces disponíamos, en sólo esos cinco años se había obtenido un superávit de ingresos sobre prestaciones que ascendía a

25.879 millones de pesetas.

Hoy tenemos a la vista el «Informe social 1965» de la Asociación Católica de Dirigentes (Barcelona), de cuyas páginas 134 y 135 extraemos los datos según los cuales en sólo dos años, 1964 y 1965, ha vuelto a quedar un remanente no consumido por la S.S. que representa más del 51 por ciento de sus ingresos y que alcanza la voluminosa cifra de

49.423 millones de pesetas.

Si a esta cifra agregamos el remanente que, comprobamos en el artículo citado, ascendía para los años 1958-62 a

25.879 millones de pesetas,

nos encontraremos que en sólo siete años la S.S. ha acumulado la fantástica cantidad de

75.302 millones de pesetas

para finales del año 1965, y ello aun sin contar con lo que haya pasado antes de 1958, y sin incluir el año 1963, del que carecemos, al menos nosotros, de información. La realidad actual, referida a finales de 1966, no es, por consiguiente, ninguna utopía que la calculemos en más de

25.879 millones de pesetas.

LOS REMANENTES DE LA S.S. SON TRES VECES AL CAPITAL TOTAL DE TODA LA BANCA PRIVADA DE ESPAÑA

Para comprender lo que esta cifra significa para la economía española, basta compararla con el capital de la banca española. En 1965, el capital total de la banca española, incluyendo las reservas, ascendía a **43.270 millones de pesetas.**

Reflexiónese acerca del dominio económico que el capitalismo financiero mantiene sobre la economía española y se puede uno hacer idea de la influencia que supondría si la clase obrera, auténticamente organizada, pudiera maniobrar con las reservas de la S.S. No sería ninguna ilusión augurar el dominio obrero de la economía española, capaz de neutralizar y aun superar al dominio bancario, si los 125.000 millones ahorrados por el trabajador español fuesen constituidos en un Banco sindical, con un poderío financiero tres veces superior al de toda la banca privada junta.

LA S.S. DESNATURALIZADA SIRVE A LA CAPITALIZACION DEL PAIS

En cambio, resulta incomprensible que ese volumen de millones, de tantos miles de millones, cuya naturaleza constituye un ahorro forzoso impuesto a los trabajadores españoles, esté sirviendo a la capitalización del país al margen y con exclusión de sus reales ahorradores.

El profesor Tamames pone de manifiesto que «se está utilizando la Seguridad social como un instrumento de ahorro forzoso» y, dejando ahora el juicio que merezca ese forzamiento y esta desnaturalización de la S.S., lo que en todo caso no puede ofrecer duda es que los usuarios de tal ahorro deben ser los que los han realizado.

Ya es bastante imponer un ahorro forzado y con un volumen que para el año en curso no es aventurado suponer que llegue a alcanzar los 40.000 millones de pesetas (casi tanto como el capital total de la banca); pero si a ello se le agrega la expropiación también de su uso, de su utilización, nos encontraríamos que ningún jurista dudaría mucho para calificar.

LAS PRESTACIONES POSTERGADAS PADECEN Y URGEN SOLUCION

Pese a lo sugerente, que es la idea de un Banco obrero, creemos que mucho más que ello, y con una urgencia que no tolera más demoras, deben actualizarse muchas de las prestaciones de la S.S., y especialmente las de vejez.

Resulta incomprensible una S.S. tan boyante como la española, en la que últimamente el 50 por ciento de sus ingresos quedan como superávit, pueda estar dando a sus ancianos unas jubilaciones que el informe que comentamos no titubea en calificar de «mezquinas». Son legión los ancianos que perciben sólo 500 pesetas mensuales, y, desde luego, la jubilación media era en 1963 de unas 13.000 pesetas anuales, lo «que hoy continúa siendo prácticamente igual».

Con lo que se percibe por retiro obrero, «la jubilación significa una carga para la familia, convertirse en objeto de caridad o beneficencia para muchos, o un esfuerzo extraordinario para ganar algo libremente (cobros, vigilancia nocturna, trabajo a domicilio a irrisorio precio, etc.) con lo que compensar la deficiencia de ingresos». Triste cuadro de tantos ancianos que consumieron su vida en el trabajo y para colmo enmarcado en el marco de una S.S., quizá la más cara de Europa, con un superávit de cientos de miles de millones, que continúan ahorrando el 50 por ciento de sus ingresos.

Se trata de un gravísimo problema, cuyo valor humano no podría ser considerado en una visión puramente técnica y económica; aunque económicamente fuese irremediable, exigiría, por imperativos éticos y sociales, una solución, pero tanto más dado el estado financiero de nuestra S.S.

Prolongar la situación de los ancianos sujetos a prestaciones claramente insuficientes, ¿qué justificación puede tener?

Se trata de una pregunta clase, de una pregunta bastante seria, que apremia respuesta.

El movimiento libertario ¿frente a su pasado o a su porvenir?

Se ha dicho, y se repite, que a los exilados españoles se nos paró el reloj en 1939. Esta frase lapidaria, exenta de explicaciones, requiere para su comprensión ciertas formulaciones sin las cuales resulta una abstracción. Toda interpretación política, sociológica, debemos situarla en un contexto histórico determinado. Si ignoramos la configuración de la sociedad española de fines de siglo, la famosa exclamación de Silvela «España es un país que ha perdido el pulso», nos resultará incomprensible.

No podemos, pues, desconocer la situación, tanto de España como del exilio, para llegar a tal conclusión; vale decir, que en modo alguno nos identificamos con este alto en el acontecer histórico. Nadie quiere reconocer que se le paró el reloj, pero cada día se confirman nuevos hechos que demuestran nuestra actitud paralizada y paralizante. La vida, y por vida entiendo el desarrollo dinámico e impulsor de los pueblos, es y debe ser inexorable con el pasado caduco e inoperante. Y retraso habrá en nosotros mientras no tomemos los cuernos de la Historia por la mano... Hecho este preámbulo, tratemos de ceñirnos al tema que nos ocupa.

EL FRANQUISMO TRIUNFO

En primer lugar, hemos de reconocer, y no pretendo descubrir ningún mediterráneo, que el franquismo triunfó, y que a este hecho, contrario a nuestros deseos, no se le puede llamar ya régimen de transición, pues ha sabido establecer las bases, con alteraciones cierto, que le permiten sobrevivir o, lo que viene a ser lo mismo, conservar los privilegios de las clases que representa y evitar un retorno a un régimen Segunda República con predominio de fuerzas izquierdistas. Al finalizar la guerra civil, nadie creía en la capacidad de resistencia y de adaptación del sistema. Este, se decía, sin una base popular que le sostenga, jamás podrá durar. Los hechos nos han probado lo contrario. Apenas establecido, el franquismo destruyó totalmente las fuerzas progresistas, la represión y el terror lograron crear una psicosis de pánico y atrincheramiento en los vencidos, tanto en los que allí quedaron como en los que huyeron al exilio. Las izquierdas españolas arrastrarían durante años este clima de represión y un complejo de derrota. No ignoro los focos de resis-

tencia que se mantuvieron en montes y ciudades. No ignoro la actitud digna de los militantes que sufrieron años de cárcel, la tortura y la muerte. La represión y los años han terminado con ellos. Los opositores del interior, hartos de sufrir persecuciones y de esperar en vano la salvación del exterior, sin posibilidad alguna de agrupación, centraron sus esperanzas (los hombres de la CNT también) en las soluciones políticas: esperanza en los aliados, en compromisos con los monárquicos, etcétera. Se veía en suma al franquismo como a un incidente histórico, una etapa transitoria, un régimen sin posibilidad de existencia. Pasados los primeros desengaños, los militantes se alejaron cada día más de la vida pública, atrincherándose en su comprensible dignidad de antifranquistas. Su pasado los inhabilitaba para desempeñar la más mínima responsabilidad en la vida política, sindical, cultural, etc. Alejadas estas fuerzas vivas de la sociedad española, el franquismo prosiguió de forma inexorable la despolitización del pueblo español, creando a su vez el clima de indiferencia política que ha caracterizado a la sociedad española estos últimos años.

EL DRAMA DEL EXILIO: UN MOSAICO DE FUERZAS DIVERGENTES

Echemos ahora un vistazo a las fuerzas del exilio. Posiblemente este pudo haber hecho más de lo que hizo. Empero, a fuer de sinceros hemos de reconocer que lo que se le pedía estaba por encima de sus posibilidades, máxime si tenemos en cuenta el mosaico de partidos que lo componían. Nuestro profundo deseo de terminar con el franquismo nos ha conducido a pensar que si éste se mantiene, la culpa es nuestra. Una vez más, los sentimientos, la pasión, han orillado la realidad, la razón, pero ésta, con su cruda y dramática realidad, ha terminado por imponerse. Este fenómeno ha creado en los hombres más sensibles del exilio un estado psicológico de impotencia, rayano en el masoquismo.

El exilio trajo consigo lo mejor de España: pueblo, hombres de ciencia, escritores, artistas que han honrado a la España peregrina. Pero heredó además los males de la guerra. Al extremo que resulta impropio hablar de exilio español, mejor será referirse a un conglomerado de fuerzas antagónicas e irreconciliables incapaces de ofrecer una política coherente, tanto a aquellos que luchaban en el interior de España, como a aquellas fuerzas que posiblemente hubieran sido más receptivas á nuestras llamadas si la alternativa que ofrecía el exilio hubiera sido otra. Conjunto de fuerzas divergentes, cada una de ellas pretendía ofrecer separadamente su solución al «problema español» y gastaba sus energías combatiéndose mutuamente.

El Partido Socialista Español, fiel a su vocación democrático-burguesa, confió en la intervención de los aliados, laboristas, monárquicos... postura ésta que correspondía, por lo demás, a su tradición política. Esta posición de espera no daba satisfacción a la CNT, que por su cuenta entendía llevar a cabo una política de acción directa y de hostigamiento al franquismo. Esta línea de acción condujo a centenares de sus mejores militantes al paredón de ejecución o a años de presidio, sacrificio de hombres

cuya ausencia paga hoy el Movimiento Libertario. Al revelarse inoperante esta línea de acción, el M. Libertario se halla totalmente desorientado. Precisaré que la constatación de un hecho en nada implica su aceptación. Los terremotos son fenómenos naturales y de nada sirve negar su existencia. Se producen sin tener en cuenta para nada nuestro criterio sobre su naturaleza. Reconozcamos, empero, que el simple mantenimiento de esta línea de acción daba, por lo menos, una apariencia de cohesión en las filas libertarias. La unificación confederal produjo un resurgir esperanzador que pronto se vería frustrado. Los acuerdos que se tomaron en aquel lejano y ya casi olvidado congreso de Limoges fueron posiblemente demasiado ambiciosos y acordados a contrapelo. A partir de este último congreso de la CNT, se ha puesto en evidencia toda la tragedia de nuestro Movimiento.

Una organización cargada de años, casi caduca, pero que en modo alguno quiere renunciar a su acción directa, a su mística revolucionaria, a su combatividad y a su apoliticismo. Resultan conmovedoras esas manifestaciones colectivas de fervor revolucionario: ello se comprende, pero no basta. Colectivamente no renunciamos a la acción violenta, pero individualmente no estamos dispuestos a realizarla. Y no estamos dispuestos, no porque en las filas de la CNT no haya aún hombres dispuestos a dar su vida en aras de una causa, sino porque en nuestro fuero íntimo arrastramos el complejo de la derrota y constatamos nuestra ausencia de la escena política y sindical española. Además, el exilio se complace en rememorar un pasado idílico que contribuye a mantener el estado letárgico en que nos hallamos. Hemos creado una literatura autoelogiadora, casi podríamos decir para auto-adularnos. La evocación constante de las luchas revolucionarias, las hazañas en los campos de combate, la toma de Brunete o la defensa de Madrid. Ello puede dar satisfacción a quienes vivieron esas horas de intensa lucha revolucionaria, pero difícilmente a quienes no participaron directamente en esas gestas históricas. Junto a la evocación de esos recuerdos se ha alimentado una interpretación folklórica y arbitraria de España y del hombre español. Según esta interpretación, el español vendría a ser algo así como un dechado de virtudes revolucionarias: indómito, generoso, valiente, de recia individualidad; en suma, la encarnación del ideal anarquista. De ello habría que deducir que jamás desaparecerá de España la semilla libertaria. El Quijote es nuestro ideal, pero nos olvidamos no ya del bueno de Sancho, que tenía tanto de Quijote como su dueño y señor, sino de un Torquemada, de un Escrivá, fundadores de instituciones y partidarios de la más absoluta disciplina. Nosotros rechazamos totalmente esta interpretación folklórica y arbitraria. No creemos en la existencia de rasgos psicológicos o de aptitudes políticas inmutables. La contextura espiritual y las aptitudes vitales de un pueblo se modifican según las influencias que recibe. Tanto es así, que a pesar de la tradición y del arraigo de la religión católica en el español, la Iglesia vela permanentemente por la conducta religiosa de sus feligreses y ejerce una constante recristianización.

A la CNT del exilio como a la del interior, en su calidad de organización sindical revolucionaria, le cabían dos alternativas: una, desarrollar una acción violenta de hostigamiento al régimen, ofreciendo como solución la revolución social, y la otra, en tanto

que fuerza sindical, colaborar con aquellas formaciones democráticas que presentaban una alternativa política a la situación española. Circunstancias históricas y doctrinales (la creencia en la fragilidad del franquismo) hicieron optar por la primera alternativa. Una fracción considerable de compañeros optó por la segunda. No se trata de condenar posturas del pasado, sino de analizar el presente y ver en qué medida podemos ser todavía fuerza viva en la panorámica española. Lo que hoy ya no se puede aceptar es la reivindicación de la acción violenta y revolucionaria, reivindicación por lo demás puramente teórica, y únicamente la media colaboración con formaciones católicas, nacionalistas y marxistas.

Si hacemos un balance sincero de casi treinta años de oposición, hemos de reconocer que se saldará por un fracaso. Nuestra acción revolucionaria, lucha violenta, o como se le quiera llamar, no iba acompañada de una formulación política clara y coherente. Y en los años de la postguerra resultaba incongruente fortalecer una oposición política basada en una acción sindical, cuando esta última no tenía vida pública y por consiguiente ninguna posibilidad de desarrollo.

No ignoro que nada se pierde en la sociedad, que la semilla cenetista y libertaria dará sus frutos. Qué duda cabe que la tradición revolucionaria y sindical española servirá de ejemplo a las nuevas generaciones; esto nadie lo duda, pues sabido es que nada sale de la nada. Pero de lo que se trata es de mantener, conservar, desarrollar, en su forma más libertaria, precisamente esas prácticas que hicieron grande a nuestro movimiento. Cada época tiene un estilo de acción que hemos de saber captar. En España se manifiestan movimientos y tipos de acción que guardan contornos libertarios: tarea esencial nuestra es participar en sus formulaciones, aportando toda nuestra savia libertaria.

Reanudando el hilo diré: nuestra organización no puede desde el exilio, y posiblemente tampoco desde el interior, llevar a cabo una acción violenta contra una dictadura fuertemente centralizada y con capacidad de represión incalculable. Para que una lucha sea eficaz se requiere la existencia de un organismo cuya capacidad de acción y de decisión no sea entrabada por la mecánica orgánica y, además, halle en su seno los elementos aptos para la aplicación de la política elaborada por el conjunto orgánico. Premisas estas casi totalmente ausentes en el campo libertario. Y digo casi, porque los organismos superiores poseen tal recurso de acuerdos que cualquier orientación halla una sanción orgánica.

Privados pues de una línea de acción coherente que dé satisfacción a una mayoría eficiente, nuestro movimiento se debate entre dos polos, y así vamos dando bandazos. Esta ausencia de cohesión está haciendo estragos en nuestras filas y nuestro rabiloso e ibérico individualismo nos está atomizando. Hoy nos hallamos con una CNT compuesta por reinos de taifas, compartimentos estancos, en peñas y grupos de amigos que discuten, y creen cada uno de ellos interpretar el sentir libertario. Ante tal situación, no es de extrañar que surjan las posiciones más incongruentes, que son, lo que resulta más grave, obra de militantes sinceros y que creen actuar como buenos libertarios.

Así hemos podido presenciar la eclosión de ASO, que en sus primeros pasos despertó ciertas esperanzas en la militancia más activa. El error, si error cabe, fue que los militantes de ASO, cortados del resto de la Organización, tomaron acuerdos y una orientación para los cuales no se estaba preparado. Sus tomas de posición y, posiblemente, la representatividad dudosa de alguno de sus hombres, los alejaron totalmente de la base orgánica. Posteriormente y en pequeño conciliábulo, y también de espaldas a la base, se inician las desgraciadas negociaciones con elementos de la CNS. Decisión que muestra una falta de rigor analítico y una ausencia completa de visión política y sindical. Hemos de constatar que cuando el Movimiento requería, en los años de la postguerra, una actitud política, nos encerramos en las posiciones radicales y sindicales, y hoy, que se requiere una presencia sindical, nos involucramos en aventuras políticas de baja altura. Ignoramos los designios de quienes condujeron tales tractaciones, admitimos inclusive que fueron guiados por las mejores intenciones y sin ambiciones personales. Un hecho subsiste: la CNT ha salido desprestigiada, dividida y más alejada de la clase trabajadora. No se trata de lanzar anatemas contra estos compañeros, ni de querer justificarlos bobaliconamente diciendo que sufrieron años de cárcel y que, tratándose de buenos compañeros, nada de lo que puedan hacer está mal hecho. A esas consideraciones de orden moral cabe responder que a los hombres políticos, sindicales se los debe juzgar sobre premisas políticas o sindicales y no sobre premisas morales. Podemos admitir que las intenciones de Stalin eran inmejorables, pero los medios que utilizó para conseguir sus fines eran monstruosos y por consiguiente representaban la negación de lo que perseguía. Las premisas políticas tienen más importancia para estos sindicalistas «apolíticos» que los problemas que afectan al mundo del trabajo y que hoy, bajo nuevos impulsos, van tomando vigor y fuerza.

En cuanto a la posición mayoritaria de la CNT en el exilio, si nos referimos a los acuerdos tomados en el pasado pleno celebrado en Marsella, ofrece una triste y lamentable caricatura de lo que la CNT representa. Se ha elaborado, en nombre del anarquismo, toda una legislación represiva destinada a eliminar y a desprestigiar a cuantos militantes no acepten los acuerdos paralizantes que predominan en el Movimiento, y ello gracias a la apatía general y al sabio manejo de la intriga. El maccartismo se ha impuesto en nuestras filas. La trágica de esta situación es que hay buenos militantes que están obsesionados en conservar no sabemos qué caudal ideológico que les hace ver brujas por doquier. Cuando debieran saber que la Organización mantiene una alianza sindical donde se encuadran socialistas de formación marxista y nacionalistas católicos vascos que poco o nada tienen de revolucionarios. Y conste que si en el orden táctico es un imperativo colaborar con esas fuerzas, en el plano teórico hemos de insistir en lo que nos separa. Pero donde se manifiesta una contradicción flagrante e insólita es en querer mantener al margen, ignorar otros movimientos cuyas posiciones son más revolucionarias y más libertarias que las sostenidas por las dos formaciones que hemos mencionado.

Parece ser que expulsando de nuestro cuerpo el tumor del « reformismo » o, hablando sin eufemismos, a cuantos se oponen

a una corriente determinada, habremos recobrado la fuerza, la tranquilidad de espíritu y lograremos vencer de esta suerte cuantos obstáculos se oponen a la victoria final. Aceptar tales premisas sería tanto como reconocer la necesidad de una línea monolítica, sin posibilidad de expresión o de oposición en la base. En realidad, es una forma inconfesada de reconocer nuestra impotencia. Ningún vencido acepta que en su seno puedan subsistir las razones de su derrota. Se dirá, pues, que, llegados a esta conclusión, la mejor será tumbarse a dormir, a lo que cabe responder que de ninguna forma, y luego veremos el porqué. No hay lugar a dudas que si planteamos el dilema entre Comunismo libertario o nada, la respuesta será nada. Ahora bien, creo que tenemos otras alternativas que ulteriormente desarrollaré más ampliamente.

Entre las corrientes que hoy se manifiestan cabe también señalar la expresada por un núcleo considerable de la organización juvenil. Corriente de opinión apoyada sinceramente por veteranos compañeros, y vista con ojos menos desinteresados por diversos grupos, cuya adhesión a la corriente juvenil es principalmente una reprobación a la orientación orgánica actual.

Este grupo juvenil entiende ser fiel, y cabe reconocer que tiene razón, a lo que fueron acuerdos del Congreso de Limoges de 1961, y, lo que todavía tiene mayor importancia, entiende ser el único bastión revolucionario de nuestro Movimiento. No vamos ahora a discutir si esta actitud corresponde o no a los acuerdos de 1961, o si es la única correcta que cabe adoptar. Lo cierto es que a, pesar de sus dignos y loables sacrificios, privados del apoyo del conjunto orgánico y sin unos objetivos inmediatos que hagan mella en las nuevas generaciones, su lucha nos parece estéril. Hay que decir en su honor que, con alteraciones, aciertos y desaciertos, han sido consecuentes con sus convicciones y que hoy pagan con su libertad el empeño de su constancia.

Las prácticas federales eran eficaces en la medida en que la base orgánica mantenía una acción directa sindical, que le obligaba a ejercer su capacidad de lucha y por consiguiente a mantener una tensión política y revolucionaria defendida por la base con gran independencia de criterio. Falta del aguijón de la lucha, instalada como una planta exótica en el invernadero del exilio, esta base no ha podido conservar su independencia de criterio; en efecto, cortada de la vida sindical, alejada del medio social que le daba vida, difícilmente podía aportar en el plano teórico las soluciones tanto políticas como sindicales que requerían las nuevas generaciones. A ello cabe añadir que ante la magnitud de los problemas, la solución de escape ha consistido en cubrir nuestra incapacidad con el manto púdico del pasado glorioso, y en expulsar de nuestras filas al hereje que perturba con su nerviosismo e impaciencia nuestros tópicos autoelogiadores. Este estado de espíritu ha sido alimentado, y hoy constatamos en nuestro Movimiento un estado psíquico rayano en la intolerancia.

EL PARTIDO COMUNISTA, UN PARTIDO «REVOLUCIONISTA» Y UNA FUERZA ORGANIZADA

No podemos terminar este ligero esbozo de las organizaciones clásicas sin dedicar unas palabras al Partido Comunista.

El Partido Comunista Español ha sufrido las influencias y las fluctuaciones de la política comunista internacional. Fiel servidor de la política de coexistencia pacífica instaurada por Stalin con su «Socialismo en un solo país», el PCE ha beneficiado en el transcurso de su historia de las grandes ventajas y de las consecuencias más catastróficas de esta política. Finalizada la segunda guerra mundial, el PC preconizó una resistencia activa y la creación de la Unión Nacional de Fuerzas Democráticas. Fracuada esta tentativa de acción militar, centró todas sus energías en la consecución de la huelga general, cuando no había fuerzas organizadas que le siguieran, ampliando luego esta táctica con su política de reconciliación nacional. Hoy el PC se hace el defensor de la política reformista que antaño practicara el Partido Socialista y que el Comunismo internacional tachaba de social-fascista. El PC desarrolla hoy toda su capacidad dialéctica para divorciar al Ejército de la Dictadura, llegando a afirmar que el Ejército es distinto de ésta. ¿Será acaso cierto que el general Franco rige los destinos de España por obra y gracia de Dios y que el «dedo del señor» inspira y guía toda la política del Caudillo? ¿Que éste, siguiendo la etérea sabiduría divina, se coloca por encima de los pecaminosos intereses materiales y que por consiguiente no representa nada ni a nadie? Si aceptamos esta interpretación teológica del franquismo, todas las premisas marxistas quedan hechas polvo. Pero, y con perdón de los epígonos del Comunismo español, así como de cuantos niegan la realidad de la lucha de clases, seguimos creyendo que Franco se colocó en el poder porque representaba los intereses del gran capital, con el cual el Ejército sigue unido de forma indestructible. No obstante, el PC se empeña en halagar separadamente al Ejército prometiéndole técnicas modernas y suculentas subvenciones. ¿Creer sinceramente los militantes comunistas que es compatible una política económica que tienda a elevar el nivel de vida de los españoles — tan decaído precisamente por el elevado botín que perciben los militares con el mantenimiento de un Ejército moderno? El Partido Comunista, en su afán de querer tranquilizar a las clases medias, se presenta con la cabeza gacha renunciando a la revolución y dispuesto a colaborar en cualquier gobierno de signo «liberal». Su sutil clasificación entre burguesía «ultra» y burguesía «evolucionista» (léase para esta última Opus Dei), con la cual está dispuesto a gobernar, le ha valido las críticas aceradas de un sector marxista independiente que goza de gran influencia en los medios estudiantiles, y la de ciertas corrientes católicas de inspiración socialista, que niegan esas sutiles diferencias dentro de la burguesía española. Por otra parte, la reforma agraria preconizada por el PC llega con treinta años de retraso. El republicanismo español fue mucho más allá. Expropiación con indemnización: he aquí, en síntesis, lo que propone el PC.

A pesar de estas contradicciones, este partido se presenta hoy como una de las fuerzas mejor organizadas, con una visión coherente de lo que propone, estemos o no de acuerdo con su línea. Será necesario precisar que por su afán de querer tranquilizar a las clases medias se manifiestan en su propio seno corrientes de oposición que preconizan posturas más dinámicas. Si a ello le añadimos sus aliados internacionales, así como los medios materiales de que dispone, junto a la política anticomunista de Franco (que por vía de reacción engendra corrientes

de simpatía por el marxismo en general), obtenemos las ventajas del PC sobre las demás fuerzas antifranquistas. A fuer de sinceros, hemos de reconocer que nuestro anticomunismo visceral, producto de la guerra civil, y nuestra incapacidad en presentar una visión clara de lo que proponemos, nos ha situado en estado de inferioridad. Además hemos de tener en cuenta que, salvo en España, donde las organizaciones revolucionarias más combativas eran de inspiración libertaria, en el resto de Europa y en los países latino-americanos, la mayoría de los movimientos revolucionarios son de inspiración marxista o, por lo menos, las fuerzas revolucionarias no se declaran categóricamente anti-marxistas. Lo que hasta cierto punto explica el auge del marxismo en los medios universitarios y estudiantiles y la nula o casi nula preocupación por el pensamiento libertario.

Si partimos de la base de que el monolitismo no puede mantenerse indefinidamente, hemos de aceptar que la desaparición de Stalin ha producido un impacto en el seno del Comunismo Internacional, impacto que, irreversiblemente, ha creado una alteración de valores. Con la experiencia yugoslava, la revolución china y sobre todo la revolución cubana, se ha llegado a la conclusión de que las revoluciones son fenómenos nacionales y que éstas ya no pueden estar supeditadas a los cánones del bolchevismo. Constatamos además que muchos de los movimientos más combativos escapan ya a las directivas del comunismo ortodoxo. El dogmatismo y el monolitismo de la era estaliniana han dejado paso a tácticas más dúctiles en consonancia con los actuales intereses de la Unión Soviética. Pero a su vez los PC han obtenido mayor independencia de criterio. Perdida la creencia en una inminente ocupación de Europa por el Ejército Rojo, o en una posible revolución bolchevique, incluso las fuerzas más anti-marxistas buscan su apoyo en su lucha contra el franquismo. Querámoslo o no, la destalinización ha operado un cambio de actitud que no podemos soslayar. Seamos, pues, conscientes de la fuerza que representa el PC, sepamos denunciar su carácter reformista y su oportunismo, pero echemos por la borda nuestros complejos que nos inhabilitan para un planteamiento serio de lo que nos proponemos y de lo que estamos en medida de conseguir.

LA POLITIZACION AGUDA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

Posiblemente uno de los fenómenos más inesperados de la España actual, y que hemos de tener más en cuenta, es la aparición de corrientes cristianas que se reclaman del Socialismo. Y digo corrientes porque hasta el presente no se han constituido en partidos estructurados bien definidos, porque son movimientos en estado embrionario cuya dinámica interna los conduce a soluciones socialistas en el amplio sentido de la palabra. El catolicismo español se está politizando de forma aguda en un abanico de posiciones que van desde el liberalismo progresista expresado en «Cuadernos para el diálogo» hasta las tomas de posición más revolucionarias manifestadas por González Ruiz, canónigo de la diócesis de Málaga y teólogo de fama internacional, pasando por los movimientos sindicales de origen o de filiación confesio-

nal. Otro hecho que hemos de tener en cuenta es que el 60 por ciento de la población activa actual no conoció la guerra civil y que el promedio de edad de la clase obrera oscila entre los 25 y 35 años. Un fuerte porcentaje de esta juventud obrera es de origen campesino y por consiguiente sus lazos con las organizaciones clásicas son casi inexistentes. El ejemplo más patente de este fenómeno lo tenemos en la huelga de Bandas de Echévarri, cuyos obreros eran casi en su totalidad de origen campesino. Dato revelador, el director de dicha empresa fue a contratar personal para su fábrica a diferentes regiones de España, con vistas a mantener su personal dividido. La prolongada huelga de Bandas y la solidaridad que ésta logró cristalizar (se habla de 6 a 7 millones de pesetas recaudadas) ha demostrado que los intereses de clase se sitúan hoy por encima de las divergencias regionales.

No podemos, pues, ignorar este hecho que está ahí, que nos acecha y con el cual topamos en cuanto salimos de nuestro cascarón y nos zambullimos en la realidad viva y compleja que hoy se manifiesta en la vida sindical y política española. Es innegable que, habiéndose comprometido la Iglesia con el régimen, trata ahora de distanciarse para preparar mejor su futuro. Pero se da el caso de que una corriente que se manifiesta en el bajo clero e impulsada por militantes cristianos, siente sinceramente un complejo de culpabilidad por la identificación de la Iglesia con el franquismo, trata de acercarse al pueblo a través de organizaciones sindicales o de formaciones políticas, para no perderle o, mejor será decir, para recuperarle. Se rumorea también que pudiera tratarse de una maniobra dirigida por los jesuitas que, en su forcejeo con el Opus Dei, intentan recuperar la fuerza y el prestigio que este último le ha arrebatado. Podríamos formular todavía más hipótesis para tratar de comprender este fenómeno insólito de la vida española, pero, sea cual fuere el origen de estas tomas de posición, se desprende un hecho que no podemos menospreciar ni menos aún soslayar: su actitud combativa frente a la dictadura, que ha conducido a la cárcel a múltiples militantes, así como sus posiciones revolucionarias. No se les puede, pues, negar su calidad de antifranquistas, y el exilio, ya de por sí bastante débil, no puede ni debe cortarse de cuantos movimientos o grupos luchan en el interior contra la dictadura. Rehuir todo contacto o colaboración con el interior, en el amplio sentido de la palabra, nos condenaría a una estéril y suicida función de académicos de la revolución cuya única tarea consistiría en otorgar certificados de antifranquismo. Confieso ignorar los íntimos propósitos de la Iglesia, pero creo que la aparición de estos movimientos y sus tomas de posición verdaderamente revolucionarias contribuyen a crear una corriente y un clima de lucha que puede resultar irreversible y escapar a todo posible control de las jerarquías.

Si analizamos el origen de estos movimientos, vemos que sólo en el seno de agrupaciones católicas o confesionales podían agruparse los jóvenes que no aceptaban el Falangismo. Estas agrupaciones, de tipo cultural en su mayoría, eran la única posibilidad de huir del vacío político y de poder mantener un diálogo entre hombres que querían escapar a la desertización política de la vida española. Confrontados luego con la realidad laboral,

se han visto obligados, por los conflictos inherentes a la vida obrera, a tomar posiciones sindicales y políticas cada vez más radicales, alejándose a su vez de los problemas religiosos. El peso del confesionalismo es aún tan abrumador y constituye ya tal handicap para el desarrollo de su acción, que movimientos de origen confesional se reprochan mutuamente sus orígenes y obediencia a asociaciones religiosas. Las declaraciones sobre este particular de la USO et de la AST ilustran lo antes expuesto. Si bien poseemos elementos de juicio que nos permiten creer en la existencia de verdaderos lazos entre estas organizaciones y organismos o entidades más o menos confesionales, poseemos otros que nos permiten creer en un firme propósito de desligarse, caso de que la hubiere, de toda influencia confesional y de laborar por un cambio total de las estructuras capitalistas, evitando caer bajo la influencia reformista y totalitaria.

Por razones ya expuestas, en España aparecen movimientos de tipo sindical cuyos lazos materiales con las organizaciones clásicas son nulos. Pero tienen contornos espirituales y afectivos que los identifican con el movimiento obrero español. Es conmovedor constatar cómo tratan de reanudar con la tradición sindical española, que sólo hallan, salvo raras excepciones, en algún viejo texto, y cómo cuando tratan con veteranos sindicalistas surge de inmediato el trauma de la guerra civil, barrera casi infranqueable que imposibilita el diálogo y la colaboración. Si somos sinceros en nuestro análisis, hemos de llegar a la conclusión que factores históricos han divorciado a la clase trabajadora, y que esta situación no podemos resolverla echándonos mutuamente las culpas y reprochándonos nuestras diferentes posturas.

Un pueblo no es un haz de personas que habitan y trabajan en un determinado sector geográfico. Un pueblo es una entidad colectiva en la que concurren diversidad de criterios, y si éstos se manifiestan en oposición a nuestras convicciones, no por ello le podemos negar su categoría de pueblo. La conciencia de una colectividad se manifiesta a través de sus organismos profesionales, a través de sus obras literarias, pero sobre todo en sus aspiraciones sociales. Y es ligándonos, como pueblo que somos, a las aspiraciones de la colectividad que seremos fuerza viva, dinámica, y evitaremos errores fatales para todos.

EVITAR LA RUPTURA CON LAS NUEVAS GENERACIONES

Y llegamos al punto final de este trabajo: en realidad, él ha motivado este ligero recorrido sobre las diversas fuerzas del exilio y del interior. En primer lugar, nos dirigimos a nuestros amigos, a aquellos que siguen con interés nuestra publicación y ciertas tomas de posición, concretamente nuestra postura en lo que a las Comisiones Obreras respecta, postura que pudo despertar cierta inquietud. Estos saben que nos guía el supremo interés de sacar a flote y salvar lo que se pueda del sindicalismo libertario. En cuanto a aquellos que desde un principio sintieron que podíamos perturbar su letárgico sueño, en cuanto a los pro-

hombres que siempre han de estar en primera fila... en las butacas del exilio y de cuyas doctas lecciones decidimos prescindir... A ambos les diremos: nuestras tomas de posición han sido el fruto desinteresado de un grupo de militantes. Fueron libremente adoptadas, sin sufrir presiones externas, y no obedecieron a intereses bastardos ni a consignas de partido. Hemos sido guiados exclusivamente por el afán de estar presentes y de no cortarnos de los movimientos que surgen en el interior de España y sobre todo por el deseo de escapar del ostracismo político y sindical al que nos ha conducido una interpretación dogmática e inmovilista del ideal libertario. Se podrá no compartir nuestros criterios: lo que no aceptamos es la crítica ampulosa y fácil que todo lo resuelve sacándose de la manga el consabido latiguillo de los Principios, Tácticas y Finalidades. Mientras nuestro Movimiento no sepa cohesionarse y dotarse de un contenido táctico, que es lo que hoy necesita, surgirán tomas de posición divergentes, que difícilmente evitaremos colgándoles simplemente el sambenito de reformista o de marxista. La carencia está en la base organizativa, presa hoy de un mecanicismo y de una mística paralizante. El exilio ha de tornar sus ojos hacia las fuerzas vivas que hoy se manifiestan en la sociedad española. Nuestra existencia en tanto que fuerza organizada sólo se justifica en la medida que sepamos empalmar con esas nuevas generaciones.

L. PASAMAR.

EL DILEMA ENTRE EFICACIA Y LIBERTAD: LA PRAXIS

Apuntes para una estrategia del movimiento libertario

En el número 8 de «Presencia» hablábamos de que acaso fuera el pensamiento libertario el Sisifo de la revolución, el Sisifo que busca incansablemente el fin del ciclo que siempre da con él por los suelos, mientras trata de ascender impertérrito, cargado con la roca de la libertad. Visión un tanto literaria, si se quiere, que me parece reflejar, empero, las realidades de nuestro movimiento. La visión de Sisifo representa al pensamiento libertario en toda su pureza y autenticidad, en todo su drama. Ha de ir ascendiendo, negándose a los cantos de sirena que le aconsejan más fáciles caminos, y esfuerzos menos cruentos. Su esperanza mítica reside en la convicción de que algún día se romperá el ciclo infernal y podrá situar, al fin, su roca en lo alto de la montaña. Su roca es el pensamiento libertario, la solución o alternativa anárquica a los problemas del hombre y de la sociedad. Si arroja su peñón y desiste, pondrá fin a su increíble sufrimiento, pero a la vez pondrá fin a su trascendental misión, se apagará automáticamente la luz de su mensaje, hará noche su concepción del mundo, y quedará absorbido en la marea dominante de las ideologías que, por muy diversas que sean, se hallan todas unidas por el denominador común de la autoridad. Entonces, decíamos, para que Sisifo Libertario pueda al fin comunicar al mundo su mensaje, constituirse en un factor de impregnación y contagio de la sociedad actual, en auténtico factor de transformación, su principal exigencia es la de conservar íntegros todos sus poderes contagiantes, procurar no dejarse erosionar por el medio, hasta llegar a crear los centros vivos de irradiación y fuerza motriz que coadyuven a aquella transformación. Hoy por hoy, entiendo que la primera exigencia estratégica y táctica del movimiento libertario sigue siendo la de reafirmar su filosofía básica, porque un razonamiento elemental nos dice que es inconcebible la proyección social de un movimiento en el que, previamente, se haya producido una desintegración nuclear de la personalidad. Por esta razón, la filosofía tendrá aún que dar mucho juego en las formulaciones presentes y futuras de nuestro movimiento, contra lo que pueda creerse, porque ella ayudará a dar nuevos impulsos a la idea revolucionaria y contribuirá a enseñar a los jóvenes las razones profundas de nuestras formulaciones.

PRIMERA EXIGENCIA PRACTICA DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO

Una perogrullada: sencillamente, la de defender y propagar el pensamiento libertario. ¿Qué es el pensamiento libertario? Gran parte de lo que son los demás, y lo que no son en absoluto, ni pueden ser, los demás. Porque lo que no pueden ser en modo alguno las restantes ideologías es el pensamiento democrático sublimado y depurado, lógicamente desarrollado hasta sus últimas consecuencias, o la tendencia a la justicia dentro de la libertad, o la oposición a cualquier germen de autoridad. El pensamiento libertario no es ni más ni menos que la dimensión vital que le falta al mundo para realizarse de modo integral. La idea de democracia radical, incorporándose en numerosos e igualitarios centros de decisión sin supremacía de ningún centro. La vida social tomando como primera realidad activa y fundamental al ciudadano, desenvolviéndose en sus centros naturales de vida y actividad: los núcleos sociales o comunales en que habita, los centros económicos en que trabaja. Un pensamiento libertario transmutado en democracia operativa, obrando en los diversos frentes de la vida social. Mas dejemos las teorizaciones y abordemos temas prácticos, que es lo que estará esperando el lector. ¿Qué posibilidades tendría hoy en España el pensamiento libertario, si súbitamente se produjese un cambio radical en el orden político? Lo diré de inmediato: escasas posibilidades. La razón está en la desertización política de los últimos veinticinco años, en la atmósfera de indiferencia en que ha estado sumido el ciudadano, impelido por el régimen a refugiarse en su propia vida personal o familiar, abandonando el campo de la actividad ciudadana a los suplantadores. El hombre español ha perdido el hábito de actuar, de tomar iniciativas, se ha inhibido, como sucede en todos los casos de dictadura prolongada o vigencia del Estado providencial. En cambio, ha crecido la atmósfera favorable a las nociones de autoridad, y ello es una consecuencia lógica y correlativa. Por tanto, las nociones autoritarias han ganado terreno, y nótese que estas nociones abarcan tanto a franquistas como a incipientes democristianos, marxistas de todos los tipos, sindicalistas de nuevo cuño, no importa la escuela a que estén adscritos. Si examináis documentos, o la literatura que les corresponde, veréis cómo, aflorando por sobre retóricas proclamas en favor de la democracia y la libertad, y todo lo demás, emerge el temible tiburón de la autoridad, de la función dirigente del dirigente político, del dirigente obrero, del dirigente sindical, del dirigente empresarial. Bajo esa realidad dirigente subyace la sufrida y sacrificada clase de los dirigidos. Lo mismo da que se analicen documentos del P.C. que del P.S.O.E., que de U.S.O., A.S.T., o de cualquiera nueva organización sindical de nuevo cuño. Aflora de inmediato la cuestión de la función dirigente y de los dirigentes. Podríamos decir que el hecho se corresponde con el pathos del ambiente creado por el franquismo, cultivado a conciencia y con enorme delectación por el marxismo comunista, porque ése es su caldo de cultivo, el clima en que espera auparse en el porvenir como primer partido de España, «el partido marxista-leninista de la clase obrera». Recordemos el caso de la Italia posterior a Mussolini. De las consignas facilonas, retóricas, urgentes, del fascismo, las masas pasaron a las consignas prácticas, funcionales, periféricas, del partido comunista.

En verdad, el clima espiritual de esos dos universos, aparentemente opuestos, era muy similar.

Entonces, de aquí esa primera exigencia práctica enunciada: si aspiramos a un futuro español, aun «rectificando errores, adaptándonos, en el buen sentido, a las nuevas realidades, adaptación que no implique doblar la rodilla ni arrojar la esponja», como dice Peirats en su último trabajo de «Comunidad Ibérica»; si queremos jugar un papel constructivo (téngase presente que no será nada fácil llegar y encajar sin más nuestros esquemas, por muy constructivos que sean. Téngase presente que, aun después de la desaparición de Franco nos tocará vivir una vida marginal en la sociedad española. Es previsible que las estructuras oligárquicas y monopolistas que dejará la situación anterior dominarán el ámbito nacional por espacio imprevisible de tiempo, y otro tanto pasará con los herederos directos del régimen, en lo político. Téngase en cuenta que la posible vuelta de la emigración no significará que ésta se pueda poner ya de inmediato «a hacer cosas». Creo que por espacio imprevisible de tiempo, repito, los caminos de acceso a la aspiración constructiva estarán bloqueados. Creo que entonces, por eliminación natural de las alternativas posibilistas, no quedará otra cosa que la de la oposición combativa y, si me apuran, revolucionaria (aunque no se trate ya de la algarada insurreccional, ni de la pólvora pronta.) Si queremos jugar un papel constructivo, digo, y—perdón por el larguísimo paréntesis—prepararle cauces de verdadero desarrollo al movimiento cooperativista y, sobre todo, al de auto-gestión obrera en la empresa industrial y agrícola, utilizando las posibilidades que ofrezca una hipotética plataforma sindical unitaria, los cuantiosos medios acumulados por el sindicalismo vertical a expensas de los trabajadores españoles; si queremos impregnar la cultura española de una dimensión nueva y profunda que dinamice tanto al simple trabajador no calificado como al intelectual y al universitario; si deseamos, asimismo, hacer una aportación decisiva en el terreno de las nacionalidades ibéricas, la del federalismo libertario, entonces digo, la primera exigencia práctica será la de defender y propagar intransigentemente el pensamiento libertario, puliéndolo, sobre todo, mas evitando cualquier adulteración. Reconózcase que constituye el único antídoto válido frente a tanta especiosidad ideológica, a tanto fatalismo providencial, a tanto autoritarismo nefasto, a tanta muerta pasividad, a tanto miasma antidemocrático como ha creado el régimen actual. Empecemos a fundamentar nuestra practicidad conservando en toda su operancia una herramienta decisiva para el progreso general de nuestro Movimiento.

LAS ESTRATEGIAS

Se nos pide una estrategia clara, coherente, una respuesta total para todos los problemas. No es cosa fácil. Una estrategia hay que concebirla tanto en función de lo que seamos capaces de hacer cuanto del quehacer previsible de los adversarios, de la resistencia del medio, o de la existencia de los elementos de colaboración. Entonces, la estrategia de acción, la praxis revolucionaria tendrían que ir dictando las circunstancias. En verdad, la instrumentación de una estrategia es un problema de difícil solución para todos los grupos y partidos españoles. Ninguno de éstos puede evitar una clara sensación de inseguridad o titubeo

al buscar proyecciones en el presente o en el porvenir. Influye enormemente el primitivismo del medio político en que nos desenvolvemos. Todas las proyecciones futuras se nos antojan como reminiscencias platónicas, vislumbres vagos proyectados a la luz de la hoguera sobre el fondo de la celeberrima cueva del ejemplo filosófico. Tomemos al P.C.E. como ejemplo representativo. Son presentados como campeones de la estrategia, y acaso lo sean. Sin embargo, y pese al «científico método de interpretación de la realidad», de su tesonera pretensión de una mítica verdad revelada, ahí está, debatiéndose angustiosamente en la zona más radicalmente marginal de la sociedad española, tratando de emerger, de hacerse aceptar, de romper el aislamiento en que le sitúan sus conceptos de totalidad e integración, su visión carismática de mundo: porque, claro está, no se puede ofrecer a todos la mercancía de la cooperación fraterna mientras dura el viaje hacia la Arcadia socialista, para imponer finalmente, una vez llegados al término del viaje, los dictados del Partido marxista-leninista, por muy partido de la clase obrera que se pretenda ser, y por muy en la naturaleza de las cosas que quieran ellos situar ese hecho insólito. Entonces, el P.C. se debate en el fondo de una irreductible contradicción: o propiciar una mutación profunda, semejante a la que se está operando en el seno de la Iglesia, en cierta manera, renunciando a toda verdad dogmática, y sometiendo al chorro regenerativo de la verdadera democracia y libertad, aceptando, sin más, el mero rol de cooperadores en la posibilidad de un paso al socialismo propiciado por toda la izquierda revolucionaria, o permanecer en la situación de aislamiento y reprobación en que se ha confinado por sus atentados contra la verdadera libertad y la verdadera democracia. Resulta penoso y risible a la vez observar los trabajosos esfuerzos que realizan los hombres comunistas del semáforo, o luz verde, para abrir camino a las nuevas sugerencias del comunismo. Las penosas elaboraciones de Santiago Carrillo cuando, en «Nuevos enfoques», establece las curiosas distinciones entre partido predominante y partido dirigente. Escaso éxito en la elucidación final del problema, para tan gran empeño.

Esto en cuanto a los tácticos por excelencia. Hablemos ahora de una posible estrategia del Movimiento Libertario. Es indiscutible que una estrategia implica presencia, actividad, movimiento. No puede reducirse a puras elucubraciones teóricas, por muy atractivas que sean. La estrategia del movimiento libertario, si bien debe buscar la irradiación en todas direcciones, hacia todos los niveles, y penetrar en todas las capas receptoras de la sociedad española, debe pensarse en primer término en relación con el movimiento obrero y, desde luego, con las insoslayables realidades del momento actual. De nada servirá preparar esquemas para ese futuro incierto de que hablaba, amontonar erudición y datos tendentes a fundamentar una posible tarea constructiva—si nos dejan construir, si no nos obligan ante todo y sobre todo, como es de prever, a luchar—, si no preparamos hoy ya, imperativamente, las plataformas de lanzamiento hacia el futuro. El terreno primordial de los libertarios sigue estando en el movimiento obrero. En general, considero lúcida la posición de los editoriales de «Presencia», al enjuiciar lo que debe ser exigencia de los libertarios en la actual problemática del movimiento obrero español. Hay lucidez e imaginación en esos análisis. El problema de nuestro movimiento, en la actualidad, es sobre todo un pro-

blema de imaginación, para tratar de captar la fluidez de la situación interior. Las viejas actitudes escleróticas o rutinarias ya no valen, efectivamente, para tomarle el pulso al ritmo de la vida española actual. Ese pulso sólo se puede captar con una dinámica e imaginativa disposición del ánimo. Pero aquí reside uno de nuestros más peliagudos problemas, como dice Peirats: el de nuestra decrepitud en tanto que monitores. Aquí también se halla fundada, y no poco, la visión de C. Mera, cuando habla de la necesidad de profundos reajustes, de pacientes recuentos de fuerzas, y luego, posteriormente, la oportuna proyección. La réplica de «Presencia» a este artículo de Mesa tiene, asimismo, notable acierto cuando alude a una posibilidad de síntesis entre las dos tesis, aparentemente opuestas. Hace falta imaginación, agilidad mental, arrojar los viejos y confortables esquemas mentales y de acción, salir de las vetustas trincheras en que estamos encerrados. Es necesario un heroico esfuerzo del ánimo, para salir, extravasarse, comunicarse, examinar sin prejuicios las nuevas realidades, responsabilizarse, y asumir riesgos. ¿Estamos en condiciones de hacerlo? En verdad, la vieja y abnegada militancia que ha sufrido las terribles tarascadas de la represión, está muy disminuida, si bien siempre se podrá contar con su apoyo moral y su ayuda activa cuando sea preciso. Mas el quid del problema está en las reservas de sangre, de energía, del entusiasmo que se prodiga, que no reconozca límites, de las promociones formadas en el exilio. Estas promociones las necesitamos en España. Amigos de «Presencia»: las necesitamos aquí. Porque tampoco servirá de mucho promover el inconformismo, la acción, la vieja moral de lucha de los anarco-sindicalistas, si todo se resuelve en un gran debate verbal, por muy apasionante que sea. Una de las primeras exigencias estratégicas del anarcosindicalismo y del movimiento libertario, es acabar la integración a España de su promoción joven, e integrarla para que luche, trabaje, asuma riesgos, allí donde hay que estar presentes, precisamente para que podamos ir preformando ese porvenir del que, con todas nuestras fuerzas, nos resistimos a quedar apartados.

Entonces nos hallamos ante una de las más urgentes proyecciones tácticas del movimiento libertario: el movimiento obrero. Aquí los datos más incontestables reclaman la lucha reivindicativa, la penosa labor organizativa, el enfrentamiento a múltiples y agobiantes obstáculos y riesgos. El capitalismo español, dominado por el capital financiero, tiene tomadas sólidas posiciones. Es inútil toda veleidad integracionista a «la sociedad global», toda veleidad colaboradora en las instituciones, todo ingenuo afán constructivo a priori, sin tener en cuenta las condiciones generales del país en el orden económico y social, y la situación de la clase trabajadora. Es inútil querer llegar exhibiendo conciliadora sonrisa a guisa de estandarte, y una carpeta llena de esquemas constructivos. La actitud capitalista es de irrisión, o de cazurra ironía, ante estos desfasados que llegan ofreciéndoles una colaboración que no necesitan. Pero sus múltiples formas de ejercer el lockout y la represión laboral, con el consenso del Estado y de la sindical oficial, contra los trabajadores, cuya única trinchera defensiva es la empresa, reclama una oposición en consonancia, la correspondiente a una auténtica lucha de clases. «Los integradores» nos hacen la impresión de hallarse en un mundo angélico y reconciliado, sin lobos ni corderos, donde reinasen la justicia y la paz social. En España no existen ninguno de

estos dos elementos, y las luchas sociales, las soterradas, y las declaradas de los últimos tiempos, son de las más violentas y dramáticas, por desiguales, de toda Europa. La oposición obrera, fragmentaria, vacilante pero al fin determinada, se fragua en las empresas, luego en la calle, y finalmente lucha por conquistar formas asociativas que le ofrezcan garantías, es decir, auténticos sindicatos obreros para defenderse. Una aspiración comprensible y necesaria. La oposición está en la calle, contorneando la sindical verticalista, evitándola. De aquí una de estas manifestaciones más espectaculares de inquietud: las Comisiones Obreras. En «Presencia» se ha venido abordando bastante lúcidamente el problema «Comisiones Obreras». Su significación actual, sus posibilidades, así como sus influencias y peligros. La incitación a los libertarios para que intervengan no me parece descabellada, considerada desde cierto ángulo. El argumento del comunismo no debe impresionarnos excesivamente «Porque los comunistas respiren—ha dicho J.L. Rubio, un sindicalista de aquí, de perfiles libertarios, aunque él no se considere tal—, nosotros no debemos renunciar a la función respiratoria.» Algo similar vienen a decir los editoriales de «Presencia»: hay que evitar que, imaginando a priori nuestras reacciones alérgicas, el comunismo accione inteligentemente los resortes que nos empujarían hacia donde ellos quisieran. «Comisiones» es un fenómeno serio que exige atención y estudio. Tampoco digo que debamos jugarlo todo a esa carta. Puede ser un fenómeno efímero, probablemente lo sea, acaso se convierta en una más de las instrumentaciones tácticas del P.C., como fueron Unión Nacional, Reconciliación Nacional, etc., destinada a saldarse con fracaso final y nuevas levas de elemento juvenil incorporadas al P.C. desde el seno de la organización colaboradora de turno. A.S.T., en este momento la organización colaboradora, es una entidad en verdad singular, de gran fibra y preparación en la mayoría de su militancia joven, bastante coherente y alertada, si bien la dinámica de la lucha y las inevitables polarizaciones apuntan contra ella y a favor del P.C.

Sin embargo, Comisiones no agotan por sí solas la panorámica de la inquietud laboral. Hay otros grupos, otras entidades de nueva creación, con programas de acción y lucha. Al margen existen también numerosos grupos sindicales aislados, círculos de estudio, donde se analiza, se perfilan actitudes, y se examina la problemática general de la lucha obrera. En el orden sindical, estos grupos desarrollan una suerte de actividad guerrillera. La actitud de estos grupos u organizaciones, frente a Comisiones Obreras, es muy varia y diversa, y diversamente fundamentada: desde la oposición radical a los meros reparos, o a la actitud expectante, indecisa. A.S.T. refleja en su último boletín interior este estado de tensión. Algunas de estas reacciones son inquietantes: empieza a acusarse de traición a los grupos y fracciones que se han inhibido en el movimiento del 27 de octubre. Lenguaje confuso acaso sintomático, en que coexisten las impugnaciones a la traición y las alusiones al internacionalismo proletario, así como a las necesidades de la lucha. Lo insólito es que todos estos grupos hablan de la necesaria unidad, pero tienen su peculiar, y a veces irreductible, manera de concebirla. Afirman la necesidad de la unidad obrera, de la Central Sindical Unica, pero se afirman en su peculiarísima razón de ser como entidades autónomas. Uno de los temas más confusos y controvertidos es el de la unidad obrera. La C.N.T., el Movimiento Libertario, tienen

la ineludible obligación de contribuir a la clarificación de este problema, con todo el peso de los argumentos y la autoridad que le confiere su propia historia. Es previsible un movimiento centrifugo de todos esos grupos sindicales, formados o en formación, que, sin embargo, se afirman con vigor en sus propias características. Pues bien, ayudémoslos en esa tarea de clarificación de sus propios móviles y contribuyamos, a la par, a sentar las bases de un amplio movimiento sindical de todos los grupos de la oposición, que se basaría en la diversidad originaria y aspiraría a la unidad dentro de esa diversidad; un movimiento sindical amplio, inspirado en esencias en verdad democráticas y revolucionarias. La diversidad excesiva no debería asustarnos. Las condiciones específicas de nuestro país y las exigencias de la clase trabajadora irían procediendo a una selección natural de los valores con caracteres de perdurabilidad, eliminando a los grupos sin verdadera autenticidad o misión histórica ingrátida. Pero entonces, y como primera providencia, nos veríamos abocados a una seria revisión del actual y limitado concepto de Alianza Sindical.

ALIANZA SINDICAL GENERALIZADA. Comisiones Obreras es un fenómeno interesante, pero puede llegar a verse desbordado. En el mejor de los casos, dados los datos conocidos del problema, puede decirse que jamás acabarán por asimilar o integrar a los restantes grupos u organizaciones de nueva creación, y menos aun a lo que aun queda del sindicalismo clásico y tradicional. Creo que ha llegado el momento de que éste, de modo gradual y exploratorio, sin precipitaciones, tome la iniciativa. Ha llegado el momento de que la Alianza Sindical justifique su razón de ser, o se resigne definitivamente a entregar la iniciativa a las nuevas generaciones, iniciativa que, por otra parte, hace tiempo que se le ha ido de las manos. Deberían ampliarse las Alianzas, aceptando la participación de los grupos sindicales, no importa su procedencia ni matiz, siempre que postulen los principios de un sindicalismo libre, democrático e inconformista. La Alianza Sindical tradicional está aquejada de lo que justamente ha sido calificado de inoperancia e inmovilismo. Como esquema teórico, no tiene sentido alguno. Tampoco lo tiene que siga vigente de fronteras para afuera, acaso a efectos de recibir ayudas u apoyos de entidades sindicales. Donde debería justificar su razón de ser es aquí, en España. La posibilidad de una Alianza Sindical Generalizada se traduciría en una revitalización de todo el sindicalismo español de la oposición, con la aportación de la nueva savia luchadora, junto a la experiencia y solera del sindicalismo clásico. No dudo que la Alianza debería tender a englobar en sus filas a las organizaciones clásicas, a las de nueva creación, no importa su inspiración originaria y, si posible, a las Comisiones Obreras. En esa Alianza de composición plural, las diferentes entidades se desenvolverían en un plano de estricta igualdad, y dentro de los más estrictos procedimientos democráticos. De este modo, podrían irse construyendo de forma natural, sin forzar las cosas, ciertos terrenos de coincidencias unitarias, de universal aceptación por parte de todos. Y sobre todo, y fundamentalmente, se aclararían de manera definitiva los nebulosos criterios actuales sobre unidad obrera y sindical única, temas que apasionan a todo el mundo y se ven tratados desde diferentes ángulos con los más diversos criterios y motivaciones.

LA UNIDAD OBRERA. — LA CENTRAL SINDICAL UNICA

Es indiscutible que la unidad obrera no puede concebirse sino partiendo de la diversidad natural. Empeñar en crear gigantescos esquemas unitarios, para aglomerar en rebaño aséptico e impersonal a la clase trabajador, y dirigirla como un ejército, a efectos de supuesta eficacia, es querer sufrir una vez más las severas y dramáticas lecciones que brinda la historia, acerca de esas experiencias unitarias, intentadas artificialmente, y por arriba.

Mas la clase obrera armonizada en un fenómeno general de Alianza voluntaria, dentro de la diversidad, debería considerar el problema de la C.N.S., los problemas que planteará su sustitución en el momento adecuado, el de controlar el inmenso patrimonio sindical aportado por los trabajadores, utilizado hoy por el Estado... ¡para financiar empresas capitalistas! La Alianza debería constituirse en heredera natural de todos estos medios. Los innumerables edificios de los sindicatos verticales, puestos a disposición de la Alianza, con su base plural y diferenciada. En los locales hallarian acogida los grupos sindicales que hubieran justificado el mínimo exigible de efectivos. En los mismos locales podrian establecerse centros permanentes de relación y coordinación de los diversos grupos. Estos centros de coordinación vehicularian las ideas, sugerencias, etc., de los diversos grupos, se convertirían en laboratorios vivos de ideas, experiencias y programaciones elaboradas por la propia clase obrera, para proyectar su actividad en los diversos frentes de que hablaba Peirats: de cara a la voracidad patronal y a las veleidades paternalistas del Estado. De cara a influir los más diversos aspectos de la vida del país y de la cultura. De cara a dar nuevo y poderoso impulso al movimiento cooperativo. De cara a «una economía solidaria propia, del campo y de la sociedad, de cooperativas y colectividades rurales» (Peirats), que no serian exclusivamente confederales, sino patrimonio de toda la clase obrera española unida en un quehacer común. Un sindicalismo unitario de este tipo, preservando las esencias particulares de los grupos, podria conferir impresionante impulso en España a la auténtica auto-gestión obrera, que bien pudiera caminar siguiendo las huellas dejadas en los anales históricos por las colectividades creadas durante la Revolución española. El acervo del patrimonio sindical se eleva por encima de los doscientos mil millones de pesetas. Calcúlese lo que podria ponerse en pie en nuestro país en materia de obra socializadora y de auto-gestión.

Independientemente, y sobre todo, la central obrera diversificada podria coadyuvar en la promoción de condiciones ambientales requeridas para una transformación radical de la sociedad, en sentido socialista. Podria constituirse en un resorte fundamental para el cambio, que no sería fácil, desde luego. (Recuérdese lo dicho con anterioridad.) Existirian otros resortes, otras fuerzas, tendentes al mismo fin, y frente a ellas, también debería el Movimiento Libertario pergeñar una estrategia: frente al Estado y a los grupos políticos, frente al marxismo-comunismo de modo especial, y luego, de modo muy marcado, ante la Iglesia española posterior al concilio. Mas estas respuestas probablemente me llevarian tanto o más espacio como el hasta este momento utilizado, por lo que será mejor no cansar al lector, y aplazarlas hasta un próximo y definitivo artículo.

Benjamín RUFO.

España, 16 de diciembre de 1967.

La cultura y la educación en España

Se asiste en este momento en España al nacimiento de una nueva mentalidad en relación con la problemática cultural, cuya influencia en los años venideros, si no la tiene ya en el momento presente, ha de ser decisiva. Se trata de algo mucho más amplio y más vivo que las meras «charlas de café» o la toma de conciencia a través de grupos reducidos o minoritarios, y sus efectos, especialmente en las grandes ciudades, inciden ya de tal manera sobre la realidad que su influencia es hoy tenida en consideración a la hora de programar ciertas actividades culturales.

Uno de los primeros valores que se ha de reconocer a esta nueva mentalidad, fruto de los esfuerzos anónimos de muchos grupos que en la oscuridad y el silencio nunca han dejado de estar presentes, es el haber roto, ciertamente para siempre, el carácter monolítico y cerrado de todo el aparato cultural del Régimen. Frente a la corriente oficial escolástica, dogmática y mitificadora, esta nueva ola ofrece y busca una cultura dinámica, arraigada en la realidad social, crítica de las fórmulas establecidas, humanista en el mejor sentido de la palabra.

Ciertamente, no se ocultarán a un observador atento las propias limitaciones de este movimiento que empieza a tomar vida. Su fuerza radica en amplios sectores burgueses y liberales cuya problemática anda en muchos momentos por caminos generalmente distintos de los del pueblo. De otra parte, su escenario son las grandes ciudades y dentro de ellas, áreas a las que raramente accede la población proletaria. Aislamiento

espacial y disparidad problemática son dos situaciones que los elementos más sensibilizados habrán de intentar superar si es que desean que la nueva experiencia que comienza a vivirse tenga realmente eco dentro de la clase trabajadora: la única que en estos momentos puede ofrecer metas humanas y revolucionarias.

Buena muestra de esto es la actual situación universitaria. Dejando a un lado todo detalle anecdótico, el actual movimiento de agitación universitaria es un débil reflejo de la profunda crisis social y cultural provocada por la acción y gracia de los grupos dirigentes. Carentes de libertad y movilidad de acuerdo con las exigencias del momento histórico, las estructuras universitarias quedan estrechas para la generación que no ha vivido la guerra y que no se siente vinculada a la ideología oficial. El actual movimiento, nacido espontáneamente de los grupos más sensibilizados, pone en tela de juicio no sólo las estructuras universitarias, sino la justificación ideológica de la misma sociedad.

Un largo camino se abre ante los ojos de los universitarios, todo él cargado de dificultades, una de las cuales, y no la más pequeña, es el rigor de la represión: lograr una Universidad democrática y eficaz. En modo alguno está de acuerdo con las intenciones del gobierno, y si algo va lográndose, es más bien a pesar de él. Sin embargo, las mismas dificultades tienen un valor purificador considerable y están consiguiendo lo que con acierto señala un colaborador de la revista «Cuadernos para el

diálogo» al afirmar que ciertos sectores universitarios y obreros son los más abiertos, no sólo de España, sino del continente europeo, a la problemática y conflicto de los hombres de hoy.

Crisis de conciencia y crisis de estructura se conjugan en la Universidad en una crisis de maestros. Los grandes profesores universitarios, con nobles y honorosas excepciones, han pasado a ser, merced a su aburguesamiento y su falta de espíritu científico, meros funcionarios a sueldo del Ministerio de Educación, sin que sus explicaciones o su forma de ser tengan nada que ver con la de un auténtico maestro, del cual tanto ha necesitado esta juventud española, cuyos únicos puntos de referencia han sido la falsedad, la falacia y la ramplonería de las cabezas visibles de los grupos dirigentes.

No menos penosa es la situación de la enseñanza media. Amparados en la incapacidad —más querida que real— del Estado para sufragar los gastos de una enseñanza media democrática a escala nacional, la iniciativa privada ha decidido hacer suyo el campo de la educación, ciertamente con éxito notable. Según una reciente estadística, sólo el 17 por ciento de los alumnos de bachillerato estudia en los centros del Estado, en tanto que un 33 por ciento lo hace en los centros de la Iglesia y un 40 por ciento sin profesores o en centros no reconocidos oficialmente, quedando un 10 por ciento que estudia en colegios seculares reconocidos. El control de la sociedad sobre la educación media es, por tanto, algo ilusorio. Pero lo mismo se puede decir de la planificación: la iniciativa privada, dejada libremente—tal es nuestro caso—, busca afinarse en aquellas zonas en las que las perspectivas de negocio sean más saneadas,

sucedendo siempre que en las zonas más desarrolladas económicamente es en las que se colocan los nuevos centros. Al lado de esto está la situación, prácticamente de monopolio, por parte del grupo más potente: los colegios de las órdenes religiosas; monopolio de la propiedad y, por consiguiente, dirigismo intelectual en un sentido que se tiene que calificar de profundamente burgués y reaccionario, muy del agrado del establishment social que disfruta de la posibilidad de enviar a sus hijos a tales centros.

En relación con la concepción del plan de estudios, parece suficiente limitarse a las palabras de Adolfo Maillo en la «Revista de Educación»: «Toda la enseñanza media actual está pensada para la formación de una pequeña «élite» social y cultural con un plan de estudios que refleja por un lado, y favorece por el otro, el cultivo de la abstracción, el formalismo de los esquemas, las generalizaciones amplias sin base científica; en una palabra, el firmamento mental del viejo «humanismo». Nos referimos al humanismo filológico que el renacimiento elevó a modelo de cultura. El gusto por la oratoria y la dialéctica, como convenía a un pueblo de juristas enamorados del derecho de propiedad.»

Veamos por último el panorama que ofrece la enseñanza primaria. Una primera idea del contexto en que se sitúan los problemas relativos a este sector nos lo ofrece el hecho de que en 1966 un 15,5 por ciento de los niños de edad escolar no cursaban la enseñanza primaria, agravándose la situación en las provincias del Sur, donde se encuentran los siguientes porcentajes: Cádiz, 34,20 por ciento; Málaga, 25 por ciento; Murcia y Sevilla, 29 por ciento, y Badajoz, 28 por ciento.

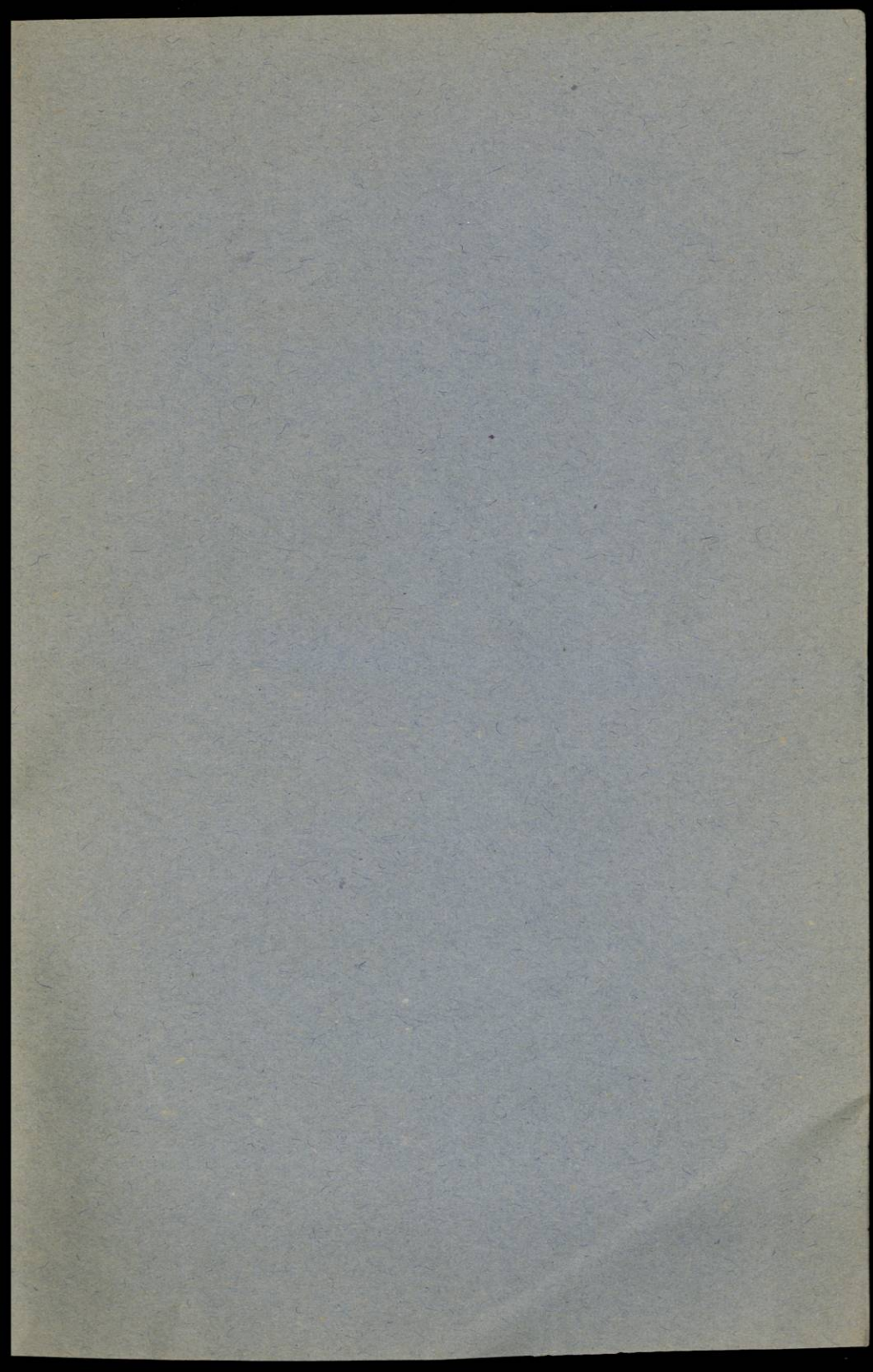
De una parte, faltan aulas; de otra, maestros. En relación con lo primero, el Ministerio ha evaluado el déficit en 27.000 escuelas. El ritmo de construcción fue elevado entre los años 1957-63. Sin embargo, el Plan de Desarrollo planeó la construcción de 14.000 nuevas escuelas, de las cuales sólo una tercera parte ha llegado a terminarse. Al lado de esto, las migraciones interiores provocadas por la falta de trabajo han hundido toda la planificación realizada. En 1964 se calcula que unos 80.000 niños entre 6 y 14 años cambiaron su lugar de residencia.

De otra parte está el problema del personal docente. El maestro es un funcionario estatal de infima categoría. La profesión está privada de todo reconocimiento social, a la vez que su ejercicio carece de los mínimos alicientes, incluso de tipo económico. Para lograr un sueldo medianamente decente, el maestro ha de realizar multitud de trabajos que distraen su atención, merman su interés y que, en última instancia, van en detrimento de su labor docente. Una elevada tasa abandona la profesión en los primeros años de ejercicio.

Resumiendo, se puede afirmar

que las posibilidades reales de acceso a la enseñanza media o superior que tiene un hijo de la clase trabajadora son no escasas, sino nulas. La política discriminatoria en relación con la enseñanza es una realidad palpable, sabiamente preparada y dirigida. Para estos niños, para unos pocos más bien, nuestra sociedad ha ideado una vía propia de su concepción podrida de la justicia y de la igualdad: se trata de los institutos y universidades laborales. En estos centros, los hijos de los trabajadores son desclasados y anulados mediante una educación que les inculca en el sentimiento de haber accedido a disfrutar los beneficios de la sociedad feliz, mediante una capacitación técnica superior a la del nivel medio de su clase y la perspectiva de un salario más elevado. La cultura en España es una fruta vedada al pueblo. Posiblemente sea esta la causa de la profunda crisis en que hoy se debate. Los años próximos serán los jueces de estas nuevas corrientes que comienzan a vivir y que son como un presagio honroso de que la revolución no ha muerto, pese a los esfuerzos de los tecnócratas y de los oligarcas.

J.C.





LA revista Presencia quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.